

IDAD A  
CCIÓN G

HIPATIA.

PR5841

.W7

H5

V.2

C.1

010 783



1080022153

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

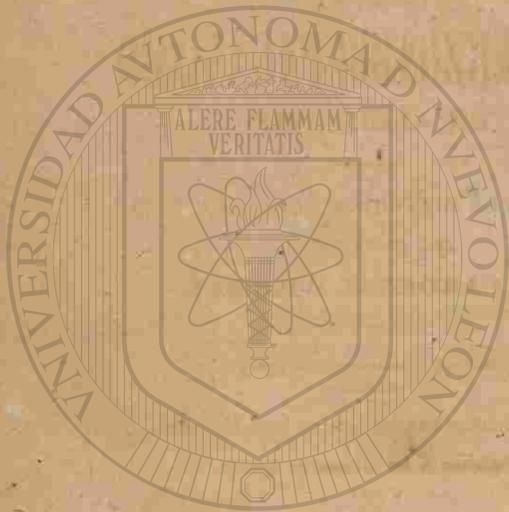
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL





# HIPATIA,

Ó LOS ÚLTIMOS

## ESFUERZOS DEL PAGANISMO EN ALEJANDRIA.

NOVELA HISTÓRICA DEL SIGLO V,

POR SU EMINENCIA

**EL CARDENAL WISEMAN,**

ARZOBISPO DE WESTMINSTER.

Traducida directamente del inglés al  
castellano.

PRIMERA EDICIÓN MEXICANA DE LA UNIDAD CATÓLICA

Dedicada á las madres de familia.

TOMO II.

MEXICO.

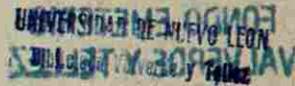
IMPRENTA LITERARIA, SUMINISTRO NUM. 6

1862.



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

47008



PR 5841

W7

H 5

V. 2



Propiedad del editor.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

# HIPATIA.

## CAPITULO DIEZ Y SEIS.

VENUS Y PALAS.

AL dirigirse Hipatia aquella tarde á su salon de lecciones, fué detenida en medio del camino por una procesion de unos veinte godos y damas, á cuya cabeza iba Pelagia adornada de joyas y chales, y montada en su mula, tan blanca como la nieve. A su lado cabalgaba el Amal, con sus largas piernas, como las de Gaug-Rolf el Norseman, que le permitian tocar el suelo, mientras oprimia con su peso un delicado caballo berberisco, no encontrándose en Alejandria otro que sustituyese mejor á los grandes caballos negros de su país nativo.

010783

Se adelantaban, seguidos de la multitud, hácia la puerta del Museo, y deteniéndose, empezaron á apearse, mientras que sus esclavos cuidaban de las mulas y de los caballos.

No habia escapatoria para Hipatia: el orgullo la impidió obedecer á su instinto virginal, retirándose entre la multitud que estaba detrás de ella; y habiendo el Amal bajado de la mula á Pelagia, las bellezas rivales de Alejandria se vieron, por la primera vez de su vida, frente á frente.

—¡Que Atene te favorezca hoy, Hipatia! dijo Pelagia con su mas dulce sonrisa. He traído á mis guardias para que oigan esta tarde algo de tu sabiduria. Deseo ver si puedes enseñarlos alguna cosa mas digna de oirse que las cancioncillas que Afrodita me enseñó cuando me sacó de la espuma del mar, de donde ella salió tambien, y me puso por nombre Pelagia.

Hipatia se irguió cuan alta era, y no respondió nada.

—Paréceme que mis guardias pueden asociarse á tí. A lo menos son príncipes y descendientes de deidades, por lo cual deben entrar antes que tus provin-

cianos. ¡Quieres mostrarles el camino!

Hipatia continuó sin abrir los labios.

—Entonces yo los guiaré. ¡Vamos, Amal!

Diciendo así, subió las escaleras, seguida de los godos que arrimaban á los alejandrinos á un lado, á derecha é izquierda, como si fuesen niños.

—¡Ah, traidora cortesana! exclamó un jóven, cuya voz se oyó claramente en medio de los murmullos de la muchedumbre; ¡despues de habernos robado todo el dinero que pudiste con tus falsedades, estás ahora consumiendo nuestros patrimonios con bárbaros!

—Devuélvenos nuestros presentes, Pelagia, gritó otro, y sé feliz con tu manada de toros bravíos!

—¡Lo seré! dijo Pelagia parándose repentinamente, y cogiendo sus collares y brazaletes, estaba á punto de arrojarlos á la multitud atónita.

—¡Vedlos! ¡Tomad vuestros presentes! Pelagia y sus amigas no quieren deber nada á niños, cuando son adoradas por hombres como estos.

Pero el Amal que, afortunadamente para los estudiantes, no habia entendido una palabra de esta conversacion, le

contuvo el brazo, preguntándole si estaba loca.

—¡No, no! esclamó sin poder hablar de ira. Dame oro.... todo el dinero que tengas. Estos miserables me están echando en cara lo que me dieron antes.... antes.... ¡Oh, Amal! ¿me entiendes?

Y se agarró de su brazo, como suplicándole.

—¡Héroes! cada uno de vosotros arroje su bolsa en medio de esos bribones! Dicen que nosotros y nuestras queridas vivimos de sus despojos.

Y su bolsa fué á caer entre la multitud.

En un instante todos los godos imitaron su ejemplo; y hasta hubo mas de uno que arrojó un brazaletes ó un collar al rostro de algun infeliz filosofastro.

—No tengo dama, amigos míos, dijo el anciano Wulf en bastante buen griego, y no os debo nada. Así, guardaré mi dinero, como guardaríais el vuestro; y como lo guardarías también tú, viejo Smid, si hubieras imitado mi cordura.

—¡No seas mezquino, príncipe, por el honor de los godos! dijo Smid riéndose.

—Si yo tomo en oro, pago en hierro, respondió Wulf desenvainando hasta la mitad la grande y ancha hoja, ante cuyas ominosas manchas oscuras la estudiantina retrocedió; y toda la partida entró en el vacío salon de lecciones y se sentó á su comodidad en la filas de enfrente.

¡Pobre Hipatia! Al principio determinó no explicar.... luego quiso enviar por Orestes.... despues se le ocurrió acudir á sus estudiantes para que defendiesen la santidad del Museo; pero el orgullo, á la par que la prudencia, la aconsejaron mejor; retirarse hubiera sido confesarse vencida.... deshonar la filosofia.... perder su influencia en el ánimo de todos los irresolutos. ¡No! decidió seguir adelante y arrostrarlo todo, insultos y hasta la violencia; y con trémulos miembros y pálidas mégillas subió á la tribuna y empezó....

Con sorpresa y placer de la jóven, su bárbaro auditorio se condujo admirablemente. Pelagia, con el buen humor que le habia causado su triunfo, y quizá también determinada á mostrar su desprecio hácia Hipatia, dejándole todas las probabilidades de triunfo, se

contuvo, y contuvo á sus amigos por una media hora. Pero alcabo de este tiempo, la violenta respiracion del dormido Amal, á quien habia despertado dos veces, resonó libremente en la sala, y fué engrosando hasta convertirse en ronquido, porque la misma Pelagia se habia quedado tan dormida como él. Entonces, otro censor se encargó de mantener el orden. El viejo Wulf, desde que Hipatia habia empezado, no habia vuelto á separar de ella los ojos, y mas de una vez el flaco corazon de la jóven se habia alegrado al reparar en la sonrisa de vigorosa inteligencia y honrada satisfaccion que brillaba en aquel semblante lleno de cicatrices, mientras que de tiempo en tiempo la blanca barba del anciano se agitaba con mareada aprobacion, hasta el punto de encontrarse Hipatia, mucho antes de concluir el discurso, encaminando sus palabras directamente á su nuevo admirador.

Cuando hubo acabado, los estudiantes, que se habian ido sentando poco á poco, sin el mas leve deseo de burlarse de los intrusos, que habian sido esta vez los que se habian burlado completamente de ellos, se levantaron á toda

prisa, muy contentos de verse libres de tan peligrosos vecinos. Pero con admiracion suya, y tambien de Hipatia, el viejo Wulf se levantó al mismo tiempo, y adelantándose hasta la tribuna, sacó su bolsa y la colocó á los piés de Hipatia.

—¿Qué significa esto? preguntó la jóven, medio aterrorizada al ver acercarse la figura de mas rudo y bárbaro aspecto que habia contemplado en toda su vida.

—Mi paga por lo que he oido esta tarde. Eres una noble doncella, ¡y ojalá que Freya te envíe un marido cual mereces y que te haga madre de reyes!

Dicho esto, Wulf se retiró con los suyos.

Pelagia, á la vista de aquel público homenaje tributado á su rival ante sus propios ojos, se sintió inclinada á aborrecer al viejo Wulf. Pero éste fué el único traidor. Los demas godos convinieron en que Hipatia era una necia, que estaba despreciando su juventud y hermosura en hablar á monos, y montando de nuevo en sus caballos, como Pelagia en su mula, se dirigieron triunfalmente á su habitacion.

Sin embargo, el corazon de esta últi-

ma estaba triste en medio de su triunfo. Lo justo y lo injusto eran ideas tan desconocidas para ella como para muchos miles de personas de su tiempo. Según lo que le sugería su conciencia, hallábase tan destituida de alma como la mula en que cabalgaba. Habiéndola dotado la naturaleza de un buen humor sin límites, y de un talento artístico no común, su gusto griego por la belleza y gracias físicas se había desarrollado con el largo ejercicio, llegando a ser la más perfecta pantomima, bailarina y música de los teatros de Alejandria. Desde su infancia había vivido, pues, solo para el goce y la vanidad, sin desear más. Pero su nuevo afecto, ó mejor dicho, adoración hacía su corpulento amante godo, había despertado en ella una nueva idea de conservarle... vivir para él... y seguirle al fin de la tierra, aunque se cansase de ella, aunque la tratase mal y correspondiese á su amor con el desprecio. Poco á poco, día tras día, las burlas de Wulf habían excitado en ella el temor de que pudiese llegar este último caso.... Porque no lo adivinaba; pero ¿qué especie de mugeres eran aquellas Alrunas á que aludía Wulf en sus

cantos, y de las cuales hasta el Amal y sus héroes hablaban con respeto, como de una cosa que la excedía en nobleza y también á ellos? ¿Y qué era lo que Wulf había reconocido en Hipatia, y había hecho que el rudo y selvático guerrero le tributase aquel homenaje público?... ¿No era difícil decirlo! Pero ¿por qué eso atraía en Hipatia ó en cualquiera otra?... Y la pobre hija de la naturaleza consideraba en confuso estravío una multitud de preguntas nuevas, como miraría una mariposa las páginas del libro donde se posase, y se sentía triste y descontenta, no de sí misma, pues ¿no era ella Pelagia la perfecta! sino de las extrañas ideas que asaltaban la cabeza de otras personas. ¿Por qué cada uno no sería tan feliz como pudiese? ¿Y quién mejor que ella sabía el modo de ser feliz y de hacer que otros lo fuesen?...

—Mira ese monge anciano que está de pié en el pavimento, Amalrico. ¿Por qué me mirará tan fijamente? Dile que se vaya.

La persona á quien aludía era un anciano de delicadas facciones, con una venerable barba blanca; y pareció oírlo,

pues que al momento apartó la vista, y entonces, con asombro de Pelagia, se cubrió el rostro con las manos y prorumpió en un llanto convulsivo.

—¿Qué significará eso? Que me le traigan al instante. Quiero saberlo, exclamó con petulancia, parando la atención en aquel nuevo objeto, á fin de librarse de los pensamientos que la tenían asediada.

Inmediatamente un godo fué en busca del anciano, que vino sin resistencia al lado de la mula de Pelagia.

—¿Por qué has llevado tu grosería hasta el punto de ponerte á llorar de ese modo en mi presencia? preguntó con arrogancia.

El anciano la miró triste y tiernamente, y respondió en voz baja, como si las palabras no debiesen ser oídas mas que por ella:

—¿Y puedo acaso dejar de llorar, cuando contemplo una cosa tan bella como tú destinada para siempre á las llamas del infierno?

—¿A las llamas del infierno? dijo Pelagia asustada. ¿Por qué?

—¿No lo sabes? preguntó el anciano

con una mirada de triste sorpresa. ¿Te has olvidado de lo que eres?

—¿Yo? En mi vida he hecho daño ni á una mosca.

—¿Por qué estás tan asustada, querida? ¿Qué le has estado diciendo, viejo miserable?

Y el Amal levantó el látigo.

—¡Oh! no le hieras. Ven, ven mañana, y me dirás lo que significan tus palabras.

—No; no queremos frailes que vayan á asustar á mugeres tontas. ¡Fuera de aquí! y agradece á esta dama el que salgas tan bien librado.

Y en seguida el Amal cogió de la brida la mula de Pelagia y echó á andar, mientras el anciano permaneció mirándolos con tristeza.

Pero evidentemente no era la hermosa pecadora el objeto que habia conducido al anciano monge del desierto á una vecindad tan agena de sus hábitos; porque recobrándose en pocos momentos, corrió á la puerta del Museo y se situó allí, examinando con ardor las fisonomías de los que pasaban y recibiendo su parte de estudiantiles burlas.

—Oyes, gato viejo, ¿qué raton estás

asechando aquí, á la boca del agujero?

—Entra á ver si los ratones te chamuscan los bigotes....

—Aquí está mi raton, señores, respondió el anciano con un saludo y una sonrisa, cuando colocó su mano sobre el brazo de Filemon y presentó á sus atónitos ojos las delicadas facciones y elevada frente de Arsenio.

—¡Padre mio! exclamó el jóven en el primer impulso de un tierno reconocimiento; y despues.... aunque siempre habia estado aguardando algun encuentro por el estilo, se puso pálido como la muerte. Los estudiantes vieron su emocion.

—¡Suéltale, viejo Heautontimorumenos! Pertenece ya á nuestra compañía. Los monges no tienen que ver con hijos ni con esposas. ¿Quieres que le echemos de aqui, Filemon?

—Cuidado con lo que haceis; ¡los godos están todavía cerca! contestó Filemon; y para evitar que los estudiantes se propasasen hasta insultar á una persona tan respetable y querida de él como Arsenio, llevó de allí poco á poco al anciano y subió con él por la calle en

silencio, temeroso de lo que iba á sobreenir.

—¿Son esos tus amigos?

—¡Dios me libre! No tengo nada de comun con tales gentes, sino el ser de carne y hueso y ocupar como ellos un asiento en la sala de lecciones.

—¿De la muger pagana?

Filemon, como todos los jóvenes que sienten miedo de algo, se dió prisa á entrar en materia, por lo mismo que temia la calma con que lo iba á hacer Arsenio.

—Si, de la muger pagana. Dime, ¿has visto á Cirilo antes de venir aquí?

—Le he visto, y....

—Y, prosiguió Filemon interrumpiéndole, algunos de los que le rodean te habrán dicho de mí misfalsedades. Por ejemplo, que he pisoteado la cruz... que he sacrificado á todas las deidades del Panteon... y probablemente (añadió, poniéndose de color de escarlata), que el mas puro de los séres (tan puro, que si no fuese lo que se denomina pagano, seria y mereceria ser adorada como la reina de los santos), que ella.... y yo.... Al llegar aquí se detuvo.

—¿He dicho yo que creyese lo que haya podido oír?

—No... y por lo mismo, como son tan necios y urdidores de falsedades, no hay mas que hablar en el asunto: lo cual no quiere decir que no esté dispuesto á contestar á todas tus preguntas, mi amado padre.

—¿Te he dirigido alguna, hijo mio?

—No. Podemos, pues, mudar de conversacion por ahora.

Y empezó á abrumar al anciano con preguntas sobre él, sobre Pambo y demas habitantes de los Lauros; á los cuales Arsenio, con infinita satisfaccion del jóven, respondió cordial y minuciosamente, y hasta se sonrió al oír á Filemon censurar el contraste entre los monges de Nitria y los de Scetis.

Arsenio era demasiado sábio para no conocer lo que significaba aquella verbosidad, y para no calcular que la version de Filemon estaba probablemente tan cerca de la verdad como la de Pedro; mas, fundado en razones esclusivamente suyas, solo le contestó con una cariñosa mirada y un cumplimiento por encontrarle mas crecido que cuando salió de los Lauros.

—Y sin embargo, me pareces delgado y pálido, hijo mio.

—El estudio, dijo Filemon, el estudio. No se puede consumir aceite á media noche, sino expiarlo de algun modo.... No obstante, estoy ya bien recompensado y en lo futuro lo estaré mas.

—Esperémoslo así. Pero, ¿qué godos son esos junto á los cuales acabo de pasar?

—¡Ah! padre mio, respondió Filemon alegre por tener una excusa para variar de asunto, y sin embargo, medio receloso viendo que Arsenio no le hablaba del verdadero objeto de su visita. Entonces eras tú el que se detuvo y habló con Pelagia al extremo de la calle. ¿Qué palabras pudiste dirigir á tan miserable criatura?

—Dios lo sabe. Mi corazon sintió una simpatia secreta hácia ella.... ¡Infeliz jóven!.... Pero, ¿cómo la conoces tú?

—Toda Alejandria conoce á esa abominable muger, dijo una voz á su lado, que era ni mas ni menos la del porterillo, el cual habia estado observando á los dos monges todo aquel tiempo, y no habia podido contenerse mas sin mezclarse en la conversacion. Y mucho hu-

hiera convenido á varios jóvenes ricos que la vieja Miriam no la trajese, en un ominoso día, de Atenas.

—¿Miriam?

—Sí, monge; ese es un nombre no desconocido en los palacios y en los mercados de esclavos.

—¿Una vieja judía, de mirada diabólica?

—Judía es, como habrás conocido por el nombre que lleva; y en cuanto á sus ojos, me parecen, ó mas bien me parecían (pues su nacion ha sido espulsada de Alejandría por su fanática tribu), divinos ó demoniacos, calífiquelos como guste la imaginacion vulgar de los monges.

—Pero, ¿cómo conociste á esa Pelagia, hijo mio? No es compañía á propósito para personas como tú.

Filemon refirió, con bastante modestia, su aventura del Nilo y la invitacion que le habia hecho Pelagia.

—¿Seguramente no la aceptaste?

—No permitió el cielo que el discípulo de Hipatia se degradase hasta ese punto!

Arsenio sacudió tristemente la cabeza.

—¿Hubieras querido que la admitiese?

—No, hijo mio. Pero, ¿desde cuándo has aprendido á llamarte discípulo de Hipatia y á calificar de degradacion el visitar á la muger mas pecadora, si de ese modo lograbas restituir al Buen Pastor una oveja perdida? Sin embargo, eres aun muy joven para tal empleo, y sin duda ella queria tentarte.

—No lo creo. Parecia, si, sorprendida de lo que se hablaba sobre semejanza entre ella y yo, y sobre mi procedencia de Atenas.

—¿Semejanza entre ella y tú? ¡Es cierto!... Yo la he sentido, sin conocer lo que me atraía á su persona. Cuando miré su rostro, se me figuró ver uno familiar, querido para mí... ¿Cuánto tiempo hace que vino de Atenas? ¿Quién lo sabe?

—Precisamente despues que aquella ciudad fué saqueada por los bárbaros, dijo el porterillo, que empezando á sospechar un misterio, estaba atisbando como un loro.

—La época coincide... ¿Puede encontrarse á esa Miriam?

—Es una pregunta sabia y cortés para un monge. ¿No estás enterado de que

Cirilo espulsó de Alejandria a todos los judíos hace cuatro meses?

—Es verdad, es verdad....

—¿De qué se trata, padre mio? Parece que te interesa esa muger....

—¿Y es esclava de Miriam?

—Hace siete años que es libre, dijo el portero. La buena señora, por razones excelentes sin duda en sí mismas, pero no muy claras al entendimiento filosófico, determinó darle soltura en la república de Alejandria, para que buscase qué devorar.

—¿Dios la ayude! ¿Y estás cierto de que Miriam no se encuentra en Alejandria?

El porterillo se puso muy colorado y también Filemon, pero se acordó de su promesa y la mantuvo.

—Veo que los dos sabéis algo acerca de ella. No es posible, añadió volviéndose al porterillo con cierto aire de autoridad, que engañes á un antiguo hombre de Estado, aunque hoy no pase de ser un pobre monge. Si me dices lo que sabes, te prometo que ni tú ni ella perderéis nada por esa confianza. Si no, yo encontraré medios de descubrir lo que hay de verdad en eso.

Ninguno de los dos chistó.

—¿Filemon, hijo mio! ¿conque te has ligado contra... no, no contra mí, sino contra ti mismo, pobre jóven descarriado?

—¿Contra mí mismo?

—Sí.... Lo he dicho. Pero, si no tienes confianza en mí, no puedo tenerla en ti.

—He prometido callar.

—Y yo, señor hombre de Estado, ó monge, ó ambas cosas á un tiempo, ó ninguna de las dos, lo he jurado por los dioses inmortales, dijo el portero con tono arrogante.

Arsenio se detuvo.

—Hay quien sostiene que un juramento por un ídolo, que en sí es nada, carece de valor. Yo no creo eso. Si tú consideras pecado quebrantar tu juramento, pecado es para tí sin duda. En cuanto á tí, pobre hijo mio, tu promesa es sagrada, aunque haya sido hecha al mismo Júdas Iscariote. Pero escúchame: ¿Hay inconveniente en que uno de vosotros refiera á esa muger (suponiendo que esté en Alejandria, lo que Dios permita), todo lo que aquí ha pasado, y le diga que Arsenio, cuyo nombre le es bien cono-

cido, ofrece, bajo el solemne juramento de un cristiano, no injuriarla ni hacer la traicion? ¿Quereis hacer esto?

—¿Arsenio? exclamó el porterillo con una mirada en que iban mezclados el temor y la lastima.

El anciano se sonrió.

—Arsenio, á quien llamaron en otro tiempo el padre de los emperadores. Ella tendrá confianza en ese nombre.

—¡Iré al momento, señor, volaré!

Y el porterillo partió como un relámpago.

—El pobre diablo no ha visto, dijo Arsenio sonriéndose, cuánto ha confesado ya, y cuán fácil me seria ahora seguirle á la guarida de la vieja.... Filemon, hijo mio.... Muchas lágrimas tengo que llorar por ti.... pero impediré todavia que corran. Estás ya seguro; y el anciano le tomó del brazo. ¿Tú no dejarás á tu pobre y anciano padre? ¿Tú no me abandonarás por la muger pagana!

—¡Permaneceré á tu lado, te lo prometo! con tal que no digas cosas injustas de ella.

—Yo no hablo mal de nadie, ni acuso á nadie, sino á mí mismo. No te di-

ré una sola palabra dura, pobre hijo mio. Ahora, oyeme. ¿Sabes que procedes de Atenas? ¿Sabes que fui yo quien te traje á Africa?

—¿Tú?

—Sí, hijo mio; pero cuando te llevé á los Lauros, me pareció bien que tú, como hijo de un noble, no supieses nada de esto. Y dime, ¿no recuerdas á tu padre ni á tu madre, á ningun hermano ni hermana, en fin, no recuerdas nada de tu casa en Atenas?

—¡Nada!

—Gracias á Dios. Pero, Filemon, si hubieses tenido una hermana.... ¡Silencio! Y si (hablo condicionalmente), viviese solo en cuanto al nombre, y estuviese muerta; peor que muerta, en.... ¿qué harías por salvarla?

El jóven se agarró del brazo del anciano para no caer.... ¡una hermana!... ¿Qué misteriosa virtud era la de esta sola palabra, que hacia vacilar su cerebro y palpar con fuerza su corazon? ¡Una hermana! no meramente una amiga, una igual, sino una compañera, dada por Dios, y á quien podia amar, sin que nadie, ni aun un monge, le censurase por ello. No meramente una cosa

delicada, débil, hermosa (pues desde luego suponía que debía ser hermosa), á quien le era permitido querer, guiar, sostener, libertar, y por quien podía morir, hallando deliciosa semejante muerte. Si.... todo esto y mas todavía se encerraba en aquella sagrada palabra. Porque estas ideas divididas y parciales habian flotado al través de su entendimiento con demasiada velocidad para que excitasen una pasión como la que le movía ahora; y hasta apenas habia oído, si es que oído habia, la indicación de su pecado y del peligro en que se encontraba. Era la palabra misma la que llevaba su encanto, su mensaje al corazón del huérfano de padre y madre, cuando por la primera vez contemplaba la profunda, eterna, divina realidad del parentesco.... ¡una hermana! de su propia carne, de su propia sangre.... nacida del mismo padre y de la misma madre que él, ¡suya, suya para siempre! ¡Cuán vanos y efimeros le parecían todos esos parentescos espirituales de hijos y de hijas, invenciones de la mudable fantasía, del capricho del hombre! Arsenio.... Pambo.... la misma Hipatia.... ¿qué eran ahora para él? Se

trataba de un parentesco verdadero... ¡Una hermana! ¿Qué otra cosa habia en la tierra que mereciese fijar su atención?

—¿Dónde está?... fué la primera pregunta que pudo articular, con los ojos llenos de lágrimas. ¿Dónde? Vamos... ¡llévame con ella al instante!

—Pero, hijo mio, aun no estamos ciertos.

—¿No?... entonces has cometido una crueldad en pronunciar esa palabra. ¡Oh! ¡si al cabo todo quedase frustrado! Pero, como quiera que sea, iremos... Sí... solo la probabilidad de encontrarla es suficiente para aventurar la vida en el empeño. Y en su impaciencia empujaba hácia adelante al anciano. ¡Vamos! Sé que está en casa de Pelagia. Sé que lo crees así. La distinguirás entre todas.... me la mostrarás.... y yo la sacaré de allí, aunque diez mil godos traten de impedirlo. Triunfaré, sí. ¡Dios, que me la dió, me dará fuerzas para salvarla! ¡Vamos!

Y arrastró á Arsenio en la dirección de la casa de Pelagia, sin saber á punto fijo qué harían en llegando.

Estaban á unas cuantas varas de la

puerta, cuando el ruido de pasos precipitados y de voces que los llamaban por sus nombres, les hizo volver el rostro; y vieron con evidente disgusto que eran Pedro y una gran partida de alborotadores, entre ellos algunos monges.

El primer impulso de Filemon fué echar á correr: el mismo Arsenio le cogió por el brazo y parecía inclinado á huir.

—¡No! pensó el jóven, ¿acaso no soy un hombre libre y un filósofo?

Y mirando en derredor, aguardó al enemigo.

—¡Ah! ¡aquí tenemos al apóstata! ¡Conque al fin le has encontrado, reverendo y maltratado padre! ¡Loado sea el cielo por tan feliz y pronto éxito!

—Mi buen amigo, preguntó Arsenio con voz trémula, ¿qué es lo que te trae aquí?

—¿Había de dejarte ir solo, á tu edad, sin álguien que te preservase de los insultos y la violencia de este miserable jóven y sus depravados compañeros? Te hemos seguido toda la mañana con los corazones llenos de filial solicitud.

—Muchas gracias; pero ya ves que todo ese cuidado ha sido supérfluo. Mi

hijo, de quien no he recibido mas que pruebas de tierno afecto, y al que creo mucho mas inocente de lo que se le quiere hacer aparecer, está determinado á volver tranquilamente conmigo. ¿No es verdad, Filemon?

—¡Ay, padre mio! contestó Filemon con un esfuerzo, ¿cómo tendré valor para decirlo?... Pero.... no puedo volver contigo.

—¿No puedes volver?

—He jurado que no atravesaría los umbrales del palacio arzobispal hasta que....

—Pero Cirilo te recibirá. Me ha dicho te asegure que está pronto á recibirte como un hijo, dando al olvido todo lo pasado.

—¿Al olvido! Eso me toca á mí.... no á él. ¿Proclamará Cirilo públicamente mi inocencia, añadiendo que se me ha perseguido, aporreado y espulsado injustamente, por obedecer sus órdenes? Mientras no haga esto, no olvidaré que soy un hombre libre.

—¿Un hombre libre? dijo Pedro con maligna sonrisa. Eso necesita probarse, jóven, y no basta para ello el testimonio de esa capa filosófica y de ese bien

rizado cabello que has adoptado desde que te ví la última vez.

—¿Qué necesita probarse?

Arsenio, con ademán de súplica, indicó á Pedro que callase.

—No, señor. Como lo anuncié, es el único recurso que queda. La culpa, si la hay en valirme de él, será del jóven cuya perversidad lo ha hecho necesario.

—¡Por Dios, ten lástima de mí! exclamó el anciano llevando aparte á Pedro, mientras que Filemon permanecía atónito, luchando entre la indignacion y un temor vago.

—¿No te he dicho y repetido que jamas me resolveré á llamar á un cristiano mi esclavo? ¿Y sobre todo á él, mi hijo espiritual?

—Pero, reverendísimo señor, cuyo celo solo puede compararse con tu cariño y tu misericordia, ¿el santo patriarca, no te ha asegurado que tus escrúpulos carecen de fundamento? ¿Piensas que él tiene menos horror que tú á la esclavitud en sí misma? ¿No lo quiera el cielo! Pero cuando se trata de un alma inmortal... cuando es preciso restituir una oveja extraviada al rebaño... no cabe duda de que debes emplear la

autoridad que la ley te concede para la salvacion de esa preciosa carga confiada á tí. El argumento que presentó su santidad esta mañana, es concluyente: los cristianos están obligados á obedecer las leyes de este mundo, para tranquilidad de su conciencia, aun cuando en lo abstracto las desaprueben y nieguen su autoridad. Así, pues, por un raciocinio igual, se deduce que debe serles permitido aprovecharse de esas mismas leyes, si de ese modo contribuyen á aumentar la gloria de Dios.

Arsenio continuaba sin resolverse y con los ojos bañados en lágrimas; pero el mismo Filemon puso término á la conferencia.

—¿Qué significa todo esto? preguntó. ¿Tambien tú formas parte de la conspiracion tramada contra mí? ¡Dí, Arsenio!

—Lo que significa, ciego pecador, exclamó Pedro, es que por la ley eres esclavo de Arsenio, el cual te compró legalmente con su dinero en la ciudad de Ravena; y que tiene facultad, y ademas, como lo creo, quiere, por el bien de tu alma, obligarte á que le acompañes.

Filemon retrocedió, luciendo el furor

en sus ojos. ¡Un esclavo! La luz del cielo se oscureció para él. ¡Oh! ¡Si Hipatia llegase á saber toda su vergüenza! Pero era un destino demasiado tremendo para que pudiese ser cierto.

—¡Mientes! dijo casi con un grito. Soy hijo de un noble ciudadano de Atenas. Arsenio me lo ha dicho no hace un momento con sus propios labios.

—Sí, pero te compró... te compró en el mercado público, y lo puede probar.

—¡Oyeme... óyeme, hijo mio! exclamó el anciano precipitándose hácia él.

Filemon, en su cólera, no conoció la intencion de Arsenio, y le repelió con furia.

—¡Tu hijo!... ¡Tu esclavo! No insultes el nombre de hijo aplicándolo á mí. ¡Sí; tu esclavo por lo que respecta al cuerpo, mas no por lo que respecta al alma! ¡Sí, cogeme... arrastra á tu casa al fugitivo... azótale, márcale con un hierro candente... eneadénale para que mueva la rueda del molino, si puedes! pero el corazón libre tiene un remedio aun para esto. ¡Si no quieres que viva como filósofo, me verás morir como tal!

—Apoderaos del miserable, amigos míos! gritó Pedro, mientras que Arse-

nio, sintiéndose incapaz de refrenar á ninguna de las partes, se ocultó el rostro y lloró.

—¡Infames! exclamó el jóven, no me cogereis vivo mientras me queden dientes ó uñas. Me tratais como á un irracional, y como un irracional me defenderé.

—¡Fuera de aquí, canalla, que va á pasar el prefecto! gritaron de tras de ellos algunas voces.

La multitud se separó y vió á los ugières de Orestes que le acompañaban en traje de ceremonia.

Filemon vió lucir un rayo de esperanza, y en un instante atravesó por entre la muchedumbre y se agarró al carruaje del prefecto.

—¡Soy un ateniense libre, á quien se quiere reducir á la esclavitud, y reclamo tu proteccion!

—Cuenta con ella, sea ó no justa, amigo mio.

—Aquí está su amo, gritaron algunos de los presentes.

—Su amo pide lo que la ley le concede, como ciudadano romano que es, dijo Pedro empujando hácia adelante á Arsenio.

—Si es ciudadano romano, que de-

duzca mañana su acción en el tribunal con arreglo á derecho. Pero, te advierto, anciano, que antes de proceder á la cuestión de compra, es preciso que pruebes tu ciudadanía.

—La ley no exige eso, dijo Pedro.

—¡Ugier, derriba en tierra á ese pícaro! gritó Orestes; con lo que desapareció Pedro, y se levantó un ominoso murmullo entre los circunstantes.

—¿Qué debo hacer, nobilísimo señor? pregunto Filemon.

—Lo que te acomode, hasta la hora tercera del día de mañana. . . si llega tu locura al extremo de presentarte al tribunal. Si quieres seguir mi consejo, reparte golpes á derecha é izquierda, y encomienda tu salvación á la ligereza de los pies.

Dicho esto, continuó su camino.

Filemon conoció que no le quedaba más recurso que el designado por Orestes; y poniendo en ejecución su consejo, se encontró en un minuto atravesando el portal de bóvedas de la casa de Pelagia, con una docena de hombres que iban á su alcance.

Por suerte, la puerta exterior, que acababa de dar entrada á los godos, es-

taba aún abierta; pero no así la interior, que conducía al patio. Empujó sus hojas inútilmente; y notando que en la pared de la derecha había una puerta sin cerrar, penetró por ella, y se encontró en una extensa cuadra y en los brazos de Wulf y Smid, que estaban quitando las sillas y dando de comer como verdaderos guerreros á sus caballos.

—¡Almas de mis padres! gritó Smid, ¡aquí, tenemos otra vez á nuestro jóven monge! ¿Qué te trae aquí, mozalvete?

—¡Líbrame de esos miserables! dijo Filemon señalando á los que le perseguían.

Wulf pareció comprender al momento lo que pasaba; pues cogiendo un látigo, corrió, y con unos cuantos golpes á cual más tremendos, despejó de gente el portal, y en seguida cerró la puerta.

Filemon iba á dar esplicaciones y las gracias, pero Smid no le permitió hablar.

—Olvida eso, jóven, eres ahora nuestro huésped. Entra, que serás tan bien recibido como siempre. Ya vez el resultado de haberte alejado de nosotros.

—Páreceme que no has ganado mu-

cho en dejarme por los monges, dijo el viejo Wulf. Entremos.

Los alborotadores, despues de golpear la puerta unos cuantos minutos, habian cedido á los ruegos de Pedro, el cual les aseguraba que si los godos salian contra ellos, no iba á quedar un cristiano vivo en Alejandria. Asi, se acordó que permaneciesen allí unos pocos para no perder de vista á Filemon; y los restantes, una vez frustrado su designio, dirigieron todo su furor contra el prefecto, reuniéndose al grueso de su bando, que estaban aun alrededor del carruaje, dispuestos á hacer daño.

En vano el desgraciado prefecto se empeñaba en avanzar. Los ugieres, asustados, retrocedian, y sin su auxilio era imposible que los caballos penetrasen por entre la multitud. La cosa iba poniéndose seria.

—Los mayores picaros de la ciudad, dijo en voz baja un ugier con pálido rostro, y son unos doscientos, cuando menos. Los mismos, juraria, que asesinaron á Dios curos.

—Si no me permitís continuar, amigos míos, dijo Orestes esforzándose por parecer tranquilo, quizá no sea contra-

rio á los cánones de la Iglesia el que retroceda. Dejad las cabezas de los caballos. En nombre de Dios ¿qué se os ofrece?

—¿Te figuras que hemos olvidado á Hieracas? gritó una voz á retaguardia; y en cuanto se oyó aquel nombre, hubo un murmullo general, que fué creciendo hasta que la multitud, animándose con el ruido que hacia, prorumpió en amenazas.

—¡Vengamos al santo mártir Hieracas! ¡Vengamos las injurias hechas á la Iglesia! ¡Abajo el amigo de los paganos, judíos y bárbaros! ¡Abajo el favorito de Hipatia! ¡Tirano! ¡Verdugo!

Este último epíteto hirió de tal modo la viva imaginacion de la muchedumbre, que el grito de *¡Muera el Verdugo!* atronó los aires. Uno de aquellos furiosos trató de subir al carruaje; un ugier le derribó en tierra, y fué derribado á su vez. Los amotinados estrecharon mas el círculo: la guardia, viendo que el enemigo era diez veces mayor que ella, arrojó las armas y desapareció; y sin un socorro inesperado, los proyectos de Hipatia y la causa de los dioses hubieran sucumbido para siempre, quedando Ale-

jandría privada de la dicha de ser gobernada por el mas cumplido caballero del Sur del Mediterráneo. De ese socorro, considerando quién y qué cosas estaban en peligro, hablaremos en capítulo aparte.

### CAPITULO XVII.

#### EL RAYO DE LUZ PERDIDO.

El último promontorio azul de Sardinia iba desapareciendo al Noroeste en el horizonte, y una constante brisa impelia innumerables buques, restos del armamento de Heracliano, hacia la costa de Africa. A lo lejos, bajo un cielo despejado de nubes, las blancas velas relucian en el abrigantado mar, tan alegremente á la sazón, en que pesaban sobre ellas la vergüenza y la desgracia, el terror y la pena, como cuando un mes antes llevaban consigo locas esperanzas y atrevidos proyectos. ¿Y quién es capaz de calcular las miserias de aquella deplorable fuga?... Sin embargo, no era mas que una, y de las me-

nos conocidas y mas triviales tragedias de aquella desgraciada edad; una ligera convulsion en medio de los dolores sin número que arrastraban á su dissolution á la Babilonia de Occidente. Su hora habia llegado.... Como San Juan la habia contemplado en su vision, cumpliase su merecida sentencia, agonía tras agonía. Tirana de todas las naciones, se habia sentado sobre la mística bestia.... cimentando su poder en los apetitos animales de sus victimas y esclavos; pero aun mas que á ellos se habia engañado á sí misma. Amargas lecciones le habian mostrado que no se pertenecia; que pertenecia á la bestia, á la cual los reyes de la tierra, sus vasallos, habian dado su poder y fuerza, contribuyendo á arruinarla y destruirla la misma ferocidad y la misma concupiscencia que les habia inspirado tan arteramente.... Embriagada con la sangre de los santos; impidiéndole su orgullo y envidia conocer que durante muchos siglos se habia ocupado en sofocar y estirpar en su imperio todo lo que era noble, puro, regenerador, divino, yacia impotente y delirante, presa de cualquier aventurero, esclava de sus

jandría privada de la dicha de ser gobernada por el mas cumplido caballero del Sur del Mediterráneo. De ese socorro, considerando quién y qué cosas estaban en peligro, hablaremos en capítulo aparte.

### CAPITULO XVII.

#### EL RAYO DE LUZ PERDIDO.

El último promontorio azul de Sardinia iba desapareciendo al Noroeste en el horizonte, y una constante brisa impelia innumerables buques, restos del armamento de Heracliano, hacia la costa de Africa. A lo lejos, bajo un cielo despejado de nubes, las blancas velas relucian en el abrigantado mar, tan alegremente á la sazón, en que pesaban sobre ellas la vergüenza y la desgracia, el terror y la pena, como cuando un mes antes llevaban consigo locas esperanzas y atrevidos proyectos. ¿Y quién es capaz de calcular las miserias de aquella deplorable fuga?... Sin embargo, no era mas que una, y de las me-

nos conocidas y mas triviales tragedias de aquella desgraciada edad; una ligera convulsion en medio de los dolores sin número que arrastraban á su dissolution á la Babilonia de Occidente. Su hora habia llegado.... Como San Juan la habia contemplado en su vision, cumpliase su merecida sentencia, agonía tras agonía. Tirana de todas las naciones, se habia sentado sobre la mística bestia.... cimentando su poder en los apetitos animales de sus victimas y esclavos; pero aun mas que á ellos se habia engañado á sí misma. Amargas lecciones le habian mostrado que no se pertenecia; que pertenecia á la bestia, á la cual los reyes de la tierra, sus vasallos, habian dado su poder y fuerza, contribuyendo á arruinarla y destruirla la misma ferocidad y la misma concupiscencia que les habia inspirado tan arteramente.... Embriagada con la sangre de los santos; impidiéndole su orgullo y envidia conocer que durante muchos siglos se habia ocupado en sofocar y estirpar en su imperio todo lo que era noble, puro, regenerador, divino, yacia impotente y delirante, presa de cualquier aventurero, esclava de sus

esclavos. . . . “Y los reyes de la tierra que habian pecado con ella, aborrecian á la prostituta, la despojaron de sus ropas, devoraron su carne y la quemaron con fuego. Porque Dios habia puesto en sus corazones que obedeciesen su voluntad y que diesen sus reinos á la bestia hasta que se cumplieran las palabras del Señor. . . .” Por todas partes la sensualidad, la division, el odio, la traicion, la crueldad, la incertidumbre, el terror. . . instrumentos del furor divino, dominaban. . . ¿Cuál sera el fin de todo esto? preguntaba cada hombre al que tenia mas cerca, de generacion en generacion, y la única respuesta era: “Mejor es morir que vivir.”

Sin embargo, en un buque de aquella triste escuadra habia paz; paz en medio de la vergüenza y el terror. . . en medio de los lamentos de los heridos y los ayes de los moribundos. . . en medio de la desesperacion. Las grandes triremes y quinqueremes dejaban atrás á los pesados trasportes, sin acordarse en su ánsia por verse seguras, de que dejaban al mayor número de sus compañeros sin defensa á retaguardia; solo en un pequeño barco no se oian humil-

des súplicas ni amargas imprecaciones cuando pasaban impelidas velozmente por sus poderosos remos. Una tras otra, se las veia todos los dias salir de la alta mar del Norte, cada una semejante á un enorme dragon de cien piés, estremeciéndose como asaltadas de terror á cada fuerte movimiento de sus remos, y rizando el agua á derecha é izquierda con el poderoso empuje de su espolon, mientras que desde la proa alguna gorgona ó químera, algun elefante ú oso, miraba con inflamados ojos hácia la costa de Africa, cual si no tuviese la mente fija, como los séres humanos que conducia, sino en el resultado de aquella fuga. Al pasar, alguna voz gritaba á popa, sembrando por un momento el terror en los corazones, que la escuadra napolitana del emperador venia persiguiéndolos. . . Los soldados que iban á bordo del pequeño buque, miraban silenciosamente y con firmeza el grave y sereno rostro del prefecto, y Victoria le vió estremecerse y apartar los ojos. . . Ella permanecia de pié entre aquellos hombres endurecidos en los combates, semejante á una diosa, esclamando: “El Señor protegeria á sus fieles;” y ellos



ningun concepto, te diré que aludia á la idea de Pablo de Tarso sobre la historia y los destinos de nuestra orgullosa nacion. ¡Mira lo que tu hija me ha persuadido á que lea!

Y le mostró un manuscrito de la Epistola á los hebreos.

—Esto está escrito en malísimo griego, continuó; pero no se puede negar que encierra una filosofía profunda. Conoce mejor á Platon que todas las damas y señores de Alejandria, si es que mi opinion en el asunto es de algún valor.

—Yo no soy mas que un soldado sin voto en el particular. Conocerá ó no conocerá á Platon, pero de lo que estoy seguro es de que conce á Dios.

—Despacio, dijo Rafael sonriéndose; ignoras que he empleado los últimos diez años de mi vida entre hombres que se decian dotados de ese mismo conocimiento?

—Tambien agustin empleó los diez mejores años de su vida entre ellos, y ahora combate los errores que antes enseñaba.

—¿Por haber encontrado alguna cosa mejor, segun cree?

—En efecto. Pero le hablarás á él en persona y argüerás sobre esto con uno que sepa argüir. Yo soy profano en tales cuestiones.

—Bien.... Quizá me sienta con gana de ello. A lo menos, un filósofo convertido (porque Sinesio es aun medio pagano, á mi parecer, y ama la sabiduría de los egipcios) será un espectáculo curioso, y siempre resultará un placer de hablar con un hombre tan famoso é instruido; si bien no de argüir, ni con él ni con nadie.

—¿Por qué?

—Amigo mio, estoy cansado de silogismos, probabilidades, pró y contras. ¿Qué me importa que al pesar las razones aducidas por ambas partes, diez y nueve libras de argumentos cuestionables en contra sean contrabalanceados por veinte de argumentos igualmente cuestionables en pró? ¿No ves que mi erencia de la proposicion victoriosa será proporcionada solo á la libra de exceso, mientras que las otras diez y nueve de nada servirán?

—No lo veo, en verdad.

—Eres feliz, pues. A mí sí que me lo ha hecho ver una experiencia triste

y repetida. No, respetable amigo; yo quiero una fe que no necesite de argumentos; que pueda ó no probarse á satisfaccion de los legistas, la crea yo á mi satisfaccion y obre conforme á ella sin necesidad de racionios de ninguna especie, por un convencimiento idéntico al que tengo de mi identidad personal. No necesito poseer una fe; necesito, si, una fe que me posea á mí. Y si llevo á adquirirla, será por una demostracion práctica como la que me ha suministrado esta tienda.

—¿Esta tienda?

—Sí, esta tienda, dentro de la cual te he visto á tí y á tus hijos ejecutar acciones tan nuevas para mí, el judío, como lo serian para Hipatia la gentil. Os he estado observando muchos dias, y no en vano. Cuando te ví, siendo un esperto oficial, poner tropiezos á tu fuga con admitir heridos en el buque, tu conducta me sorprendió. Pero desde que te he visto, y á tu hija, y, lo mas extraño de todo, á tu hijo Aleibiades, dejando de comer por alimentar á esos miserables, desempeñando en su obsequio dia y noche el oficio de esclavos, consolándolos como nadie en su vida

me ha consolado á mí, no culpando mas que á vosotros mismos, sacrificándoos sin esperanza de fama ni de recompensa, sin pensar en que de esa manera calmais la cólera de algun dios ó diosa; y si solo porque lo creéis justo.... Cuando he visto esto, y mas aún; y luego, al leer en este libro, he hallado inesperadamente esas mismas grandes reglas morales que vosotros practicais, brotando al parecer, sin conocimiento, como resultados naturales de los grandes pensamientos, verdaderos ó falsos, que los han precedido; entonces he empezado á sospechar que la creencia capaz de producir las acciones que he contemplado estos últimos dias, pudiera contar á su favor, no meramente una leve preponderancia de probabilidades, sino lo que nosotros los judíos acostumbrábamos llamar, cuando creíamos en él.... ó en algo.... el gran poder de Dios.

Mientras hablaba, sus ojos se fijaron en el semblante del prefecto, con la mirada de un hombre atormentado por una terrible lucha interior; siendo tan intenso el ardor de aquella, que ni el viejo soldado pudo resistirla.

—Por eso, prosiguió, ten cuidado con

tus acciones y las de tus hijos. Si, por una locura ó una bajeza, tales como las que he visto en todos los seres humanos hasta ahora en este maldito trato de locos, destruis mi esperanza apenas nacida de que existe algo, donde quiera que sea, que hará de mí lo que sé que debiera y pudiera ser.... Si destruis esa esperanza, repito, por una mala accion, mejor os estuviera asesinar á mi primer hijo.... tan grande odio (odio que solo un judío es capaz de sentir) te profesaré á tí y á los tuyos.

—¡Dios nos ayude y nos dé fuerzas! dijo el anciano guerrero con tono de noble humildad.

—Y ahora, dijo Rafael alegrándose de cambiar de tema despues de tan usadas frases, debemos considerar seriamente si aós conviene seguir ó no nuestro presente rumbo. Si vuelves á Cartago ó á Hipona....

—Seré degollado.

—Seguro. Y aunque semejante suceso te parezca un bien respecto de tí mismo, sin embargo, si atiendes al daño que pueda resultar á tus hijos....

—Amigo mio, interrumpió el prefecto, agradezco tu indicacion, pero no

quieras tentarme. Al lado del conde le combatido treinta años, y á su lado moriré, como merezco.

—¡Victorio, Victoria! gritó Rafael; ¡ayudadme! Vuestro padre, continuó viéndoles salir de la tienda, está aun decidido á perder su cabeza y aventurar las nuestras, dirigiéndose á Cartago.

—¡Por amor á mí.... por amor á nosotros.... padre! exclamó Victoria colgándose de su cuello.

—Y por amor á mí tambien, respetable señor, dijo Rafael sonriendose dulcemente. No quiero ser descortés hasta el punto de exigir un auxilio que, a lo menos al parecer, te he prestado; pero espero te acordarás de que tengo una vida que perder, y que no está bien en tí que la expongas, como tratas de hacerlo.

—Si tú pudieras ayudar ó salvar á Heracliano, enmudeceria. Mas ahora, por un mero pundonor, destruir cincuenta buenos soldados, que no saben distinguir su mano derecha de su izquierda.... ¿Me permites que les pregunte su opinion?

—¡Quieres excitar un tumulto contra mí! dijo el anciano con severidad.

—¿Por qué no amotinarse contra Filipo ébrio en favor de Filipo sóbrio? Pero realmente te obedeceré... solo que tú habrás de obedecernos.... ¿Cómo define Hersiódó al hombre que ni se aconseja á sí mismo ni toma consejo de sus amigos?... Por ejemplo, ¿no tienes relaciones de confianza en Cirenáica?

El prefecto no contestó.

—Oyenos, ¡oh padre! ¿por qué no ir á casa de Enodio? Es antiguo compañero tuyo.... y uno de los que desearon bien á esta... á esta expedición... Acuérdate además que Agustín debe estar allí ahora. El iba á darse á la vela para Berenice, á fin de consultar á Sinesio y los obispos Pentapolitanos cuando nosotros dejamos á Cartago.

Al oír el nombre de Agustín, el anciano se puso á meditar.

—Cierto; Agustín estará allí, y así nuestro amigo tendrá ocasión de verle. De ese modo también yo le pediría consejo, y si opina que debo volver á Cartago, volveré. Pero ¿y los soldados?

—Respetable señor, dijo Rafael, Sinesio y los magnates Pentapolitanos que, gracias á los moros, no pueden llamar tuyas sus vidas, se alegrarán bas-

tante de darles alimento y paga, como á todos los valientes que acudan á ellos en los momentos actuales con armas. Por lo que toca á mi amigo Victorio, seguro estoy de que emprenderá con gusto una campaña contra los moros.

El anciano se inclinó en silencio. La batalla estaba ganada.

El joven tribuno, que había estado observando el rostro de su padre con la mas intensa ansiedad, comprendió el ademán y corrió á anunciar el cambio de plan á los soldados. Estos prorumpieron en gritos de alegría, y en cinco minutos se desplegaron todas las velas, el timón mudó de rumbo y el barco navegó hacia la punta occidental de Sicilia, impelido por un constante Noroeste.

—¡Ah! exclamó Victoria regocijada. Ahora verás á Agustín. ¿Me prometes hablarle?

—A lo menos prometo que todo lo que plazca decir al gran sofista, será oído con paciencia por un hermano en el arte del sofisma. No te enoje el que me valga de esta voz. Acuérdate de que, como mi antecesor Salomón, estoy algo cansado de sabiduría y de sábios, habiendo descubierto que es muy semejan-

te á locura y locos. ¿Cómo pretenderás que crea en hombres, cuando no creo todavía en Dios?

Victoria suspiró.

—Se me figura que no dices lo que sientes. ¿Por qué ese empeño en mostrarte peor de lo que eres?

—Para que las almas generosas como la tuya no se afijan por hallarme peor de lo que parezco.... No mas sobre este punto, añadiré solo que deseo de corazon que me aborrezcas.

—¿Probaré á ver?

—Eso debe ser obra mia, no tuya. Sin embargo, te daré justo motivo para ello antes de mucho, no lo dudes.

Victoria suspiró otra vez, y se retiró á la tienda para asistir á los enfermos.

—Y ahora, dijo el prefecto dirigiéndose á Rafael y á su hijo, no vayais á formar de mí un juicio equivocado. Yo puedo haber sido débil, como los hombres á mi edad y sin esperanza acostumbra serlo; pero no me toméis por uno de esos que ceden á la desgracia, por temor de perderse. Dios sabe que deseo mas que nada morir; y que si me he desviado del curso que seguia, es en la inteligencia de que, si Agustin me lo acon-

seja, mis hijos no se opondrán á que vuelva á Cartago y arrostre mi suerte. Lo único que ruego á Dios es que me conserve la vida hasta que haya colocado á mi querida hija en el asilo seguro de un monasterio.

—¿Un monasterio?

—Sin duda; desde que nació ha sido mi idea consagrarla al servicio divino. Y en tiempos como estos, ¿qué mejor colocacion para una niña sin defensa?

—Perdóname, dijo Rafael, pero soy demasiado torpe para comprender qué beneficio ni qué piacer pueda resultar á tu Dios del celibato de tu hija.... A no ser en una suposicion que, habiéndose despertado en mí, precisamente ahora, algunos débiles restos de veneracion y decencia, solo debo permitir que sea expresada por los puros labios de los sacerdotes que carezcan de sexo.

—¿Olvidas que hablas á un cristiano?

—¡No! te lo aseguro. Lo habia olvidado, si, hasta hace dos minutos, en tu agradable y racional sociedad. En adelante no hay peligro de que vuelva á incurrir en equivocacion tan torpe.

—¿Cómo! dijo el prefecto encendiéndosele el rostro al ver el desprecio con

que hablaba Rafael.... Cuando conozcas algo mas las Epístolas de San Pablo, cesarás de insultar las opiniones y sentimientos de aquellos que los obedecen, sacrificando á Dios sus tesoros mas preciosos.

—¡Oh! ¿conque Pablo de Tarso es quien te dá ese consejo? Te agradezco que me lo hayas dicho, pues me has ahorrado el trabajo de estudiar sus obras. Permíteme, pues, que devuelva por tu mano este manuscrito, dándole muchas gracias de mi parte á esa hija tuya, con cuyo eterno encierro tratas de agradar á tu Dios. De hoy en adelante cuanta menos comunicacion haya entre cualquier individuo de tu familia y yo, será lo mejor.

Y volvió la espalda.

—Pero amigo mio, dijo el buen soldado, disgustado realmente, ¿no te irás! Te debemos mucho, y te amamos demasiado para separarnos de este modo por el capricho de un momento. Si alguna de mis palabras te ha ofendido, olvídala y perdóname, te lo ruego.

Diciendo así, cogió las dos manos de Rafael entre las suyas.

—Mi respetable amigo, contestó el

judío con dulzura, tambien yo te pido que me perdones; y cree que lo que ha pasado no me hara olvidar mi promesa tocante á la prenda.... Pero de ahí no pasarémos. Si he de decirte la verdad, hace media hora que estuve próximo ni mas ni menos que á ser cristiano. Me habia figurado que el Dios de los galileos podia ser, en último resultado, el Dios de los hebreos, nuestros abuelos.... de Adan y Eva, de Abraham y David, y de los demas que creian que los niños y el fruto del vientre eran una herencia y un don que viene del Señor; y que Pablo de Tarso iba acertado en su teoria de que la Iglesia era el desarrollo y cumplimiento de nuestra antigua política nacional.... Debo darte gracias por haberme abierto los ojos y mostrado un error que, sin mi momentáneo embrutecimiento, los frailes y las monjas habrian destruido por el mero hecho de su existencia. Adios.

Y dejando al prefecto petrificado, se retiró al otro extremo del puente, y dijo para sí:

—¿Cómo no conocí yo que este rayo de luz era demasiado repentino y bri-

ante para durar? ¿Cómo no conocí que él, lo mismo que los demás, probaría que es... un asno?... ¡Necio! ¡haber buscado sentido comun en una tierra como esta!... ¡Sepúltate otra vez en el caos, Rafael Aben-Ezra!

Pronunciadas estas palabras, se mezcló con los soldados, y no volvió á hablar al prefecto y sus hijos hasta que llegaron al puerto de Berenice; entonces, poniendo el collar en manos de Victoria, desapareció entre la multitud que poblaba el muelle, sin saberse su dirección.

### CAPITULO XVIII.

Dejamos á Filemon en medio de sus antiguos amigos los godos, buscando dos importantes elementos de humano consuelo, la libertad y una hermana. Halló al fin la primera en un vasto salon donde varios godos estaban holgando y bebiendo, y se retiró al rincón mas próximo, donde permaneció, habiendo olvidado enteramente su último terror

y su rabia, absorto en su nuevo pensamiento. Su hermana, no le cabia duda, se encontraba allí.... Pero ¿cuál de todas aquellas jóvenes era la que habia llegado á ser para él en un momento mas querida, mas grande que todas las cosas del cielo ó de la tierra? ¿La italiana, de formas redondeadas y de hermosos cabellos? ¿La judía, altiva y de nariz aguileña? ¿La copta delicada, morena, de rasgados ojos? ¿La alta y perezosa griega, bajo cuyas negras pestañas lucian subitos relámpagos, que revelaban pensamientos profundos y sentimientos no cultivados, ni siquiera imaginados por ella?... ¿Seria esta su hermana.... ó aquella otra.... ó la misma Pelagia, mas hermosa y pecadora que ninguna? ¡Terrible pensamiento! Encendiósele el rostro sin mas que ocurrirle; y sin embargo, ¿por qué en lo mas secreto de su corazón ésta era la mas agradable de todas las hipótesis? De repente, sus ideas tuvieron que mudar de rumbo.

—¡Veamos, veamos; hay una riña en la calle! gritó una de las jóvenes con todo el lleno de su voz.

—No pienso moverme, dijo bostezan-

ante para durar? ¿Cómo no conocí que él, lo mismo que los demás, probaría que es... un asno?... ¡Necio! ¡haber buscado sentido común en una tierra como esta!... ¡Sepúltate otra vez en el caos, Rafael Aben-Ezra!

Pronunciadas estas palabras, se mezcló con los soldados, y no volvió á hablar al prefecto y sus hijos hasta que llegaron al puerto de Berenice; entonces, poniendo el collar en manos de Victoria, desapareció entre la multitud que poblaba el muelle, sin saberse su dirección.

### CAPITULO XVIII.

Dejamos á Filemon en medio de sus antiguos amigos los godos, buscando dos importantes elementos de humano consuelo, la libertad y una hermana. Halló al fin la primera en un vasto salón donde varios godos estaban holgando y bebiendo, y se retiró al rincón mas próximo, donde permaneció, habiendo olvidado enteramente su último terror

y su rabia, absorto en su nuevo pensamiento. Su hermana, no le cabía duda, se encontraba allí.... Pero ¿cuál de todas aquellas jóvenes era la que había llegado á ser para él en un momento mas querida, mas grande que todas las cosas del cielo ó de la tierra? ¿La italiana, de formas redondeadas y de hermosos cabellos? ¿La judía, altiva y de nariz aguileña? ¿La copta delicada, morena, de rasgados ojos? ¿La alta y perezosa griega, bajo cuyas negras pestañas lucian súbitos relámpagos, que revelaban pensamientos profundos y sentimientos no cultivados, ni siquiera imaginados por ella?... ¿Sería esta su hermana.... ó aquella otra.... ó la misma Pelagia, mas hermosa y pecadora que ninguna? ¡Terrible pensamiento! Encendiósele el rostro sin mas que ocurrirle; y sin embargo, ¿por qué en lo mas secreto de su corazón ésta era la mas agradable de todas las hipótesis? De repente, sus ideas tuvieron que mudar de rumbo.

—¡Veamos, veamos; hay una riña en la calle! gritó una de las jóvenes con todo el lleno de su voz.

—No pienso moverme, dijo bostezan-

do un corpulento godo que estaba tendido de espaldas sobre un sofá.

—¡Oh! ¡levántate, héroe mio! dijo otra de la chieas. Es un tumulto divertidísimo, y el prefecto en persona está en medio de los alborotadores. No ha habido otro igual en este mes.

—Los principes no me permitirán pegar en la cabeza á alguno de esos monos, y ver que otros lo hacen excita mi envidia. Dame el jarro con el vino y un beso. . . . ¡Maldita chical! ¡se ha subido y me ha dejado solo!

Los gritos y el ruido de las pisadas se acercaban, y al cabo de un minuto Wulf bajó las escaleras con rapidez, y atravesando el salón, entró en el harem y se presentó al Amal.

—Príncipe..... se nos ofrece una buena ocasión. Esos bribones de griegos van á asesinar á su prefecto bajo nuestras mismas ventanas.

—Así el pícaro embustero no nos volverá á engañar. No será porque no tenga una numerosa guardia. ¿Qué hace ese necio que no cuida de su persona?

—Han huido todos, y he visto á algunos tratando de ocultarse entre la mul-

titud. Seguramente, pocos minutos quedan de vida al prefecto.

—¿Qué nos importa?

—¡Y por qué no hemos de salvarle y captarnos su favor para siempre? Nuestra gente desea combatir, y es mal plan no dar sangre de vez en cuando á los perros, para que no pierdan el gusto á la caza.

—Pero si no duraría cinco minutos.

—Y los héroes mostrarán que saben perdonar al enemigo en la desgracia.

—¡Ciertol! Y el Amal también!

Así diciendo, se levantó y gritó á los suyos que le siguiesen.

—Adios, hermosa. ¡Hola, Wulf, exclamó al entrar en el patio; aquí tenemos de nuevo á nuestro monge! ¡Por Odin! ¡bien venido seas, guapo chico! ven también á combatir; ¿para qué te han dado esas armas?

—Es mi hombre, dijo Wulf tocando la espalda de Filemon, y va á tomar el gusto á la sangre.

Los dos salieron, y Filemon, en el actual estado de su espíritu, los siguió indiferente á todo.

—Traed vuestros látigos. Nada de espadas; pues esos bribones no mere-

cen probar su filo, dijo el Amal blandiendo su pesada correa de unos diez piés de largo. Abrió la puerta, y en el momento tuvo que retroceder, arrastrado por el empuje de un grueso peloton de gente, que entró y volvió á salir con la mayor rapidez, cuando el godo, poniendo en accion la fuerza, combinada de su peso y de su brazo, se abrió paso al través de ellos, derribando uno á cada golpe y seguido por sus terribles compañeros.

No podian llegar mas á tiempo. Los cuatro caballos blancos de la cuadriga estaban rodando uno sobre otro, y se veia á Orestes vacilar en el carruaje, con el rostro ensangrenado y las manos de veinte furiosos asidas de él.

—¡Misericordia! gritaba el miserable prefecto. ¡Soy cristiano! ¡Juro que soy cristiano! ¡El obispo Atico me bautizó en Constantinopla!

—¡Muera el verdugo! ¡Muera el tirano, protector de los gentiles! ¡Sacadle del carruaje! respondian muchas voces.

—¡Miserable cobarde! dijo el Amal deteniéndose. ¡No mereces que te ayude! Pero en el mismo instante Wulf se abalanzó, hiriendo á derecha é izquier.

da, y Filemon saltó sobre el carruaje y tomó á Orestes en sus brazos.

—Estás seguro; no te resistas, le dijo en voz baja.

Una ó dos piedras le alcanzaron, pero solo consiguieron avivar su determinacion; y dentro de un momento el silbido de los látigos en torno de su cabeza, y los gritos de la multitud á su espalda, le anunciaron que se hallaba seguro. Llevó su carga al portal de la casa de Pelagia, en medio de curiosas damas, donde veinte pares de manos de las mas hermosas que habia en Alejandria le cogieron y entraron en el patio.

—¡Como otro Hilas, conducido por las ninfas! dijo sonriéndose cuando desapareció en el harem, para reaparecer á los cinco minutos, ceñida la cabeza con pañuelos de seda y mas impudente que nunca.

—Héroes.... soy vuestro esclavo.... Os debo la vida; y el valor de vuestro socorro es excedido únicamente por la delicia de vuestro cuidado. De buena gana recibiria una segunda herida para disfrutar por segunda vez los favores de tales manos y ver tales piés ocupados en mi servicio.

—No hubieras hablado así hace cinco minutos, dijo el Amal mirándole como un oso pudiera mirar á un mono.

—No pienses en las manos y los pies, pues que no son tuyos! observó con aspereza una voz desde atrás, probablemente la de Smid, hijo de Troll; y todos soltaron la carejada.

—¡Salvadores míos! ¡Hermanos míos! dijo Orestes, desentendiéndose de las risas, ¿cómo os podré pagar? ¡Hay alguna cosa aquí, dependiente de mi empleo, y con la cual me sea dable (no digo recompensaros, porque este sería un término inferior á vuestra dignidad como barbaros libres) sino mostraros mi agradecimiento?

—¡Concedénos tres dias de pillaje en el barrio! gritó uno.

—¡Ah! el valor verdadero desprecia los obstáculos; olvidais vuestro reducido número.

—Prefecto, dijo el Amal, si lo que quieres dar á entender es que nosotros, que no pasamos de cuarenta, no podríamos cortar en tres dias todas las gargantas que hay en Alejandria, inclusa la tuya, y tener entretanto á tus soldados en suspenso....

—¡La mitad se nos unirían! esclamó uno; ¡pues al cabo son parte de nuestra carne y de nuestros huesos!

—Perdon, amigos míos; no lo dudo un solo instante. Conozco el mundo lo bastante para no haber visto un perro de ganado que, presentándose la ocasión, no se comiese un trozo del carnero que estaba encargado de guardar. ¿Qué te parece, respetable anciano? añadió volviéndose á Wulf con un saludo.

Wulf puso mal gesto, y dijo algo en lengua gótica al Amal.

—Os pido perdon, heroicos amigos míos, continuó Orestes; pero con vuestro permiso observaré que me siento un poco débil á consecuencia de los últimos sucesos. Llevar mas lejos vuestra hospitalidad, sería una impertinencia; por lo mismo, si pudiera enviar á un esclavo para que buscarse á algunos de mis ngieres....

—¡No, por todos los dioses! esclamó el Amal. Ahora eres mi huésped.... el de mi señora, á lo menos. Y nadie ha salido de mi casa sin haber comido y bebido, estando esto en mi mano. Amigos, que los cocineros se pongan con

empeño á trabajar, pues el prefecto ha de ser tratado por nosotros como un emperador, y le despediremos esta noche tan ébrio como pudiera desear. Si guenos: los godos somos gente ruda; pero por las Valkirias, ¡nadie dirá que no obsequiamos á nuestros huéspedes!

—Es una dulce violencia, dijo Orestes al ponerse en marcha.

—¡Deteneos! ¡Uno de vosotros, no cogió á un fraile?

—Aquí está, príncipe, con los codos atados atrás.

Y le fué presentando un monge alto, con semblante hosco y medio desnudo.

—¡Perfectamente! Introdúcidle. El prefecto le juzgará mientras se prepara la comida, y Smid tomará á su cargo el ahorcarle. Smid no hirió á nadie en el tumulto; estaba pensando en su amada.

—Uno de esos pícaros me arrancó con los dientes un pedazo de pierna, y caí al suelo, murmuró Smid.

—Bien, pues que pague éste por él. ¡Traed una silla, esclavos! Siéntate aquí, prefecto, y juzga.

—¡Dos sillas! dijo uno: el Amal no debe estar en pie, ni ante el mismo emperador.

—De ningún modo, amigos míos. El Amal y yo serémos como los dos Césares, y dividiremos el imperio entre ambos. Presumo que no hemos de disentir mucho en cuanto á mandar ahorcar á este digno personaje.

—La horca es un suplicio demasiado pronto para él.

—Yo iba á hacer igual observacion; hay ciertas formalidades judiciales, que generalmente se consideran útiles, si no necesarias, para la existencia del imperio romano....

—No hables tanto, gritó un godo. Si quieres ahorcarle tú mismo, hazlo. Pensábamos ahorrarte ese trabajo.

—¡Ah! excelente amigo mio, ¿quieras privarme del delicado placer de la venganza? Mi intencion es emplear mañana cuatro horas por lo menos en el suplicio de este piadoso mártir. Tendrá bastante tiempo para pensar entre el principio y el fin del tormento.

—¡Oyes, amigo? preguntó Smid al monge, dándole un golpecito debajo de la barba, mientras que los demas parecían considerar todo aquello como un agradable entretenimiento, y dividían sus burlas entre el prefecto y su víctima.

—El hombre de sangre lo ha dicho. Soy un mártir, respondió el monje.

—Emplearás una buena porción de tiempo en llegar á serlo.

—La muerte puede ser larga, pero la gloria es eterna.

—Cierto. Lo había olvidado, y te retardaré esa gloria, si me es posible, uno ó dos años. ¿Quién fué el que me hirió con la piedra?

El monje no contestó.

—Dímelo, y en el momento que esté en poder de mis lectores, te perdonaré.

Sonrióse el preso y dijo riéndose:

—¿Me perdonarás? ¿Me perdonarás la eterna bienaventuranza y las cosas inefables que Dios ha preparado para los que le aman? ¡Tirano y verdugo! Yo te herí, segundo Dioleciano; yo te arrojé la piedra.... yo, Amonio. ¡Pluguiera al cielo que esa piedra hubiese sido para tí lo que el clavo de Jael la Kenita para Sisara!

—Gracias, amigo mio. Héroe, ¿tenéis una cueva en que encerrar frailes como si fuese vino? Os molestaré esta noche con los cánticos de este héroe, y mañana enviaré por él á mis ugieres.

—Si empieza á ahullar cuando este-

mos en la cama, vuestros hombres le buscarán en balde por la mañana, dijo el Amal. Pero aquí vienen los esclavos á avisar que la comida está pronta.

—Espera, dijo Orestes; hay otra persona con quien tengo pendiente una cuenta.... aquel joven filósofo.

—¡Oh! él nos acompañará tambien. Nanea se ha embriagado, respondo de ello, y es tiempo de que principie.

Diciendo así, el Amal puso afablemente su garra de oso sobre el hombro de Filemon, que pareció perplejo, y miró hácia Wulf, como si implorase de él algo.

Wulf le contestó con un sacudimiento de cabeza, que animó á Filemon para tartamudear una cortés negativa. El Amal prorumpió en un juramento terrible, y con un empujon de su pesada mano le envió dando traspieses hasta el medio del patio, pero Wulf se interpuso.

—El chico me pertenece, príncipe. No es borracho, ni quiero que lo sea. ¡Ojalá, añadió en voz baja, que pudiera decir lo mismo de algunos otros! Mándanos aquí nuestra comida, cuando hallas acabado. Así como medio cordero

nos bastará, y del vino mas fuerte lo necesario para que se remoje bien en el estómago. Smid sabe mi cantidad.

—En nombre del cielo, ¿por qué no nos acompañas?

—Antes que pasen dos horas, esa chusma tratará de violentar la puerta otra vez, y debiendo quedarse alguno de centinela, será conveniente se quede aquel cuyos oídos no estén torpes con el vino y los besos de las mugeres. El chico me hará compañía.

Seguidamente entraron todos, dejando á Wulf y á Filemon en el salon de afuera.

Allí estuvieron sentados ambos como media hora, dirigiéndose uno á otro miradas furtivas, y quizá procurando cada cual averiguar, aunque en vano, lo que pasaba en el cerebro de su compañero. Filemon, aunque su corazon estaba ocupado en el recuerdo de su hermana, no podia menos de observar el aire de profunda tristeza que revelaba el semblante del anciano guerrero, marcado de cicatrices y curtido por la intemperie. La aspereza que habia notado en él la primera vez que le vió, parecia haberse convertido ahora en una

melancolla permanente. Las arrugas alrededor de su boca y de sus ojos, eran mas profundas y angulosas, y una perpetua indignacion estaba, al parecer, dibujada en su frente y en su labio superior. Media hora permaneció sentado en silencio é inmóvil, con la barba entre las manos, y éstas apoyadas en el extremo de su hacha, como si meditase hondamente, y escuchando con sarcástica sonrisa el ruido que formaban allá dentro los vasos y los platos.

Filemon respetaba demasiado la edad y magestuosa tristeza del anciano para atreverse á interrumpir su meditacion. Por último, una explosion de alegría mas estrepitosa que las anteriores, le hizo volver en sí.

—¿Qué nombre das á eso? dijo hablando en griego.

—Locura y vanidad.

—¿Y qué nombre le da ella... la Alruna... la profetisa?

—¿A quién te refieres?

—A la muger griega que fuimos á oír esta mañana.

—Locura y vanidad.

—¿Y no puede curar de semejante mal á ese afeminado romano?

Filemon, despues de un corto silencio, respondió:

—No, sin duda.

—¿Crees que podria curar á alguno de eso?

—¿De qué?

—De embriagarse y gastar su fuerza, su fama y sus riquezas, ganadas á costa de mucha fatiga, en comer y beber, en hermosos vestidos y en malas mugeres.

—Ella es muy pura, y predica la pureza á cuantos la oyen.

—Inútil. Tambien yo estoy predicando hace cuatro meses.

—Quizá sus argumentos fuesen mejores y atrajesen mas... quizá ...

—Entiendo. Siendo, como es, tan bella, no le costaria trabajo hacerse oír, mientras que á mi edad y con tan feas arrugas, me vuelven la espalda y me dicen que chocheo. ¿No es verdad? Bien. Es natural.

Hubo una larga pausa.

—Es una gran muger, prosiguió Wulf. No he visto otra igual, y he visto muchas. En otro tiempo hubo una profetisa, que vivia en una isla del rio Weser; y desde que se la veia, sin necesidad de que hablase, deseaba uno arrastrarse an-

te ella y decir: "Aquí me tienes, camina sobre mi; no sirvo para enjugar tus piés." Y muchos guerreros lo ejecutaron.... Quizá yo lo he hecho tambien antes de ahora.... Y esta se le parece extraordinariamente. Seria una esposa digna de un príncipe.

Filemon hizo un movimiento. ¿Qué nuevo sentimiento era el que le excitaba tal indignacion á la simple idea de Wulf?

—¿Belleza?... ¿Qué es el cuerpo sin alma? ¿Qué es la belleza sin la sabiduría? ¿Qué es la belleza sin la castidad? ¿La bestia! ¡el loco! ¡arrastrándote en el lodo en que se han arrastrado todos los cerdos!

—La muger hermosa sin discrecion, es como una joya de oro en el hocico de un puerco.

—¿Quién dijo eso?

—Salomon, rey de Israel.

—No he oido hablar de él nunca; pero, sea quien quiera, el que ha dicho eso fué un excelente saga. ¿Y es pura la muger griega?

—Sin mancha como la... bendita Virgen iba á decir, pero se contuvo. En

estas palabras habia para él tristes recuerdos.

Wulf volvió á quedar en silencio unos cuantos minutos, mientras que las ideas de Filemon se fijaron de nuevo en el proyecto unico que le hacia cara la vida. . . . Encontrar á su hermana! Este solo pensamiento habia cambiado en pocas horas al niño en hombre. Hasta entonces no habia sido mas que la hoja impelida por el viento, el juguete de toda impresion nueva; pero ahora, el acaso que le habia guiado en dulce cautiverio durante muchos meses, era su mortal enemigo; y toda su energia y habilidad, todo su escaso conocimiento del hombre y de la sociedad, se pusieron en accion para combatir en esta nueva causa. Wulf no era ya un fenomeno que atraia su admiración, sino un instrumento de que intentaba servirse. Las frases entreveladas con que el anciano acababa de mostrar el disgusto que le causaba la presencia de Pelagia, inspiraron al jóven, una súbita esperanza, y empezó cautelosamente á hacer indicaciones sobre la existencia de personas que se alegrarian de separarla de allí. Wulf, aprovechándose de la idea, con-

testó con preguntas investigadoras, hasta que Filemon, persuadido de que lo mejor era hablar claramente, le refirió cuanto habia acaecido aquella mañana y el misterio que Arsenio le habia revelado á medias, estremeciéndose de alegría y horror a un tiempo al oír á Wulf, despues de cinco minutos de meditacion, decirle:

—¿Y si fuese tu hermana la misma Pelagia?

Filemon iba á prorumpir en alguna apasionada respuesta, cuando el anciano le detuvo, y continuó hablando lentamente y sin quitarle de encima los ojos.

—Porque cuando un fraile jóven y sin dinero reclama su parentesco con una muger que bebe en la copa de los Césares y ocupa un lugar que le envidian las hijas de los reyes. . . . entonces, aunque un anciano pueda estar dotado de bastante buena índole para calificarlo todo de pura invencion á primera vista, naturalmente se le ocurre que el jóven tiene puesta la mira en su interés personal. . . . ¿eh?

—¿Mi interés? exclamó el pobre Filemon. ¡Buen Dios! ¿qué otro objeto pue-

do llevar, a no ser el de librarla de esta infamia, para que entre en una vida de penitencia y mortificación?

Habia herido la cuerda.

— ¡Infamia? ¡Y lo dices tú, maldito esclavo egipcio! exclamó el príncipe, rojo de cólera, y cogiendo el látigo que estaba colgado encima de su cabeza. ¡Infamia? ¡Como si tanto ella como tú no debierais juzgaros dichosos con que se os permitiera lavar los pies de un Amal!

— ¡Oh, perdóname! dijo Filemon, aterrorizado al ver los frutos de su torpeza. Pero ¡has olvidado que no está casada con él!

— ¡Casada con él? ¡Una?... No, ¡gracias á Freva! El no ha descendido aun tan bajo, ni descenderá, si antes mato yo á la hechicera con mis propias manos. ¡Una!....

¡Pobre Filemon! ¡Y aquella misma mañana le habian dicho que él era esclavo!.... Se cubrió el rostro con las manos y vertió abundantes lágrimas.

— Vamos, vamos, dijo el áspero guerrero, depuesta enteramente su ira. El llanto de una muger me importa poco; pero nunca he podido sufrir el hacer

llorar á un hombre. Cuando estés más sereno y hayas aprendido á usar de cortesía, hablaremos mas sobre esto. Ahora no mas; bastante es lo bastante. Aquí está la cena, y yo tengo tanta hambre como Loke.

En seguida empezó á devorar como un lobo, obligando, en su ruda hospitalidad, á Filemon á devorar tambien, á pesar suyo y de su estómago.

— Ahora, ahora me encuentro mejor, dijo al fin Wulf. En esta maldita ciudad no hay nada mas que hacer sino comer. No se me proporcionan combates ni cacerías. Aborrezco á las mugeres tanto como ellas me aborrecen á mí. Lo único que no aborrezco es la comida y el canto. Y ahora, halagados como están por las afeminadas harpas y flautas de esos jóvenes, ninguno se cuida de oír un verdadero canto de guerra. Oye los en este momento gritar todos juntos, á manera de una bandada de estorninos en una mañana nebulosa. Nosotros cantaremos tambien para ahogar ese ruido.

Y prorumpió en una salvaje y rica melodía representando, con gestos ra-

—74—  
fós y un tono apagado de voz, la esce-  
na que las palabras describian:—

Un alce saltó del piñar;  
Olfateó hácia el lado de Oriente y hácia  
el de Occidente;

Furtivamente y en silencio.  
En sus crines y cuernos no se veía mas  
que nieve;  
Yo coloqué mi flecha al través de mi  
arco,

Furtivamente y en silencio.  
Y al llegar aquí, engrosando la voz,  
al mismo tiempo que toda su fisonomía  
brillaba con feroz excitacion, continuó:

Crujió el arco, voló la flecha,  
Atravesó sus huesos de parte á parte,  
¡Hurrah!

Yo me abalancé á su garganta, como un  
lobo del bosque,  
Y calenté mis manos en la humeante  
sangre,

¡Hurrah!

Y lanzando un grito, que fué repitién-  
dose de pared en pared y resonó en los

—75—  
techos, saltó con un gesto y una mira-  
da tan frenética y salvaje, que hizo á  
Filemon retroceder. Pero aquel fuego  
se apagó en un instante, y Wulf volvió  
á sentarse, diciendo para sí con son-  
risa:

—Esto.... esto se asemeja algo al  
canto de un guerrero. Esto agita de  
nuevo la sangre en las venas del ancia-  
no. ¡Pero este maldito clima que pare-  
ce un horno! No hay quien conserve  
sus músculos, su valor, su dinero, nada  
en él. ¡Maldito sea el dia en que le ví  
por la vez primera!

Filemon no dijo nada, pero se sentó  
asustado con tal explosion, tan poco  
propia de la cáustica reserva y grave  
moderacion de Wulf, y temeroso de que  
fuese un ejemplo de la posesion demo-  
niaca á que estaban sujetos aquellos pa-  
ganos, segun los cristianos suponian.  
Mas el horror no habia llegado aún á su  
colmo; pues al cabo de un minuto las  
puertas del patio de las mugeres se  
abrieron, y atraida por el grito de Wulf,  
apareció toda la cuadrilla bacanal, con  
Orestes, coronado de flores y conduci-  
do por el Amal y Pelagia, haciendo eses  
en el medio y en la mano la copa.

—Aquí está mi filósofo, mi salvador, mi santo patrono! dijo. Traedle á mis brazos para que pueda ceñir su hermoso cuello con perlas de la India y oro.

—Por amor de Dios, déjame huir! dijo Filemon en voz baja á Wulf cuando vio venir hacia él á aquella gente ebria.

El anciano abrió al momento la puerta y él la atravesó de un salto. Cuando se alejaba, Wulf extendió su mano...

—Vuelve á verme, joven! A mi únicamente. El anciano guerrero no te hará ningún daño.

Habia tanta bondad en el tono de su voz y en la expresion de sus ojos, que Filemon prometió volver. Mientras huía, dirigió una postrer mirada al través de la puerta, y vió un torbellino de godos y de mugeres que giraba en torno del patio bailando el antiguo waltz teutónico, en tanto que sobre sus cabezas, sostenida por los brazos del robusto Amal, se agitaba la hermosa figura de Pelagia destrozando la guirnalda que ceñia su flotante cabellera para arrojar las rosas á los bailarines. Y aquella muger podia ser su hermana! Ocultó su rostro y lloró. La puerta, cerrándose, le impidió ver mas semejante espectáculo, y ya

era tiempo de que nos lo impidiese ver tambien á nosotros.

Habian pasado unas cuatro horas. Los bailarines estaban durmiendo su vino y la luna bañaba con sus frios rayos el patio, cuando Wulf salió, llevando un pesado jarro de vino y seguido por Smid, con una copa en cada mano.

—Aquí, camarada, en el medio, para respirar el aire de la noche. ¡Están todos los locos durmiendo!

—Todos. ¡Ah! esto refresca, despues de una sala como esa. ¡Qué lástima que todos los hombres no hayan nacido con cabezas como las nuestras!

—Es triste, sin duda, dijo Wulf llevando su copa.

—¡Cuántos placeres pierden en esta vida! Allí están roncando como cerdos; á lo menos tú y yo nos sentimos con fuerzas para dar fin á este jarro.

—Y á otro, si no hemos terminado nuestra conversacion.

—Pues qué, ¿vamos á celebrar un consejo de guerra?

—Será segun lo tomes. Ahora atiende, Smid. Si en alguien puedo confiar, supongo que es en tí. ¿Qué dices?

—¡Bah! contestó Smid dejando en el

suelo la copa, es extraño que hagas tal pregunta á un hombre que ha marchado, padecido hambre, saqueado, conquistado y recibido buenas heridas á tu lado durante veinticinco años, en todas las tierras situadas entre el Wesei y Alejandria.

—Voy siendo viejo, y sospecho de todo el mundo. Pero oye; pues entre el vino, y el mal humor preciso es que salga afuera. ¿Viste esa muger Alruna?

—Naturalmente.

—¿Y qué?

—¿Y qué?

—¿No te pareció excelente para esposa de cualquier hombre?

—Sigue.

—¿Y por qué no para nuestro Amal?

—Esa es cosa que atañe á él tanto como á ella, y á ella tanto como á nosotros.

—¿A ella? Pues qué, ¿no se creará ella demasiado honrada casándose con un hijo de Odin? ¿Ha de ser mas delicada que Placidia?

—Lo que fué bueno para la hija de un emperador, debe serlo para ella.

—¿Bueno? Y eso que Ataulfo no era mas que un Balt, mientras que Amalri-

co es un Amal, hijo de Odin por ambos lados.

—No sé si ella querria entender eso.

—Se lo haríamos entender nosotros. ¿Por qué no llevárnosla y casarla con el Amal, que quiera que no quiera? Dentro de una semana viviria contenta con él; yo respondo.

—Pero en medio está Pelagia.

—La quitaremos de en medio.

—Imposible.

—Lo era esta mañana; quizá no lo sea de aquí á una semana. Una promesa hecha anoche bastaria á nuestro intento, si aun alentase el espíritu de un godo en el pobre jóven atontado que conocemos.

—¡Oh! su corazon es excelente; nada temas de él. Pero ¿cuál fué esa promesa?

—No la diré hasta que sea reclamada. No soy hombre capaz de deshonrar mi nacion y la sangre de los dioses. Pero si ese prefecto ebrio la recuerda. ... que la recuerde. Y lo que es mas, el jóven monge que estaba aquí anoche....

—¡Ah! un buen muchacho echado á perder.

—Mas de lo que te figuras; y si su

historia es verdadera, sospecho... que Pelagia es su hermana.

—¿Su hermana? ¿Y qué sacamos de ahí?

—Quiere llevársela y meterla en un convento.

—Pero tú no consentirás que encierre á la pobre ehica.

—Smid, las personas que me estorban andar, deben caer. Tanto peor para ellas; pero Wulf jamas ha retrocedido ante ningun hombre ni bestia, y tampoco retrocederá ahora.

—Al cabo y al fin, eso es lo que conviene. ¿Y Amalrico?

—En cuanto no la vea la olvidará.

—Pero dicen que el prefecto trata de casarse con la otra jóven.

—¿El? ¿Ese mono perfumado? Ella no descenderá á tal miseria.

—Sin embargo, toda la ciudad dice que ambos lo quieren, y así lo primero es desembarazarnos del prefecto.

—¿Y por qué no? Será muy fácil, y en ello ganará Alejandria. No obstante, si nos deshacemos de él, tendremos que apoderarnos de la ciudad, y ándo que seamos bastantes para el caso.

—La guardia se nos uniría. Mañana,

si te parece, iré á los cuarteles y tantearé á los soldados, pues me he hecho amigo de muchos de ellos. Pero, en fin, príncipe Wulf... todos sabemos que lo que tú dispones está siempre bien dispuesto... pero ¿qué utilidad nos reportará casar á esa Hipatia con el Amal?

—¿Qué utilidad? dijo Wulf pegando con la copa en el suelo. ¿Qué utilidad? ¿Ciega y vieja rata, que no piensas sino en llenar los carrillos!... Darle una esposa digna de un héroe, como él lo es á pesar de todo... una esposa que le impedirá embriagarse, que le hará sábio en vez de loco, emprendedor en vez de holgazan... una esposa que nos traerá el apoyo de la gente rica, y nos afianzará aquí de modo que luego nadie pueda echarnos abajo. Mandando ellos dos en Alejandria, en tres meses serémos dueños de Africa. Enviaremos á España por los Vándalos para marchar contra Cartago; al Adriático por los Longobardos para desembarcar en Pentápolis; limpiaremos toda la costa sin perder un solo hombre, ahora que está sin soldados á causa de la expedicion de ese necio de Heracliano á Roma. Que

los Wendels y los Longobardos se den la mano aquí en Alejandría; que echen suertes para repartirse la costa, y entonces...

—Entonces qué?

—En cuanto estemos bien arraigados en Africa, reuniré una partida de héroes y con ellos navegaré al Sur hácia Asgard.... Quiero atravesar ese Mar Rojo.... y ver á Odin cara á cara, ó morir buscándole.

—Oh! suspiró Smid; y supongo que aguardarias por mí, en lugar de dejarme á mitad del camino, entre los dragones y los elefantes. Bien, bien, los hombres sábios son como las tierras pantanosas.... cabalga hasta donde quieras en la tierra firme, que seguro estás de llegar por último á un sitio agradable. Sin embargo, iré mañana á tantear la guardia, si no me duele la cabeza.

—Y yo veré al jóveu para tratar sobre Pelagia. Brindémos al buen éxito de nuestro plan.

Y los dos ancianos guerreros estuvieron bebiendo hasta que las estrellas dejaron de ser visibles y las sombras del

eláustro por el lado de Oriente se desvanecieron ante el brillo del crepúsculo.

## CAPITULO XIX.

### JUDIOS CONTRA CRISTIANOS.

El porterillo, despnes de haber llevado el mensaje de Arsenio á Miriam, volvió en busca de Filemon y el anciano, y no hallandolos, empleó toda la tarde en correr acá y allá con tal frenesí, que se originaron grandes dudas sobre el estado de su salud entre la gente del barrio. Al fin, el hambre le obligó á ir á su casa á cenar, y trató entonces de desahogar sus excitados sentimientos en su ocupacion favorita de pegar á su muger. Con este motivo, dos esclavas sirias de Miriam, atraidas por los gritos de la negra, acudieron á su socorro, le echaron encima un cubo de agua y le pusieron en la calle. El, sin alterarse, se comparó sonriéndose con Sócrates dominado por Jantipa; y cediendo filosóficamente á las circunstancias, estuvo dando saltos, semejante á una urraca

los Wendels y los Longobardos se den la mano aquí en Alejandría; que echen suertes para repartirse la costa, y entonces....

—Entonces qué?

—En cuanto estemos bien arraigados en Africa, reuniré una partida de héroes y con ellos navegaré al Sur hácia Asgard.... Quiero atravesar ese Mar Rojo.... y ver á Odin cara á cara, ó morir buscándole.

—Oh! suspiró Smid; y supongo que aguardarias por mi, en lugar de dejarme á mitad del camino, entre los dragones y los elefantes. Bien, bien, los hombres sábios son como las tierras pantanosas.... cabalga hasta donde quieras en la tierra firme, que seguro estás de llegar por último á un sitio agradable. Sin embargo, iré mañana á tantear la guardia, si no me duele la cabeza.

—Y yo veré al jóveu para tratar sobre Pelagia. Brindémos al buen éxito de nuestro plan.

Y los dos ancianos guerreros estuvieron bebiendo hasta que las estrellas dejaron de ser visibles y las sombras del

eláustro por el lado de Oriente se desvanecieron ante el brillo del crepúsculo.

## CAPITULO XIX.

### JUDIOS CONTRA CRISTIANOS.

El porterillo, despues de haber llevado el mensaje de Arsenio á Miriam, volvió en busca de Filemon y el anciano, y no hallandolos, empleó toda la tarde en correr acá y allá con tal frenesí, que se originaron grandes dudas sobre el estado de su salud entre la gente del barrio. Al fin, el hambre le obligó á ir á su casa á cenar, y trató entonces de desahogar sus excitados sentimientos en su ocupacion favorita de pegar á su muger. Con este motivo, dos esclavas sirias de Miriam, atraidas por los gritos de la negra, acudieron á su socorro, le echaron encima un cubo de agua y le pusieron en la calle. El, sin alterarse, se comparó sonriéndose con Sócrates dominado por Jantipa; y cediendo filosóficamente á las circunstancias, estuvo dando saltos, semejante á una urraca

domesticada, como unas dos horas, á la entrada de la callejuela, prodigando ligeros chistes á los que pasaban con peligro algunas veces de su seguridad personal; hasta que por último Filemon, que corría sin aliento en direccion de su casa, se precipitó en sus brazos.

—¡Oiga! ¡Eres tú! Tu estrella prospera. Ella te llama.

—¿Quién?

—Miriam. Sé como la tumba de callado. La verás y hablarás con ella. Rechazó el mensaje de Arsenio, usando de palabras que es innecesario repitan labios filosóficos. Vamos; pero cuidado cómo te expresas.... mira que se trata de una encantadora que puede detener las estrellas en su curso, y á quien obedecen los espíritus del tercer cielo.

Filemon se dió prisa en llegar á casa con su huésped. Poco le importaba ya la prevencion de Hipatia para que se resguardase de Miriam.... ¿No iba en busca de su hermana?

—¿Estás de vuelta otra vez, miserable? gritó una de las esclavas, cuando llamaron á la puerta de la habitacion de Miriam. ¿A qué traes aquí jóvenes á tales horas de la noche?

—Harás mejor en bajar y pedir perdón á tu pobre muger. Ha estado llorando y rezando por tí ante su crucifijo toda la noche; por tí, ingrato mono.

—Supersticiones femeniles.... pero la perdono.... ¡Abrid, mugeres bárbaras! Traigo aquí á este jóven filósofo de órden de vuestra ama.

—Que aguarde, pues, en la antecámara. Hay uno con mi ama en este momento.

Así, Filemon tuvo que esperar en una oscura antecámara, adornada con alfombras viejas y divanes, paseándose agitadamente, mientras que las dos esclavas le observaban de medio ojo y convenian en que era un estúpido, pues que no contestaba á sus lánguidas miradas.

Entretanto Miriam estaba oyendo, con maligna sonrisa, á un jóven judío, cuya piel habia tostado el sol.

—Sabía, madre en Israel, que todo dependia de mi diligencia, y en tal concepto cabalgué noche y dia desde Ostia á Tarento; pero el mensajero de los incircuncisos estaba mejor montado que yo; viendo lo cual, seduje á un esclavo para que estropease su caballo, y de

este modo logré adelantarme á él una jornada completa el segundo dia. Sin embargo, por la noche el Filisteo me habia dejado atras nuevamente, con la ayuda de los ángeles malos. Me puse furioso.

—¿Y entonces, Jonadab Bar-Zebudah?

—Me acordé de Ehud y de Joab, cuando iba perseguido por Azael; y despues de reflexionar mucho acerca de la legalidad del hecho, pues no soy hombre sanguinario, cuando nos reunimos en medio de la oscuridad, cogí y le maté.

Miriam aplaudió.

—En seguida, vistiéndome su ropa y tomando sus cartas y credenciales, como era justo, pasé por el mensajero del emperador, y así cabalgué el resto de aquel dia á costa de los paganos, y te devuelvo la balanza salvada.

—No pienses en la balanza. Guárdala para ti, digno hijo de Jacob. ¿Y despues?

—Cuando llegué á Tarento me embarqué en la galera que habia ajustado con ciertos piratas, hombres valientes y que se portaron muy bien; pues estando á la mitad del camino vimos otra ga-

lera en la misma direccion que nosotros que conocí era de Alejandria, y tambien el capitan, el cual me aseguró que habia ido desde aquí á Brindis con cartas de Orestes.

—¿Y qué?

—Parecióme bajo el que nos pasase, y mas bajo perder cuantos sacrificios teniais hechos tú y nuestros ancianos; así traté con el hombre de sangre, ofreciéndole, ademas de lo contratado, doscientas monedas de oro, que pagó por cuenta mia Rabbi Ezequiel, que vive junto á la puerta del Agua en Pelusio. Entonces los piratas convinieron en echar á pique al enemigo; pues nuestra galera era de Liburnia con un agudísimo espolon, mientras que la suya no pasaba de ser una ligera trirreme.

—¿Y lo hiciste?

—De otro modo no estuviera yo aquí. Fueron entregados en nuestras manos; herimos su galera por la mitad y se unió como Faraon y su ejército.

—¿Perezcan así todos los enemigos de nuestra nacion! exclamó Miriam. ¿Y ahora es imposible, dices, que lleguen nuevas noticias hasta dentro de diez dias?

—Imposible; me lo aseguró el capitán, debido todo á haberse levantado viento y á las señales de una tempestad por el lado del Sur.

—Toma esta carta para el sumo sacerdote y la bendición de una madre en Israel. Has servido á tu pueblo, y bajarás al sepulcro cargado de años y de honores, con criados y criadas, oro y plata, hijos y nietos, con tu pié sobre el cuello de los paganos y la bendición de Abraham, Isaac y Jacob, y comerás del ganso que está engordando en el desierto, y del Leviatan que yace en el gran mar, para que se alimenten de él todos los verdaderos israelitas en el último dia.

Y el judío se marchó, creyéndose quizá, en su fanatismo, el hombre mas feliz de Egipto en aquel momento.

Atravesó la antecámara, dirigiendo una mirada á las esclavas sirias, y frunciendo el gesto al ver á Filemon, el cual fué introducido entonces á la presencia de Miriam.

La vieja estaba sentada, hecha un ovillo, en un divan, escribiendo en un librito de memoria que tenia sobre sus rodillas, mientras que en los fundones al

lado de ella brillaban joyas magnificas que se habia estado entreteniendo en tocar, como un niño haria con sus juguetes. Permaneció algunos minutos sin alzar los ojos; y Filemon, á pesar de su impaciencia, no pudo menos de mirar alrededor y comparar el desaseado esplendor, el repugnante olor á vino, á comida y á perfumes de aquella pequeña sala, con la gracia y la limpieza de las casas griegas. Arrimados á la pared habia armarios y baules, cuya construcción revelaba la fantasía de los orientales; rollos de pergamino iluminados yacían á montones en un rincon; una lámpara de forma particular colgaba del techo; y esparcía una opaca y triste luz sobre un objeto que al pronto heló la sangre del jóven, á saber: un listoncillo de madera, sobre el cual, en un plato de oro, grabado con señales místicas, estaba la mómia de la cabeza de un niño; uno de esos teraf, de los cuales, como sabia Filemon, pretendian las hechiceras del Oriente evocar respuestas proféticas.

Al cabo levantó los ojos y habló con voz dura y chillona.

—¡Bien, hermoso jóven! ¿y qué es lo

que quieres de esta pobre judía proscrita? ¿Deseas alguna de las preciosidades que ha tenido el talento de hacer que los demonios, sus esclavos, salvarsen de los cristianos ladrones?

En breves palabras refirió el joven su historia. La vieja le escuchaba, fijando en él con toda intencion sus ardientes ojos; en seguida respondió lentamente:

—Bien; ¿y qué tenemos, si eres esclavo?

—¿Conque lo soy? ¿Conque soy esclavo?

—Sí. Arsenio dijo la verdad. Yo le vi comprarte en Ravena hace quince años cabales. Yo compré á tu hermana al mismo tiempo, la cual tiene ahora veintidos años, pues te llevaba cuatro de edad.

—¡Oh, cielos! ¿Y tú conoces aún á mi hermana? . . . ¿Es acaso Pelagia?

—Eras un lindo niño, prosiguió la vieja, como si no le hubiese oído. Si imaginara que en creciendo ibas á ser tan hermoso y hábil como eres, te hubiera comprado. Los godos estaban á punto de marchar, y Arsenio dió solo diez y ocho monedas de oro por tí. . . .

ó veinte. . . . con la vejez todo se me olvida. Pero había que gastar luego en tu educación, y la de tu hermana me costó sumas enormes. . . . Lo cual no quiere decir que no valiese el dinero. . . . de ningún modo, pues era preciosísima.

—¿Y sabes dónde está? ¡Oh! ¡dímelo. . . . por compasion, dímelo!

—¿A qué fin?

—¿A qué fin? ¿No palpita en tí un corazón humano? ¿No es mi hermana?

—¡Bien! Sin ella has vivido perfectamente quince años. . . . ¿por qué no te ha de suceder lo mismo ahora? Tú no te acuerdas de ella. . . . tú no la amas.

—¿Que no la amo? Moriria por ella. . . . por tí, si me ayudases á encontrarla.

—¿De veras? Y si te condujese á su lado, ¿qué harías? Ella es bastante feliz y rica ahora. ¿Podieras aumentar su felicidad ó su riqueza?

—¿Y me lo preguntas? . . . Yo debo. . . . quiero. . . . sacarla de esta infamia.

—¡Ah! ¡ah! ¡señor fraile! No esperaba yo menos. Nadie sabe mejor que yo lo que significan esas hermosas palabras. El niño que se ha quemado teme el fuego; pero la muger vieja que tambien se ha quemado, lo apaga, como ve-

rás. Ahora escucha. No digo que no hayas de encontrarla. . . . ni que la misma Pelagia no sea la muger á quien buscas. . . . pero. . . . estás en mi poder. . . . No frunzas el ceño. Puedo entregarte como esclavo á Arsenio cuando me acomode. Una palabra mia á Orestes, hará que te prendan como fugitivo.

—¡Huiré! exclamó Filemon con altivez.

—¿Huir de mí?

Y Miriam se rió, señalando el teraf.

—¿De mí, que si huyes mas allá de Kaf, ó te sepultas en los abismos del Océano, haria que estos muertos labios confesasen donde estás, y enviaria demonios que te tragesen sobre sus alas? ¡Huir de mí! Mejor será que me obedezcas, único medio de ver á tu hermana.

Filemon tembló, y se sometió. El encanto de los ojos de aquella muger, el terror de sus palabras, que creia á medias, y la agonía del deseo le vencieron, y murmuró:

—Yo te obedeceré. . . . solo. . . . solo. . . .

—Solo que no eres todavía un hombre completo, sino mitad hombre y mitad fraile, ¿éh? Antes de ayudarte, es

preciso que sepa esto: ¿Eres un fraile aún, ó eres un hombre?

—¿Qué significa esa pregunta?

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Y estos perros cristianos no saben lo que significa ser hombre! ¿Eres un fraile, pues? Dejemos aparte lo de hombre, pues que excede los límites de tu inteligencia.

—Yo. . . . soy un estudiante de filosofía.

—Pero ¿no eres hombre?

—Supongo que lo soy.

—Y yo no lo supongo: si lo fueras, hace muchos meses que estarias en relaciones amorosas, como un hombre, con esa muger pagana.

—¡Yo. . . . con ella!

—Sí, ¡yo. . . . con ella! dijo Miriam, imitando groseramente su tono humilde. Yo, el pobre estudiante sin dinero, con ella, la grande, rica, sabia, adorada filósofa, que tiene las sagradas llaves del altar interior del viento de Oriente. . . . y precisamente porque soy un hombre, el hombre mas hermoso de Alejandría, y ella una muger, la muger mas vana de Alejandría; por todo lo cual soy mas fuerte que ella, y puedo darla vueltas alrededor de mi dedo, y traerla de rodi-

llas á mis piés cuando quiera, tan pronto como abra mis ojos y descubra que soy hombre. ¡Eh, jóven! ¿Te ha enseñado ella esto alguna vez entre sus matemáticas y metafísica, entre sus dioses y diosas?

Filemon se puso de color de escarlata: el dulce veneno habia penetrado en sus venas, y éstas brillaban con él por la primera vez de su vida. Miriam conoció su ventaja.

—Vamos... no te asuste tu nueva lección. Me gustaste desde el primer momento que te vi, y pregunté al teraf sobre ti, el cual me dió una respuesta... pero ¿qué respuesta! algún día la sabrás. De todos modos, indujo á la pobre vieja, á la generosa judía, á desprenderse de su dinero. ¿Has sospechado jamás de mano de quién procedía tu moneda de oro de todos los meses?

Filemon se inmutó, y Miriam prorumpió en una risa fuerte y chillona.

—¿Te has figurado que procedía de Hipatia, estoy segura! de la hermosa griega... ¡qué vano eres!... y ni por las mientes te pasó la pobre vieja judía.

—¿Conque fuiste tú? ¿Tú? dijo File-

mon. Tengo, pues, que agradecerte esa estraña generosidad?

—No que agradecerme: lo que quiero es que me ebedezcas; porque no debes olvidar que puedo probar tu deuda para conmigo, hasta el último óbolo, y reclamártela. Pero no lo temas; yo no seré dura respecto de ti, precisamente porque estás en mi poder. Aborrezco á los que no lo están. Desde que tengo á los hombres entre mis manos, empiezo á quererlos. Las personas viejas aman, como los niños, sus juguetes.

—¿Segun eso, yo lo soy tayo? dijo Filemon con arrogancia.

—Sin duda, mi hermoso jóven, respondió la vieja, mirándole con tan insinuante sonrisa, que le impidió montar en cólera. Al cabo, yo sé valerme de medios suaves... y estos últimos cuarenta dias no he pensado mas que en hacer feliz á la gente moza; así, no tienes por qué asustarte. Ahora bien... ayer salvaste la vida á Orestes.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Yo? yo lo sé todo. Yo sé lo que las golondrinas dicen cuando pasan volando, y lo que los peces piensan en el mar. También tú lo sabrás algún dia,

sin la ayuda del teraf. Pero entretanto, es preciso que entres á servir á Orestes. ¿Vacilas?... ¿Ignoras que estás colocado muy alto en su favor? Te hará su secretario... y te ascenderá con el tiempo á mayordomo, si sabes aprovecharte de tu fortuna.

Filemon permaneció unos instantes atónito y en silencio.

—¿Al servicio de ese hombre? dijo al fin. ¿Qué me importan él ni sus honores? ¿Por qué me atormentas así? ¿No tengo mas deseo en la tierra que ver á mi hermana!

—Será mucho mas probable que la veas si perteneces á la corte de un grande oficial... quizá mas que un oficial... que si continúas siendo un pobre fraile. Esto no quiere decir que yo te crea. ¿Tu único deseo en la tierra, eh? ¿No te importa, pues, volver á ver á la hermosa Hipatia?

—¿Yo? ¿y por qué no la veria? ¿No soy su discípulo?

—Ella no tendrá discípulos mucho tiempo mas, querido. Si deseas oír sus sábias explicaciones (que me alegraré te sean de provecho), deberás de aquí en adelante acercarte mas al palacio de

Orestes que al salon de lecciones. ¡Ah! te inmutas. ¿Qué te parece mi argumento? No... no me preguntes. Yo no explico nada á monges. Pero toma estas letras; mañana por la mañana, á la hora tercia, ve al palacio de Orestes y pregunta por su secretario, Ethan el caldeo. Dí sin miedo que llevas importantes noticias de Estado... y luego sigue tu estrella; es mas hermosa de lo que imaginas. ¡Anda! obedéceme, ó no verás á tu hermana.

Filemon se sintió cogido de improviso; pero, en último resultado, ¿qué no podria hacer por él aquella muger extraordinaria? Si la senda que iba á seguir no era la suya, era la que mas le aproximaba á Pelagia; y entretanto se veia en poder de la vieja, y tenia que someterse á su destino. Así, pues, tomó las letras y se marchó.

—¿Y crees que te la voy á entregar? dijo Miriam para sí, riendose, cuando hubo salido Filemon. ¿Convertirla en una penitente, en una monja, ó cosa por el estilo; reducirla á apaciguar á tu Dios, arrastrándose entre las momias durante veinte años, con una cadena al rededor del cuello y una argolla en el tobillo,

en la pesuasion de que es la esposa del Nazareno? ¿Y piensas que la vieja Miriam te la va á entregar para eso? ¡No, no, señor fraile! ¡primero muerta!... ¡Sigue tu delicado cebo!... ¡Siguele, como el mono la yerba que su conductor le ofrece, teniéndola siempre una pulgada distante de su nariz... ¡Tú en mi poder!... ¡Y Orestes en mi poder!... Mañana debo negociar ese nuevo empréstito; así lo supongo... ¡No me pagará nunca, y el perro concluirá por arruinarme! ¿A cuánto asciende ahora? Veamos. Y empezó á registrar en su escritorio obligaciones y notas. No me pagará nunca. ¡Pero, poder!... ¡tener poder! ¡Ver á esos esclavos paganos y á esos perros cristianos formando proyectos y enorgulleciéndose con la idea de que son los dueños del mundo, sin imaginar jamas que nosotros estamos tirando de la cuerda, y que son nuestros juguetes! ¡Nosotros, los hijos de las promesas... nosotros, la nacion... nosotros, la semilla de Abraham! ¡Pobres diablos! ¡Casi me inspiran lástima al pensar en la cara que pondrán cuando venga el Mesías, y descubran quienes eran los verdaderos señores del

mundo!... ese Orestes, sin embargo, debe ser emperador del Sur; sí, aunque tenga que prestarle para ello las joyas de Rafael. Porque debe casarse con la muger griega, y se casará. Ella le aborrece, es cierto... Mi venganza será así mayor. Y ama á ese fraile: lo conocí en sus ojos cuando la encontré en el jardín... Tanto mejor para mi venganza. El se colgará con gusto de los talones de Orestes por estar mas cerca de ella... ¡pobre tonto! Le harémos secretario ó mayordomo. Tiene para eso, dicen, bastante talento, ó no lo tiene para nada. Y entonces Orestes y él serán los dos dientes de mis tenazas, para arrancar lo que deseo á esa Jezabel griega... ¡y volverá á mis manos esta ágata negra!

¿Era el final de su discurso una quimérica confusion de ideas? Quizá no, pues cuando pronunció la última palabra sacó de su seno un talisman roto, que pendia de una cadena atada al rededor del cuello, exactamente parecido al que deseaba con tal ardor, y lo estuvo mirando largo tiempo... lo besó... lo regó con sus lágrimas... le habló... lo estreché en sus brazos como haria una madre con su niño... murmuró trozos

de canceiones infantiles; y sus facciones desagradables, marchitas se suavizaron, parecieron mas puras; y se levantó ennoblecida un momento por ese ideal personal que todas las almas traen consigo á este mundo, y que brilla, oscuro y potencial, en el rostro de los niños dormidos, antes de que se hayan cubierto de cicatrices y desfigurado en la larga tragedia de la vida. Era hechicera: se ocupaba en el tráfico de esclavos; en todas sus acciones se revelaban la falsedad, la ferocidad, la avaricia; pero aquella despreciable piedra la traia á la memoria algun pensamiento verdadero, espiritual, impalpable, ante el cual sus tesoros y su ambicion valian para ella tan poco como para los ángeles de Dios.

Léjos, sin embargo, estaba Miriam de imaginar que en aquellos mismos instantes, un robusto monge, sentado en el cuarto secreto de Cirilo, donde se le dispensó el especial honor de beber una copa de buen vino en presencia del patriarca, referia á éste y á Arsenio la siguiente historia:

—Así yo, habiendo descubierto que los judíos tenian fletado este buque pi-

rata, me dirigí al capitán, y encontrando favor en sus ojos, me alquilé como remero, seguro, por lo que habia oido á los judíos, que su objeto era traer la noticia á Alejandría lo mas pronto posible. En tal concepto, para desempeñar el encargo que Su Santidad me habia confiado, á mí, indigno de semejante honor, me embarqué y remé continuamente entre los demas, recibiendo, como inhábil en aquel trabajo, muchas maldiciones y azotes por la causa de la Iglesia. . . . que espero se me tendrán en cuenta en lo porvenir. Satanás, deseoso de acabar conmigo, entró en mi cuerpo, y casi me abrió en dos, pues comencé á vomitar mucho y aborrecí todo género de comida. No obstante, seguí remando impertérito, sin que los vómitos cesasen un momento, hasta que los paganos, admirados, dejaron de pegarme, y me hicieron beber licores fuertes; con lo que cobré nuevo vigor, y remé dia y noche, confiando en que mi indignidad podria proporcionar algun bien á la causa de la Iglesia católica.

—Y así ha sucedido, dijo Cirilo. ¿Por qué no te sientas?

—Perdon, contestó el monge humil-

demente; de estar sentado, como de todos los placeres carnales, resulta al fin saciedad.

—Y ahora, dijo Cirilo, ¿qué recompensa te daré en pago de tu buen servicio?

—Bastante recompensa es haber hecho un buen servicio. Sin embargo, si el santo patriarca se empeña, hay una antigua cristiana, mi madre, según la carne. . . .

—Ven mañana y la atenderemos como corresponde.

El monje besó la mano de su superior, y se retiró. Cirilo se volvió á Arsenio, sin poder disimular su alegría, y le dijo, dándole golpecitos en el muslo:

—¿Hemos vencido á los paganos, eh? Y añadió luego:

—¿Y qué me aconseja el padre mio que haga para aprovechar una ventaja que el cielo nos ha concedido tan misericordiosamente?

Arsenio no contestó.

—Yo, prosiguió Cirilo, me siento inclinado á anunciar la noticia esta noche en mi sermón.

Arsenio sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? preguntó Cirilo con impaciencia!

—Mejor es tenerla secreta hasta que otros la divulguen. Reservar el conocimiento de una cosa, equivale siempre á contar con fuerza de reserva; y si el hombre (lo que no espero) trata de hacer daño á la Iglesia, déjale que se descubra antes de servirte de tu noticia contra él. Verdaderamente puedes tener escrúpulo de conciencia en cuanto á la legalidad de permitir un pecado que te sería fácil prevenir. Por lo que á mí respecta, creo que el pecado está en la voluntad mas bien que en la acción; y que algunas veces (digo solo algunas veces) puede ser un medio de salvar al pecador: dejar que su iniquidad dé fruto y agobiarle con sus mismos proyectos.

—Peligrosa doctrina, padre mio.

—Como toda doctrina profunda. . . . que tiene un sabor de vida ó de muerte, según se la recibe. Yo no lo he dicho á la multitud, sino á un hermano que sabe discernir. Y aun, hablando políticamente. . . . déjale descubrirse, si fragua en realidad alguna rebelion, y despues

habla y echa por tierra su torre de Babel.

—¿Tú crees, pues, que él no está enterado á estas horas de la derrota de Heracliano?

—Si lo está, no lo dirá al pueblo; y nuestras probabilidades de éxito serán casi las mismas.

—Bien. En último resultado, la existencia de la Iglesia católica depende de esta lucha, y es bueno ser prudente. Sea así. Es para mí una fortuna tenerte por consejero.

De este modo, Cirilo, no obstante su natural impaciencia, cedió, como es propio de los hombres sábios, á uno mas sábio que él, determinando conservar el secreto y prescribiendo igual silencio al monje.

Filemon, despues de una noche de insomnio y de una visita á los baños públicos, que la tiranía romana, mas sábia que la moderna libertad, proporcionaba tan liberalmente á sus víctimas, se dirigió al palacio del prefecto y entregó su mensaje; pero Orestes, que acababa de admirar al público de Alejandría con un desusado alarde de buen humor, estaba ya en la próxima Basili-

ca. Allí fué conducido el jóven por un ugier, y se halló en el centro de un hermoso salon, adornado con frescos y mármoles de colores, y rodeado de pórticos y galerias, donde los magistrados inferiores oian causas y administraban la justicia que permitia el complicado tecnicismo del derecho romano. Al traves de una multitud de curiosos pasó Filemon al ábside en el extremo superior, y viendo vacio el trono del prefecto, entró en una habitacion lateral, donde se encontró solo con el secretario, que era un magestuoso eunuco caldeo, de rostro pálido y ojos pequeños, y cuya cabeza ceñia un hermoso turbante. El secretario tomó la carta, la abrió con solemne deliberacion; y luego, sin gastar etiqueta, se puso de un brinco fuera del cuarto, dejando á Filemon atónito. A la media hora volvió, brillando en sus ojos una grande idea.

—¡Jóven! tu estrella está en el periodo ascendente: eres portador de felices nuevas! El prefecto mismo te manda entrar.

En seguida salieron ambos.

En otra habitacion, cuya puerta se hallaba custodiada por hombres arma-

dos, se paseaba Orestes arriba y abajo, vivamente excitado, algo descompuesto el rostro por la orgia de la noche anterior, y acudiendo de vez en cuando á una copa de oro que estaba sobre una mesa.

— ¡Ah! ¡conque mi salvador nada menos! Jóven, haré tu fortuna. Miriam dice que quieres entrar á mi servicio.

Filemon, no sabiendo qué contestar, creyó que la mejor respuesta seria inclinarse lo mas que pudiese.

— ¡Ah! ¡ah! gracioso, pero no enteramente conforme á la etiqueta. Ya le enseñarás tú pronto, ¿eh, secretario? Ahora á trabajar. Dame las notas para firmarlas y sellarlas. Al prefecto de los estacionarios.

— Aquí está.

— Al prefecto del Mercado de granos. ¿Cuántos buques has mandado descargar?

— Dos.

— Bien, eso bastará para el tiempo presente. Al defensor de la plebe. ¿Que no se le llevara el diablo!

— Se puede tener confianza en él, pues está muy envidioso del influjo de Cirilo, y ademas no debe mucho dinero.

— ¡Bien! Ahora las notas para los maestros de las prisiones, relativas á los gladiadores.

— Aquí están.

— A Hipatia. No. Quiero honrar á mi esposa elegida con mi ilustre presencia. En verdad, es una mañana de trabajo propia del que padece tan fuerte dolor de cabeza.

— Su excelencia tiene resistencia como siete. ¡El cielo le prolongue la vida!

En efecto, Orestes, cuando queria, despachaba los negocios con una facilidad admirable. Una cabeza fina y un corazon aun mas fino contribuyen á facilitar muchas cosas.

Pero toda el alma de Filemon se encontró en estas palabras: *¡Su esposa elegida!...* ¡Era que las indicaciones de Miriam del dia anterior habian despertado en él alguna vision egoista, ó que sentia lástima y horror al pensar en la suerte que aguardaba á Hipatia, á su ídolo?... Es lo cierto que estuvo como cinco minutos sumido en un sueño, del cual le sacó el sonido de otro nombre aun mas caro.

— Y ahora pensemos en Pelagia. Es preciso tantear el terreno.

—El godo va á ofenderse.

—¡Maldito sea el godo! Podrá elegir entre todas las hermosuras de Alejandria, y ser conde de Pentápolis si le acomoda. Pero necesito un espectáculo, y nadie mas que Pelagia servirá para el baile de Venus Anadiómene.

La sangre del jóven se le agolpó al corazon, y de allí retrocedió á la cabeza, sintiendo como un vértigo de horror y de vergüenza.

—El pueblo se pondrá loco de alegría al verla salir á las tablas otra vez. Poco piensan los estúpidos en los proyectos que formo para divertirlos, aun en los instantes en que estoy tan ébrio como Sileno.

—Su excelencia no vive mas que para el bien de sus esclavos.

—¡Oye, jóven! Tan hermosa dama requiere un hermoso mensajero. Desde luego te admito á mi servicio, y te encargo de llevar esta carta á Pelagia. ¿Cómo? ¿por qué no vienes á cogerla?

—¡A Pelagia? dijo Filemon. ¿En el teatro? ¿Públicamente? ¿Venus Anadiómene?

—¡Sí, necio! ¿Te embriagaste tú tambien anoche?

—¡Es mi hermana!

—Bien. . . . ¿y qué importa? ¡Pero no te creo, miserable! ¡Hola! gritó Orestes que lo comprendió todo al instante: ¡jugieres!

Abrióse la puerta y entró la guardia.

—Ahí teneis á un buen chico que parece inclinado á volverse loco. Tenedle en punto donde no pueda hacer daño por unos cuantos dias. Pero no le maltrateis, pues al cabo salvó ayer mi vida, mientras que vosotros echásteis á correr.

Y el infeliz jóven fué preso y conducido al cuerpo de guardia, en medio de las burlas de los ugieres, que parecian irritados contra él por sus proezas del dia antes, y que se alegraron mucho de poder administrarle un buen par de grillos; hecho lo cual, le arrojaron en un calabozo, dejándole allí entregado á sus meditaciones.



UNIVERSIDAD DE LEÓN  
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPITULO XX.

### LOS MEDIOS DE VENCER.

PERO, hermosa Hipatia, imagínate herida en la cara por una piedra bastante grande; á muchos centenares de miserables cayendo sobre tí como fieras. . . . dos minutos mas, y te habrían despedazado. ¿Qué hubieras hecho en semejante caso?

—Dejarlos que me despedazasen, y morir como he vivido.

—¡Ah! pero. . . . Cuando vieses la muerte delante. . . .

—¿Y por qué temeria el hombre la muerte?

—La muerte no, pero el acto de morir sí. Este puede ser, en tales circunstancias, verdaderamente desagradable. Si nuestro ideal Juliano el Grande creyó necesario disimular, y fué aun mejor cristiano que lo que yo he pretendido ser, hasta que le pareció llegada la oportunidad de arrojar la máscara, ¿por qué no disimularia yo? Considerame como un ser inferior á tí. . . . como una persona del vulgo, si quieres; pero penitente

que viene á hacer la mas completa reparacion posible, probando por la mas inesperada accion que es capaz, y tiene voluntad de igualar, si está en su mano, á Juliano mismo.

Tal era la conversacion que pasaba entre Hipatia y Orestes media hora despues que Filemon habia tomado posesion de su nuevo cuarto.

Hipatia miró al prefecto con tranquila penetracion, en que iba mezclado algun desprecio y temor.

—Y dime, ¿qué es lo que ha producido en tí este repentino cambio? Durante cuatro meses, tus promesas han sido estériles. . . . Hipatia no confesó cuánto se hubiera alegrado de que continuasen siéndolo.

—Porque. . . . Esta mañana he recibido noticias, que te comunicaré primero que á nadie como un cumplimiento. Cuidaremos de que toda Alejandria las sepa antes de ponerse el sol. Heracliano ha triunfado.

—¿Ha triunfado? exclamó Hipatia saltando de su asiento. ®

—Triunfado y destruido enteramente las fuerzas del emperador de Ostia. Así lo ha dicho un mensajero de toda con-

fianza. Pero si resultare falso todo esto, impediré que la noticia contraria se divulgue; si no, ¿de qué me valdria ser prefecto? ¿Vacilas? ¿No ves que si conseguimos mantener la idea viva solo una semana, nuestra causa está ganada?

—¿Y cómo?

—He tratado ya con todos los oficiales de la ciudad, y cada uno de ellos ha obrado como un hombre lleno de cordura, prometiéndome su auxilio, por supuesto, en caso de triunfar Heracliano, pues se encuentran tan cansados como yo de esa corte santurrona de Bizancio. Además, los estacionarios son ya míos; también lo son los soldados que ocupan la orilla del Nilo. ¡Ah! te has figurado que habia permanecido ocioso estos cuatro meses; pero... has olvidado que eras tú el premio de mi trabajo. ¿Podia haber negligencia en mí con tal objeto á la vista?

Hipatia se estremeció, pero no desplegó los labios, y Orestes continuó diciendo:

—He hecho que muchos buques de los que trasportan trigo descargaran una gran cantidad, aunque esos bribones frailes de Tabenne se hayan casi

anticipado á mi benevolencia, persistiendo oficiosamente en dar de comer gratis á la mitad de los pobres de la ciudad. ¿Qué pueden proponerse en Alejandria?

—Supongo que querrán adquirir popularidad.

—Justamente; y de ese modo, ¿qué influjo ha de tener el gobierno con una multitud de picaros, cuyos estómagos se llenan sin necesidad de nosotros?

—Juliano se quejó de lo mismo al alto sacerdocio de Galacia en esa inapreciable carta suya.

—¡Ah! tú arreglarás esto pronto. En cuanto á Cirilo, en los momentos presentes no le temo. Su opinion, entre las personas ricas é instruidas, ha padecido mucho expulsando á los judios. Y por lo que toca á la muchedumbre, cabalmente acabaa los dioses de enviarme un don capaz de ponerla del buen humor que necesitamos.

¿Y qué don es ese? preguntó Hipatia.

—Un elefante blanco.

—¿Un elefante blanco?

—Si, contestó Orestes, equivocando ó no comprendiendo el tono de Hipatia.

Un elefante blanco, real y efectivo; una cosa que no se ha visto en Alejandria hace cien años. Lo llevaban en compañía de dos tigres domesticados, como regalo para el niño que reina en Bizancio, de parte de uno de los cien reyezuelos de la hiperbórea Trapobana, ó de no sé qué tierra del remoto Oriente. Yo me tomé la libertad de embargarlos. y despues de una corta argumentacion, el elefante y los tigres están á nuestro servicio.

—Y de qué nos han de servir?

—Mi querida amiga.... Figúrate.... ¿Cómo hemos de atraernos á la muchedumbre sin un espectáculo?.... No se conocen mas que dos medios para poder ganar el todo ó parte del imperio romano: la fuerza de las armas ó la fuerza de la ostentacion y del fausto. ¿Puedes tú inventar un tercer medio? El primero es demasiado excitante y de difícil ejecucion hoy dia; queda el último, y gracias al elefante blanco, su éxito puede ser seguro. Tengo que hacer alguna exhibicion cada semana. El pueblo se va cansando de ese pantomimo; porque desde la expulsion de los judíos cada vez se vuelve mas estúpido y hol-

gazan, habiendo perdido la mitad mas enusiasta de sus espectadores. Están hartos de carreras de caballos.... Ahora bien; supongamos que se anuncia para el dia mas próximo posible.... un espectáculo.... nuevo en la presente generacion. Tú y yo.... Yo como exhibidor, tú como representante (solo por el momento) de las antiguas vestales, sentados juntos.... Un amigo de confianza, cuando el pueblo esté fuera de sí de júbilo, gritará; *Viva Orestes César!*.... Otro les recordará la victoria de Heracliano.... Otro asociará tu nombre con el mio.... El pueblo aplaudirá. No faltará un Marco Antonio que se adelante y me salude como emperador, Augusto.... lo que quieras.... Yo rehusaré, tan suavemente como el mismo Julio César; y seré compelido á aceptar, sonrojándome, tal honor. Me levantaré, pronunciaré un discurso sobre la futura independencia del continente del Sur, sobre la union del Africa y el Egipto, no debiendo el imperio dividirse en adelante en Oriental y Occidental, sino en imperio del Norte y del Sur. Gritos de aplauso y dos dracmas por cabeza, harán estremecer el cielo. Cada cual creará que los demas

aprueban, y seguirá la corriente.... Así, el triunfo será seguro.

—Pero, preguntó Hipatia reprimiendo su desprecio y su desesperación, ¿qué tiene eso que ver con el culto de los dioses?

—Tiene.... tiene.... porque cuando te parezca que los ánimos están bastante preparados, podrás levantarte á tu vez y pronunciar un discurso.... digno de tí. Mostrarás cómo tales espectáculos, gloria antigua del imperio, han perdido su brillo á causa de la superstición galilea... Cómo la única senda que conducirá de nuevo á los goces de la vista y el oído, es la que lleve á la restauración franca de aquellas divinidades de donde proceden, y sin las cuales no serán nunca completos. Pero no necesito enseñarte á hacer cosas que tú me has enseñado tan á menudo; así, tratemos ahora de nuestro espectáculo, que después de las dádivas, es la parte más importante de nuestro plan. Yo hubiera debido exhibirles el monge que estuvo ayer á punto de asesinarme, lo cual hubiera sido un triunfo de las leyes sobre el cristianismo. El y las fieras proporcionarían al pueblo diez minutos de di-

version. Pero la ira pudo más que la prudencia, y el miserable ha sido crucificado hace dos horas. ¿No sería buena idea la de una exhibición de gladiadores? La ley los ha prohibido, es cierto.

—¡Gracias al cielo! dijo Hipatia.

—Pero, ¿no ves que por esa misma razón, para mostrar nuestra independencia, debemos emplearlos?

—¡No! pues que han desaparecido, no hagas que vuelvan á afrontar la tierra.

—Querida amiga, no debes, siendo quien eres, decir eso en público, por miedo de que Cirilo tenga la impertinencia de recordarte que su extinción ha sido obra de los emperadores cristianos y de los obispos.

Hipatia se mordió los labios y no contestó.

—Bien; no deseo poner en ejecución nada que te desagrade. Si pudiéramos concertar unos cuantos martirios.... Pero á la verdad, me temo que háyamos de aguardar uno ó dos años, en vista del actual estado de la opinión pública, antes de intentar nada por el estilo.

—¿Aguardar? ¡Aguardar eternamente! ¿No prohibió Juliano (el cual debe

ser nuestro modelo) la persecucion de los Galileos, considerándoles bastante castigados por su ateismo y su supersticion?

—Otro pequeño error de aquel grande hombre. Deberia haber recordado que, durante trescientos años, nada, ni aun los gladiadores, habia puesto á la multitud de tan buen humor, como el ver á unos cuantos cristianos, especialmente mugeres jóvenes y hermosas, quemados vivo ó arrojados á los leones.

Hipatia volvió á morderse los labios.

—No puedo oír mas.... Olvidas que estás hablando á una muger.

—Sabiduría suprema, dijo Orestes en el tono mas blando, no debes suponer que deseo ofender tus oídos. Pero permíteme observar, como un teorema general, que el que quiere el fin, tiene que querer los medios; y los que cuentan en su apoyo cuatrocientos años de experiencia, son los mas seguros. Hablo como un hombre de Estado.... y creo que tu filosofía no disientirá.

Hipatia bajó la vista como agobiada por algun pensamiento penoso. ¿Qué habia de responder? ¿No era demasiado

cierto lo que decia Orestes? ¿Los hechos, no hablaban en su favor?

—Bien; si es preciso.... pero imposible que consienta en que reaparezcan los gladiadores. ¿Por qué no una.... una de esas luchas con fieras? Son muy repugnantes, pero menos inhumanas que las otras; pues supongo tomarás todas las precauciones para impedir que los hombres sean heridos.

—¡Ah! eso seria una rosa sin olor! Si no hay peligro ni derramamiento de sangre, todo encanto desaparece. Además, las fieras cuestan hoy dia muy caras, y si matase las que poseo, no podria proporcionarme otras. ¿Por qué no apelar á lo que no cuesta nada.... por ejemplo, á los prisioneros?

—¿Cómo! ¿Colocas á seres humanos por debajo de los brutos?

—No lo permita el cielo. Pero no cabe duda en que, en la práctica, son menos costosos. No olvidés que sin dinero careceremos de poder, y que debemos reunir todos nuestros recursos para servir la causa de los dioses.

Hipatia permaneció en silencio.

—Ahora bien, hay cincuenta ó sesenta prisioneros libios, que acaban de ser

traidos del desierto. — ¡Por qué no haer que combatan con igual número de soldados? Son rebeldes cogidos en la guerra.

— ¡Ah! entonces, dijo Hipatia, como buscando justificación en algo, de todos modos están condenados á muerte.

— Naturalmente. Así los cristianos no podrian quejarse de nosotros por eso. ¡El cristianísimo emperador Constantino no expuso en el anfiteatro de Tréveris trescientos prisioneros germanos para que se matasen unos á otros!

— Pero ellos se resistieron, y murieron como héroes, cada cual atravesado por su espada.

— ¡Ah!... los germanos son gente difícil de manejar. Mi guardia se muestra igualmente inflexible. Para hablarte con verdad, les he consultado ya acerca de exhibir su valentía sobre esos libios; ¡y cuál crees que ha sido su respuesta?

— Se habrán negado, supongo.

— Me contestaron con el tono mas insolente, que eran hombres y no histriones; que estaban á sueldo para combatir, no para degollar. Yo esperaba un diálogo socrático despues de seme-

jante alarde de dialéctica, y me salí fuera.

— Tenian razon.

— Sin duda, considerando la cosa bajo un punto de vista filosófico; pero atendiendo á la práctica, se condujeron como grandes pedantes y faltaron á su obligacion para conmigo. De todos modos, encontraré bastantes héreos desgraciados en las prisiones que, por verse libres, acepten la propuesta; y unos cuantos gladiadores viejos que frecuentan aun las tabernas, los instruirán. Dejemos, pues, eso. Ahora discurremos algun espectáculo ligero... mas ó menos dramáticos... que deberá seguir.

— Te olvidas de que estás hablando á una que confia ser lo mas pronto posible gran sacerdotisa de Palas, y que entretanto está decidida á obedecer los mandatos de su tutor Jualiano á los sacerdotes de su época, y á imitar á los Galileos en su odio al teatro, tanto como espera en lo futuro imitarlos en su cuidado de la viuda y del extrangero.

— Léjos de mí el impugnar la sabiduría de ese grande hombre; pero permíteme observar, que juzgando por el es-

tado presente del Imperio, hay derecho para decir que se equivocó.

—El Sol-Dios, á quien amaba, le llevó á su lado demasiado pronto, concediéndole la muerte de un héroe.

—Y en el momento que faltó, la ola del barbarismo cristiano volvió á precipitarse en su antiguo canal.

—¡Ah! ¡Si hubiera vivido veinte años mas!

—El Sol-Dios, tal vez no tenia el celo que nosotros por el buen éxito de sus proyectos.

Hipatia se puso colorada.... ¿Se estaria riendo Orestes, en sus adentros, de ella y de sus esperanzas?

—No blasfemes! dijo solemnemente.

—¡No lo quiera el cielo! Yo me limito á dar una de las explicaciones que tiene un hecho innegable. La otra es que, como Juliano no siguió por completo el camino que conducia á la restauración del culto de los olimpianos, el Sol-Dios creyó conveniente quitarle de su puesto, y envia ahora en lugar suyo á Hipatia la filósofa, que sabrá evitar el error de Juliano y no copiar tan á la letra á los Galileos, imitando una severi-

dad de moral cuyos únicos verdaderos y naturales adeptos son ellos.

—¿Segun eso, el error de Juliano fué ser demasiado virtuoso? Entonces, déjame copiarle y equivocarme como él. La falta no será mia, sino del destino.

—Su error no consistió en ser demasiado virtuoso, sino en tratar de que lo fuesen los demas. Olvidó la mitad de la gran máxima de Juvenal: *Panem et Circenses*, á que debieran ajustarse eternamente los encargados de gobernar los pueblos. Probó á dar á éstos el pan sin los juegos del circo.... Y las gracias que recibió por su enorme magnificencia, dígalo él mismo y los buenos habitantes de Antioquia.... Tú acabas de citar su Misopogon.

—Sí.... el lamento de un hombre demasiado puro para su época.

—Justamente. Debiera haberse contentado con guardar dentro de sí su pureza, é ir á Antioquia, no meramente como un sumo-sacerdote filósofo, con una barba poco aseada, á ofrecer sacrificios á un dios en quien.... perdóname... nadie en Antioquia habia creído por muchos años. Si hubiera entrado, seguido de diez mil gladiadores y nuestro

elefante blanco; si hubiese construido un teatro de marfil y vidrio en Dafne, y proclamado juegos en honor del Sol ó de otro cualquier individuo del Panteón....

—Hubiera obrado de una manera indigna de un filósofo.

—Pero en lugar de aquel sacerdote único, arrastrándose, pobre diablo, por la yerba húmeda hasta el altar desierto, con su ganso bajo el brazo, hubiera visto á todos los gansos de Antioquía (perdóname el que me sirva de un juego de palabras de Aristófanes) correr con la boca abierta á adorar al Dios, conocido ó desconocido, y á ver los espectáculos.

—Bien, dijo Hipatia, cediendo por fuerza á los artificiosos argumentos de Orestes. Restauremos las antiguas glorias del drama griego; demos una trilogía de Esquilo ó de Sófocles.

—Despacio, querida amiga. Las Euménides serian á propósito, ó el Filocetes, si pudiésemos someter al héroe á un dolor verdadero y convencer á los espectadores de que gemia de veras.

—Eso seria horrible!

—Pero necesario, como otras muchas cosas horribles.

—¿Por qué no dar el Prometeo?

—Magnífico campo para el efecto teatral, sin duda. Aquellas ninfas Oceánidas en su carro alado, el Océano sobre su grifo.... Pero temeria presentar al pueblo á Zeus y Hermes del modo que lo hace Esquilo.

—No me acordaba de eso, dijo Hipatia. La trilogía Orestiana seria mejor.

—¿Mejor?... ¡Perfecta, divina! ¿Si tuviese yo la dicha de que mi nombre se transmitiera á la posteridad, como el del restaurador de las obras maestras de Esquilo en el teatro griego! Pero... ¿No hay, con perdon del gran trágico, demasiado comedimiento en el Agamemnon para nuestro gusto actual? Si pudiésemos representar la escena del baño en el teatro, y matar realmente á un Agamemnon (aunque no insistiria en esto, pues es probable que un buen actor se valdria de ese pretexto para no admitir el papel)... pero con todo, el asesinato deberia verificarse ante el público.

—Eso seria un ultraje hecho á todas las leyes del drama. El mismo Horacio

no dice, sentándolo como regla: *Nec pueros coram populo Medea trucidet.*

—Hermosísimo y sapientísimo. Yo soy tan decidido discípulo del viejo vate epicúreo, como cualquiera, hasta en lo relativo á adornar mi habitación, de lo cual podrá cerciorarse algun día la emperatriz de Africa. Pero no estamos ahora discutiendo el arte de la poesía, sino el arte de reinar; y al cabo, mientras Horacio, sentado en su cómodo sillón, daba á sus conciudadanos buenos consejos, un particular, que sabia mejor que él lo que llama la atención de la muchedumbre, exhibia cuarenta mil gladiadores en los funerales de su madre.

—Pero el cantor tiene su fundamento en las leyes eternas de la belleza. Ha sido admitido y observado.

—No por el pueblo, para quien se escribió. La docta Hipatia no ha olvidado seguramente que, cincuenta años despues de escrita el arte poética, Anneo Séneca, ó quien quiera que haya compuesto esa malísima tragedia llamada *Medea*, halló necesario que la heroína, a pesar de Horacio, matase á sus hijos ánte el público.

Hipatia nada contestó, siendo vencida á cada punto, mientras que Orestes prosiguió con provocadora volubilidad.

—Considera, por otra parte, que aun atreviéndonos á alterar algo á Esquilo, no hallariamos actores dignos de él.

—¡Es verdad!... ¡Dias degenerados!

—Y realmente, omitiendo el dudoso cumplimiento hecho á mí, como candidato para cierta dignidad, de haber el Orestes antiguo asesinado á su madre, y de ser despues perseguido en el teatro por las furias...

—Pero Apolo le vindica y purifica al fin. ¡Qué hermosa ocasion proporeionaría esta última escena para hacer revivir en el pueblo su antigua reverencia al Dios!

—Cierto; pero hoy la mayoría de los espectadores creará mas en los horrores del parricidio y en las farias, que en el poder de Apolo. Me temo que ese deberá ser uno de tus futuros trabajos.

—Y lo será, dijo Hipatia con alguna tristeza.

—¿No te parece, ademas, prosiguió el tentador, que esas tragedias darian una idea demasiado triste de las divini-

dades que deseamos restaurar. ¿O iba á decir, honrar nuevamente? La historia de la casa de Atreo, ¿es mas divertida, á pesar de su belleza, que uno de los sermones de Cirilo sobre el dia del juicio, y el Tártaro dispuesto á recibir á los ricos?

—Bien, dijo Hipatia, cada vez mas indiferente; seria mas cuerdo mostrarles antes el lado hermoso y apacible de los antiguos Mitos. Ciertamente, la grande época de la tragedia ateniense tiene su agradable reverso en la vieja comedia.

—Y en ciertos juegos Dionisiacos y procesiones que no nombraré, para despertar una devocion mas propia de los dioses, en aquellos que son incapaces de apreciar á Esquilo y Sófoeles.

—¿Espero que no pretenderás resucitarlos?

—¡No lo permita Palas! Quiero, si, buscar algo que los sustituya.

—¿Y nos degradaremos nosotros por que las masas estén degradadas?

—De ningun modo. En cuanto á mí, todo eso, así como el prover lo necesario para las pantomimas semanales, me es tan enojoso como pudiera haberlo

sido al mismo Juliano. Pero, mi querida amiga. . . . *Panem et Circenses*. . . . Conviene divertir al pueblo, y solo hay un camino. . . . "Los goces de la carne, los goces de la vista, el orgullo de la vida," como cierto galileo define corectamente el antiguo método romano.

—¿Divertir al pueblo? Yo deseo purificarle de nuevo para el servicio de los dioses. Si hemos de tener representaciones cómicas, solo será yendo unidas á la tragedia, que como dice Aristóteles, purificará sus afectos por medio del terror y la compasion.

Orestes se sonrió.

—Sin duda, nada objetaré á tan buena idea. Pero ¿no crees que la lucha de los gladiadores y los libios habrá conseguido eso ya de antemano? Nada se me figura mas á propósito á tal fin, sino es el método de Neron, de enviar á sus guardias para que cogiesen á los mismos espectadores y los arrojasen á las fieras en la arena. ¿Cómo debía purificar el terror y la compasion al digno mercader, que no sabia si habria de seguir á su gorda esposa entre las garras del león mas cercano!

—Te agradan los chistes, se conoce,

dijo Hipatia, no pudiendo ocultar su disgusto.

—Mi elegida esposa, esto ha sido solo querer presentar una de las mas inofensivas *reducciones ad absurdum* de un principio abstracto de Aristoteles, con el cual yo, que soy platónico, como mi amada, no estoy de acuerdo. Sin embargo, tu sabiduría es la que debe dirigirme. Imposible que el pueblo aprecie tus designios a primera vista; eres demasiado sabia, pura y elevada para la multitud. Y por lo mismo necesitas adquirir poder para obligarla. Juliano últimamente vió que era preciso obligar... si hubiese vivido siete años mas, hubiera visto que era preciso perseguir.

—No quieran los dioses que tengamos aquí semejante necesidad.

—El único medio de evitarla, creeme, es halagar y complacer. Por el bien de ellos se hace.

—Cierto, dijo Hipatia suspirando, sigue tu marcha.

—Creeme; á tu vez seguirás la tuya. Ahora te suplico que te dejes dirigir por mí, á fin de que estés luego en posesion de gobernarme á mí y á la Africa.

—¡Y qué Africa! Bien: pues que han

nacido bajos y apegados á la tierra, deben ser tratados como tales: la culpa es de la naturaleza, no nuestra.... Sin embargo, jesto es degradante!.... Pero con todo, si el único método por el cual el corto número de individuos amantes de la filosofia pueden recobrar sus derechos, como los únicos designados por los dioses para regir el mundo, es complacer á esos bajos seres á quienes gobiernan para su bien.... sea así. Es una necesidad no peor que otras muchas á que el servidor de los dioses tiene que someterse en dias como los actuales.

—¡Ah! dijo Orestes desentendiéndose del suspiro con que acompañó la jóven sus palabras y de la amargura de su expresion; ya Hipatia vuelve á ser la que era; mi consejera, la que ha acostumbrado apoyar con profundas y celestiales razones cosas que yo, en mi corta capacidad, puedo solo sorprender y adivinar á fuerza de artificio. Tratemos, pues, ahora de nuestra diversion ligera. ¿Cuál te parece que sea?

—La que gustes, con tal que no sea, como muchas de su clase, impropia de una muger modesta. No tengo habilidad para idear locuras.

—Una pantomima, ¿eh? Podemos hacerla tan grande y significativa como queramos, y gastar en ella todas nuestras riquezas de bestias feroces.

—Como gustes.

—Considera también qué campo ofrece una pantomima á la ciencia mitológica. ¿Por qué no representar el triunfo de alguna divinidad? Ese sería el mejor medio de manifestar abiertamente mi entusiasmo en servicio de los dioses. Ahora veamos cuál elegiremos.

—Palas... á menos que, como supongo, no sea demasiado modesta y sóbria para los alejandrinos.

—Si... no me parece que sería apreciada... de modo alguno actualmente. ¿Por qué no Afrodita? Así los cristianos como los paganos, la comprenderán; y en cuanto á Palas, no conozco á nadie que no degradase á la virgen diosa representándola, excepto cierta dama, que ha consentido ya, lo espero, en sentarse con ese carácter junto á su esclavo.

Hipatia se estremeció, y Orestes lo juzgó todo ya por concedido... y exigió su promesa condicional, sino otra cosa. ¿Había alguna escapatoria? Hipatia de-

seó en aquel momento huir y precipitarse en las calles, en el desierto... donde quiera, con tal de romper la red en que ella misma se había envuelto. Y sin embargo, ¿no era aquella la causa de los dioses, el único objeto de su vida? Y en último resultado, si él, odioso y todo, iba á ser emperador, ella á lo menos sería emperatriz, y haría lo que le agradase; y parte por ironía, parte por ver de lanzarse á la fuerza á un camino que sabía que tenía que recorrer, y olvidar la miseria en medio de la actividad, contestó lo mas alegremente que le fué posible.

—¡Diosa mia, debes, pues, aguardar hasta que seas del agrado de ese vulgo! A lo menos el joven Apolo poseerá encantos para esa gente.

—Sí; pero ¿quién ha de representarle? Esta miserable generacion no produce figuras como Pílates y Batilo... excepto entre los godos. Además, Apolo debe tener el cabello rubio; y nuestra raza griega se ha mezclado tan vergonzosamente con estos egipcios, que nuestros actores son tan morenos como Andrómeda, y habríamos de apelar de nuevo á esos malditos godos, que po-

seen casi toda la hermosura, casi todo el dinero y el poder, y que se me figura poseerán el resto antes de que yo logre asegurarme en este perverso mundo porque poseen, no casi, sino enteramente todo el valor. Ahora bien... ¡suplicarémos á un godo que haga el papel de Apolo?

Hipatia se sonrió á pesar suyo.

—¡Sería demasiada vergüenza! Renuncio al mismo Dios de la luz, si he de verle representado por un bárbaro.

—Entonces, ¿por qué no decidírnos por mi despreciada Afrodita? Supongamos un triunfo, que concluya con un baile de Venus Anadiómene. Es un mito bastante gracioso.

—Como mito, concedo; ¿pero en el teatro?

—No será peor espectáculo que los que esta ciudad cristiana ha estado contemplando por muchos años. No correrémos riesgo de romper la moralidad; puedes estar segura de ello.

Hipatia se sonrojó.

—En ese caso, no cuentes con mi ayuda.

—¿Y con tu presencia en el espectáculo? Este es un punto necesario. Tú

eres una persona demasiado grande, mi querida amiga, á los ojos de esa buena gente, para no encontrarte allí en tal ocasion. Si mi estratajema sale bien, será debido casi al hecho de saber el pueblo que coronándome á mí corona á Hipatia.... Veamos.... ¿no conoces que necesitando tú asistir á ese inocente espectáculo mitológico, tomado de las historias auténticas de esos dioses, cuyo culto tratamos de restablecer, harás mejor en adherirte á él alegremente y en prestarme tu sabiduría para arreglarlo? Figúrate un triunfo de Afrodita, entrando precedida de fieras encadenadas que conducen Cupidos, con el elefante blanco y todo... ¿qué campo para el arte plástico! Habrá mil grupos, dispersiones, nuevos grupos, en un estilo tan perfecto de bajo relieve como los de un drama de Sófoeles. Permíteme que tome este papel y pluma...

Y empezó á bosquejar rápidamente un grupo tras de otro.

—No son tan feos, ¿es verdad?

—Son bastante lindos, lo confieso, dijo la pobre Hipatia.

—¡Ah, mi amada emperatriz! á veces te olvidas de que tambien yo, aunque

contaminado por el mundo, soy griego, y como tal estoy dotado de un amor tan intenso á lo bello como tú misma. Cree que cualquier violacion del gusto correcto me atormenta como á tí. Algún dia espero que comprenderás y excusarás el miserable compromiso entre lo que debe ser y lo que puede ser, con que tenemos que luchar los hombres de Estado... Mira ahora estos faunos y driadas en medio de los matorrales, que se paran asombrados al primer golpe de música que proclama la salida de la diosa de su templo...

—¿De su templo? ¿En dónde será, pues, la representacion?

—En el teatro. ¿En qué otro punto ha de ejecutarse la pantomima?

—Pero ¿tendrán tiempo los espectadores para ir desde el anfiteatro á...

—¿Desde el anfiteatro? Exhibiremos también á los libios en el teatro.

—¿Combates en el teatro consagrado á Dionusos?

—Mi querida amiga, conozco que es una ofensa contra todas las leyes del drama...

—¡Peor que eso! ¡Es una impiedad

hacia el dios, manchar su altar con sangre!

—Hermosa devota, recuerda que muy bien puedo yo pedir prestado á Dionusos su altar en este caso extremo; pues que no existiera si no me hubiese opuesto á que los magistrados, segun la bárbara costumbre de los romanos, llenasen toda la orquesta con bancos para los patricios. Además, ¿qué es lo que no se ha representado en todos los teatros del imperio, en los últimos cuatrocientos años? Hemos tenido saltimbanquis, mágicos, alegorias, martirios, casamientos, elefantes bailando en la cuerda tirante, caballos y hasta asnos eruditos; si se ha de creer á Apuleyo de Madura, sin contar con otros muchos espectáculos que no debo nombrar en presencia de una vestal. Es una época de exequible gusto, y hemos de obrar en tal concepto.

—¡Ah! respondió Hipatia; ¡el primer paso en la degradacion del drama se dió cuando los sucesores de Alejandro se atrevieron á profanar lugares que habian resonado con los coros de Sófocles y Eurípides, convirtiendo el altar de Dionusos en un teatro para pantomimas!

—Que tu puro entendimiento debe, sin duda, considerar no muy preferibles á un pequeño combate. Pero al cabo, los Tolomeos no podian obrar de otra manera. Unicamente es dado tener dramas por el estilo de los de Sófoles en una época semejante á la de aquel trágico, y la de los Tolomeos no era mejor que la nuestra. Así el drama murió de su muerte natural; y cuando esto acontece á un hombre ó á una cosa, en tu mano está llorar su desgracia, si quieres, mas es fuerza sepultarla y poner otra en su lugar... exceptuando el culto de los dioses.

—Me alegro de que á lo menos exceptúes eso, dijo Hipatia con alguna amargura. Pero ¿por qué no servirse del anfiteatro para ambos espectáculos?

—¿Es acaso posible? Estoy ya cargado de deudas; y el anfiteatro está ruinoso, gracias al fanático edicto de Honorio contra los gladiadores. No hay tiempo ni dinero para repararlo; y además, ¿qué miserables parecerian cien combatientes en una arena capaz de contener dos mil! ¡Considera, mi querida amiga, en que degenerados tiempos vivimos!

—¿Lo considero, sí, dijo Hipatia. Pero no veré el altar manchado con sangre. La profanacion que ya ha sufrido es lo que ha hecho quo el dios retirase la inspiracion poética.

—No lo dudo. Alguna maldicion del cielo ha caido ciertamente sobre nuestros poetas, á juzgar por lo malos que son. Sin embargo, la santidad del altar se conservará, reduciendo el combate á los limites del escenario. Y en cuanto á la pantomima, si aprobases mi idea del triunfo de Afrodita, es difícil que Dionusos negase su altar para la glorificacion de su amada.

—¡Ah! ese mito es moderno é inoble, en mi opinion.

—Sea así; pero no olvides que otro mito la supone, y no sin razon, madre de todos los vivientes. Puedes estar segura de que ni Dionusos ni ningun otro dios se opondrá á que ella haga sentir á sus hijos su inmenso poder; pues todos saben que si conseguimos que se la adore aquí, el olimpo entero será adorado á su vez.

—Eso se ha dicho de la celestial Afrodita, cuyo símbolo es la tortuga,

emblemata de la modestia y castidad domésticas, y no de esa baja Pandémica.

—Entonces cuidaremos de que el pueblo sepa á cuál de ellas admira, exhibiendo en el triunfo legiones de tortugas; y tú misma escribirás el canto mientras yo busco coristas á propósito; no limitándome á la doble flauta y un par de ehicos, sino presentando un ejército de ciclopes y de gracias, con tales trinos y tales voces de bajo!... ¡Atronarán los oídos de Cirilo en su palacio!

—¿El canto? ¡Noble oficio para mí, en verdad! Esa es aquella parte del absurdo espectáculo con que, según acostumbres decir, no habia soñado el público. Todo lo que merece determinarse, veo lo has determinado por tí antes de dignarte consultarlo conmigo.

—¿He dicho eso? Es equivocacion tuya. Pero mientras que el canto de un poetrasto mercenario pasaria sin llamar la atencion, ¿qué triunfo no seria el de la elocuencia y la ciencia de Hipatia, brillando con la triple inspiracion de Palas, Febo y Dionusos? Y en cuanto á haberlo arreglado de antemano.... adorable amiga, ¿qué cumplimiento mas delicado hubiera podido hacerte?

—No me es posible decir que lo tengo por tal.

—¿Cómo! Despues de ahorrarte todo el trabajo que ha dependido de mí, despues de atormentar mi sobrecargado ingenio en busca de efectos y propiedades escénicas, ¿no he traído á tus piés los caros engendros de mi cabeza, sujetándolos sin restricciones á la sentencia de vida ó de muerte que pronuncie tu elevado y sin igual criticismo?

Hipatia se sintió cogida en la red; pero ahora no habia escapatoria.

—¿Y quién es, dime, la que va á deshonrarse y á deshonrarme, representando á Venus Anadiómene?

—¡Ah! ¡Ese es el mas exquisito artículo de mi lista de manjares! ¿Qué dirás cuando sepas que los dioses bondadosos me han favorecido y hecho que obtaviese la promesa de.... de quién te figuras?

—¿Qué me importa? ¿Cómo he de adivinar? dijo Hipatia, que receleba quién fuese y temia oirlo.

—Pelagia.

Hipatia se levantó irritada.

—¡Esto es ya demasiado! ¡No te bastaba, á lo que parece, exigir, ó mas bien

considerar como otorgada, tan imperiosamente y sin compasion, una promesa condicional... débilmente hecha, con la vana esperanza de que me ayudarias á realizar deseos de que no has cuidado en muchos meses, y con los que no creo simpaticos ahora!... ¡No te bastaba declararte ayer públicamente cristiano, y venir esta mañana á venderme la lisonja de que te atreverás, de aquí á diez dias, á restablecer el culto de los dioses que has abjurado!... ¡No te bastaba trazar sin mí todos esos planes en que me habias dicho seria tu consejera.... condicion que tú mismo pusiste!... ¡No te bastaba mandarme sentar en ese teatro, como tu juguete, tu victima, sonrojándome y estremeciéndome ante espectáculos impropios de los dioses y los hombres... sino que ademas has querido que yo asistiese al triunfo de una muger que se ha burlado de mi enseñanza, que ha seducido á mis alumnos, que me ha insultado en mi salon de lecciones!... ¡De una muger que, durante cuatro años ha contribuido mas que Cirilo á destruir toda la virtud y verdad que he procurado... inútilmente... sembrar! ¡Oh, dioses amados! ¿cuándo aca-

baran los tormentos con que vuestra mártir necesita probar vuestra santa causa á una raza degenerada!

Y á pesar de su orgullo y de la presuncion de Orestes, los ojos de Hipatia se llenaron de lágrimas.

Los de Orestes se habian bajado ante la vehemencia de su justo resentimiento; pero al oirle proferir la última sentencia en tono mas suave y triste, los levantó de nuevo con una mirada de disgusto y de súplica, mientras que para sí decia: “¡Está loca!... ¡es una fanática! ¡pero tan bella! Me conviene que sea mia á toda costa.”

—¡Ah! exclamó, ¡querida y noble Hipatia! ¿qué he hecho? ¡He cometido una gran necedad! ¡Con el deseo de ahorrarte trabajo, con la esperanza de mostrarte en lo oportuno de mis planes, que mi práctica como hombre de Estado no era del todo indigna de tu alta sabiduría... ¡Miserable de mí! ¡te he ofendido y arruinado la causa de esos mismos dioses, por lo cuales, lo juro, estoy pronto á sacrificarme tanto como tú!

La última frase produjo el efecto apetecido.

—¿Arruinado la causa de los dioses? preguntó Hipatia con asombro.

—No es una ruina el carecer de tu auxilio? Tus palabras... ¿qué desgraciado soy!... ¿no significan que nos dejas, á mí y á ellos, en adelante entregados á nuestra sola fuerza?

—La sola fuerza de los dioses es omnipotente.

—Concedo. Pero.... ¿por qué Cirilo, y no Hipatia, es hoy dueño de las masas en Alejandria? Porque él y los suyos han combatido, padecido, y muchos centenares de ellos hasta muerto por su Dios, no obstante juzgarle omnipotente. ¿Por qué están olvidados los antiguos dioses, mi hermosísima lógica?.... Pues no cabe duda de que olvidados están.

Hipatia temblaba de piés á cabeza, y Orestes prosiguió con mas blandura que nunca:

—No te exigiré una respuesta á mi anterior pregunta. Solo te pido perdón.... de.... no sé de qué; pero he pecado y me basta. ¿Qué culpa tengo yo de haber sido demasiado confiado, de haber caminado con demasiada prisa? ¿No eres tú el precio á que aspiro? y el valor de la corona del vencedor?

¿no escusará alguna impaciencia por obtenerla? Hipatia ha olvidado la mision que tiene de los dioses, y ni aun ha consultado su espejo, al censurar á uno de sus innumerables adoradores por una precipitacion que debiera mas bien imputársele como virtud.

Y Orestes la miró con tanta dulzura y adoracion, que Hipatia se sonrojó y apartó el rostro.... Al fin era muger.... fanática.... é iba á ser emperatriz.... Además, la voz de Orestes era tan melodiosa y sus maneras tan agradables!..

—¿Pero Pelagia! dijo por último con firmeza, reponiéndose.

—¿Ojalá no la hubiera visto nunca! Mas, á la verdad, yo creia que obrando del modo que lo he hecho, te daria gusto.

—¿A mí?

—Si la venganza es dulce, como aseguran, dificilmente pudiera haber otra mas delicada que la de contribuir á la degradacion de una que....

—¿Venganza? ¿y has podido creerme capaz de una pasion tan baja?

—¿Yo? ¿No lo permita Palas! contestó Orestes, viendo que habia errado de nuevo. Pero no olvides que ese espectáculo, si se verifica, te libraré para

siempre de una molesta... no diré rival.

—¿Y cómo?

—Su reaparicion en la escena despues de sus vanidosas protestas de desprecio hácia el teatro, ¿no la rebajará á los ojos de esta pequeña ciudad, á su verdadero y primitivo nivel? En adelante se guardará bien de darse importancia y aparecer como la compañera de un héroe descendiente de los dioses, ni de presentarse, sin ser llamada, ante Hipatia, cual si fuese la hija de un cónsul.

—Pero no puedo... no puedo consentir en eso, ni aun tratándose de ella. Orestes, al fin es una muger. Y siendo, como soy, filósofa, ¿he de contribuir á degradarla mas de lo que está ya?

Hipatia iba á decir "una muger como yo;" pero la filosofía neo-platónica la habia enseñado mejor, y se contuvo antes de aseverar nada que indicase comunidad de sexo ni de naturaleza entre dos seres tan antipodas.

—¡Ah! repuso Orestes, ¡esa malhadada palabra degradar! ¿cómo puedes olvidar al pronunciarla que Pelagia, por oír de nuevo los aplausos de esos "queridos macedonios," á cuya costa ha

vivido años enteros, no se degradará á sus ojos ni á los de nadie, que un pavo real cuando despliega su cola? La ilimitada vanidad y la presuncion, no son pasiones desagradables para la que es víctima de ellas. Por último, ella es lo que es, y tú no tienes la culpa de sus vicios.

—¡Pobre Hipatia! El sebo era demasiado delicado, el tentador demasiado astuto, y sin embargo, se avergonzó de expresar en voz alta el dogma filosófico que esparció un rayo de consuelo y resignacion al través de su alma, recordándole que, en último resultado, no habia daño alguno en permitir á las naturalezas inferiores desarrollarse libremente en la direccion que les está señalada, y que es la única en que pueden cumplir las leyes de su sér, como variedades necesarias en el universo. Así, puso término á la entrevista con las siguientes palabras:

—Si es preciso, entonces... me retiraré y escribiré la oda. Lo único que exijo es no tener comunicacion de ninguna especie con... Vergüenza me da pronunciar su nombre. Te enviaré la oda, y ella adaptará su baile al metro

como mejor pueda. No he de acomodar-me á su gusto, ó mas bien á su capricho.

—Y yo, dijo Orestes con una profusion de gracias, me retiro á dar tormento á mis facultades en cuanto á las disposiciones. Ese dia exhibimos y vencemos. ¡Adios, reina de la sabiduria! Nunca tu filosofia muestra mejor su ventaja que cuando subordinas de este modo lo que es bello en si mismo á lo que lo es relativa y prácticamente.

Diciendo esto, se despidió: é Hipatia, temerosa de sus propios pensamientos, se sentó á trabajar en la oda. Era, á la verdad, un asunto magnífico. ¡Qué etimologías, cosmogonías, alegorías, mitos, simbolismos entre los cielos y la tierra no podria introducir. . . . si le fuera dado desterrar la figura de Pelagia bailando, la cual, en vez de desaparecer del cuadro, se mecía como un espectro en el fondo de todas sus ideas! Se irritó, primero con Pelagia, y despues consigo misma, por ser débil hasta el punto de pensar en ella. ¿No era una corrupcion positiva de su alma el verse asediada por la imagen de un ser tan corrompido? Purificaria sus pensamientos con la oracion y la meditacion. Pero ¿a

cuál de los dioses se dirigiria? ¿A Palas, su divinidad favorita? ¿Ella, que habia prometido asistir á aquel espectáculo? ¡Oh! ¡cuán débil habia sido en ceder! Y sin embargo, se le habia tendido una red, no cabia duda, por el hombre que ella se figuraba poder guiar y amoldar á sus proyectos. Al contrario, él la habia guiado y amoldado á los suyos, á pesar de su modestia, de su compasion, de su sentimiento innato de justicia. Estaba reducida ahora á ser su instrumento. Es verdad que si se habia sometido era por llevar á cabo una grande idea; pero ¿y si aquella sumision hubiese de repetirse en lo porvenir? Lo que mas la atormentaba era la conviccion de que Orestes tenia razon; de que él sabia lo que debia hacer, y el modo de hacerlo. No podia menos de admirar su habilidad, su viveza, su claro conocimiento práctico; y con todo, desconfiaba de él, le despreciaba, hasta le aborrecia. Pero ¿y si las cualidades de aquel hombre eran las destinadas á triunfar? Y ¿si sus aspiraciones mas puras y elevadas, sus resoluciones. . . . ¡ay! ya rotas. . . . de no obrar sino en virtud de los mas santos principios y por los medios mas sa-

grados, no debian ponerse nunca en práctica, no siendo con miserables estratagemas y zalamerías como estas? ¿Y si la astucia y la corrupcion, y no la filosofía ni la religion, fueran las destinadas á regir al género humano? ¡Horrible pensamiento! Y no obstante... ella, que toda su vida habia tratado de ser independiente, de no ceder á las circunstancias ni á la costumbre, de combatir sola contra el cristianismo y una época degradada... ¿cómo en la primera ocasion importante y crítica de obrar que se le habia presentado, habia permanecido muda, irresoluta, pasiva, victima, en fin, de la misma corrupcion que deseaba exterminar? No conocia que los que no poseen otros medios para regenerar un siglo corrompido mas que pedanterías dogmáticas concernientes á un pasado muerto para siempre, tienen que concluir en la práctica pidiendo prestadas con doblez, y usando torpemente las mismas armas de la moderna edad que combaten, y remendando vestidos viejos con telas nuevas, hasta que los rasgones sean patentes é incurables. Pero entretanto, estas meditaciones desterraron del entendimiento

de Hipatia aquel dia á Palas, la oda, la filosofía, todo... hasta Pelagia la impúdica.

## CAPITULO XXI

SINESIO.

EN un pequeño y mal amueblado cuarto alto de una casa de campo, estaba sentado Sinesio, obispo de Cirene.

A su lado sobre una mesa, se veia una copa de vino, hasta entonces intacta. Lenta y tristemente á la luz de una opaca lámpara, escribia un verso ó dos, y luego se tapaba el rostro con las manos, mientras que caian ardientes lágrimas por entre sus dedos sobre el papel, hasta que entró una criada y anunció á Rafael Aben-Ezra.

Sinesio se levantó con un gesto de sorpresa y corrió á la puerta.

—No, dile que venga. Atravesar esta noche esas habitaciones desiertas, es mas de lo que puedo sufrir.

Y aguardó á su huésped á la puerta. Cuando entró le cogió las manos entre

grados, no debían ponerse nunca en práctica, no siendo con miserables estratagemas y zalamerías como estas? ¿Y si la astucia y la corrupción, y no la filosofía ni la religión, fueran las destinadas á regir al género humano? ¡Horrible pensamiento! Y no obstante... ella, que toda su vida había tratado de ser independiente, de no ceder á las circunstancias ni á la costumbre, de combatir sola contra el cristianismo y una época degradada... ¿cómo en la primera ocasión importante y crítica de obrar que se le había presentado, había permanecido muda, irresoluta, pasiva, víctima, en fin, de la misma corrupción que deseaba exterminar? No conocía que los que no poseen otros medios para regenerar un siglo corrompido mas que pedanterías dogmáticas concernientes á un pasado muerto para siempre, tienen que concluir en la práctica pidiendo prestadas con doblez, y usando torpemente las mismas armas de la moderna edad que combaten, y remendando vestidos viejos con telas nuevas, hasta que los rasgones sean patentes é incurables. Pero entretanto, estas meditaciones desterraron del entendimiento

de Hipatia aquel día á Palas, la oda, la filosofía, todo... hasta Pelagia la impúdica.

## CAPITULO XXI

SINESIO.

EN un pequeño y mal amueblado cuarto alto de una casa de campo, estaba sentado Sinesio, obispo de Cirene.

A su lado sobre una mesa, se veía una copa de vino, hasta entonces intacta. Lenta y tristemente á la luz de una opaca lámpara, escribía un verso ó dos, y luego se tapaba el rostro con las manos, mientras que caían ardientes lágrimas por entre sus dedos sobre el papel, hasta que entró una criada y anunció á Rafael Aben-Ezra.

Sinesio se levantó con un gesto de sorpresa y corrió á la puerta.

—No, dile que venga. Atravesar esta noche esas habitaciones desiertas, es mas de lo que puedo sufrir.

Y aguardó á su huésped á la puerta. Cuando entró le cogió las manos entre

las suyas y quiso hablar; pero se le ahogó la voz en la garganta.

—No hables, dijo Rafael con dulzura, conduciéndole á su asiento; lo sé todo.

—¿Lo sabes todo? ¿Y eres tan distinto del resto del mundo, que vienes á visitar al hombre despojado y abandonado en su miseria?

—Soy como los demas, pues venia á tí en busca de consuelo. ¡Ojalá que pudiera darte! Pero los criados me lo hicieron todo abajo.

—¿Y sin embargo, persististe en verme como si estuviera en mi mano ayudarte? ¡Ay! á nadie puedo ayudar ya. Me encuentro enteramente solo y sin auxilio humano. Volveré al seno de mi madre como salí de él. Mi último y mas hermoso hijo me ha sido quitado tambien. Gracias doy á Dios de haber tenido un día paz para colocarle junto á su madre y sus hermanos, aunque solo El sabe cuánto tiempo permanecerán los caros sepulcros sin ser profanados. Bastante vergüenza ha sido ver desde mi solitaria torre las cenizas de mis abuelos espartanos, los hijos del mismo Hércules, mi gloria y mi orgullo, ¡necio y pecador de mí! arrojadas al viento por

bárbaros ladrones.... ¡Oh, Señor! ¿cuándo pondrás fin á tantas miserias con mi muerte?

—¿Y de qué ha muerto el pobre niño? preguntó Rafael esperando suavizar el disgusto, haciéndole desahogarse por medio de palabras.

—De la peste.... ¿Cuál sino ese ha de ser el destino del que respira un aire contaminado con los cadáveres y mira sobre sí un cielo oscurecido por aves de rapiña? Y aun soportaria esto si pudiese trabajar, si pudiese prestar algun auxilio. Pero encontrarse aquí, encerrado ahora por muchos meses entre estas odiosas torres; mirar una noche tras otra el cielo rojo con las llamas; oír diariamente los gritos de los moribundos y los prisioneros (pues ya han empezado á asesinar á todos los varones, sin escluir á los niños de pecho), y verme encadenado, impotente, aguardando mi fin como un idiota. Quisiera salir y morir combatiendo; pero soy su última y única esperanza. Los gobernadores no se cuidan de nuestras súplicas: en vano he dirigido memoriales á Genadio é Inocencio con la elocuencia que he podido usar en la miseria que me abruma.

No hay resolución ni unanimidad en el país. Los soldados están esparcidos en cortas guarniciones, que se limitan á defender las propiedades particulares de sus oficiales. Los ausurianos los derrotan poco á poco, y armados con sus despojos han comenzado ya á sitiar ciudades fortificadas, y solo nos resta rogar que como Ulises, seamos devorados los últimos. ¿Qué estoy haciendo, refiriéndote de un modo egoísta mis pesares, sin escuchar los que te afectan?

—No, amigo mío; estás refiriendo los males de tu país, no los tuyos. En cuanto á mí, no tengo disgustos.... sino desesperación, que siendo irremediable, puede aguardar. Pero no debes bajo ningún concepto permanecer aquí. ¿Por qué no te vas á Alejandría?

—Moriré en mi puesto como he vivido, sin dejar de ser un solo instante el padre de mi pueblo. Cuando al fin la misma Cirene sea sitiada, volveré allí, y los conquistadores hallarán al obispo en el sitio que le corresponde ante el altar, donde por muchos años he ofrecido el incruento sacrificio á aquel que tal vez exija de mí uno sangriento para que la profanación del altar, manchado

con el asesinato de su ministro, ponga el sello á la suma de los males de Pentapolis, y excite al Señor á vengar sus ovejas degolladas. No hablemos más de esto. A lo menos puedo recibirte en mi casa, y después de comer me dirás lo que te trae aquí.

Y el buen obispo, llamando á sus criados, les dió órdenes encaminadas á mostrar á su huésped toda la hospitalidad que en sus presentes circunstancias le era posible.

La acostumbrada penetración de Rafael no le había abandonado cuando en su perplejidad se dirigió casi instintivamente á Sinesio. El obispo de Cirene, si se ha de juzgar por la agradable correspondencia privada que ha dejado, era uno de esos hombres activos é impresionables que sienten la alegría y el dolor, si no con profundidad y de un modo duradero, con abundancia y apasionadamente. Vivía, como Rafael dijo á Orestes, en un torbellino de buenas obras, trabajando por el mero placer de la acción, y cuando no había nada que hacer, lo cual hasta últimamente le había acontecido raras veces, expiaba su pasada excitación con accesos de me-

lancolia. Era hombre de estilo grandilocuente y florido, no sin su poco de vanidad; pero bondadoso, agudo, dotado de incontrastable valor, así físico como moral, con un talento claro en las cuestiones prácticas y turbio en las especulativas; si bien, como sucede por lo común, estaba orgulloso, especialmente de su lado más flaco, y amaba con ardor las meditaciones filosóficas, mientras que sus detractores decían, no sin razón, que estaba más iniciado en el arte de adiestrar soldados y perros de caza, que en los misterios del mundo invisible.

Rafael le cobró afecto sin saber por qué, no seguramente porque esperase de él ningún consuelo filosófico, quizá porque Sinesio era, como acostumbraba decir Rafael, el único cristiano á quien había visto reír de corazón; quizá porque tenía alguna esperanza, no confesada ni aun á sí mismo, de encontrar en casa de Sinesio los compañeros de quienes acababa de huir. Vagaba alrededor del nuevo y extraordinario brillo de Victoria, como la mariposa en torno de la luz, según confesó después de la comida á su huésped, y había ido allí

por si podía quemar sus alas otra vez.

Mucho trabajo costó al anciano obtener aquella confesión. Viendo que Rafael tenía algo oculto que deseaba decir, estorbándosele únicamente su excesivo orgullo ó su recelo habitual, determinó averiguar el secreto, y olvidó sus pesares desde que hubo una persona á quien podía hacer bien. Pero Rafael era inexplicablemente obstinado; se había verificado en él un gran cambio con la desaparición de todos sus chistes y hasta de su humor satírico. Parecía consumido por una fiebre interna; estaba inquieto, se mostraba caprichoso, bruseo, y aun impertinente, y la curiosidad de Sinesio se excitó al ver que Rafael seguía firme en su propósito de no consultar al médico á quien se había presentado en clase de paciente.

—¿Y qué puedes hacer por mí, si te abro mi corazón?

—Permíteme, pues, querido amigo, que te dirija la siguiente pregunta. Si dices que no has venido á verme por interés mío, ¿cuál es la causa que te ha inducido á venir?

—¿Y me lo preguntas? Disfrutar la

compañía de una de las personas mas respetables de la Pentápolis.

— ¡Y nada mas que por eso has andado una semana, expuesto continuamente á morir?

— En cuanto al riesgo de morir, poco vale para quien no se cuida de la vida; y en cuanto á la semana de camino, tuve un sueño una noche durante este tiempo, que me puso en la duda de si seria prudente molestar á un obispo cristiano con pensamientos ó cuestiones relativas solo á pobres seres humanos como yo, que se casan y son dados en matrimonio.

— ¡Te olvidas, amigo, que estás hablando á uno que se ha casado, ha amado... y ha perdido á las prendas de su cariño?

— No lo he olvidado. Pero ya vez cuán áspero me he vuelto, y que no soy compañero á propósito para tí ni para nadie. Se me figura que acabaré por hacerme gefe de ladrones y capitanear una partida de ansurianos.

— Pero, dijo el paciente Sinesio, ¿te has olvidado de tu sueño?

— ¡Olvidado! Yo no he prometido referirtelo....

— No; mas como parece que contenia una especie de acusacion contra mi capacidad, ¿no crees justo decir al acusado cuál era?

Rafael se sonrió.

— Bien.... Supon que he soñado que un filósofo, un académico, un inerédulo, encontró en Berenice á ciertos rabinos y les oyó leer y explicar un libro de Salomon.... el Cántico de los Cánticos. Tú, como hombre instruido, sabes qué especie de alegoría han inventado tocante á ese libro. Sabes que en tu concepto, los ojos de la esposa debian significar los escribas que estaban llenos de sabiduría, como los pozos de Heshbon, de agua; su estatura semejante á la palma, los sacerdotes que habrian sus manos para bendecir al pueblo; la mano izquierda bajo su cabeza, los Tefilim que aquellos viejos pedantes llevaban en la muñeca izquierda, y la mano derecha que la sostenia, el Mezuzah que fijaban en el lado derecho de sus puertas para auyentar al diablo, etc., etc.

— He oido hablar de esos necios cabalismos.

— ¡Sí! Pues supon que yo continué

soñando, y vi que aquel mismo académico é incrédulo, siendo judío arrancó el rollo de manos de los rabinos, y les dijo que eran unos necios, porque trataban de descubrir lo que el libro podía significar antes de saber lo que significaba realmente; cosa imposible de averiguarse, como no fuese buscando en las simples palabras lo que Salomon habia querido dar á entender. Supon luego que este mismo judío apóstata, este miembro de la Sinagoga de Satanás, en sus ideas carnales é ilegítimas, habia adquirido la elocuencia del diablo y les habia dicho que aquel libro muestra á todo el que tiene ojos para ver, que Salomon, el gran rey, con sus sesenta reinas, sus ochenta concubinas y sus innumerables vírgenes, olvida todo su serralló y su lujo por el puro y noble amor de la inmaculada, que no es mas que una; que así como sus ojos están abiertos para ver que Dios hizo el hombre para la muger y la muger para el hombre, cual sucedia en el jardin de Edem, así su corazón y sus pensamientos se vuelven puros, suaves, ingénuos; que el canto de los pájaros, el olor de las uvas, los aromáticos vientos del

Sur y todos los sencillos placeres campestres de los valles del Líbano que disfruta con sus viñadores y esclavos, son mas preciosos á sus ojos que todos sus palacios y pompa artificial, sintiendo el hombre que está en armonía por la primera vez de su vida, con el universo de Dios y el misterio de las estaciones; que dentro y fuera de él, el invierno ha pasado con sus lluvias, las flores aparecen sobre la tierra y el canto de la tórtola se oye en el país.... Supon que he visto en mi sueño á los rabinos, en cuanto oyeron aquellas palabras impías, precipitarse sobre el hijo de Belial y espulsarle, porque blasfemaba de sus libros sagrados con sus carnales interpretaciones. Supon (digo solo que supongas) que oí en mi sueño á aquel infeliz decir en el fondo de su corazón: "Consultaré á los cristianos; ellos reconocen la santidad de este mismo libro, y dicen que su Dios le enseñó que en un principio Dios hizo al hombre, macho y hembra. Quizá me digan si este cántico de los cánticos muestra, como á mí me lo parece, el tránsito de la poligamia brutal á la monogamia que con tal solemnidad

prescriben, y convengan conmigo en que el cántico tiene merecidamente un lugar entre los libros sagrados por predicar esto." Tú, como obispo cristiano, debes saber la respuesta que recibiría. ¡Callas! Entonces te diré lo que pareció recibir en mi sueño. "¡Hombre carnal, blasfemo, que conviertes la Santa Escritura en un manto para cubrir tu licencia, como si allí se hablase de los bajos y sensuales afectos del hombre, ten entendido que ese libro debe interpretarse espiritualmente como la expresión del matrimonio del alma y su Creador, y que de él es de donde deduce la Iglesia sus mas poderosos argumentos en favor de la virginidad y las glorias del celibato."

Sinesio permaneció en silencio.

—¿Y qué piensas ví en mi sueño hacer á aquel hombre, cuando oyó esta respuesta? Maldijo el día de su nacimiento y la hora en que se dijo á su padre. "Te ha nacido un varon." Y exclamó. "¡Filósofos, judíos y cristianos, adios para siempre! Bajo el cielo no hay verdad ni razon. Lo mejor es seguir el ejemplo de los suyos, entregarse á la usura, acumular dinero y adular

á los tontos, como lo hicieron antes sus padres."

Sinesio, despues de meditar un instante, dijo:

—Y sin embargo, te has dirigido á mí....

—Porque tú has amado y te has casado, negándote cuando te se nombró obispo, á renunciar á la esposa que Dios te habia concedido. Sin duda tú podrás explicarme el enigma.

—¡Ay, amigo! Ultimamente he empezado á desconfiar de mi poder de explicar enigmas. Y á la verdad, ¿qué se ganaria con explicarlo? ¿Qué importa un misterio mas en un mundo de misterios? "Si te casares no pecas," dice San Pablo, y esto basta. No me pidas que argulla contigo, sino que te ayude. En vez de confundirme con cuestiones profundas y excitarme á dar mi juicio privado, como lo he hecho ya demasiado á menudo contra la opinion de la Iglesia, refiéreme tu historia y pon á prueba mi simpatía mas bien que mi entendimiento. Sentiré contigo y trabajaré en tu favor, no lo dudes, aunque sea incapaz de explicarme á mí mismo la causa de mi conducta.

—¿No puedes, según eso, descifrar mi enigma?

—Permíteme que te ayude, dijo Sinesio con dulce sonrisa, á descifrarlo por tí mismo. Inútil es que quieras engañarme. Amas á una muger pura. Cuando la poseas, serás capaz de juzgar mejor si tu interpretacion del cántico de los cánticos es la verdadera; y si persistes entonces, Sinesio, á lo menos no disputará contigo. Ha reclamado siempre el derecho de filosofar individualmente, y te dejará la misma libertad, hágalo ó no la multitud.

—¿Convienes, pues, conmigo? Creo que sí.

—¿Es justo preguntarme si acepto una interpretacion nueva que acabo de oír, y que ha sido expresada con alguna rapidez y bajo una forma retórica?

—Eludes la cuestion, dijo Rafael impertinentemente.

—Y aunque así sea, ¿no puedo ayudarte en la práctica, dejándote entregado á tí mismo en la parte especulativa?

—Bien; si quieres saber mi historia, dóyela y juzga por tí mismo del sentido comun de los cristianos.

Y apresuradamente, como si se aver-

gonzase de su confesion, y se viera obligado á pesar suyo á hacerla, refirió á Sinesio todo desde su primer encuentro con Victoria hasta que se separó de ella en Berenice.

El buen obispo, con sorpresa de Abenezra, pareció hallar en ella gran diversion en el asunto. Se rió, se golpeó el muslo con la mano, movió la cabeza á cada pausa como aprobando, bien por animar á Rafael, bien porque realmente creyese que los planes de éste eran mucho menos desesperados de lo que él imaginaba....

—Si te ries de mí, Sinesio, callaré; pues me sobra con la humillacion de confesarte que he vuelto á los diez y seis años.

—¿Reirme de tí? reirme contigo has querido decir. ¿Un convento? ¡Bah! El anciano prefecto tiene bastante juicio, respondo de ello, para oponerse á que su hija contraiga un buen matrimonio.

—¿Te has olvidado de que no soy cristiano?

—Harémos que lo seas. No trataré de convertirme, pues que has acostumbrado siempre á burlarte de mi filosofia. Pero Agustín llega mañana.

—¿Agustin?

—Sin duda; y saldremos al amanecer con todos los hombres armados que podamos reunir, á recibirle y escoltarle, entreteniéndonos en cazar á la ida y á la venida, pues hace quince dias que no hemos comido mas que lo que nuestros perros y nuestros arcos nos han suministrado. El te tomará á su cargo y te curará de todo tu judaismo en una semana. Lo demas déjalo á mí; yo lo manejaré de un modo ú otro, y te aseguro que no quedará desairado. No te dé vergüenza. Será una verdadera diversion para un infeliz que no tiene otra cosa en que ocuparse. ¡Oh! Y en cuanto á deberme un favor, nada mas fácil que recompensarlo con otro; pues bastará que me prestes três ó cuatro mil monedas de oro (¡sabe el cielo que las necesito!) con la seguridad de no volverlas á ver nunca.

Rafael no pudo á su vez contener la risa.

—¡Sinesio es siempre el mismo, según veó, digno descendiente de Hércules! Y aunque rehuye de limpiar el establo Angeano de mi alma, patea como el caballo de guerra en el valle, con la

esperanza de emprender en mi favor trabajos de menos importancia. Pero mi querido y generoso obispo, este asunto es mas serio, y yo, interesado en él, me he vuelto tambien mas serio de lo que crees. Dime, por el puro honor de tus abuelos espartanos Agis, Brásidas y demas, ¿no te parece que estás en tu irreflexiva bondad, excitándome conducirme de un modo que ellos calificarian no muy honorosamente para mí?

—¿Cómo, amigo mio? Tu deseo es legítimo y honesto, y yo me complazco en ayudarte á que lo realices.

—¡Piensas que antes de ahora no he buscado yo mas de un camino para realizarlo por mí mismo? Una docena de veces he tenido ya tentaciones de volverme cristiano; pero se han despertado en mí las ideas mas estrañas sobre conciencia y honor.... Sabe el cielo que no era antes muy escrupuloso, ni ahora lo soy con exceso, excepto tratándose de ella. No puedo aspirar á su mano. No me atreveria á mirar su rostro si pesase sobre mi conciencia una mentira.... Ella tiene, cuando fija su vista en una persona, la penetracion de una divinidad.... En mi vida habia sen-

tido vergüenza hasta que mis ojos se encontraron con los suyos...

—Pero, ¿y si realmente llegaras á ser cristiano?

—Imposible. Los motivos que me impulsan á ello, serian sospechosos para mí. Ese es otro de mis absurdos escrúpulos actuales. Recelaria que habia cambiado de creencia porque deseaba cambiar... y que si no la engañaba á ella, me engañaba á mí mismo. Si no la amase, seria otra cosa; pero ahora... por lo mismo que la amo, no quiero, no me atrevo á oír los argumentos de Agustín ni mis ideas en el particular.

—Hombre obstinado! esclamó Sinesio: parece que encuentras un placer perverso en precipitarte de nuevo en medio de las olas, cuando ya has trepado á la roca de salvacion!

—¿Placer? ¿Lo hay en tener empeñada una lucha á muerte con el diablo? Habia dejado de creer en él por muchos años.... Y en el momento en que algo noble y justo renace en mi espíritu, encuentro á la vieja serpiente asida con fuerza á mi garganta. No te sorprenda que sospeche de él, de tí, de mí mismo... cuando he sentido en la última semana

á cada hora tentaciones de convertirme en diablo. Sí, prosiguió levantando la voz, mientras que todo el fuego de su naturaleza oriental brillaba en sus negros ojos, ¡de convertirme en diablo! Desde mi niñez no habia conocido hasta ahora lo que era desear y no poseer. No he tenido muchas veces que molestar á ningun pobre Naboth á causa de su viña; pero cuando he tratado de hacerlo, Naboth ha creido mas prudente ceder... Y ahora... ¿Te figuras que no han pasado por mi cabeza una docena de planes infernales en la última semana? ¡Mira! Esta es la hipoteca de todos los bienes de su padre. La compré (sea instigado por Satanás ó por Dios) á un banquero de Berenice, el mismo dia que me separé de ellos; y al presente, ellos y todo lo que poseen están á mi disposicion. Puedo arruinarlos... venderlos como esclavos... denunciarlos como rebeldes... y hasta pagar una docena de hombres que la arrebaten de su lado, y así cortar mas simple y sumariamente el nudo gordiano. ¡Y sin embargo, no me atrevo! Debo ser puro para acercarme á la que es pura, y justo para besar los pies de la que es de-



obispo, apostadas sus centinelas, se situó en la parte superior de la torre, junto á la campana de aviso, y mientras dirigia la vista al país de sus antepasados y rogaba que su desolacion tuviese al fin término, no se olvidó de implorar para su desgraciado huésped un sueño mas tranquilo y provechoso que el que habia conocido por espacio de muchas semanas. Rafael, antes de acostarse aquella noche, habia roto el documento hipotecario de Mayorico, sintiéndose mejor al ver consumirse pedazo á pedazo aquel tentador escrito á la luz de la lámpara. Hecho esto, se rindió con la fatiga del cuerpo y del espíritu, y olvidó á Sinesio, á Victoria, á todos, pareciéndole vagar toda la noche en los valles del Libano, entre jardines de lirios y lechos de flores; mientras que halagaban sus oídos músicas pastoriles y voces de niñas, que cantaban el místico idilio de su poderoso antepasado.

A la mañana siguiente antes de salir el sol, se veia á Rafael bien armado y montado al lado de Sinesio, seguido de cuatro ó cinco pares de perros grandes y de color pardo, y de la fiel Bran, cu-

yas orejas cortadas y gruesas mandíbulas, eran únicas en aquella tierra de orejas tiesas y narices de zorra, y formaban el exclusivo asunto de la conversacion de unos veinte hombres, que armados de piés á cabeza para la caza y la guerra, cabalgaban detrás del obispo en caballos medio muertos de hambre y enseñados por la miseria de los tiempos á hacer el mayor trabajo comiendo lo menos posible.

Durante las primeras millas no desplegaron los labios; atravesaron aldeas arruinadas y heredades que presentaban tristísimo aspecto, de las cuales de tiempo en tiempo salia con temor un solo habitante y referia su dolorosa historia al desgraciado obispo, apresurándose luego en vez de pedirle limosna á rogarle que aceptase algun resto de grano ó de volateria que se habia librado de las manos de los merodeadores. El pobre Sinesio, al verlos abrazarse á sus rodillas y bendecirle como su única esperanza, oia con paciencia una vez y otra el mismo relato y mezclaba sus lágrimas con las de aquellos infelices, espoleando en seguida su caballo, como para evitar el espectáculo de miserias

irremediables; mientras que en el corazón de Rafael se elevaba una voz que parecía preguntarle: "¿Para qué te fueron concedidas las riquezas, sino para que pudieses enjugar por un día á lo menos tales lágrimas?"

Y se sumergió en honda meditación, que dió con el tiempo su fruto, y que se prolongó hasta que dejaron el valle y subieron á las colinas, donde estaba el camino que conducía desde el distante mar. Pero en cuanto perdieron de vista los indicios de desastrosa guerra, el temperamento del buen obispo empezó á excitarse. Riñó á sus perros, habló á su gente, discurrió sobre el mejor punto para encontrar caza, y los exhortó alegremente á portarse como hombres, pues que el tener que comer á la noche dependería enteramente de sus proezas durante el día.

—¡Ah! dijo Rafael al fin aprovechando un pretexto cualquiera para interrumpir sus dolorosos pensamientos, aquí hay una vena de tu tierra de sal. Figúraseme que en otro tiempo residisteis todos en el fondo del mar y que Neptuno, ese viejo agitador de la tierra, cansado de vuestro mal comportamiento,

os empujó hácia arriba una mañana, haciéndoos quedar en seco para libraros de vosotros.

—Quizá haya sido así. Cuentan que los Argonautas atravesaron esta comarca al volver del mar del Sur, que debía por lo tanto hallarse mucho mas cerca de nosotros que ahora, y se añade que llevaron su mística nave por entre alturas á la Syrte. Sin embargo, hemos olvidado, despues de trascurrido tanto tiempo, cuanto concierne al mar, y recuerdo muy bien cuál fué mi asombro á la vista de una galera en Alejandria, y las careajadas con que mis condiscipulos saludaron mi razonable observacion de que se parecia á un cienpiés.

—¿Y no te acuerdas tambien de la cuestion que tuve con tu mayordomo sobre el pescado escabechado que te traje de Egipto, y del modo como al abrirse el barril gritaron los sirvientes y corrieron á derecha é izquierda declarando que los huesos de pescado eran las espinas de serpientes venenosas?

—El buen anciano se mantiene en su incredulidad tocante al agua salada. Me atormenta de continuo rogándome le refiera la historia de mi naufragio, y en

último resultado no me cree, aunque lo ha oído una docena de veces. "Señor," me dijo con solemnidad despues de haberte tú ido, "¿pretenderá ese amigo tuyo persuadirme de que en su grande estanque de Alejandria pueda haber nada que se coma, cuando es sabido que la mejor fuente del país no cria mas que ranas y sauguijuelas?"

Mientras hablaban dejaron el último campo detrás de sí, y entraron en una vasta llanura salpicada de matorrales y hendida acá y allá por cañadas, que terminaban en fértiles valles con multitud de casas de campo.

—Aquí, exclamó Sinesio, están las tierras donde cazamos. Entreguémonos, pues, á una hora de recreo, y olvidemos nuestras penas por los goces del noble arte. ¿Qué concepto tendria de él formado el viejo Homero, cuando se olvidó de contarle entre las empresas gloriosas para los héroes, y sin embargo no le faltaron palabras de alabanza para el foro?

—¿El foro? dijo Rafael. ¿Nunca he visto que formase mas que picaros!

—Picaros impudentes, amigo mio. Detesto á los abogados, y jamás encuen-

tro uno sin ponerle en ridiculo; embusteros afeminados, que tiemblan al ver la carne de venado asada, pensando en los peligros que ha sido preciso correr para obtenerla. Pero esta no es época de valientes, amigo mio.... no lo es. Olvidémoslo, y á nosotros tambien.

—¿Y la filosofia y á Hipatia? preguntó Rafael maliciosamente.

—He abandonado la filosofia. ¡Combatir como un Heráclida y morir como un obispo, es lo que me resta.... exceptuando á Hipatia, la perfecta, la sabia! Te digo, amigo, que es un consuelo para mí en la miseria que me abruma, recordar que un mundo tan corrompido como este tiene en su seno un sér tan divino....

Iba á proseguir alabando con entusiasmo á su ídolo, cuando Rafael le detuvo.

—Me temo que nuestra comun simpatía en ese particular se ha debilitado. He empezado á dudar de ella últimamente, casi tanto como dudo de la filosofia.

—¿Pero no de su virtud?

—No, amigo mio; ni de su belleza, ni de su sabiduría; sólo si de su poder

para hacer de mí un hombre mejor. Dirás que es una victoria egoísta, concedo. ¡Qué noble caballo es ese tuyo!

—Lo ha sido... lo ha sido; pero está ya muy acabado, como su amo y el caudal de su amo...

—No sucede así al potro con que te has dignado honrarme.

—¡Ah! ¡el potro de mi pobre hijo!... Eres el primero que lo ha montado desde que....

—¿Es de tu cría? preguntó Rafael tratando de torcer la conversacion.

—Nació del caballo blanco de Nicea que me enviaste y de una de mis yeguas.

—No parece malo; solo que tiene algo de la cabeza de toro y de los ijares de lebrél de tus caballos africanos.

—Tanto mejor, amigo mio. Se necesitan huesos.... huesos y resistencia para este áspero país. Tus delicados caballos de Nicea son excelentes para andar unos cuantos minutos por las arenas de Egipto; pero aquí conviene un caballo que camine cuarenta millas diarias por terrenos de todas clases, y que coma a la noche cardos. ¡Ah, pobreillo! dijo viendo saltar á un gerbo de unos mator-

rales que estaban á sus piés; se me figura que vas á ayudar á llenar el caldero de la sopa en estos difíciles tiempos.

Y arrastrando hábilmente su largo látigo, el digno obispo enredó en él las piernas del gerbo, le subió hasta su silla, y lo entregó al criado para que lo metiese en el morral.

—Mátale... ¡No le dejes gritar!... Grita como un niño ...

—¡Infeliz! dijo Rafael. Por ventura, ¿tenemos nosotros mas derecho de comerle á él, que él de comernos á nosotros?

—Que nos coma si puede. ¡Cuanto hace que te has puesto del lado de los Maniqueos!

—No temas semejante cosa. Pero como te he dicho, desde mi admirable conversion efectuada por Bran, la perra, he empezado á respetar á los irracionales, que probablemente son tan buenos como yo.

—Entonces necesitas otra conversion, Amigo Rafael; y es preciso que aprendas á conocer lo que es la dignidad del hombre. Cuando la conozcas, creerás conmigo que la vida de todos los irracionales que pueblan la superfi-

cie de la tierra, es de muy poco valor, en cambio de la vida del último de los hombres.

—Sí, con tal que se les mate para alimentarse con ellos; pero ¿matarlos para nuestra diversion!

—Amigo, cuando yo era aun pagano, recuerdo que temblaba mucho al oír la historia de la maldicion de la higuera; pero cuando supe lo que era el hombre, y que habia considerado toda mi vida como parte de la naturaleza á una raza que habia sido en su origen y podía volver á ser, hecha á semejanza de Dios, empecé á ver que importaba poco fuesen maldecidas todas las higueras, siempre que el espíritu de un hombre aprendiese de ese modo una sola leccion. Lo mismo digo de esta diversion campes- tre, sobre la cual no me he avergonzado de escribir, como sabes, un libro.

—Y delicioso, ciertamente; sin embargo, recuerda que eras aun pagano cuando lo escribiste.

—En efecto, y entonces me dedicaba á la caza por mera inclinacion. Mas ahora sé que tengo derecho á entregar-me á ella, porque me da resistencia, prontitud, valor, dominio sobre mí mis-

mo, y tambien salud y alegria; y por eso. . . ¡Ah, rastro fresco de avestruz!

—Y parándose de repente, comenzó á subir con lentitud por la colina.

—¡Atrás! dijo al fin con voz muy baja. Despacio y en silencio. Tiéndete sobre el cuello de tu caballo, como yo lo hago, ó los bribones de largo pescuezo te verán. Deben estar cerca de nosotros. ¡Si no das la vuelta á aquella altura, nos ganarán el viento, y entonces adios!

En seguida, Sinesio y su criado galoparon, colgándose del pescuezo de sus caballos por un brazo y una pierna, de un modo, que Rafael trató en vano de imitar.

A los dos ó tres minutos estaban junto á la colina. Sinesio hizo alto, miró hacia abajo un momento, y luego se volvió á Rafael, temblándole de placer todo el cuerpo, al indicar, levantando dos dedos, que eran dos los avestruces.

—Prepara las flechas. Suelta los perros, Sifax.

Y al cabo de otro minuto Rafael se encontró bajando á galope por la colina, mientras que dos magníficos avestruces, con las alas abiertas y los cuellos tocando con la tierra, huían delante de los

lebreles á un paso, que ningun caballo hubiera resistido diez minutos.

—¡Qué niño soy aún! exclamó Sinesio llorando de entusiasmo; y entretanto Rafael se entregó tambien á la alegría, y olvidó hasta la misma Victoria en su veloz carrera por rocas, matorrales, montecillos de arena y riachuelos.

—¡Cuidado con ese lecho seco del torrente! ¡Arriba, mi buen caballo! Esto no durará dos minutos mas. Imposible que sostengan el paso contra esta brisa. . . . Bien, perro, bien, aunque hayas errado el golpe. ¡Ah! ¡si mi hijo se encontrase aquí! Miradlos. . . . hacen regates. Esparcidos á derecha é izquierda, amigos, y corred á ellos cuando pasen.

Los avestruces, no pudiendo, como dijo Sinesio, sostener su pasa contra la brisa, retrocedieron hácia donde estaban sus perseguidores, y batiendo el aire con abiertas alas, siguieron de nuevo la direccion del viento de un modo mas admirable aún que antes.

—¡Corre hácia él, Rafael. . . . corre y haz que entre en aquellos matorrales! gritó Sinesio ajustando una flecha á su arco.

Rafael obedeció, y el avestruz se metió en el matorral. El caballo, perfectamente enseñado, se avalanzó á él como un gato; y Rafael, que no tenia confianza en su habilidad como arquero, le hirió con su látigo en el pescuezo cuando se empeñaba en pasar, y derribó en tierra á la noble ave. Iba á saltar al suelo para asegurar su presa, pero un grito de Sinesio le detuvo.

—¡Estás loco? Te rompería el corazon de una patada. ¡Los perros le sujetarán!

—¿Dónde está el otro? preguntó Rafael.

—Donde debe estar. No he errado un tiro en muchos meses.

—Compites con el mismo emperador Commodo.

—¿De veras? Una vez ensayé las flechas de su invencion, con cabeza de media luna, y degollé uno ó dos avestruces regularmente. Sin embargo, no sirven mas que para el anfiteatro; pues no están seguras en el carcaj cuando se va á caballo. Pero ¿qué es eso? Y señaló á una nube de polvo blanco que se divisaba á cosa de una milla en el valle. ¿Será una cuadrilla de antilopeas? ¡En-

tonces Dios nos favorece! Vamos... sea lo que fuere, no tenemos tiempo que perder.

Y reuniendo su gente se adelantó con rapidez hacia el objeto que habia llamado su atencion.

—Antilopes! dijo uno.

—Caballos salvajes! añadió otro.

—Dí mas bien domesticados! exclamó Sinesio con furioso ademán. Acabo de ver brillar armas.

—Los Ausurianos!

Y toda la partida prorrumpió en un grito de rabia.

—¡Me seguiréis, hijos!

—¡Hasta morir! contestaron a una voz.

—Lo sé. ¡Oh! si yo tuviera setecientos de vosotros, como tenia Abraham! Entonces veriamos si esos bribones no seguian en una semana la suerte de las tropas de Codorlaomor.

—Eres feliz, pues que puedes actualmente confiar en tus esclavos! dijo Rafael, mientras la partida galopaba sujetando sus cinturones y aprontando las armas.

—Esclavos! Si la ley me autoriza para vender uno ó dos que no se hallan

aun en estado de cuidarse á sí mismos; es ese un hecho que tanto ellos como yo hemos olvidado. ¡Sus padres encanecieron á la mesa del mio, y Dios quiere que ellos encanezcan á mi mesa! Comemos juntos, trabajamos, cazamos, combatimos, jugamos y hasta lloramos juntos. ¡Dios nos ayude á todos! pues que nuestro objeto es uno mismo. Ahora bien... ¿conocéis al enemigo, muchachos?

—Ausurianos. La misma partida que atacó á Mirsinitis la semana pasada. Los conozco por los cascos que quitaron á los Marcomanos.

—¿Y con quién pelean?

—No se vé. Sin duda han estado peleando; pero algunas víctimas habrán querido ponerse fuera de su alcance, y la partida se ha lanzado en su persecucion.

—Fue accion reñida la de Mirsinitis. Los Ausurianos se presentaron cuando el pueblo estaba entregado á sus oraciones de la mañana. Los soldados huieron y se ocultaron en las cavernas, dejando el asunto á los clérigos.

—Si eran de tu presbiterio, aseguro

qué se mostraron dignos de su diocesano.

—¡Ah! si todos mis clérigos fuesen semejantes á ellos! ¡Si lo fuese mi pueblo! Ofrecieron oraciones por la victoria, se pusieron al frente de los labriegos, y encontraron á los moros en un paso estrecho. Allí decayeron un poco de ánimo. Fausto el diácono, los exhortó y arrojó al gefe de los ladrones, como el joven David, una piedra que le hizo saltar los sesos, despojándole en seguida al verdadero estilo Homérico, y despues de atacar y vencer á los Ausurianos con la espada de su capitán, volvió y erigió un trofeo en debida forma clásica, siendo proclamado salvador del valle.

—Merecería que le nombrases arcediano.

—De buena gana le enviara, si pudiese, á él y sus compañeros á recorrer la provincia, coronados de laurel, aclamándolos en todas las plazas de mercado *Hombres de Dios*. Pero ¿con quién pelearán esos Ausurianos? Si fueran labriegos, hubieran perecido hace tiempo, y si soldados, ya habrían emprendido la fuga. En este país es verdade-

ramente portentoso que un combante dure diez minutos. ¡Quiénes serán? Ahora los veo; todos á pié menos dos, lo cual me sorprende, puee en muchas millas á la redonda no tenemos una sola cohorte de infantería.

—¡Sé quienes son! gritó Rafael, espoleando de repente su caballo. Entre mil conozco esa armadura, y en medio hay una litera. Seguidme, amigos, y mostrad todo el valor de que sois capaces.

—¡Poco á poco! exclamó Sinesio. Cree á un viejo soldado, y quizá... (¡ojalá no estuviera en el caso de decirlo!) el mejor que ha quedado en este miserable país. Da la vuelta al barranco y ataca de improviso á los bárbaros por el flanco. De ese modo no nos verán hasta que estemos á veinte pasos. ¡Eh! Aun tienes que aprender una ó dos cosas, Aben-Ezra.

Y sonriéndose ante la perspectiva de la accion, el bizarro obispo hizo girar su reducida tropa, y en cinco minutos mas se presentó, anunciándose con un grito y una descarga de flechas, y precipitándose en lo mas fuerte de la pelea.

Todas las escaramuzas de caballería

se parecen: ruido de caballos, sables desnudos, cinco minutos de confusion, y luego los ginetes que no han sido derribados de sus sillas por las rodillas de los que están á su lado, y que no han cortado la cabeza á sus caballos en lugar de costársela al enemigo, se encuentran sin saber cómo, ó persiguiendo ó perseguidos, sin que por ambas partes haya tenido efecto un golpe de cada diez. Sin embargo, Rafael, despues de intentar en vano matar muchos moros, se halló en posicion nada digna entre las piernas de innumerables caballos, que hacian movimientos frenéticos. Evitar uno equivalia á exponerse á otro; así filosóficamente se estuvo quieto, reflexionando sobre la sensacion de ver saltar sus sesos, hasta que la nube de piernas se desvaneció, y se encontró de rodillas enfrente de las narices de una mula, que montaba, inmóvil, un hombre alto y venerable, vestido de obispo. El extranjero, en vez de prorampir en una carcajada, como Rafael, levantó la mano solemnemente y le bendijo. El judío se paso de pié sin cuidarse de tales cortesias, y mirando en torno vió á los Asurianos que subian por la colina á ga-

lope en trozos sueltos, y á Sinesio juntó á él limpiando una espada sangrienta.

—¿Está segura la litera? fué lo primero que preguntó.

—Sí lo está. Te di por muerto cuando te vi traspasado por esa lanza.

—¿Traspasado? Estoy tan sano como un cocodrilo, respondió Rafael riéndose.

—Probablemente el bribon, en medio de su furia, equivocó el regaton con la punta. Tal es el desórden de un combate de caballería. Yo te vi herir á tres ó cuatro con lo ancho de la espada.

—¡Ah! eso explica, dijo Rafael, el que... Pues en otro tiempo me tenia por el que mejor manejaba esa arma en la frontera armenia....

—Figúraseme que pensabas en otra cosa ademas de los moros, dijo Sinesio señalando á la litera.

Y Rafael, por la primera vez despues de mucho tiempo, se sonrojó como un chico de quince años, y luego volvió la espalda con altanería, y subió otra vez á caballo, diciendo:

—¡He sido necio á mas no poder!

—Mejor harias en dar gracias á Dios por haber impedido que derramases sangre, dijo el obispo extranjero con

voz dulce y una manera de anunciar sus pensamientos peculiarmente clara y delicada. Si Dios nos ha concedido la victoria, ¿por qué quejarnos de que dejase con vida á otras criaturas además de nosotros?

—Porque así habrás mas que roben, quemem y degüellen, respondió Sinesto. Sin embargo, no quiero enestiones con Agustín.

—¡Agustín!

Rafael miró atentamente al obispo: era un personaje alto, de facciones delicadas y frente elevada y estrecha, en la que se veían, como en sus mejillas, los hondos surcos abiertos por la duda y los pesares. La resolución dulce, pero incapaz de doblérgarse, estaba expresada en sus delgados y cerrados labios, y en sus claros y serenos ojos; pero la tranquilidad de su imponente aspecto era semejante á la de un volcan apagado, sobre el cual tienen que pasar siglos antes que las grietas se llenen de tierra productiva, y la lava desaparezca bajo la yerba y las flores. Pero las ideas del judío tomaron otra direcccion al sentirse entre los brazos de Mayorico y de su hijo.

—Te tenemos otra vez, buena pieza, dijo el tribuno; ya vez que no te puedes escapar.

—Por el contrario, dijo el padre, acabamos de contraer con él una nueva deuda de gratitud, pues nos ha salvado nuevamente. Estábamos en grande apuro cuando veniste á nuestro auxilio.

—¡Oh! donde quiera que se presente lleva el bien consigo; ¡y pretende que es un pájaro de mal agüero! dijo el jovial tribuno arreglando su armadura.

Rafael se alegró en el fondo de su corazón de que sus antiguos amigos no estuviesen enojados por su capricho; pero su única respuesta fue:

—Dad gracias á otro y no á mí; yo, segun costumbre, he obrado como un necio. Pero ¿qué os trae aqui, cual dioses *ex Machina*? Esto se opone á todas las probabilidades.

—A ninguna, amigo mio. Encontramos á Agustín en Berenice cuando iba á marchar para ver á Sinesto; nosotros, es decir, uno de nosotros, estaba seguro de que se te hallaria con él, y nos decidimos á venir custodiando á Agustín, pues ninguno de la cobarde guarnicion se atrevió á acompañarle.

—Uno de nosotros, dijo para sí Rafael.... ¿quién?

Y venciendo su orgullo preguntó con toda la indiferencia que la fué posible por Victoria.

—Está allí, en la litera, ¡pobre niña! contestó su padre en tono serio.

—¿Enferma?

—¡Ah! sea que la excitacion heroica de algunos meses se acabase cuando nos vió al fin en seguridad, sea algun golpe de Dios... ¿quién sabe lo que pueda yo merecer?... es lo cierto que desde que nos separamos en Berenice ha estado postrada de cuerpo y de espíritu.

El rudo soldado no imaginaba el efecto que debian producir sus palabras. Pero Rafael no bien le oyó, sintió en el corazon una pena demasiado aguda para distinguir si emanaba de alegría ó de desesperacion.

—Vamos, exclamó la gozosa voz de Sinesio, vamos, Aben-Ezra; ya has recibido de rodillas la bendicion de Agustin, y es tiempo de que empieces á disfrutar de ella. Siendo, como sois, dos filósofos, debeis conoceros mutuamente. Agustin, te suplico prediques á este

amigo, que es á la par el mas sabio y mas loco de los hombres.

—Lo último solamente, dijo Rafael; pero no oiré ningun discurso de Agustin hasta que estemos seguros en casa y háyamos matado la caza necesaria para obsequiar á los nuevos huéspedes de Sinesio.

Y volviendo la espalda cabalgó en silencio y triste al lado de sus compañeros, que comenzaron á discurrir sobre los planes de Mayorico y sus soldados.

A su pesar, Rafael se sintió atraido por la conversacion de Agustin, el cual habló del mal gobierno y la ruina de Cirene, tan sinceramente y con tanta habilidad como el mejor; y cuando los demas no sabian qué decidir, la indicacion práctica que aclaraba la dificultad procedia ciertamente de su labio. Por su consejo, Mayorico condujo allí sus soldados; su proposicion fué que se ocupasen por un periodo fijo en defender aquellos remotos confines al Sur de la provincia; refrenó el ímpetu de Sinesio, calmó la desesperacion de Mayorico, apeló al honor y fé cristiana de los soldados, y parecia tener una palabra, precisamente la verdadera, para cada cual:

de modo que al cabo de un rato, Abenezra olvidó la tirantez y circunspección de sus modales y el uso de los textos de la Escritura para ilustrar cualquiera opinión que proponía. Al principio tenía visos de afectación; pero los argumentos que empleaba eran tan moderados y racionales, que Rafael empezó á sentir poco á poco que su aparente pedantería no era mas que el resultado de querer referir todas las materias, aun las mas vulgares, á alguna profunda y divina regla de lo justo y lo injusto.

—Pero os olvidais, amigos míos, dijo al fin Mayorico, del peligro que correis dando asilo á rebeldes.

—El Rey de los reyes ha perdonado tu rebelión, visto que al paso que te ha castigado con la pérdida de tus bienes y honores, te ha concedido la vida admitiéndote en su ciudad de refugio. A tí ahora te toca dar buenos frutos de penitencia; y ningunos son mejores que los que Juan Bautista ordenó á los antiguos soldados: "No hagais violencia á nadie, y contentaos con vuestros salarios."

—En cuanto á rebeldes y rebelión, dijo Sinesio, son cosas desconocidas

aquí; porque donde no hay rey, no puede haber rebelión. Todo el que quiera ayudarnos contra los Ausurianos es leal á nuestros ojos. Y en cuanto á nuestra creencia política, es sumamente sencilla, á saber: que el emperador nunca muere, y que su nombre es Agamemnon, el que combatió en Troya; esto lo probará cualquiera de tus criados, bastante silogisticamente, para satisfacer al mismo Agustín. Así...

—Agamemnon fué el mas grande y mejor de los reyes.

—El emperador es el mas grande y mejor de los reyes.

—Por eso Agamemnon es el emperador, y vice-versa.

—Bueno hubiera sido, dijo Agustín con grave sonrisa, que alguno de nuestros amigos profesase esa misma opinión.

—O bien, contestó Sinesio, que creyese con nosotros que el chambelán del emperador es un hábil anciano, con la cabeza calva como la mía, llamado Ulises, al cual se dió en recompensa la prefectura de todas las tierras del Norte del Mediterráneo, para sacar el ojo al ciclope hace dos años. Sin embargo,

basta ya de esta materia. Pero os habreis convencido de que no correis un gran riesgo de ser denunciados ni envueltos en intrigas. . . . La verdadera dificultad consiste en que podais obedecer á Agustin, y contentaros con vuestro salario; porque, añadió bajando la voz, no tendréis ninguno literalmente.

—Lo que merecemos, dijo el jóven tribuno; pero mis compañeros tienen un medio para comer. . . .

—Se regalarán á medida de los gamos y avestruces que cojan. En cuanto á mi, no solo estoy desprovisto de dinero, sino que me veo reducido á vivir como los Lestrígonos, con carne y nada mas; porque los trigos y árboles en muchas millas á la redonda han sido, ó quemados ó robados.

—*E nihilo nihil!* dijo Agustin, no teniendo otra cosa que decir.

—¿Las naves pentapolitanas han salido para Roma? preguntó Rafael.

—No: Orestes las detuvo cuando detuvo el convoy de Alejandria.

—Entonces los judios tienen el trigo, no lo dadeis; y lo que ellos tienen lo tengo yo. Hay cierto dinero mio colocado á interés en los puertos de mar,

que arreglará el asunto por uno ó dos meses. Aprontad una escolta mañana, y ya encontraré yo trigo.

—Pero, mi mas generoso amigo, repara que no podré pagarte interés ni principal.

—Sea así. He gastado mucho dinero durante los últimos treinta años en hacer solo mal; y bueno será que gaste un poco en hacer bien. A menos que Su Santidad de Hipona crea que no debes aceptar este beneficio de manos de un infiel.

—¿Cuál de aquellos tres, dijo Agustin, se hallaba próximo al que murió entre ladrones, sino el que tuvo misericordia de él? En verdad, amigo mio, Rafael Aben-Ezra, tú no estás lejos del reino de Dios.

—¿De qué Dios? preguntó Rafael.

—Del Dios de tu antepasado Abraham, al cual nos oirás adorar esta noche, si así es su voluntad. Sinesio, ¿no tienes una iglesia donde pueda dirigir una palabra de exhortacion á estos fieles?

Sinesio suspiró.

—Hay una ruina que hace un mes era iglesia.

—Y que aun lo es. El hombre no habia puesto alli á Dios, y de consiguiente no ha podido espulsarlo de aquel sitio.

De este modo, despues de enviar á derecha é izquierda á los cazadores, y de proveerse antes de la noche con una abundante cantidad de caza, llegaron á la habitacion de Sinesio, donde la anciana ama de gobierno de éste se encargó del cuidado de Victoria, y los soldados marcharon en direccion de la iglesia; mientras que los criados de Sinesio, que no comprendian el servicio eclesiástico latino, se quedaron cocinando la caza, aún caliente.

Mucho extrañó Rafael aquella noche oír en medio de aquellas ahumadas columnas y caidas vigas, los grandes salmos hebreos, cantados del modo que, segun los Rabinos, se cantaban en el templo de Jerusalem. . . . Así ellos, como las invocaciones, acciones de gracias, bendiciones, hasta el ceremonial exterior, todo era hebraico; todo estaba impregnado de las ideas, y expresado con las palabras de que se habian servido sus abuelos. Aquella lección del libro de los Proverbios, que el diácono

del obispo de Hipona estaba leyendo en latin, la habia escrito uno cuya sangre corria por las venas de Aben-Ezra... ¿Era un error, una hipocresía? ¿O adoraban verdaderamente, segun creian, al Dios que habia hablado cara á cara con sus antepasados, al Arquetipo del hombre, al amigo de Abraham y de Israel?

En seguida empezó el sermon; y mientras Agustin permaneció un momento orando frente al altar ruinoso, iluminadas la arrugas de su semblante por un rayo de luna que descendia al través del abierto techo, Rafael aguardaba impaciente su discurso. ¿Qué tendria él, dialéctico refinado, antiguo maestro de retórica pagana, cortés y docto estudiante, ascético, célibe y teósofo, que decir á aquellos soldados endurecidos en la guerra, Tracios y Marcomanos, Galos y Belgas, que estaban sentados allí con los rostros tan tristes y graves? ¿Qué pensamiento ni sentimiento comun podia haber entre Agustin y su congregacion? ®

Al fin, despues de persignarse, comenzó. El asunto era uno de los salmos que acababa de leer; un salmo militar, concerniente á Moab y Amalez y las an-

tiguas guerras de Palestina. ¿Qué objeto se propondría?

Pareció principiar de mala gana, á pesar de la esquisita gracia de su voz, de sus maneras, de su lenguaje y de la tersura epigramática de cada sentencia. Empleó algunos minutos en tratar de la inscripcion del salmo. . . . se entretuvo en alegorias. . . . Pero ¿con qué magnífica explicacion terminó su discurso! Fue, no mera obra de la fantasia, sino una ojeada profunda y verdadera, dirigida al trabajo del universo material, como simbolo del espiritual ó invisible; no partiendo en sus deducciones, como Hipatia, exclusivamente de algun fenómeno sublime ó portentoso, sino de algun perro, de una caldera, de la muger de un pescador, con una sencillez digna del mismo Sócrates. ¿Cuánta personalidad habia ademas en sus palabras. . . . Nada de explosiones declamatorias, sino diálogos é interrogaciones dramáticas, y censuras imprevistas de los vicios mas comunes en la soldadesca. . . . Sin embargo, estos ataques estaban presentados bajo una forma universal y comprensiva, que hizo estremecer al mismo Rafael. . . . y habria

hecho estremecer de la propia manera á cualquiera otro. Conociese ó no Agustin verdades para todos los hombres, no cabia duda de que conocia vicios para todos, y para sí mismo tanto como para sus oyentes. Era un verdadero hombre, encerrase ó no error su discurso. Lo que censuraba en otros lo habia sentido en sí, luchando hasta el borde del sepulcro, como lo decian las arrugas de su semblante. . . . Pero ¿por qué los Edomitas, sin mas fundamento que un juego de palabras, debian significar una clase de pecado, los Ammonitas otra, y otra los Amalecitas? ¿Qué tenia esto que ver con el antiguo salmo? ¿Qué tenia que ver con el presente auditorio? ¿No era aquella la forma mas estravagante y baja de la pedantería falsa, sutil y rústica que habia enfermado la mente de Rafael en el salon de lecciones de Hipatia, hasta hacerle acudir á su perra Bran en busca de realidades prácticas?

No. . . Gradualmente, á medida que las alusiones de Agustin fueron mas directas, vió Rafael que en su espíritu habia una real y orgánica connexion, verdadera ó falsa, en lo que al principio to-

mó por alegorías arbitrarias. Amalecitas, pecados personales, ladrones Ausurianos, eran solo para el muchas formas diferentes de un mismo mal. El que trabajaba en pró de cualquiera de ellos, combatía contra el Dios justo; el que les hacía la guerra, combatía por el Dios justo; mas era preciso vencer a los Amalecitas de lo interior, si aspiraba a vencer a los Amalecitas exteriores. ¿Cómo habian de triunfar los legionarios de los vicios que los rodeaban, mientras sus corazones les estuvieran sometidos? ¿Querian alentarlos con el ejemplo, pretendiendo destruirlos con la espada? ¿No era esto una burla, una hipocresía? ¿Podía Dios ayudarlos con su bendición, si de ese modo se portaban? ¿Restablecerian la unidad y la paz en el país, no existiendo lo uno ni lo otro dentro de sí mismos? ¿Qué resultado habia producido el desamparo del pueblo, la imbecilidad de los militares, sino desamparo y flaqueza en lo interior? Eran débiles contra los moros, porque eran débiles contra enemigos mas terribles que los moros. ¿Cómo habian de pelear en favor de Dios exteriormente, si estaban peleando contra

El en su propio país? Dios no saldria con sus ejércitos, porque no se hallaba entre sus ejércitos. Siendo un espíritu, debía morar en sus espíritus. . . . Y entonces el grito de un rey se oiria en medio de ellos, y uno venceria á mil. . . . Si no. . . . si tanto el pueblo como los soldados exigian aun mas castigos y humillaciones, ¿qué importaba todo, con tal que fuesen castigados y humillados? ¿Qué importaba que sus rostros fuesen confundidos, si de ese modo se les llevaba á conocer el nombre de Dios, del único que era la Verdad, la Luz y la Vida? ¿Qué importaba que muriesen? Despues de derrotados los enemigos interiores, poco debía importarles que los exteriores pareciesen prevalecer por un momento. Serian recompensados cuando se verificase la resurreccion de los justos y la muerte fuese vencida. Entonces se veria quiénes realmente habian triunfado á los ojos de Dios justo, si ellos, ministros de Dios, defensores de la paz y la justicia, ó los Ausurianos, enemigos de tan caros objetos. . . . Al llegar aquí, por una delicadeza de imaginacion, introdujo unas cuantas palabras de piedad y esperanza, hasta en

en favor de los feroces ladrones moros. Les aprovecharia el buen éxito que habian alcanzado, pues que aprenderian de sus cautivos cristianos, purificados por la afliccion, verdades que éstos habrian olvidado en la prosperidad. Además, les seria útil; lo mismo que á los cristianos, ser confundidos y tratados como paja que el viento arroja, á fin de que tambien ellos conociesen su nombre.... Y de este modo, por medio y á pesar de los conceptos, alegorías é interpretaciones exageradas. Agustín prosiguió deduciendo de los Salmos, de lo pasado y de lo futuro, la asercion de un Dios Vivo y Presente, eterno enemigo de la discordia, de la injusticia y del mal, favorecedor y salvador eterno de los que han sido esclavizados y oprimidos por su causa en cuerpo ó en alma.... Rafael extrañaba todo aquello... por no asemejarse á ninguno de los discursos, platónicos ó hebreos, que habia oido hasta allí, y mas aún por la conformidad de doctrinas entre aquellos discursos y éste, y por el placer instintivo con que el último parecia justificarlos á todos y unirlos mediante el talisman de una idea, que las preocupaciones judai-

cas de Rafael no le impedian ver, aunque sí le impedian reconocerla. Pero cualquiera que fuese el sonrojo que le causara su orgullo nacional; cualquiera que fuese su persuasion de que Agustín estaba construyendo un firme edificio práctico sobre el fundamento de una mentira, no podia menos de observar, al principio con envidia y luego con gusto, los semblantes de aquellos rudos soldados, á medida que pasaban de una atencion fija á una decision alegre y solemne.

—¿Qué extraño es, dijo Rafael para sí, qué extraño es, cuando ha estado hablando á esas fieras como á sábios y santos, y les ha asegurado que Dios está con ellos como con los profetas y salmistas?.... ¿Me sorprenderia que Hipatia, á pesar de toda su hermosura, hubiese movido sus corazones como él lo ha hecho!

Al levantarse Rafael, á la conclusion del discurso de Agustín, se encontró con los sentimientos de un antiguo hebreo como nunca desde que, sentado en las rodillas de su nodriza, la oia referirle leyendas sobre Salomon y la reina de Sabá. ¿Y si al cabo tuviese razon Agus-

tin? ¿Si el Jehová de la Escritura no fuese meramente el patrono nacional de los hijos de Abraham, como sostenian los rabinos; ni segun Filon, meramente la divina sabiduría que habia inspirado á unos cuantos sábios escogidos, sino el Señor de toda la tierra y de todas las naciones? . . . Y de repente, por la primera vez en su vida, asaltaron su memoria varios pasajes de los salmos y profetas que parecian probar esto. ¿Qué otra cosa significaba el libro entero de Daniel y la historia de Nabucodonosor? El latitudinarianismo filosófico le habia curado hace tiempo de la idea rabinica que representaba al conquistador babilonio como un encarnizado enemigo, consagrado á Tofet, lo mismo que su predecesor Senaquerib. Habia admirado desde entonces á aquel rey como un magnifico carácter humano, mas hermoso, á sus ojos, que el de Alejandro ó de Julio César. . . . ¿Y si Agustin le hubiese suscitado una idea capaz de justificar su admiración? . . . Mas aún. . . . ¿Y si Agustin tenia razon en ir mas lejos que Filon ó Hipatia? ¿Si aquel mismo Jehová, Sabiduría, Logos, llamárase como quisiese, fuera el Dios de todos

los espíritus, así como de todos los tiempos? ¿Si estuviese tan cerca (Agustin lo decia) de los corazones de aquellos feroces Marcomanos, Galos y Tracios, como del corazón de Agustin? ¿Si estuviese (Agustin lo decia) deseando atraer á sí las almas de los mas pobres, mas ignorantes y pecadores? ¿Si amase, en efecto, al hombre como hombre, y no meramente á una raza predilecta ni á una clase escogida de espíritus? . . . Y dada esta hipótesis, la extraordinaria historia de la Cruz del Calvario no parecia tan imposible. . . . Pero entonces, el celibato y el ascetismo, antihumanos como eran, ¿qué tenian que ver con la teoría del Dios humano?

Y Rafael, agolpándosele al entendimiento multitud de cuestiones, no sintió que aquella misma noche la materia se dilucidase completamente en el cuarto de Sinesio. Mayorico, con su manera franca y propia de un soldado, sin andarse en rodeos, puso en contacto á Aben-Ezra y Agustin; y Rafael, habiendo intentado primero dar un giro chistoso al asunto, quiso burlarse de una idea falaz, en la apariencia vertida por Agustin; pero halló que era mas difícil

de lo que creía tender un lazo al sético y circunspecto lógico, y perdió parte de su moderacion (señal tal vez en un escetico de que renace en él la fé) encontrándose pronto empeñado en un combate desesperado con Sinesio, que le sostenia, al parecer, porque gozaba en verlos batallar, y Mayorico, que le contrariaba mas y mas por la implícita fé dogmática con que cortaba uno tras otro los nudos gordianos, hasta que Agustin tuvo á bien salvarle de sus amigos, armando una trampa al buen perfecto, y dejándole á gran distancia de los demas disputantes, que continuaron arguyendo hasta el amanecer. Entonces, el espectáculo de la desolacion exterior recordó á las partes que tenian que usar de armas mas materiales y que emprender una guerra mas dura.

Pero lejos estaba Rafael Aben-Ezra de imaginar mientras acudia á todos los recursos de su ingenio y de su ciencia, con la esperanza de confundir al sábio de Hipona, y se olvidaba del cielo y la tierra por el placer de disputar con sus iguales, que en un aposento vecino, postrada en el suelo, y cubierto el rostro por los despeinados rizos, se halla-

ba Victoria, orando por él toda la noche y vertiendo amargas lágrimas, cuando oia el murmullo de las voces y se empeñaba inútilmente en comprender el sentido de aquellas palabras de que pendian ahora sus esperanzas y felicidad; pues si aun no se habia atrevido á confesarse á si misma hasta qué punto era esto último cierto, la habia, sí, confesado al Hombre á quien dirigia sus oraciones, como á uno que sentia con teraura y penetracion superior á la de un hermano, de un padre y hasta de una madre, su virginal rubor y sus disgustos.

CAPITULO XXII.

PANDEMONIUM.

PERO ¿qué se habia hecho el pobre Filemon toda esta semana.

En los dos primeros dias de su prision habia bramado como una fiera cogida en el lazo, viendo sus nuevos proyectos detenidos repentinamente y su energía inutilizada. Rompió los barrotes de su cárcel, se arrastró por el sue-

de lo que creía tender un lazo al sético y circunspecto lógico, y perdió parte de su moderacion (señal tal vez en un escetico de que renace en él la fé) encontrándose pronto empeñado en un combate desesperado con Sinesio, que le sostenia, al parecer, porque gozaba en verlos batallar, y Mayorico, que le contrariaba mas y mas por la implícita fé dogmática con que cortaba uno tras otro los nudos gordianos, hasta que Agustin tuvo á bien salvarle de sus amigos, armando una trampa al buen perfecto, y dejándole á gran distancia de los demas disputantes, que continuaron arguyendo hasta el amanecer. Entonces, el espectáculo de la desolacion exterior recordó á las partes que tenian que usar de armas mas materiales y que emprender una guerra mas dura.

Pero lejos estaba Rafael Aben-Ezra de imaginar mientras acudia á todos los recursos de su ingenio y de su ciencia, con la esperanza de confundir al sábio de Hipona, y se olvidaba del cielo y la tierra por el placer de disputar con sus iguales, que en un aposento vecino, postrada en el suelo, y cubierto el rostro por los despeinados rizos, se halla-

ba Victoria, orando por él toda la noche y vertiendo amargas lágrimas, cuando oia el murmullo de las voces y se empeñaba inútilmente en comprender el sentido de aquellas palabras de que pendian ahora sus esperanzas y felicidad; pues si aun no se habia atrevido á confesarse á si misma hasta qué punto era esto último cierto, la habia, sí, confesado al Hombre á quien dirigia sus oraciones, como á uno que sentia con teraura y penetracion superior á la de un hermano, de un padre y hasta de una madre, su virginal rubor y sus disgustos.

CAPITULO XXII.

PANDEMONIUM.

PERO ¿qué se habia hecho el pobre Filemon toda esta semana.

En los dos primeros dias de su prision habia bramado como una fiera cogida en el lazo, viendo sus nuevos proyectos detenidos repentinamente y su energía inutilizada. Rompió los barrotes de su cárcel, se arrastró por el sue-

lo gritando, llamó inútilmente á Hipatia, á Pelagia, á Arsenio... á todos, menos á Dios. No podía ni se atrevia á orar; pues, á quién dirigiria su súplica? ¿A las estrellas? ¿Al Abismo, á la Eternidad?

¡Ay! como Agustin habia dicho, con bastante amargura, aludiendo á sus maestros maniqueos, Hipatia habia alejado de él al Dios vivo, dándole, en su lugar, los cuatro Elementos... Y en su extravío y terror imploraba á cada uno de los guardias y carceleros que veia pasar, rogándoles como hermanos, padres, hombres, que le socorriesen. Al fin, conmovidos por su agonía y excesiva hermosura, los rudos Tracios, que conocian bastante el carácter del que los tenia empleados para creer sin dificultad en la inocencia de su victima, se pararon á oírle y le interrogaron.

Pero cuando le ofrecieron el socorro que pedia y le dijeron que les refriese su historia, la lengua del pobre jóven se le pegó al paladar. ¿Cómo habia de divulgar la vergüenza de su hermana? ¡Y sin embargo, ella estaba próxima á divulgarla por sí misma!... Así, en vez de palabras, rompió en nuevas quejas,

hasta que le dieron por loco; y cansados de sus violencias, le obligaron con golpes y maldiciones á estarse quieto. El resto de la semana lo pasó sumido en muda desesperacion, cercana al idiotismo. La noche y el dia eran para él iguales. No probaba el alimento que le arrojaban al través de la reja; hora tras hora, dia tras dia permanecia sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, como aletargado por mera estenuacion del alma y del cuerpo. ¿Qué le importaba moverse, comer ni vivir? En el cielo y en la tierra no tenia mas que un proyecto, y este era ya imposible.

Al fin la puerta de la prision rodó sobre sus goznes.

—¡Arriba, jóven loco! gritó una voz áspera. ¡Arriba, y da gracias á los dioses y á la bondad de nuestro noble... hem!... Prefecto. ¡Hoy pone en libertad á todos los presos; y se me figura que un lindo chico como tú no debe ser menos que otros feos bribones!

Filemon miró al carcelero como si no le comprendiese mas que á medias.

—¡No oyes? gritó éste con una maldicion. Estás libre. Salta, ó cierra la puerta de nuevo, quién sabe hasta cuándo.

— ¡Ella va á ejecutar el baile de Venus Anadiómene?

— ¡Ella! ¿Quién?

— Pelagia, mi hermana.

— ¡El cielo únicamente sabe cuánto ha bailado en su tiempo! Pero dicen que hoy vuelve á bailar. ¡Pronto! sal, ó de otro modo no llegaré á tiempo de ver los juegos. Empiezan dentro de una hora. Hoy se admite en el teatro á todo el mundo.... pícaros y hombres de bien, cristianos y gentiles. ¡Maldito sea el chico! está tan loco como siempre.

Filemon lo parecia en efecto; pues poniéndose de repente en pié de un salto, dejó atrás al carcelero, salió precipitadamente de la prision, atravesando por entre la multitud de bribones, á quienes se habia dado libertad; corrió á su casa; de allí á los baños; de los baños al teatro; y sin cuidarse de etiquetas se adelantó hácia las filas mas bajas de bancos, para colocarse, sin saber por qué, lo mas cerca posible del espectáculo que temia y aborrecia.

El destino hizo que el punto por donde habia entrado se hallase próximo á la silla del prefecto, donde Orestes estaba sentado, en toda la pompa de su

traje de ceremonia, y junto á él (con sorpresa de Filemon) la misma Hipatia, mas hermosa que nunca, brillando su frente, como la de Juno, con una elevada tiara de joyas, y su vestido blanco de Jonia, medio oculto por un chal carmesí. ¿Qué hacia allí la vestal, la filósofa? Pero los ardientes ojos del jóven, demasiado bien acostumbrados á notar las luces y sombras de sentimiento que se sucedian en aquel semblante, no tardaron en conocer cuán decaida y triste era su expresion. La mirada de Hipatia revelaba violencia y decision, acompañada del terror de una mártir; y sin embargo, no lo era del todo, pues cuando Orestes volvió la cabeza al oír el ruido que habia causado la entrada de Filemon, é irritado al verle, le indicó que se retirase, ella se volvió tambien, y habiéndose encontrado sus ojos con los de su discípulo, se le encendió el rostro y pareció en actitud de ordenarle asimismo la retirada; pero reponiéndose, dijo algo en voz baja á Orestes, que calmó su furor, é Hipatia recobró su serenidad, ó mas bien se respaldó de nuevo en su asiento, como una persona determinada á sobrellevar lo peor.

Algunos alegres jóvenes, condiscípulos de Filemon, le atrajeron a su círculo, saludándole risueños; y antes de que él reuniese sus ideas, el telon que velaba el escenario se habia corrido, y empezaron los juegos.

La escena representaba un fondo de montañas; y sobre el mismo teatro, delante de un grupo de chozas, estaban en confusa mezcla los negros prisioneros Libios, como unos cincuenta entre hombres, mugeres y niños, adornados con plumas de colores y cinturones de cuero, blandiendo sus lanzas y escudos, y mirando fijamente con sus blancos ojos, que expresaban un temor y asombro infantiles, el extraño espectáculo que tenían ante sí.

En todo el frente del teatro se habian erigido almenas, y abajo el hiposcenio habia sido pintado figurando rocas, con lo que se completaba la imitación de una aldea entre las montañas de la Libia.

En medio de un profundo silencio se adelantó un heraldo, y proclamó que aquellos eran prisioneros cogidos con las armas en la mano combatiendo contra el Senado y el pueblo de Roma, y

dignos por lo tanto de una inmediata muerte; pero que el prefecto, en su excesiva clemencia hacia ellos, y queriendo proporcionar la mayor diversion posible á los obedientes y leales ciudadanos de Alejandria, habia determinado, en vez de entregarlos a las fieras, permitirles que peleasen en defensa de sus vidas, y prometia perdonar á los que sobreviviesen si se portaban con valor.

Aquellos desdichados, cuando se les tradujo esta proclama, lanzaron gritos de alegría y blandieron sus lanzas y escudos mas ferozmente que nunca.

Pero su gozo fué breve. Las trompetas dieron la señal del ataque; y una tropa de gladiadores, igual en número á los salvajes, salió por uno de los grandes pasos laterales, hizo el saludo de respeto á los espectadores, que prurumpieron en aplausos, y plantando sus escalas contra el frente del teatro, subieron al ataque.

Los Libios peleaban como tigres; sin embargo, desde el principio Hipatia, y tambien Filemon, comprendieron que la promesa de concederles la vida si

vencían, era una mera burla. Sus ligeros dardos y sus miembros desnudos no podían competir con las espadas y la completa armadura de sus brutales enemigos, que recibían riéndose multitud de golpes sobre sus cabezas, protegidas por yelmos.

No obstante, tal valor animaba á los Libios, que los hicieron retroceder dos veces, y dos veces las escalas fueron derribadas, y mas de un gladiador quedó debajo luchando con la agonía de la muerte.

Entonces el demonio se apoderó de los corazones de aquella embrutecida muchedumbre. Un grito tras otro de triunfo salvaje y de desconsuelo aun mas salvaje, sonaba en todas las filas de aquel vasto círculo de asientos á cada golpe que era parado y á cada golpe que se frustraba; y Filemon vió con horror y sorpresa que el lujo, el refinamiento, la misma cultura filosófica no eran salvaguardias suficientes contra la infección de sed de sangre. Hermosas y delicadas señoras, á quienes había visto algunos días antes extasiadas con las celestes aspiraciones de Hipatia, saltaban de sus asientos, agitaban

sus manos y pañuelos, y palmoteaban á los gladiadores. Porque ¡ay! no cabía duda hácia qué lado se inclinaba el favor del público. Se excitaba con insultos, burlas, aplausos y ruegos á aquellos miserables asalariados para que completasen su sangrienta obra. No había una voz que intercediese por los infelices prisioneros: desprecio, odio, ardiente deseo de sangre relucían únicamente en aquellos miles de ojos; y los Libios desalentados, sin esperanza, iban cediendo retirándose uno á uno. Un grito de triunfo saludó á los gladiadores, que subieron á las almenas y se posesionaron del teatro. Los pobres negros hayeron en todas direcciones, buscando en vano una salida....

Empezó entonces la matanza.... Unos cincuenta, entre hombres, mugeres y niños se agolpaban en aquel reducido espacio.... y sin embargo, Hipatia se mantuvo firme. ¿Por qué no? ¿Qué significaba este número en comparación de los miles de personas que habían perecido un año despues de otro durante siglos, de aquella y aun peores muertes, en los anfiteatros de un imperio, de una fé que estaba decidida á restaurar? Era

parte del gran sistema y debía sobrellevarlo.

Lo cual no quiere decir que no padeciese, porque al fin era muger, y su corazón, hallándose muy por encima de las brutales excitaciones de la multitud, estaba abierto á los mas vivos estímulos de la piedad. Repetidas veces fué á interceder en favor de una muger ó de un niño, pero antes de que hablase el golpe habia sido dado, y la infeliz criatura habia desaparecido de su vista en la espera y confusa masa de asesinos y de víctimas. Si Hipatia habia empezado y debía seguir hasta el fin... En último resultado, ¿qué eran las vidas de aquellos pocos semi-brutos, volviendo así algunos años antes al polvo de que habian salido, al lado de la regeneracion de un mundo?... Todo estaria concluido en unos cuantos minutos mas, y el telon corrido.... Entonces apareceria Venus Anadiómene, y el arte, la alegría, la paz y la agradable sabiduría y belleza del antiguo arte griego, calmando y civilizando los corazones, é infundiéndoles la mas pura devocion hácia los inmortales mitos, las inmortales deidades que habian inspirado á sus abuelos en los

gloriosos dias de la antigüedad.... Pero aun duraba la mantanza, y ella miraba arriba, abajo, al rededor, á todos lados, para evitar semejante espetáculo, y sus ojos se encontraron con los de Filemon que la estaba contemplando lleno de horror y disgusto.... Un estremecimiento de vergüenza asaltó el corazón de Hipatia: sus mejillas se encendieron, é inclinándose á Orestes le dijo en voz baja.

—¡Apíadate!.... ¡Perdona á los que quedan!

—De ningun modo, hermosa vestal; la multitud le ha tomado el gusto á la sangre y debe saciarse, ó volverá su furia contra nosotros. Nada es tan peligroso como tratar de contener á un bruto, sea caballo, perro ú hombre, cuando ha roto todo freno. ¡Hola! ¡allí tenemos un fugitivo! ¡qué bien corre el bribonzuelo!

En efecto, mientras hablaba, un niño, el único que quedaba con vida, saltó del teatro y atravesó la orquesta, dirigiéndose á ellos seguido por un perro.

—Será tuyo ese jóven si llega hasta nosotros, dijo Orestes.

Hipatia observó la escena sin casi respirar. El niño acababa de llegar al

altar colocado en el centro de la orquesta, cuando vió á un gladiador junto á él. El brazo del miserable se habia levantado ya para herir, cuando, con asombro público, el niño y el perro se pusieron á ladrar, y arrojándose sobre el gladiador, entre ambos le derribaron en tierra. El triunfo fué momentáneo. Las manos se levantaron demasiado tarde, y el grito de *¡no le mates!* no se oyó á tiempo. El gladiador, ya en el suelo, sepultó su espada en el cuerpo del niño, y poniéndose luego de pié, se dirigió friamente á uno de los pasos laterales, mientras que el pobre perro permaneció junto al cadáver lamiendo sus manos y su rostro, y haciendo resonar todo el edificio con sus doloros ahullidos. Entró entonces la gente de servicio, y enganchando un cadáver tras otro se los llevó de allí, siguiéndoles largos surcos de sangre en la arena: el perro iba detrás, y por último sus ahullidos de mal agüero cesaron de oírse.

Filemon se sintió mal y queria marcharse; pero Pelagia... no; debia permanecer allí, y ver lo peor, si era posible hubiese algo peor que aquello. Miró á todas partes. El pueblo estaba fria-

mente bebiendo vino y comiendo tortas, mientras hablaba con admiracion de la hermosura del gran telon que acababa de correrse y ocultar el teatro, y que representaba, sobre un fondo azul, á Europa llevada por el toro al través del Bósforo, en tanto que las Nereidas y los Tritones jugaban á su alrededor.

Una flauta sola detrás de la cortina empezó á modular dulces notas, apagadas y distantes, como si partiesen de lejanos valles y bosques; y por los pasillos laterales salieron tres Gracias que conducia Pitho, diosa de la persuasion, llevando un baston de heraldo en la mano. Se adelantó hasta el altar en el centro de la orquesta, é informó á los espectadores de que durante la ausencia de Ares, el cual habia marchado en auxilio de cierta grande espedicion militar, que debia decidir pronto la suerte de la diadema de Roma, y de la libertad, prosperidad y supremacia de Egipto y Alejandria, Afrodita habia vuelto á su fidelidad, sometiéndose en lo venidero á las ordenes de su marido Hefesto; que éste, como dios de los artifices, sentia un peculiar interés por la ciudad de Alejandria, almacén del mundo, y

como muestra de especial favor habia obtenido de su bella esposa que exhibiese por esta sola vez sus encantos ante el pueblo reunido, y que en la muda poesia de movimiento representase las emociones con que, al nacer de las olas del mar, habia visto por la primera vez la hermosa extension del cielo y la tierra, cuya reina era actualmente.

Entusiastas aplausos acogieron este anuncio, y por el lado opuesto salió cojeando el dios, con el martillo y las tenazas al hombro, seguido de una cuadrilla de ciclopes gigantescos, que llevaban acuestas varios trozos de obras de metal dorado.

Hefesto, que estaba encargado de la parte cómica en el grande espectáculo pantomímico, se adelantó con estudiada grosería en medio de las carcajadas del público; miró el altar con burla y desprecio, levantó su poderoso martillo, lo hizo pedazos de un solo golpe, y mandó á sus criados que quitasen de allí los fragmentos y erigiesen otro altar mas propio de su augusta esposa.

Con admirable presteza los trozos de metal fueron colocados y unidos entre sí, formando un todo de ramos de coral

y guirnaldas de yerbas marinas, entretelado con delfines, nereidas y tritones. Cuatro ciclopes gigantescos se acercaron entonces, vacilando bajo el peso de una plancha circular de mármol verde, pulimentada hasta parecer un espejo perfecto, que ajustaron sobre la anterior figura. Las Gracias adornaron su circunferencia con guirnaldas, yerbas marinas, conchas y coralinas, y el mímico mar estuvo completo.

Pitho y las Gracias se retiraron algunos pasos agrupándose con los ciclopes, cuyos miembros sucios y morenos, y cuyas horribles máscaras de un solo ojo, hacian resaltar los delicados colores y el encanto de las hermosas doncellas. Entretanto Hefesto tenia la vista fija en el telon, y parecia aguardar con impaciencia la venida de la diosa.

Todo el mundo esperaba anhelante, notando que las flautas sonaban de mas cerca: las trompas y los címbalos empezaron la armonía; y al ruido de una música triunfal se corrió el telon, y un grito simultáneo de placer salió de la boca de diez mil espectadores.

La escena representaba un magnífico

templo, oculto á medias en un bosque artificial de árboles y matorrales de los trópicos, que llenaban todo el teatro. Faunos y Driadas asomaban riéndose por entre sus troncos, y vistosos pájaros, sujetos por hilos invisibles, revoloteaban cantando de rama en rama. En el centro, una calle de palmeras conducía desde las puertas del templo al frente del teatro, donde las almenas habían sido reemplazadas en aquellos cortos momentos por un ancho declive de menuda yerba, que llegaba hasta la orquesta y estaba guarnecido de mirtos, rosales, manzanos, adormideras y jacintos de color carmesí, manchados con la sangre de Adonis.

Las puertas del templo se abrieron lentamente: los instrumentos resonaron desde lo interior, y precedido de los músicos apareció el triunfo de Afrodita, bajando por la calzada de yerba y dando la vuelta por el borde superior de la orquesta.

En un magnífico carro, del cual tiraban bueyes blancos, iban las mas raras y hermosas flores, como tambien los mas estimados frutos exóticos, que jóvenes vestidos de flores y de estacio-

nes, esparcían delante de la procesion y entre los espectadores.

Una larga fila de hermosos mancebos y doncellas, coronadas de guirnaldas y con bandas de color de púrpura, seguían dos á dos. Cada pareja conducía un par de animales salvajes, cautivos del poder avasallador de la belleza.

Delante se veían en los puños de los actores las aves consagradas especialmente á la diosa; esto es, palomas y gorriones, torcecuellos, cisnes y golondrinas; y un par de tortugas gigantes de la India, sobre cada una de las cuales cabalgaba una hermosa ninfa, mostraban que Orestes había tenido presente un deseo á lo menos, de su esposa futura.

Venían despues aves raras de la India, como loros, pavos reales, faisanes plateados y dorados; avutardas y aves truces, cada uno de los últimos montado por un Cupidillo, eran conducidos con cuerdas de oro y seguidos por antílopes y orixes, alces del otro lado del Danubio; carneros con cuatro cuernos de las islas del Océano Hiperbóreo, y la estraña híbrida de las montañas de la Libia, que todos los espectadores cre-

yeron era mitad toro y mitad caballo. Un mormullo de gozoso temor cundió luego por todo el teatro, cuando se vieron aparecer osos y leopardos, leones y tigres entre gruesas cadenas de oro, amansados para aquel caso con narcóticos, que bajaban por el declive tranquilamente y sumisos á sus hermosas guías; mientras que detrás de ellos sobresalian por encima del pesado volumen de un par de rinocerontes de dos cuernos, procedentes de las distantes comarcas del Sur, los delgados pescuezos y grandes ojos de dos girafas, tales como no se habian visto en Alejandria hacia mas de cincuenta años.

Oyóse un grito que decía: "¡Orestes! ¡Orestes! ¡salud al ilustre prefecto! ¡gracias por su bondad!" Y una ó dos voces pagadas exclamaron. "¡Salud á Orestes! ¡Salud al emperador de Africa!..." pero nadie contestó.

—La rosa está aun en boton, dijo Orestes á Hipatia.

Se levantó, saludó á la multitud en silencio, y despues de una breve exhibicion pantomímica de gratitud y humildad, señaló triunfantemente á la calle de palmeras, entre cuya sombra

apareció la admiracion de aquel día, á saber: los grandes colmillos y enorme trompa del elefante blanco.

¡Al fin estaba allí! ¡No quedaba la menor duda! Un verdadero elefante, y sin embargo, tan blanco como la nieve. Espectáculo no visto nunca antes en Alejandria... ¡y qué no debia volver á verse!

—¡Oh mil veces felices macedonios! gritó una voz en lo alto; ¡los dioses os dispensan hoy sus bondades!

Y todas las voces y ojos confirmaron esta opinion, abriéndose mas y mas para aspirar tanta alegria, tan inagotable gloria.

El elefante caminó solemnemente mientras todo el teatro resonaba bajo sus pesados pasos, y los Faunos y Dryadas huían con terror. Un coro de ninfas le rodeaba asidas las manos y cantaba el poder de la hermosura, que amansa los animales, los hombres y los dioses. Partidas de alados Cupidillos se esparcian por la orquesta y tiraban á los espectadores confites perfumados, ó con sus pequeños arcos les arrojaban flechas de fragante madera de sándalo, ó movian incensarios, que llenaban el aire de embriagadores aromas.

La procesion bajó por el declive, y el elefante se acercó á los espectadores; sus colmillos estaban adornados de rosas y mirtos; de sus orejas colgaban magníficas sortijas, y entre sus ojos se veía un frontal cargado de joyas. El mismo Eros, un hermoso niño alado, iba sentado sobre su enello, y le guiaba con la punta de una flecha de oro. Pero ¿qué objeto precioso contenía el carro formado de conchas que llevaba sobre el lomo! ¿La diosa? ¿Pelagia Afrodita?

Sí; mas blanca que el elefante, cuya blancura excedía á la de la nieve; mas rosada que la concha en que iba reclinada entre almohadones de carmesí y plateada gasa, brillaba allí la diosa, haciendo palpitar los corazones con su deliciosa sonrisa, con las miradas de sus modestos y juguetones ojos y los graciosos movimientos de su pequeña mano. Todo el teatro se levantó unánime, y diez mil personas concentraron su atención en la incomparable hermosura que veían ante sí.

Dos veces la procesion dió la vuelta á la orquesta; y entonces, retrocediendo desde el pié de la escalera hácia el

grupo central que rodeaba á Hefesto, se desplegó á derecha é izquierda enfrente del teatro. Los leones y tigres fueron llevados á los pasillos laterales, y los jóvenes de ambos sexos se combinaron con los animales mas mansos en grupos, decreciendo gradualmente del centro á las alas, y permanecieron quietos, mientras el elefante se adelantó y arrodilló detrás de la plataforma destinada para la diosa.

Las valvas de la concha se cerraron. Las Gracias desataron las ligaduras del carro. El elefante volvió su trompa, y guiado por las suaves manos de las jóvenes, cogió la concha, la levantó en el aire, y la depositó en la grada, detrás de la plataforma.

Hefesto se adelantó cojeando, y con sus groseros gestos significó el placer que sentía en ofrecer tal espectáculo á sus fieles artífices de Alejandría, y la inesplicable delicia que debían encontrar en el místico baile de la diosa. En seguida se retiró, dejando que las Gracias se acercasen al frente de la plataforma, y que allí, con los brazos entrelazados, entonasen un canto de invocación.

Al concluir la primera estrofa, las valvas de la concha se abrieron nuevamente y apareció Afrodita dentro de ella. Levantó la cabeza y miró en derredor el vasto círculo de asientos. Una dulce sorpresa se retrataba en su semblante, convirtiéndose luego en deleitosa admiración, y luchando la modestia con el sentimiento de nuevos goces y facultades. Se miró, y no pudo menos de sonreírse viéndose tan hermosa; en seguida dirigió los ojos al cielo, y parecía dispuesta, con medrosa alegría, á volar al inmenso espacio. Toda su figura se dilató como si recibiese fuerza de los objetos del grande universo que la rodeaba, y poco á poco de entre las conchas y yerbas marinas se levantó y anduvo en el piso de mármol, que imitaba el mar, derramándose el perfume de sus rizos por todos los miembros; perfecta Venus Anadiómene, á excepción del *cestus* que pendía de su cintura en festones de esmeraldas y perlas.

En los primeros minutos la multitud estaba demasiado extasiada de placer para pensar en aplaudir. Pero la diosa parecía exigir el debido homenaje, y cuando cruzó los brazos sobre su seno

y permaneció inmóvil un instante, como aguardando que el universo la adorase, todas las lenguas se desataron y el grito de ¡*Afrodita!* sonó á manera de trueno por todos los techos de Alejandría, é hizo estremecer á Cirilo en su habitación en el Serápeo, á los cansados muleteros en las distantes montañas de arena y á los adormecidos marineros á lo lejos en el mar.

Y entonces empezó un milagro artístico, como era posible solo en un pueblo de la libre y exquisita educación física, y de la delicada percepción estética de aquellos antiguos griegos, aun en sus días de mayor decadencia: un baile, en el cual cada movimiento era una palabra, y el reposo tan elocuente como el movimiento, en el cual cada actitud podía servir de modelo á un escultor de la escuela mas pura, manifestándose la mayor actividad física, no como en las groseras pantomimas cómicas, por medio de saltos fantásticos y contorsiones siempre delicadas de magestuosa y moderada gracia. Por un momento la artista se trasformó en la diosa. El teatro, Alejandría, el universo, todo había

desaparecido de su imaginacion y de la de los espectadores bajo el influjo de su arte, y ni ella ni ellos vieron mas que el hermoso mar que rodeaba á Citeres y á la diosa mirándose en su espejo de esmeralda, y esparciendo sobre el mar, el aire y la playa, belleza, alegría y amor. . . .

Los ojos de Filemon se le querian saltar de vergüenza; y sin embargo, no podia aborrecerla, ni aun despreciarla. Lo hubiera hecho si la mas leve señal en su semblante indicase que dentro de ella se abrigaba algun germen de sentimiento moral; pero ni el ligero encarnado de su mejilla, ni los ojos bajos con que habia entrado en el teatro se notaban ya, expresando su rostro únicamente el intenso placer que le producía su habilidad y la satisfecha vanidad de una niña mal criada. . . . ¿Era responsable? ¿Era su alma capaz de conocer lo bueno y lo malo? Filemon creia, esperaba que no. . . . Y entretanto Pelagia seguia bailando, y durante un siglo de agonía, el jóven no contempló en cielo y tierra sino el laberinto de aquellos blancos piés que reflejaban en el espejo de mármol. . . . Al fin acabó. Paróse de

repente, rendida de fatiga y aguardando los aplausos, que resonaron en los oídos de Filemon y proclamaron como si fuese á son de trompeta la deshonra de su hermana.

El elefante se levantó y caminó hácia el lado de la plancha. Llevaba el lomo cubierto con almohadas de color carmesí, que parecia debian recibir á Afrodita sin la concha. Ella cruzó los brazos sobre el pecho, y se sonreia, mientras el elefante rodeó con la trompa su cintura y la levantó suavemente de la plancha en actitud de colocarla sobre su lomo. . . .

Apenas los pequeños piés, unidos por el miedo, se separaron del mármol, cuando el elefante con un movimiento brusco arrojó su delicada carga sobre la plancha, miró hácia abajo, levantó su pié delantero, y agitando la trompa en el aire despidió un agudo grito de terror y disgusto. . . .

El pié estaba ensangrentado, y era la sangre del niño cuya muerte hemos referido antes, que penetraba al través de la arena por donde el elefante habia andado, formando una mancha redonda de color de púrpura. . . .

Filemon no pudo sufrir mas. Se precipitó por entre la apiñada masa de espectadores, abriéndose paso con la fuerza que da la locura, saltó la balaustrada de la orquesta y corrió hasta el pie de la plataforma.

— ¡Pelagia! ¡hermana mia! ¡Ten compasión de mí! ¡Tenla de tí! ¡Yo te defenderé! ¡Yo te ocultaré, y huirémos juntos de este sitio infernal, de este mundo de demonios! ¡Soy tu hermano! ¡Ven!

Pelagia le miró un momento como asombrada.... La verdad brilló á sus ojos....

— ¡Hermano!

Y saltó de la plataforma para arrojarle en sus brazos.... Se le presentó una elevada ventana en Atenas, desde la cual se veían olivares y jardines, los techos brillantes y la cuenca del Pireo, el ancho mar azul, y en último resultado picos purpúreos de Egina. Un niño de ojos negros, con el brazo en torno de su cuello, señalaba sonriéndose los mástiles que relucían en el distante puerto, y llamaba á su hermana.... El alma adormecida despertó dentro de ella; y exhalando un grito, retrocedió avergonzada, se cubrió el rostro con

las manos y cayó desvanecida sobre la sangrienta arena.

Un alarido infernal resonó en aquel vasto círculo.

— ¡Afuera con él! ¡Que se crucifique al esclavo! ¡A las fieras, noble prefecto!

Multitud de criados corrieron hácia él, y muchos de los espectadores se levantaron de sus asientos, y estaban á punto de saltar á la orquesta. Filemon se volvió á ellos como un leon acosado, y su voz se oyó clara y fuerte en medio de los rugidos de la muchedumbre.

— ¡Sí! ¡haced conmigo como los romanos hicieron con San Telémaco! ¡Esclavos tan estúpidos y malditos como vuestros malditos y estúpidos tiranos! ¡Inferiores á los animales que empleais como vuestros verdugos! ¡El asesinato y concupiscencia se dan la mano, y el trono de la deshonra de mi hermana está bien construido sobre la sangre de los inocentes! ¡Que mi muerte corone el infernal sacrificio y llene la copa de vuestras iniquidades!

— ¡A las fieras! ¡Que el elefante le reduzca á polvo!

Y el enorme animal, aguijoneado por los sirvientes, corrió adonde estaba el

jóven, mientras que Eros saltó de su cuello y huyó llorando por la calzada.

El elefante cogió á Filemon con su trompa y le levantó en el aire. Por un instante, el grande y mugiente océano de cabezas se agitó en derredor. El jóven intentó decir una oracion, y cerró los ojos. . . . En medio de la mas intensa agonía la voz de Pelagia sonó dulce y clara.

— ¡Perdonadle! ¡Es mi hermano! ¡Perdonadle, macedonios! ¡Por amor á Pelagia. . . . á vuestra Pelagia! ¡Es lo unico que os pide!

Y extendió sus blancos brazos hácia los espectadores. Despues, estrechando las enormes rodillas del elefante, le imploró fuera de si con términos de la mas apasionada súplica.

Los hombres vacilaban; pero el animal no. Bajó poco á poco la trompa y puso á Filemon en el suelo. El monge estaba salvado. Sin aliento y andándosele la cabeza, se vió echado de allí por los sirvientes, quienes le condujeron al través de pasadizos oscuros, y le arrojaron á la calle entre maldiciones, consejos y enhorabuenas indiferentes para los oídos del jóven.

Pero Pelagia tenia aún la cara cubierta con las manos, y levantándose caminó lentamente como Eva al salir del paraíso, oprimida por el peso de algun tremendo temor, al través de la orquesta, subió la calzada y desapareció entre las palmeras, sin cuidarse de los aplausos, ruegos, burlas, amenazas y maldiciones de aquella gran multitud de esclavos del pecado.

Por un momento, esta inesperada catástrofe pareció destruir todos los encantos de Orestes. Una nube, sea de disgusto ó de desconsuelo, se extendió por todas las frentes. Muchos cristianos se dispusieron á partir sin demora, heridos de verdadero remordimiento y de vergüenza al pensar en los horrores de que habian sido testigos voluntarios. El vulgo, una vez saciada su curiosidad con todo lo que habia que ver, empezó á murmurar abiertamente, calificando el espectáculo de cruel y pagano. Hipatia, sin fuerza para resistir mas, ocultó su rostro con ambas manos; pero Orestes, lejos de abatirse, convencido de que la hora de la accion habia llegado, y que si la desperdiciaba no se le volveria á presentar jamás, dió algunos

pasos, saludó con singular gracia, movió la mano reclamando silencio, y comenzó su bien estudiado discurso de la manera siguiente:

“Estoy muy distante de suponer, ¡oh macedonios! que haya podido alterar en vosotros la serenidad de espíritu propia de hombres políticos, un incidente tan ligero como es el capricho de una bailarina. El espectáculo que he tenido el honor y el placer de ofrecer á vuestra vista (aplausos de los presos puestos en libertad y de los jóvenes de la nobleza)... y que me ha parecido os habeis dignado mirar con ojos no del todo desfavorables (nuevos aplausos, en que empezaron á tomar parte los cristianos, hasta entonces remisos)... no es mas que un preludio de los graves negocios que me han inducido á congregaros en este sitio. Son tambien otros tantos testimonios de mis buenas intenciones la libertad dada á inocentes presos, la abundancia con que se ha repartido ese alimento, propiedad natural del Egipto, destinado por nuestros últimos tiranos á sostener el lujo de una corte distante.... ¿De qué serviría jactarme?... Sin embargo, ahora mismo mi cabeza se

encuentra fatigada y mis miembros desfallecidos á causa de los continuos esfuerzos hechos por vuestra felicidad, y de la perpétua administracion de la mas estricta justicia. Porque ha llegado el tiempo en que la raza macédonica, cuya gloria es la magnífica ciudad de Alejandria, vuelva á tener su antigua preeminencia política, y sea de nuevo señora de la tercera parte del universo, mereciendo que se la gobierne como una raza de hombres libres, de ciudadanos, de héroes con derecho á elegir y emplear sus gefes.... ¿Gefes he dicho? Olvidemos esta palabra, sustituyendo en su lugar el termino mas filosófico de ministros. Ser vuestro ministro.... el servidor de todos vosotros.... sacrificar mi tranquilidad, mi salud, mi vida, si fuere necesario, al grande objeto de asegurar la independenciam de Alejandria.... tal es mi fin, mi esperanza, mi gloria.... mi deseo de muchos años, ahora por la primera vez posible, con motivo de la derrota del último emperador de Roma. ¡Macedonios! ¡acordaos de que Honorio no reina ya! Un africano ocupa el trono de los Césares. Heracliano, con una victoria decisiva, ha

ganado, protegido por el cielo, la purpura imperial, y una nueva era principia para el mundo. Mientras el conquistador de Roma ajusta sus cuentas con la corte bizantina, que ha devorado por tanto tiempo nuestra riqueza y civilización trasmediterráneas, hagamos que el Africa, libre é independiente, se reúna en torno de los palacios y astilleros de Alejandria, y encuentre en esta ciudad el centro natural de su política y de su próspero desarrollo.”

Estrepitosos aplausos de gente pagada le interrumpieron, uniéndose á ellos muchas personas, ya por mostrarse reconocidas á sus cumplimientos y halagüeñas palabras, ya porque desearan arrimarse al lado mas justo, es decir, al que estaba á la sazón en su periodo ascendente.... Las autoridades municipales estuvieron á punto de gritar: ¡Viva Orestes, emperador! pero lo pensaron mejor, y aguardaron á que algun otro le aclamase primero.... con tal que fuera persona respetable. Con tal motivo, el prefecto de la guardia, hombre de alguna presencia de espíritu, y que parece no era respetable bajo ningún concepto, tocó al prefecto de los

Astilleros con la punta de su puñal, y le dijo añadiendo á sus palabras una terrible amenaza: cuidado con ser traidor. El digno ciudadano lanzó el grito inmediatamente, fuese con pena ó patriotismo, y las autoridades, habiendo hallado un Curcio que se arrojase al precipicio, se unieron en unanime coro y saludaron emperador á Orestes. Entonces Hipatia se levantó, en medio de las aclamaciones de sus aristocráticos alumnos, y arrodillándose ante él, no sin vergüenza y desesperacion interior, le suplicó que aceptase aquella tutela sobre el comercio, las artes y filosofia griegas con que le brindaba todo un pueblo en el ardor de su entusiasmo....

—¡Es falso! gritó una voz desde las mas altas filas de asientos que estaban destinadas para las mugeres de inferior clase: al oirla, todas las cabezas se volvieron hácia aquel punto.

—¡Es falso, falso! ¡Se os engaña! ¡Le han engañado! Heracliano ha sido derrotado completamente en Ostia y ha huido á Cartago, yéndole á los alcances la escuadra del emperador.

—¡Miente esa muger! ¡Traédmela abajo, á la fuerza! gritó Orestes, per-

diendo el equilibrio con tan repentino golpe.

—¿Que miente? ¡El es quien miente! Yo que soy monge, trage la noticia. Cirilo la sabe, y todos los judios que hay en el Delta la saben tambien hace una semana. ¡Perezcan así todos los enemigos del Señor, cogidos en sus propias redes!

Y atravesando desesperadamente por entre las mugeres que le rodeaban, el monge desapareció.

Un silencio pavoroso se difundió por la multitud. Durante un minuto cada hombre se paró á contemplar el rostro del que tenia al lado, como si deseara cortarle la cabeza para desembarazarse á lo menos de un testigo de su traicion. Luego empezó un tumulto, que Orestes trató en vano de dominar. Creyese ó no el populacho las plabras del monge, la mera posibilidad de que fuesen ciertas le habia herido de terror pánico. El aspirante á emperador, ronco á fuerza de negar y protestar, tuvo por último que llamar á sus guardias, en medio de los cuales él é Hipatia salieron del teatro como mejor les fué posible, mientras que la muchedumbre se esparció

por las calles y pudo leer en las paredes de todas las iglesias los carteles que Cirilo habia mandado fijar y que contenia los pormenores de la derrota de Heracliano.

### CAPITULO XXIII.

#### NEMESIS.

HORRIBLE noche fué aquella en el palacio de Orestes. Su desconuelo, su rabia y terror eran tales y tan vergonzosos, que ninguno de sus esclavos se atrevia á acercarse á él; y hasta ya tarde no se aventuró su secretario de confianza, el eunuco caldeo, á entrar en la caverna del tigre, y solo lo hizo obligado por el miedo que tenia á los exasperados católicos, y para manifestarle la necesidad de tomar alguna determinacion. ¿Cuál tomaria? Estaba comprometido.... Cirilo era el único que sabia cuán profundamente. ¿Qué no habia descubierto el sagaz arzobispo? ¿Qué acusaciones contra él no dirigiria á la corte de Bizancio?

diendo el equilibrio con tan repentino golpe.

—¿Que miente? ¡El es quien miente! Yo que soy monge, trage la noticia. Cirilo la sabe, y todos los judios que hay en el Delta la saben tambien hace una semana. ¡Perezcan así todos los enemigos del Señor, cogidos en sus propias redes!

Y atravesando desesperadamente por entre las mugeres que le rodeaban, el monge desapareció.

Un silencio pavoroso se difundió por la multitud. Durante un minuto cada hombre se paró á contemplar el rostro del que tenia al lado, como si deseara cortarle la cabeza para desembarazarse á lo menos de un testigo de su traicion. Luego empezó un tumulto, que Orestes trató en vano de dominar. Creyese ó no el populacho las plabras del monge, la mera posibilidad de que fuesen ciertas le habia herido de terror pánico. El aspirante á emperador, ronco á fuerza de negar y protestar, tuvo por último que llamar á sus guardias, en medio de los cuales él é Hipatia salieron del teatro como mejor les fué posible, mientras que la muchedumbre se esparció

por las calles y pudo leer en las paredes de todas las iglesias los carteles que Cirilo habia mandado fijar y que contenia los pormenores de la derrota de Heracliano.

### CAPITULO XXIII.

#### NEMESIS.

HORRIBLE noche fué aquella en el palacio de Orestes. Su desconuelo, su rabia y terror eran tales y tan vergonzosos, que ninguno de sus esclavos se atrevia á acercarse á él; y hasta ya tarde no se aventuró su secretario de confianza, el eunuco caldeo, á entrar en la caverna del tigre, y solo lo hizo obligado por el miedo que tenia á los exasperados católicos, y para manifestarle la necesidad de tomar alguna determinacion. ¿Cuál tomaria? Estaba comprometido.... Cirilo era el único que sabia cuán profundamente. ¿Qué no habia descubierto el sagaz arzobispo? ¿Qué acusaciones contra él no dirigiria á la corte de Bizancio?

—Que las puertas estén custodiadas y que a nadie se permita salir de la ciudad, dijo el caldeo.

—¿Detener á frailes? Seria como tratar de detener ratones. No: lo que debemos es enviar un contra-informe, al instante.

—¿Qué he de decir? preguntó el secretario, sacando pluma y tintero de su ceñidor.

—¿Qué me importa! La primera mentira que se te ocurra. ¿Para qué te tengo yo aquí, sino para inventar una mentira cuando la necesite?

—Es verdad, nobilísimo señor.

Y el digno personaje se sentó á escribir... pero sin darse mucha prisa.

—Nada veo que pueda librarte del apuro, sino el decir, con tu licencia, que Cirilo, y no tú, celebró la función de los gladiadores. ¿No seria esto creible?

Orestes se echó á reir á su pesar. El caldeo se ronrió y enseñó tambien los dientes. La victoria estaba ganada; y el prefecto, algo mas dueño de sí, empezó á dirigir su vulpino arte al único objeto de salvar su miserable cuello.

—No, eso seria demasiado bueno. Escribe que hemos descubierto un com-

plot fraguado por Cirilo, con el fin de incorporar todas las iglesias africanas (especifica á Cartago é Hipona) bajo su jurisdiccion, y negar la obediencia al patriarca de Constantinopla, si triunfase Heracliano.

El secretario aprobó la idea, y escribió esta vez de muy buena gana.

—Si triunfase Heracliano, dijo repitiendo la última frase de Orestes.

—Nosotros deseábamos por todos los medios posibles atraernos la voluntad del pueblo de Alejandria, y excitar como cumplia á nuestro deber, de un modo legitimo, su lealtad hacia el trono de los Césares (occúpelo el que quiera) en tan críticos momentos....

—En tan críticos momentos.

—Pero como fieles católicos, y abominando hasta en la mas estremada necesidad el pecado de Uzzah, temíamos tocar con manos profanas el arca consagrada de la Iglesia, aunque fuese para conservarla....

—Para conservarla.

—Que por lo mismo, como magistrados civiles, tuvimos que limitarnos á usar de aquellos medios permitidos por ley y costumbre á nuestra jurisdiccion,

á saber: dádivas, espectáculos y ejecución pública de rebeldes; medios en que desgraciadamente ha creído el santo patriarca, demasiado pronto quizá, hallar un motivo de queja contra los leales amigos de la sede bizantina, suponiendo que se trataba de aquellos juegos gladiatorios, tan repugnantes al espíritu de la Iglesia Católica, como á la caridad de los emperadores, quienes los han prohibido hace tiempo con sus piadosos edictos.

—Eres grande, sin duda.... pero (perdona la observacion de tu esclavo) mi sencillez es de opinion que pueden preguntarte por qué no informaste á la augusta Pulqueria de la conspiracion de Cirilo.

—Di que enviamos un mensajero hace tres meses; pero que.... Inventa algo que le haya sucedido, estúpido, y sácame del apuro.

—¿Supondré que le mataron los árabes en las cercanias de Palmira?

—Deja ver.... No. Pudieran querer averiguar la verdad.... Lo mejor es decir que se ahogó, pues nadie irá á preguntar á los tiburones.

—Habiéndose ido á pique entre Ti-

ro y Creta, de cuya calamidad no se salvó mas que un hombre en una balsa, el cual, despues de estar expuesto durante tres semanas á la furia de los elementos, fué recogido por un buque que volvia de conducir granos.... A propósito, ¿qué diré de esos barcos de transporte que no se han hecho á la vela?

—¡Cabeza de Augusto! Me habia olvidado de ellos absolutamente. Di.... di que la peste estaba asolando el puerto de tal manera, que temí llevasen la infeccion á la capital del imperio, y haz que partan mañana.

La cara del secretario se dilató.

—Mi fidelidad se vé obligada á manifestarte, aunque incurra en tu justa indignacion, que la mitad de ellos han sido descargados á consecuencia de tus generosas dádivas de los dos últimos dias.

Orestes prorumpió en un juramento terrible.

—¡Oh! ¡Si la multitud no tuviese mas que una garganta, de modo que pudiera darle un emético! Bien, compraremos mas granos, no habrá otro remedio.

La cara del secretario se dilató aun mas.

— Los judíos, augustísimo...  
— ¿Qué dicen? exclamó el infortunado prefecto.

— Mi asiduidad ha descubierta esta tarde que han estado comprando y exportando cuantas provisiones han podido obtener.

— ¡Bribones! Entonces sabían el desastre de Heracliano.

— Me temo que tu sagacidad ha acertado. Se les ha visto apostar en grande, contra el feliz éxito de su expedición la última semana, en Canope y en Pelusio.

— ¡La última semana! Entonces Miriam me engañó á sabiendas.

Y Orestes prorumpió en furiosos gritos.

— ¡Holá!... ¿qué venga el tribuno de la guardia! ¡Cien monedas de oro al hombre que me traiga viva á la hechicera!

— Es imposible cogerla viva.

— Pues muerta... que me la traigan de cualquier modo. Ve, perro caldeo... ¿Vacilas?

— Nobilísimo señor, dijo el secretario postrándose y besando los pies de su amo... Ten presente que tocar á

un judío, es tocarlos á todos. ¡Acuérdate de las escrituras! Acuérdate de... de... tu augusta reputación, en una palabra.

— Levántate, animal, y dime lo que quieres, como un ser humano. Si la vieja Miriam muere, con ella morirán mis escrituras, ¿no es así?

— ¡Ah, señor! Tú ignoras las costumbres de esa raza maldita. Los judíos se miran como hermanos, y se ayudan mutuamente sin retribución alguna; así, pueden saquear á todos y mudarse desde el primero hasta el último. No creas que tus escrituras están en manos de Miriam. Hace meses que han sido transferidas, y al presente tus verdaderos acreedores se encuentran en Cartago, Roma ó Bizancio, desde donde te atacarán; mientras que lo que hallarías si te apoderases de las propiedades de la vieja hechicera, se reduciría á papeles, inútiles para ti, pertenecientes á los judíos de todo el imperio, que se levantarían como un solo hombre en defensa de su dinero. Creeme, es una red interminable. Si tocas á uno, los tocas á todos... Además, mi diligencia, esperando una orden por el estilo, se ha tomado ya la libertad de averiguar el pa-

radero de Miriam; pero siento decirte que ninguno de tus criados lo conoce.

—¡Mientes! exclamó Orestes... Prefiero creer que has advertido á la vieja para que se pusiese en salvo.

Orestes acababa de decir, por la primera vez de su vida, la exacta verdad.

El secretario, que tenia tratos particulares con Miriam, sintió estremecerse todos los átomos de su piel al oír estas palabras, y á no haber sido calvo, sus cabellos le hubieran vendido poniéndosele como puas de erizo; pero aquella feliz circunstancia hizo que el turbante no se moviese de su lugar, cuando replicó en los siguientes terminos:

—¡Ay! el fiel servidor no puede sentir mayor disgusto que la sospecha inmotivada del sol ante cuyos rayos pstra diariamente su....

—¡Malditas sean tus perifrasis! ¿Sabes dónde está la hechicera?

—¡No! contestó el miserable secretario, puesto ya en el caso de mentir directamente; y confirmó su negativa con tales juramentos, que Orestes detuvo su volubilidad con un bofetón: le sacó, bajo pena de ser sometido al tormento

si no accedia, mil monedas de oro para repartir á los soldados; y por último, encontró á los estacionarios alrededor de su palacio, con la doble idea de que le protegiesen en caso de alboroto, y de aumentar las probabilidades de ese mismo alboroto, dejando los barrios distantes de la ciudad sin nadie que vigilara.

—¡Si Cirilo cometiese una imprudencia, ahora que está envanecido con el triunfo... contra Ammonio, Hipatia ú otra persona cualquiera, dándome pretesto para caer sobre él! Al cabo, la verdad obra mejor que la mentira de tiempo en tiempo. ¡Oh, si pudiera envenenarle! Pero no hay medio de sobornar á esos eclesiásticos; y en cuanto al puñal, imposible hallar quien por ningún dinero se dicida á que los frailes le hagan pedazos. No, fuerza es aguardar hasta que la balanza de la fortuna se incline á mi favor. Los pedantes, como Aristides ó Epaminondas (gracias al cielo, su raza ha muerto mucho tiempo hace), llamarían á esto mal modo de gobernar una provincia; pero al fin, vale tanto como cualquiera de los actuales, ó de los que se presenten hasta la conclusión del mundo. Ni debe esperarse

que uno abra un nuevo camino; y en cuanto á mi, no me apartaré de la sabiduría de mis antepasados....

CAPITULO XXIV.

OVEJAS PERDIDAS.

Y Filemon?

Largo tiempo permaneció en la calle, por la parte exterior del teatro, demasiado fuera de sí para resolverse á nada; y antes de recobrarle, la multitud empezó á salir por todos lados y á llenar la calle, como corriente desbordada.

Entonces, habiendo oído el nombre de su hermana, en tono, ora de lástima, ora de desprecio y horror, mezclarse con sus coléricas exclamaciones, despertó de su letargo, y cruzando por en medio de la muchedumbre, se dirigió á la casa de Pelagia.

Estaba cerrada, y á sus repetidos golpes apareció en el postigo un negro de insolente cara.

Le preguntó con ardor é instintivamente por Pelagia, y el negro respon-

dió que no habia vuelto: Wulf tampoco estaba allí. Entonces se arrimó á la puerta y aguardó, latándole el corazón fuertemente con el temor y la esperanza.

Al fin se presentaron los godos, atravesando por entre la multitud en columna cerrada. No traian literas. ¿Dónde, pues, estaban Pelagia y sus amigos? ¿Dónde la aborrecida figura del Amal? ¿Dónde Wulf y Smid? Los godos venian precedidos por Godorico y Agilmundo, con los brazos cruzados, la frente arrugada y los ojos bajos: el áspero disgusto, no exento de vergüenza, que se retrataba en todas las fisonomias, recordó á Filemon nuevamente la infamia de su hermana.

Godorico pasó cerca de él, y Filemon preguntó por Wulf. . . . no atreviéndose á nombrar á Pelagia.

— ¡Fuera, perro griego! Bastante hemos visto hoy de lo que es capaz tu raza. ¿Cómo? ¿tratas de seguirnos?

Y el jóven desenvainó su espada tan rápidamente, que Filemon apenas tuvo tiempo para ponerse de un salto en medio de la calle, donde esperó ansioso hasta que la puerta se cerró otra vez,

que uno abra un nuevo camino; y en cuanto á mi, no me apartaré de la sabiduría de mis antepasados....

CAPITULO XXIV.

OVEJAS PERDIDAS.

Y Filemon?

Largo tiempo permaneció en la calle, por la parte exterior del teatro, demasiado fuera de sí para resolverse á nada; y antes de recobrase, la multitud empezó á salir por todos lados y á llenar la calle, como corriente desbordada.

Entonces, habiendo oido el nombre de su hermana, en tono, ora de lástima, ora de desprecio y horror, mezclarse con sus coléricas exclamaciones, despertó de su letargo, y cruzando por en medio de la muchedumbre, se dirigió á la casa de Pelagia.

Estaba cerrada, y á sus repetidos golpes apareció en el postigo un negro de insolente cara.

Le preguntó con ardor é instintivamente por Pelagia, y el negro respon-

dió que no habia vuelto: Wulf tampoco estaba allí. Entonces se arrimó á la puerta y aguardó, latándole el corazón fuertemente con el temor y la esperanza.

Al fin se presentaron los godos, atravesando por entre la multitud en columna cerrada. No traian literas. ¿Dónde, pues, estaban Pelagia y sus amigos? ¿Dónde la aborrecida figura del Amal? ¿Dónde Wulf y Smid? Los godos venian precedidos por Godorico y Agilmundo, con los brazos cruzados, la frente arrugada y los ojos bajos: el áspero disgusto, no exento de vergüenza, que se retrataba en todas las fisonomias, recordó á Filemon nuevamente la infamia de su hermana.

Godorico pasó cerca de él, y Filemon preguntó por Wulf. . . . no atreviéndose á nombrar á Pelagia.

— ¡Fuera, perro griego! Bastante hemos visto hoy de lo que es capaz tu raza. ¿Cómo? ¿tratas de seguirnos?

Y el jóven desenvainó su espada tan rápidamente, que Filemon apenas tuvo tiempo para ponerse de un salto en medio de la calle, donde esperó ansioso hasta que la puerta se cerró otra vez,

y la casa quedó en el mismo silencio de antes.

Estuvo allí por espacio de una hora, mientras que la multitud se espesaba en vez de alejarse, y los esparecidos grupos empezaron á formarse en masas y á recorrer las calles con gritos de: *¡Abajo los paganos! ¡Abajo los idólatras! ¡Venganza contra todos los prostituidos blasfemos!*

Al cabo se oyó el paso firme de las legiones, y en medio de las brillantes líneas de hombres armados venia ¡oh gozo! una séric de literas.

El jóven se avalanzó y llamó repetidas veces á Pelagia por su nombre. Una vez le pareció oír que le respondian, pero los soldados le repelieron.

—Está segura, loco, y ha visto y sido vista bastante hoy ya. ¡Atrás!

—¡Permitidme hablarla!

—E-o atañe á ella; á nosotros dejarla segura en su casa.

—Permitidme entrar con vosotros, os lo suplico.

—Si quieres entrar llama cuando nos háyamos ido, que si tienes ocupacion dentro, supongo te abrirán. ¡Afuera, tanto importuuo!

Y un golpe dado con el regaton de la lanza en el pecho, le envió rodando hasta media calle; mientras que los soldados, una vez desempeñada su comision, se volvieron con la misma estólida indiferencia. En vano Filemon llamó de nuevo á la puerta: la única respuesta que recibió fueron maldiciones y amenazas del negro; al fin, desesperado, subió por una calle y bajó por otra, empenándose inútilmente en formar algun plan de accion hasta que el sol se puso.

Entonces, rendido de fatiga, tomó el camino de su casa. Asaltóle la idea de acudir á Miriam; si bien era repugnante pedir auxilio á la vieja, verdadera causa de la vergüenza de su hermana. Pero quizá consiguiese para él una entrevista con Pelagia, segun lo habia prometido. ¡Recordó en seguida la condicion que habia puesto la vieja á su socorro; recordó que debia ver á su hermana y dejarla en el mismo estado!... ¡Horrible contradiccion! Pero ¿no podia valerse de Miriam para sus fines? ¿Tenderle un lazo?... ¿Engañarla?... porque á esto se reducía. La tentacion fué grande; mas solo duró un momento. ¡Ha-

bia de corromper tan pura causa con la falsedad?... Y pasando aprisa por delante de la puerta de Miriam, que apenas se atrevió á mirar, no fuera que la tentacion le acometiese de nuevo, subió á su cuartito, abrió la puerta y se detuvo asombrado.

Una muger cubierta con un largo velo negro, estaba de pié en el centro de la habitacion....

—¿Quién eres? ¡Este sitio no es para tí! exclamó Filemon al cabo de un minuto. Ella respondió únicamente con un estremecimiento y un suspiro... El jóven percibió, bajo los pliegues del velo, un chal de color de azafran, que conocia muy bien, y avalanzándose á ella como el león al cordero, estrechó contra su seno á su hermana.

El velo cayó de su hermosa frente. Miró por un instante á Filemon como asustada, pero no halló mas que amor en su fisonomía... Y reuniendo sus corazones, los hermanos mezclaron sus santos ósculos, como en satisfaccion de las dudas de su mútuo cariño.

Muchos minutos pasaron en silenciosa alegría... Filemon no osaba hablar; no se atrevia á preguntarla cómo esta-

ba allí... ni á despertar el recuerdo del horrible presente con preguntas sobre lo pasado, sobre sus padres, su patria, su historia.... ¿No le bastaba tenerla á su lado?... ¿No le bastaba ver que por su propia voluntad... la oveja extraviada... habia vuelto junto á él?... Y sus lágrimas corrian juntas al estrecharse sus mejillas.

Al cabo Pelagia habló.

—Debiera haberte conodido... ¡Te conocí desde el primer dia! Cuando me dijeron que te parecias á mí, sentí estremeerse mi corazon, y una voz murmuró... ¡pero no queria oirla! ¡Me avargonzaba... sí, de conocer á mi hermano, por quien habia suspirado y al que habia buscado tanto tiempo!... Me avergonzaba de pensar que tuviese hermano.... ¡Dios mío! ¿y cómo no habia de avergonzarme?

Y se desprendió de los brazos del jóven, arrojándose en el suelo.

—¡Pisame! ¡maldíceme!... Haz de mí lo que quieras, menos separarme de él.

Filemon no tuvo valor para contestarla; pero hizo un ademan involuntario de doloroso disentiimiento.

— ¡No! ¡Llámame como merezco!...  
¡Como él acaba de llamarme!... ¡pero  
no me lleves lejos de aquí! ¡Hiéreme,  
como él acaba de herirme!... ¡Todo, me-  
nos su ausencia!

— ¿Te ha herido? ¡Maldígale Dios!

— ¡Ah! ¡no le maldigas!... No hizo  
mas que tocarme... y yo tuve la culpa...  
Le irrité... Le reprendí... Estaba loca...  
¡Oh! ¿por qué me habrá engañado? ¿por  
qué me dejaría bailar? ¿por qué me lo  
ordenaría?

— ¿Ordenártelo?

— Dijo que no debíamos faltar á nues-  
tra palabra. No quiso oirme cuando le  
contesté que podíamos negar la oferta  
hecha. Le dije que promesas empeña-  
das en momentos de embriaguez, no  
debían cumplirse.... Y Orestes estaba  
también ébrio. Pero me respondió que  
podía enseñar á un godo á ser lo que  
me diese la gana, menos á mentir. ¡No  
era raro este modo de hablar!... Y  
Wulf le aconsejó que se mantuviese  
firme, y le bendijo por ello.

— Tenia razon, dijo Filemon suspi-  
rando.

— Entonces me figuré que me ama-  
ria por obedecerle, aunque lo dudaba.

¡Oh Dios! ¡Cuánta repugnancia sentía!...  
Pero ¿cómo había de imaginar que le  
disgustase el que cumpliera su man-  
dato? ¿Quién ha visto ha nadie obrar  
por su voluntad, y sin embargo, contra  
su gusto?

Filemon suspiró otra vez, cuando la  
pobre salvaje civilizada le manifestó,  
sin el menor artificio, hasta dónde lle-  
gaban sus tinieblas morales. ¿Qué ha-  
bia de decir? No lo sabía.... El mal era  
tan patente, que cualquiera de los chi-  
cos de escuela de Cirilo hubiera seña-  
lado el remedio. Pero ¿cómo decirlo?  
¿Cómo decir á Pelagia, ante todo, el que  
no había esperanza de que se casase  
con el Amal, y que así, no encontraría  
paz hasta que renunciara á él comple-  
tamente?

— ¿Entonces aborreces al... al?... dijo  
el monge buscando algun rayo de luz.

— ¡Aborrecerle! ¿Acaso no le perte-  
nezco en cuerpo y alma?... ¿Acaso no soy  
suya.... solo suya? y sin embargo.... ¡Oh!  
debo decírtelo todo.... ¡Cuando las otras  
jóvenes y yo empezamos á ensayar, los  
antiguos sentimientos se renovaron....  
el placer de ser admirada y aplaudida....  
ademas, el baile es tan delicioso! ¡Es

tan delicioso saber que se está haciendo algo de una hermosura perfecta, y en que no se tiene igual!... Y él vió que me gustaba el baile, y por eso me despreció... ¡Como si mucha parte del trabajo que me tomé no fuera para agradecerle, para mostrar en su presencia de lo que era capaz, para arrancar admiración y depositarlo todo luego á sus piés, haciendo decir otra vez al mundo: "Toda Alejandria la adora, y no obstante, prefiere ese godo a..." ¡Pero me engañaba, como hombre que es! Quería disfrutar de mis sonrisas hasta el último momento, y en seguida repelerme, aprovechando la primer excusa.... Demasiado cobarde para censurarme, dejó que me arruinara yo misma, evitándose así el trabajo de arruinarme él. ¡Hombres! ¡Hombres! ¡son todos iguales! Nos aman por su propio interés, y nosotras los amamos por interés del amor. Vivimos por amor, morimos por amor, y con todo, no lo hallamos nunca, sino egoismo con máscara de amor.... ¡Y así lo aceptamos, pobres, sensibles y ciegas criaturas!.... ¡Y á pesar de los envenenados corazones que nos rodean, nos persuadimos que entre todos los hombres sin

fé, hay uno incapaz de mudanza, nuestro tirano, al que creemos mas que hombre!

—Pero te ha engañado, y no te debe quedar duda de tu error. ¡Déjale, pues, como merece!

Pelagia le miró con tierna sonrisa.

—¡Pobrecillo! ¡Qué poco entiendes de amor!

Filemon, sin saber qué pensar de esta nueva y estraña faz de la pasión amorosa, no acertó á decir mas que:

—¿Y no me amas tambien á mí, hermana mia?

—¿Qué si no te amo?.... ¡Pero no como le amo á él! ¡Oh! ¡calla, calla!... ¡aun no puedes comprender!....

Y Pelagia se cubrió el rostro con las manos, temblándole entretanto convulsivamente los miembros....

—Debo hacerlo! ¡Lo debo! ¡A todo me atreveré, por el amor! ¡Vé á ella!... ¡á la filósofa!... ¡á Hipatia! ¡Ella te ama! ¡Lo sé! y te escuchará, al paso que á mí no me daría oído.

—¡Hipatia? ¡Ignoras que estuvo sentada en el teatro, contemplando inmóvil!....

—¡Fué allí por fuerza! Orestes la

obligó, según me ha dicho Miriam, y lo conocí en su semblante. Cuando pasé junto á ella, miré hacia arriba, y estaba pálida como el marfil, y trémula. Había una sombra oscura en torno de sus ojos, y ví que había estado llorando. Por cierto que me burlé, en mi loca presunción, y dije: "Mas parece que van á crucificarla, que no que va á casarse..." ¡Pero ahora, ahora!... ¡Oh, vé á ella! ¡Dile que le daré cuanto poseo.... joyas, dinero, vestidos, casa! Dile que yo.... yo misma... le suplico me perdone; que me arrastraré á sus piés y la rogaré, si lo exige. Solo le pido en cambio que me enseñe.... que me enseñe á ser sabia, buena, honrada y respetada como ella lo es. Suplicala que revele á una pobre y desolada muger su secreto. Ella puede hacer que el viejo Wulf y él, y aun Orestes y los magistrados, me respeten.... ¡Ruégala que me enseñe á ser como ella, á conseguir que él me respete, y le daré todo.... todo!

Filemon vacilaba. Había en su interior algo que le advertía, como el demonio á Sócrates, que todo empeño en el particular sería inútil. Se acordaba del teatro, del labio firme y comprimido

de Hipatia, y en su furor contra el idolo que adoraba poco antes, no hacia memoria de los hundidos ojos que tan gran agonía expresaban.

—¡Oh, vé, vé! Te repito que estaba allí contra su voluntad. Sentía por mí, lo conocí.... ¡Oh, Dios! cuando yo no sentía por mí misma. Y la odiaba, porque parecía despreciarme en mi loco triunfo. Ahora, de seguro, no me despreciará en mi miseria.... ¡Vé, vé! ó me reducirás al extremo de ir yo misma.

No había sino un camino que emprender.

—¿Me aguardarás aquí? ¿No me dejarás otra vez?

—No. Pero no te detengas. Si sabe que estoy fuera, creerá.... ¡Cielos! ¡que me mate, pero que no tenga celos nunca de mí! ¡Vé al instante! Toma esto como prenda.... es el cesto que llevaba en el teatro. ¡Objeto terrible! ¡Me es insoportable su vista! Mas le trage con idea, si no le hubiera arrojado al canal. Tómalo, ¡dí que es solo una prenda.... una prenda de lo que le daré!

Dentro de diez minutos estaba Filemon en casa de Hipatia. La servidumbre parecía llena de terror, reinaba mu-

cho desorden y se veían soldados por todas partes. Al fin pasó la doncella favorita de Hipatia y le conoció. Su señora no podía recibir á nadie; y en cuanto á Teon, se había encerrado también. Filemon necesitaba, quería hablarle, y alegó sus razones tan apasionadamente y con tal dulzura, que la doncella, tierna de corazón é incapaz de resistir á tan hermoso suplicante, le condujo á la librería, donde el anciano, pálido como la muerte, se estaba paseando arriba y abajo, casi fuera de sí de terror.

El mensaje de Filemon encontró al principio oídos indiferentes.

— ¡Un nuevo discípulo! ¡Buen tiempo es este de discípulos, cuando ni mi casa, ni la vida de mi hija están seguras! ¡Miserable de mí, que con mi loca ambición y mi codicia la he hecho caer en el lazo!... ¡Oh, hija mía! ¡hija mía! ¡mi único tesoro! ¡Oh! la maldición que ha de abrumarme será doble, sí. . . .

— Ella no pide más que una entrevista.

— ¡Con mi hija!... ¡Pelagia! ¿Tratas de insultarme? ¿Supones, aun cuando su piedad la impulsara á degradarse

si misma, que yo la permitiría contaminar de ese modo su pureza?

— Tu terror excusa tu grosería.

— ¡Grosería!... Quien la ha cometido eres tú, viniendo á molestarnos en tales momentos.

— Entonces esto me excuse quizá á tus ojos.

Y Filemon sacó el cesto.

— Tú eres mejor juez que yo, tocante á su valor. Pero estoy comisionado para decir que es solo una prenda de lo que ella dará diariamente y de una vez, alargándose hasta la mitad de su riqueza, por el honor de ser discípula de tu hija.

Y puso en la mesa el cinturón adornado de joyas.

El anciano se detuvo. Las esmeraldas y perlas brillaban como la vía láctea. Las miró, y continuó paseando con más lentitud... ¡Qué podría valer? A lo menos pagarían todas sus deudas... Y después de andar arriba y abajo otro minuto delante del cebo, se volvió á Filemon.

— Si me prometieses no hablar de ello á nadie...

— Lo prometo.

—¿Y en caso de que mi hija, como creo, se niegue?...—

—Que se quede con las joyas. Su dueño ha aprendido, gracias á Dios, á despreciarlas y aborrecerlas. Que se quede con las joyas... y con mi maldición. ¡Haga Dios conmigo lo mismo, y aun mas, si volviese á verla en mi vida!

El anciano no oyó las últimas palabras de Filemon. Había cogido el ceñidor con el ansia de un cocodrilo y corrido al cuarto de Hipatia, mientras que Filemon permaneció en la librería, poseído de una nueva y terrible duda.

¿Degradarse? ¿Contaminar su pureza? ¿Si esta idea sería el fruto de toda la filosofía de Hipatia! ¿Si no produciría mas que egoísmo, orgullo, fariseísmo!

¿No los había producido ya? ¿Cuándo la había visto socorrer ni siquiera compadecer al pobre, al desvalido? ¿Cuándo la había oído pronunciar una sola palabra de verdadera simpatía hacia el infeliz... hacia el pecador?... Perdido estaba aún en estos pensamientos, cuando Teon volvió á entrar con una carta de

“Hipatia á su muy amado discípulo.”

“Te compadezco... ¿cómo no lo haría?... aun mas, te doy las gracias por

tu petición, pues me muestra que mi involuntaria presencia en el horrible espectáculo de hoy, no ha alejado de mí una alma, cuyas mas nobles esperanzas había fomentado, y para la cual había trazado el mas alto destino. Pero... ¿cómo le diré? Pregúntate á tí mismo si no tiene que sobrevenir un cambio en esa por quien pides, antes que ella y yo podamos vernos. No soy tan inhumana que te culpe por haberte dirigido á mí con semejante súplica; tampoco á ella la culpo de ser lo que es. Debe seguir su naturaleza; ¿quién ha de irritarse contra ella, si el destino á querido formar tan hermoso animal con espíritu tan grosero y terrenal? ¿Por qué se ha de compadecerla? Polvo es, y al polvo tiene que volver; mientras que tú, en quien al nacer descendió una chispa mas divina, debes elevarte y dejar sin pena en el fango á una persona unida á tí tan solo por los falsos y pasajeros vínculos de la carne.”

Filemon estrujó la carta en sus manos y salió de la casa sin despegar los labios. ®

La filosofía no tenía, pues, evangelio para la prostituta. ¡En su boca no había

una palabra para el pecador, para el ente degradado! Pelagia debía seguir su destino, y ser baja, miserable, condenarse á sí misma. Debía ahogar la voz de la conciencia y de la razon, siempre que se despertasen dentro de ella, y creer por fuerza que estaba destinada á ser, lo que conocia que estaba destinada á no ser. Debía cerrar los ojos de la miseria presente y palpable que le advertia, con la voz de Dios mismo, que las olas del pecado son muerte. Era polvo, y al polvo habia de volver. ¡Gloriosa esperanza para ella, para él, que se sentia dispuesto á renunciar á una eterna dicha, si la separaba de su recién hallado tesoro! ¡Polvo era, y al polvo habia de volver!

¡Desgraciada Hipatia! Si necesitaba aplicar mal, segun la costumbre de su escuela, uno ó dos textos de las Escrituras hebreas, ¿qué idea fatal le indujo á citar éste? Porque entonces brillaron de repente en la memoria de Filemon, con letras de luz, viejas palabras olvidadas durante muchos meses, y antes de advertirlo, se encontró repitiendo en voz alta y con pasion: "Creo en el perdón de los pecados, en la resurreccion

de la carne, en la vida perdurable...." Y entonces se presentó ante él clara y hermosa la vision del Dios-Hombre cuando estaba sentado á la mesa del Fariseo, y la de la muger que le lavaba los piés con sus lágrimas y se los limpiaba con el cabello.... Y desde lo mas hondo de su afligido corazon exclamó: "Bienaventurada Magdalena, interceded por ella."

Hasta ahí pudo elevarse, pero no pasar mas allá. Porque la idea del Dios-Hombre se retiraba á alturas cada vez mas terribles é insondables en los entendimientos de una generacion que olvidaba su amor en su poder, y prácticamente perdia de vista su humanidad al sostener con tal ardor doctrinal su divinidad. El corazon de Filemon era eco del espíritu de su siglo, cuando juzgó presuncion en un apóstata como él pedir luz ó ayuda á la cabeza misma. ¿Cómo, despues de haber negado á su Señor, y de haberse apartado voluntariamente de la comunión de la Iglesia Católica, podria entrar de nuevo en ella y apaciguar la cólera de aquel que habia muerto en la cruz, á no ser á costa de muchos años de oracion y penitencia?

— ¡Necio de mí! ¡Cuán ambiciosa y vana ha sido mi necesidad! ¡Por esto he renunciado á la fé de mi niñez! ¡Por esto he escuchado palabras que me hacían estremecer, he gemido bajo el peso de mis dudas y disgustos, y he tratado de persuadirme que los reconciliaría con el cristianismo... que ajustaría una mentira en el molde de la verdad! ¡Por esto alimento la loca esperanza de llegar á ser distinto de los demás hombres, superior á mi especie! No me bastaba ser un hombre hecho á la imágen de Dios, sino que necesitaba ser Dios, conocedor del bien y del mal.... ¡Y este es el resultado! ¡Apelo á mi filosofía para que me ayude en una verdadera lucha humana, y se cruza de brazos, serena y silenciosa, riéndose de mi miseria! ¡Oh, necio, necio! ahí tienes el fruto de tus designios! ¡Vuelve á tu antigua fé! ¡Vuelve á tu casa después de tantas incursiones! ¿Y cómo he de volver? ¿No se me han cerrado las puertas? Quizá también á ella.... ¿No podrá ser que, como á mí, se le haya administrado el bautismo?

Esta idea le asaltó terrible y desconsoladora, cuando en la primera reaco-

cion de su conciencia retrocedió entera é implícitamente á la fé de su niñez, y se le representaron todas las teorías populares de su época con todos sus terrores. En la inocente sencillez de los Lauros nunca había sentido su fuerza; ahora era diferente. Si Pelagia estaba bautizada, ¿no la aguardaban penas eternas? Ante ella, como ante él, se dibujaban una vida de frío y hambre, de suspiros y lágrimas, de soledad y horrible incertidumbre. En lo porvenir, la vida sería para ambos un calabozo. ¡Que lo fuese! No había otra cosa en que creer. Era la única roca de esperanza en la tierra y en el cielo. Esto á lo menos ofrecía alguna posibilidad de perdón, de enmienda, de virtud, de recompensa.... sí, de eterna gloria y bienaventuranza. Y aunque Pelagia no lograra nada de esto, mejor para ella era una celda en el desierto, que una vida de impuras orgías. Si este último era su destino, como decía Hipatia, á lo menos moriría combatiendo contra él, desafiándolo, maldiciéndolo. La virtud con infierno debía preferirse al pecado con cielo. Además de que Hipatia no le había prometido ni aun cielo. La resur-

reccion de la carne era una idea demasiado material para su elevada y refinada creencia. Así, el sueño del monje, que había durado cuatro meses, se disipó en un instante y corrió á su cuarto con un pensamiento fijo... el desierto... y allí una celda para Pelagia y otra para él. Allí se arrepentirian, rogarian, pasarían la vida gimiendo uno junto á otro, si Dios tenia misericordia de sus almas. Sin embargo... tal vez no se la hubiese bautizado, y entonces estaba segura. Como otros individuos del paganismo, entraria en la clase de catecúmena, y se bautizaría, lavando el agua mística en un momento todo lo pasado, y comenzando para ella una nueva vida con el puro ropaje de la inocencia. Pero él había sido bautizado, lo sabia por Arsenio, antes de dejar á Atenas, y Pelagia le excedia en edad. Era imposible que fuese pagana; aunque no perdía la esperanza... Sin aliento, con tanta ansiedad y excitacion, subió corriendo las estrechas escaleras y halló á Miriam á la puerta de su cuarto, con la mano en el pestillo, inclinada, en la apariencia, á disputarle el paso.

—¿Está aun dentro?

—¿Y qué tenemos con que esté!

—Déjame entrar en mi cuarto.

—¿Tuyo? ¿Quién ha pagado por tí el alquiler en los últimos cuatro meses? ¿Qué vas á decirle? ¿Qué harás por ella? ¡Joven pedante, es preciso que ames antes de poder ayudar á infelices criaturas enamoradas!

Pero Filemon la empujó tan furiosamente, que la vieja tuvo que dejarle libre el paso, y con siniestra sonrisa le siguió.

Pelagia se precipitó hácia su hermano.

—¿Quiere?... ¿Quiere verme?

—No hablemos mas de ella, querida, dijo Filemon poniendo con dulzura sus manos en los hombros de la jóven y mirándola fijamente... Mejor es que los dos, sin auxilio de personas estrañas, procuremos conseguir nuestra libertad... ¿Confías en mí?

—¿En tí? ¿Y eres capaz tú de ayudarme? ¿Me enseñarás tú?

—Si; mas no aquí... Debemos huir de estos sitios...

—Oye, óyeme por un momento, querida hermana. ¿Eres tan feliz aquí, que no puedas concebir un punto mejor? ¿Y

(¡pluguiera á Dios que no fuese verdad!)  
no hay luego un infierno?

Pelagia se cubrió el rostro con las  
manos.

—El anciano monge me advirtió eso  
mismo.

—¡Oh! aprovecha su advertencia....

Y Filemon empezó á hablar del lago  
de fuego y plomo derretido, como esta-  
ba acostumbrado á oír en boca de Pam-  
bo y Arsenio; Pelagia le interrumpió.

—¡Oh, Miriam! ¡Es cierto? ¡Es posi-  
ble? ¡Qué va á ser de mí? exclamó la po-  
bre jóven.

—¿Y qué habría con que fuese cier-  
to? Que diga cómo te salvará de seme-  
jante destino, respondió Miriam tran-  
quilamente.

—¿No la salvará el Evangelio....  
incrédula judía? No me contradigas.  
Puedo, sí. ¿No es capaz de arrepenti-  
miento? ¿No lo es de mortificar esas  
bajas pasiones? ¿No puede obtener el  
perdon?.... ¡Oh, mi amada Pelagia!  
perdóname que haya soñado un momen-  
to en hacer de tí una filósofa, cuando  
está en tu mano ser una santa de Dios,  
ana....

De repente se detuvo por haberle

asaltado la idea del bautismo, y con  
voz trémula le preguntó:

—¿Estás bautizada?

—¿Bautizada? dijo la jóven sin en-  
tender casi el vocablo.

—Sí.... por el obispo.... en la iglesia....

—¡Ah! contesto, ahora me acuerdo...  
Tenia de siete á ocho años.... Habia  
allí una fuente y señoras que me des-  
nudaron.... Y luego me metieron den-  
tro, y un anciano me sumergió la cabe-  
za en el agua tres veces.... Me he olvi-  
dado de lo que significaba todo aque-  
llo.... ¡hace tanto tiempo! Lo que sé es  
que usaba despues un vestido blanco.

Filemon retrocedió con un gemido.

—¡Desdichada! ¡Dios tenga miseri-  
cordia de tí!

—¿No me perdonará! Tú, sin embar-  
go, me has perdonado, y El.... El debe  
ser mejor que tú. ¿Por qué no?

—El te perdonó libremente, cuan-  
do fuiste bautizada, y no te perdonará  
segunda vez, á menos que....

—¿A menos que no deje mi amor!  
esclamó Pelagia.

—Cuando el Señor perdonó á la bien-  
aventurada Magdalena, y le dijo que su  
fè la habia salvado.... ¡prosiguió vivien-

do en medio de los placeres de este mundo? ¡No! Aunque Dios la habia perdonado, ella no se perdonó á sí misma. Huyó al desierto, y allí, desnuda y descalza, sin mas vestido que sus cabellos, alimentándose de la yerba del campo, estuvo ayunando y orando hasta el dia de su muerte, sin volver á ver el rostro de ningun hombre, visitada y confortada solo por ángeles y arcángeles. Y si ella, á pesar de no haber delinquido de nuevo, necesitó tan larga penitencia para salvarse.... ¡Oh, Pelagia! ¿qué no exigirá Dios de ti, habiendo quebrantado el voto del bautismo y contaminado la blanca vestidura que las lágrimas de la penitencia unicamente pueden restituir á su primitiva pureza?

— ¡Pero yo no sabia nada de eso! ¡Yo no pedí que me bautizasen! ¡Cruels, crueles padres que me habeis conducido á tal extremo! ¡Cruel Dios, que me perdonaste tan temprano!.... ¡Ir á los desiertos! ¡Ah! ¡No me atrevo! ¡No puedo! ¡Soy tan delicada, tan tierna! ¡Me moriría de hambre y de frio! ¡Me volvería loca de miedo en aquella soledad! ¡Oh, hermano, hermano! ¿es este el Evangelio de los cristianos? Vengo á tí para

que me enseñes á ser sabia, buena y respetada, y me dices que todo lo que puedo hacer es pasar aquí una horrible vida de tormento, á ver si acaso me libra de las eternas penas. ¿Y cómo sé que me libro de ellas? ¿Cómo sé que me salvaria? ¿Es esto cierto, Miriam? Respóndeme, ó perderé el juicio.

— Sí, dijo Miriam con burla. Ese es el Evangelio y esas son las nuevas de salvacion, segun la doctrina de los Nazarenos.

— ¡Iré contigo! esclamó Flemon. ¡Iré y no te abandonaré nunca! ¡Tambien yo tengo pecados que lavar!.... ¡Feliz si consigo lavarlos!.... Te construiré una celda al lado de la mia, y hombres benévolos nos enseñarán, y rogarémos juntos dia y noche por nosotros y por los demas hombres, y acabaremos juntos nuestras tristes vidas....

— Vale mas que muramos aquí de una vez, dijo Pelagia con desesperado ademán, arrojándose al suelo.

Flemon iba á levantarla, cuando Miriam le cogió por el brazo y le dijo en voz baja y de prisa:

— ¡Estás loco? ¡Quieres destruir tu

propia obra? ¿Por qué le has hablado en estos términos? ¿Por qué no aguardar... por qué no darle esperanza... tiempo para recogerse en sí misma y renunciar á su amante, en vez de aterrarla y disgustarla desde el primer momento, como has hecho? ¿Tienes corazón humano? Ni una sola palabra consoladora para esta pobre criatura, sino infierno, infierno, infierno... Primero dirige la vista á tí, y considera que tu peligro de descender á él, es mayor de lo que imaginas.

—No puede ser mayor de lo que yo imagino.

—¿Considéralo bien, pues! En cuanto á Pelagia... infeliz jóven... hasta nosotros los judíos, que sabemos que todos vosotros, gentiles, estais igualmente sentenciados al Gehenna, concebimos alguna esperanza respecto de esa pobre criatura, que ha carecido de toda instrucción.

—¿Y cuál ha sido la causa? ¡Miserable de tí! ¡En tu mano estuvo su educación, y tú la sepultaste en el pecado y la vergüenza! Tú arrancaste de su memoria la fé en que habia sido bautizada.

—Tanto mejor para ella si su recuer-

do no la hace mas feliz de lo que hemos visto ya... Mejor es despertar inesperadamente en el Gehenna, que vivir con su temor un dia y otro dia. En cuanto á no haberla instruido, tú eres testigo de que no se le ha enseñado poco. Primero debieras maldecir á tus padres por haberla bautizado, que á mí por haberle proporcionado diez años de deleite antes de que vaya al abismo de Joséf. Ea, no te irrites conmigo. La vieja judía es tu amiga, por mucho que la desprecies. Pelagia se casará con ese godo.

—¿Con un herege arriano?

—Ella le convertirá y hará de él un católico, si quieres. De todos modos, si deseas atraerla á tu partido, habrás de seguir la marcha que te he trazado. has puesto en planta inútilmente tus medios; déjame ahora poner los míos. ¡Pelagia, querida Pelagia! ¡Levántate y sé muger! Abajo encontraremos un filtro que dar á ese ingrato, y que le enamorará mas de tí mañana por la mañana que lo que ha estado nunca. ®

—¿No! dijo Pelagia alzando los ojos. ¡Nada de filtros! ¡Nada de venenos!

—¡Venenos, loquilla! ¿Dadas de la

habilidad de la anciana? ¡Crees que yo le privaré de la razón, como hizo Calisfira el año pasado con su amante, por fiarse de las drogas de la vieja Megera y no acudir á mí!

— ¡No! ¡Nada de drogas ni de magia, ¡Ha de amarme realmente y no de otro modo! ¡Ha de amarme por mí misma, porque sea digna de su amor, porque me honre y me adore... ó déjame que muera! ¡Hasta cuando mis sentimientos eran mas bajos, me he jactado de no tener que usar de semejantes medios de conquistar, como Afrodita, siendo reina en el uso de mi derecho! ¡No he necesitado mas filtro que yo misma; en el momento que necesite otro, quiero morir!

— ¡Tau loca la una como el otro! exclamó Miriam perpleja. ¡Chiss! ¿Qué pasos son esos en la escalera?

En aquel momento se oyeron efectivamente pasos de gente que subia... Los tres se miraron llenos de terror. Filemon, creyendo que fuesen monges en su busca, Miriam, suponiéndoles guardias de Orestes que viniesen por ella, y Pelagia, porque le asaltaban temores vagos de todo...

— ¡Hay otro cuarto mas adentro? preguntó la judía.

— Ninguno.

La vieja apretó los labios y sacó su puñal. Pelagia se cubrió el rostro con el manto y permaneció en pié trémula, inclinada hácia adelante, como si aguardase otro golpe. La puerta se abrió, pero no entraron ni monges ni guardias, sino Wulf y Smid.

— ¡Hola, señor monge! exclamó el último riéndose. ¡Velos por aquí? ¡Dedicada á tu antiguo comercio, digna portera del infierno? Bien, márchate ahora; tenemos algo que decir á este jóven.

Y sin que sospechasen nada los dos godos, Pelagia y Miriam bajaron precipitadamente la escalera.

— A lo menos la jóven parece un poco avergonzada de su escursión... Wu empieza ya y habla bajo; yo cuidaré que nadie escuche á la puerta.

Filemon fijó en aquellos dos individuos con marcado disgusto una mirada escudriñadora. ¿Qué derecho ten ellos ni nadie de interrumpir en aquel momento su miseria y su infortunio? Pero no tardó en desarmarle el vi

Wulf, que se adelantó hacia él, y le alargó su mano ancha y morena.

Filemon la tomó, y en seguida, cubriéndose con las suyas el rostro, se deshizo en lágrimas.

—Obraste bien. Eres un chico valiente. Si hubieras sucumbido, cualquiera se estimara honrado muriendo como tú.

—¿Estabais, pues, allí? preguntó Filemon con sollozos.

—Estábamos.

—Y lo que es mas, dijo Smid, algunos de nosotros habíamos decidido saltar y abrirte paso. Un hombre, por lo menos, á quien conozco, sintió su vieja sangre caliente en aquel instante como si contase catorce años. ¡Miserable! ¡Y al cabo silbarla! ¡Oh! ¡Si antes de morir tuviese una hora para acuchillarlos!

—La tendrás! dijo Wulf. Jóven, ¿quieres ver en tu poder á tu hermana?

—Imposible... imposible. Ella no dejará nunca al Amal.

—¿Estás seguro de eso?

—Así me lo ha dicho no hace diez minutos. Ella era la que salía cuando entrásteis.

Smid lanzó una maldiccion, en que se pintaban su asombro y sentimiento.

—¡Si la hubiera conocido! ¡Por el alma de mis padres, se habria cerciorado de que era mas fácil venir aquí que volver á casa!

—Silencio, Smid. Mejor es así. Jóven, si la pongo en tus manos, ¿te la llevarás contigo?

Filemon vaciló un momento.

—Sabes ya á cuánto me atrevo. Pero estaria mal usar de violencia.

—Déjate de consideraciones filosóficas.

—¿Olvidas, príncipe, la parte concerniente al dinero? dijo Smid sonriéndose.

—No; pero no juzgo al jóven tan bajo que vacile por eso.

—Sin embargo, bueno es que sepa que prometemos enviar tras ella todas sus joyas y ropas, hasta los regalos del Amal. En cuanto á la casa, no queremos tenerla alquilada mas tiempo del necesario. Tratamos pronto de emprender negocios en mayor escala, como dicen estos tenderos.... ¿Eh, príncipe?

—¿Su dinero?.... ¡Dios le perdone! respondió Filemon. ¿Me creéis tan miserable que lo toque? Pero estoy re-

suelto. Decidme lo que debo hacer, y lo haré.

—¿Conoces la callejuela que baja hasta el canal, junto á la pared izquierda de la casa?

—Sí.

—¿Y la puerta en la torre del rincón, cerca del desembarcadero?

—También.

—Colócate allí con una docena de monges robustos mañana despues de puesto el sol, y toma lo que te entregue. En seguida, gobiernate como puedas.

—¿Monges? dijo Filemon. Estoy en guerra abierta con toda la orden.

—Haz, pues, las paces con ella, dijo Smid.

Filemon se estremeció interiormente.

—Supongo os será igual que lleve á quien yo quiera!

—Lo mismo que el que la sumer as ó no en el canal cuando te la entreguemos, respondió Smid: lo primero es lo que haria un godo si se hallase en tu lugar.

—No atormentes á ese pobre jóven, amigo. Si él cree poder corregirla en vez de castigarla, deémosle en nombre

de Freya, que se ponga á ello. Entrarás allí, ¿no es verdad? No olvides que te aprecio, y ahora mas que nunca, porque hablaste como una Saga y te condujiste como un héroe. Así, te advierto que si no llevas contigo una buena escolta mañana á la noche, tu vida corre peligro. Toda la ciudad anda por las calles, y solo Odin sabe qué sucederá y quién estará vivo dentro de euarenta y ocho horas. No olvides esto. La multitud puede ejecutar cosas extraordinarias y verlas ejecutar mas extraordinarias aún. Si te encuentras seguro aquí, no te muevas, dado que estimes su vida y la tuya. Y... si estás dotado de cordura, haz que te acompañen al canal monges, aunque cueste á tu orgullo.

—No me parece bien eso, príncipe. ¡Estás hablando demasiado! interrumpió Smid; mientras que el jóven, haciendo de tripas corazón, respondió:

—¡Sea así!

—He ganado la apuesta, Smid, dijo el anciano riéndose al salir ambos á la calle, con sorpresa y temor de todos los vecinos, en tanto que los chicos palmo-teaban y los perros ladraban viendo aquellas estrañas figuras.

—No ha habido juego, no puede haber paga, Wulf. Mañana veremos.

—¡Yo sabía que ese chico resistiría la prueba! Estaba seguro de la rectitud de su corazón.

—De todos modos, no hay que temer se porte mal con la infeliz, si la ama hasta el extremo de postrarse por ella á los pies de sus enemigos.

—De eso no respondo, dijo Wulf sacudiendo la cabeza. Esos frailes, según he oído, creen que su Dios los amará mas, cuanto mas miserables son; así quizá crean que los amará mas, cuanto mas miserables hagan á otros. Sin embargo, eso no nos importa.

—Harto tenemos que pensar en nuestros asuntos. Pero acuérdate que no ha habido juego, y que no puede haber paga.

—Cierto que no. ¡Qué llenas de gente están las calles! No será posible que veamos esta noche á los guardias si esa chusma sigue en aumento.

—Bastante nos costará, se me figura el guardarnos á nosotros. ¡No oyes lo que gritan! Mueran los paganos. Mueran los bárbaros. Esto alude á nosotros, como sabes.

—¿Piensas que nadie, sino tú, entienda el griego? Que vengan.... Nos servirá de excusa para que dure el saqueo una semana.

—Pero ¿cómo hablaremos á los guardias?

—Darémos un rodeo embarcándonos en el canal. Sobre todo, los hechos los atraerán mejor que las palabras. Ellos tendrán que ponerse de nuestra parte, y es probable que se alegren de nuestro auxilio; pues si la multitud ataca á alguien, empezara por el prefecto.

—Y entonces.... ¡mal hayan sus gritos! Cuando los soldados vean á su cabeza á nuestro Amal, estarán dispuestos á seguirle á una milla, si antes solo pensaban andar una vara.

—No lo dudo, en cuanto á los godos, marcomanos, dacios ó tracios, ó como quiera que los llamen los romanos; pero no tengo confianza en los hunos.

—¡Maldígalos el cielo! Pero apenas hay veinte esparcidos en diferentes tropas: uno de nosotros vale por tres de ellos, y es seguro que se arrimarán al partido que triunfe. ¡Ademas, el atractivo del saqueo, camarada! ¡Dónde has visto un huno que no se decida á mar-

char, aunque solo le incite el olor de una vela de sebo?

—En cuanto a los galos y latinos.... prosiguió Wulf, pertenecen al que tiene con que pagar sus servicios....

—Y nosotros, como todos los generales sabios, les pagaremos una parte de nuestros bolsillos y nueve de los del enemigo. ¿Y el Amal está cansado?

—Como sus sabuesos; pero ahora ha caído que hacer. Sin embargo, su corazón es justo, lo conozco, solo que nunca ha podido prever nada con veinte y cuatro horas de antelación. Ahora mismo, si Pelagia le prende en sus redes otra vez, arrojará la espada y se quedará tan profundamente dormido como siempre.

—No temas, pues el destino de Pelagia está ya fijado. ¡Mira como se agolpa la chusma delante de casa! Entraremos por la puerta secreta.

—¿Entrar por un agujero, como ratones! No; yo seguire mi camino. ¡Desenvaina ó huye!

—No ahora.

Y espada en mano, marcharon derechos al centro de la multitud, que se abrió para que pasasen, como un rebaño de carneros.

—Conocen á sus pastores, dijo Smid.

Pero la muchedumbre, viéndolos á punto de entrar en la casa, empezó á gritar:

—¡Godos! ¡paganos! ¡bárbaros! y se precipitó sobre ellos.

—¡Pues que lo queréis, sea! dijo Wulf.

Y las dos largas y brillantes espadas despidieron rayos en torno de sus cabezas, luciendo cada vez mas rojas....

Los dos ancianos no detuvieron por eso el paso, y habiendo llamado á la puerta, entraron, dejando afuera mas de un cadáver.

—Ahora tenemos excelente pretexto, dijo Smid, mientras limpiaban sus espadas.

—Sin duda. Con el bote y media docena de hombres, Goderico y yo iremos por el canal al palacio, y hablaremos una ó dos palabras con los guardias.

—¿Por qué no hacer que vaya el Amal y ofrezca nuestra ayuda al prefecto?

—¿Cómo? ¿Crees contar con él después de lo que ha pasado? Su honor le manda estarse quieto.

—De seguro que no objetará nada á esa resolución.

—Pero no olvides el bolsillo del dinero, que es el mejor de todos los oradores, le gritó Smid riéndose cuando le vió irse á preparar el bote.

CAPITULO XXV.

EN BUSCA DE UNA SEÑAL.

—¿QUE respuesta ha enviado, padre? preguntó Hipatia, al ver á Teon de vuelta, despues de entregar la malhadada carta dirigida á Filemon.

—¡Es un insolente! La hizo pedazos, y se marchó sin hablar palabra.

—Que se vaya y nos abandone como los demas, en nuestro infortunio.

—A lo menos tenemos las joyas.

—¿Las joyas! Que se devuelvan á su dueño. ¡Nos contaminariamos tomándolas como salarios de cosa ninguna... y sobre todo, de lo que no ha llegado á verificarse?

—Pero hija mia, nos fueron dadas libremente. Me suplicó que las tomase; y... y si te he de decir la verdad, debo conservarlas. Despues de este desastre,

ten por seguro que todos los acreedores reclamarán que se les pague.

—Que se lleven nuestra casa y muebles, y que nos vendan como esclavos. Que tomen todo, con tal que nos dejen nuestra virtud.

—¿Qué nos vendan como esclavos? ¿Estás loca?

—Aun no lo estoy enteramente, padre, respondió Hipatia con triste sonrisa. Pero ¿crees que si fuéramos esclavos estariamos peor que ahora? Rafael Aben-Ezra me dijo que obedecia mis preceptos, cuando salió de Alejandria como un pordiosero, sin lecho ni hogar; ¿y no tendré yo valor para obedecerlos, si fuere necesario? El pensamiento de su fuerza, de su sufrimiento, me ha avergonzado en medio de mi lujo en estos últimos meses. Al cabo, ¿qué debe el filósofo exigir sino pan y agua, y el claro arroyuelo en que lavar las diarias manchas de su arte terrestre? Que se cumpla el destino. Hipatia no luchará mas contra la corriente.

—¡Hija mia! ¿Y así has renunciado á toda esperanza? ¿Tan pronto desalentada! ¿Cómo! ¿este desdichado accidente ha podido destruir los proyectos de mu-

—Pero no olvides el bolsillo del dinero, que es el mejor de todos los oradores, le gritó Smid riéndose cuando le vió irse á preparar el bote.

CAPITULO XXV.

EN BUSCA DE UNA SEÑAL.

—¿QUE respuesta ha enviado, padre? preguntó Hipatia, al ver á Teon de vuelta, despues de entregar la malhadada carta dirigida á Filemon.

—¡Es un insolente! La hizo pedazos, y se marchó sin hablar palabra.

—Que se vaya y nos abandone como los demas, en nuestro infortunio.

—A lo menos tenemos las joyas.

—¿Las joyas! Que se devuelvan á su dueño. ¡Nos contaminariamos tomándolas como salarios de cosa ninguna... y sobre todo, de lo que no ha llegado á verificarse?

—Pero hija mia, nos fueron dadas libremente. Me suplicó que las tomase; y... y si te he de decir la verdad, debo conservarlas. Despues de este desastre,

ten por seguro que todos los acreedores reclamarán que se les pague.

—Que se lleven nuestra casa y muebles, y que nos vendan como esclavos. Que tomen todo, con tal que nos dejen nuestra virtud.

—¿Qué nos vendan como esclavos? ¿Estás loca?

—Aun no lo estoy enteramente, padre, respondió Hipatia con triste sonrisa. Pero ¿crees que si fuéramos esclavos estaríamos peor que ahora? Rafael Aben-Ezra me dijo que obedecía mis preceptos, cuando salió de Alejandria como un pordiosero, sin lecho ni hogar; ¿y no tendré yo valor para obedecerlos, si fuere necesario? El pensamiento de su fuerza, de su sufrimiento, me ha avergonzado en medio de mi lujo en estos últimos meses. Al cabo, ¿qué debe el filósofo exigir sino pan y agua, y el claro arroyuelo en que lavar las diarias manchas de su arte terrestre? Que se cumpla el destino. Hipatia no luchará mas contra la corriente.

—¡Hija mia! ¿Y así has renunciado á toda esperanza? ¿Tan pronto desalentada! ¿Cómo! ¿este desdichado accidente ha podido destruir los proyectos de mu-

chos años? Orestes continúa fiel. Los guardias tienen orden de proteger la casa mientras lo creamos preciso.

—Despidelos, pues. No he hecho mal á nadie, y no temo el castigo de nadie.

—No conoces la locura de la muchedumbre; tu nombre suena ya en las calles en compañía del de Pelagia.

Hipatia se estremeció. Su nombre en compañía del de Pelagia. ¡Y á esto habia venido á parar por voluntad propia!

—¡Lo he merecido, sí! ¡Me he vendido á la mentira, á la intriga! No me ha arredrado el representar un papel falso!... ¡Oh, padre! ¡no me vuelvas á recordar ese hombre! ¡Me he ligado con el impuro, con el sanguinario, y esta es la recompensa! No mas política para Hipatia, padre mio; no mas discursos ni lecciones; no mas perlas de sabiduría arrojadas á cerdos. He pecado en divulgar los secretos de los inmortales á la multitud. Que ésta siga la senda que le tiene marcada el destino. ¡He sido necia en imaginar que mis palabras, que mis planes le elevarian á mayor altura de la que los dioses le han designado!

—¡Renuncias, pues, á nuestras lec-

ciones? ¡Peor que peor! ¡Nos arruinarémos totalmente!

—Ya lo estamos. No hay que contar con Orestes. Le conozco demasiado bien, padre mio, para no saber que nos entregaria mañana á la furia de los cristianos, si su miserable vida.... diré mas, si su empleo, todavía mas miserable, se hallase en peligro.

—Cierto.... cierto; así lo temo, dijo el pobre Teon torciéndose las manos. ¿Qué va á ser de nosotros.... de tí, más bien? ¿Qué importa lo que acontezca al inútil y viejo astrónomo?... Morir hoy ó el año venidero, le es igual. ¡Pero tú... tú! Huyamos por el canal. Podemos reunir lo suficiente, aun sin estas joyas que rehusas, para costear nuestro viaje á Atenas, donde estaremos seguros con Platarco y reuniremos una nueva escuela. El te recibirá perfectamente.... ¡Todo Atenas hará lo mismo... y serás reina de Atenas, como has sido reina de Alejandria!

—No, padre. En adelante, lo que yo sepa quiero saberlo para mí únicamente. Hipatia desde hoy estará sola con los dioses inmortales.

—A mí no me dejarás, ¿eh? esclamó el anciano aterrado.

—¡Nunca mientras viva! contestó ella prorumpiendo en llanto verdadero, humano, y arrojándose en brazos de Teon. ¡Nunca... nunca! ¡padre de mi espíritu y de mi carne!... ¡Mi maestro!... ¡que ha enseñado mi alma desde la cuna a usar de sus alas!... ¡El único ser que no me ha comprendido mal... que no ha puesto obstáculos a mis planes... que no me ha engañado!

—¡Hija incomparable! ¡Y yo he sido causa de tu ruina!

—¡Tú, no!... ¡mil veces no! ¡Yo sola merezco que se me culpe! Yo me mezclé en la política mundana, y te induje a creer que sería capaz de conseguir lo que intenté con tal temeridad. ¡No te acuses a ti, si no quieres romper mi corazón! Aun podemos ser felices juntos...

Nos bastará para ello una cabaña de hojas de palmera en el desierto, dátiles de la arboleda y agua de la fuente... el monge se atreve a vivir solo con su miseria en semejante sitio; ¡y no nos atreveremos nosotros a vivir en él juntos y dichosos?

—¿Entonces estás resuelta a huir?

—Hoy no. Sería bajo obrar así antes que nos apremie el peligro. Conservaremos nuestro puesto hasta el último instante, ya que no muramos en él como héroes. Mañana iré al salón de lecciones... al Museo tan querido, por la última vez, para despedirme de mis discípulos. Indignos como son, me debo a mí misma y a la filosofía decirles por qué los dejo.

—Será demasiado peligroso... lo será, sin duda.

—Podiera en tal caso llevar conmigo los guardias. Pero no... Que no tengan motivo para acusar nunca de temor a la filósofa. Que la vean salir como siempre, fuerte con el valor de la inocencia, segura con la protección de los dioses. Así, quizá les acometa al fin algún sagrado temor.

—Te acompañaré.

—No; iré sola. Puedes correr peligro, mientras yo no corro ninguno. Al cabo soy mujer... y no obstante su ferocidad, no se atreverán a ofenderme.

El anciano meneó la cabeza.

—Mirame, prosiguió Hipatia, colocando sus manos en los hombros de Teon y mirándole fijamente... Dices

que soy hermosa; y como sabes, la hermosura domestica los leones. ¿No crees que esta cara sea capaz de desarmar hasta la colera de un fraile?

Y se sonrió y se le encendió el rostro con tan bellos colores, que el anciano, olvidando su temor, la besó y fué á disponer que se tratase perfectamente á los soldados, pues su prudencia le aconsejaba retenerlos todo el tiempo posible. Al efecto, cerró los ojos para no ver los juegos entre sus valientes defensores y las doncellas de Hipatia, las cuales, no teniendo el recato de su ama, miraban como un raro don del cielo aquella tarde de charla con veinte corpulentos guerreros.

Habia, pues, broma larga abajo, mientras que Teon sacó vino del mejor y mas añejo; y despues de proponer en persona, por via de enmienda, un brindis á la salud del emperador de Africa, se encerró en la libreria, y confortó su turbado espíritu con un difícil problema de astronomía que todo el día le habia estado persiguiendo hasta en el mismo teatro. Entretanto Hipatia continuaba sentada en su aposento con el rostro entre las manos, el corazon hen-

chido de ideas y los ojos de lágrimas. Aunque habia logrado disipar los temores de su padre, los suyos eran cada vez mas vivos.

Sentia, sin saber por qué, y no obstante con tal claridad como si un Dios se lo hubiese dicho al oido, que la crisis de su vida habia llegado ya; que su carrera politica y activa estaba terminada; y que debia contentarse ya con ser para si misma y en si misma únicamente, todo lo que era ó podia llegar á ser. El mundo seria regenerado, pero no en su tiempo: los dioses serian restaurados, pero no por ella. Era un terrible descubrimiento; y sin embargo, su corazon le habia dicho durante muchos años que esperaba contra toda esperanza, que estaba luchando contra una corriente demasiado fuerte para ella. Por fin habia llegado el momento en que, ó la corriente debia arrebatarla, ó mediante un esfuerzo desesperado, podria llegar á la tierra firme; dejando que las aguas sigan en su curso, el cual no era favorable á los dioses, pues que borraba sus nombres de la superficie de la tierra. ¿No pudiera ser que ellos no quisiesen ser conocidos; que

estuviesen cansados de la adoracion y reverencia de los hombres, y que, bastándose á sí mismos en su perfecta dicha, no se cuidasen de los bienes ni de los males de la tierra? ¿Yo seria así? ¿No tenia de ello pruebas en cuanto veia? ¿Qué interés habia tomado Isis por su Alejandria? ¿Cuál Palas por su Atenas?... Y no obstante, Homero, Hesiodo y los antiguos cantores órficos eran de otro modo de pensar.... ¿De dónde habian sacado la estraña idea de aquellos dioses que aconsejaban al género humano, combatian entre los hombres y contraian enlaces terrestres, cual si los mortales fuesen una tribu unida á ellos por vinculos de parentesco?

“Zeus, padre de los dioses y los hombres....” Estas eran palabras de esperanza y de consuelo.... Pero decia la verdad.... ¿Padre de los hombres? Imposible.... de seguro no era padre de Pelagia. No era padre de los seres bajos, malos, ignorantes.... La intencion de los poetas debió de ser llamarle padre de las almas heróicas solamente.... Pero ¿dónde estaban ahora esas almas? ¿Era ella una? Entonces, ¿por qué la habian abandonado las potesta-

des celestes en el extremo de su infortunio? ¿Se habia extinguido la raza heroica, y ella en su presuncion se estaba atribuyendo meramente un honor que no le correspondia? ¿O se redacia todo á un sueño de aquellos antiguos cantores? ¿Habrian, segun algunos filósofos, inventado dioses á su semejanza, y dado cuerpo, valiéndose del temor y la admiracion de los hombres, á sus hermosos fantasmas?.... Así debia ser. Si hubiese dioses, conocerlos seria la mas alta dicha del mortal. No enseñarian, pues, á los hombres este conocimiento, no descubririan su hermosura á unos pocos escogidos, por honor suyo, ya que no, como ella habia sonado un tiempo por amor á aquellos que alimentaban una llama parecida á la celeste llama suya!.... ¿Y si no hubiese dioses? ¿Y si la corriente fatal, que se lleva sus nombres, faese el único poder verdadero? Esa antigua idea pirronica, ¿no pudiera ser la solucion del problema del universo?.... Si no habria centro, órden, reposo ni fin.... sino un perpétuo flujo, un perpétuo cambio! Y ante su cerebro y su corazón se presentó la terrible vision de Lucrecio, en que

el universo caía, caía, caía eternamente, de no se sabe qué punto hasta no se sabe cuál, por siglos y siglos, en virtud de una gravitación sin causa é incesante, mientras que los cambios y esfuerzos de todas las cosas mortales no eran mas que el movimiento de los átomos de polvo en medio de la tempestad sempiterna....

Imposible! Existían la verdad, la virtud, la belleza, la nobleza, inmutables, absolutas, siempre las mismas. El divino instinto de su femenino corazón se rebelaba contra su entendimiento, y en nombre de Dios, negaba la mentira.... Si... había virtud, belleza... Sin embargo, ¿no serían también accidentes del encanto, que el hombre llama vida mortal; accidentes temporales y mutables del encanto, denominado conciencia; chispas brillantes, originadas del choque de los átomos de polvo? ¿Quién lo sabía?

En otro tiempo había quien contestase á tales preguntas. ¿No habla Plotino de una mística intuición directa de la Divinidad, entusiasmo sin pasión, silenciosa intoxicación del alma, en que elevándose el pensamiento sobre la vida,

la razón sobre sí misma, se acerca á lo que contempla á la Unidad absoluta y primitiva, y se confunde con ella, ó mas bien, percibe claramente la unión que ha existido desde el primer momento en que emano de la Unidad? Seis veces en una vida de sesenta años se habia elevado Plotino á esta altura de unión mística, y habia conocido que era Dios. Una sola vez habia alcanzado Porfirio igual gloria. Hipatia, á pesar de sus muchas tentativas, no habia logrado jamás tener la visión clara de un ser exterior á sí mismo; es verdad que la práctica, una voluntad firme y una poderosa imaginación, hacían que pudiese producir, casi á su antojo, ese misterioso éxtasis, paso preliminar para obtener una visión sobre natural. Pero el placer que encontraba en las brillantes, y según ella, divinas fantasías de tales momentos, se lo amargaba siempre la idea de que, en materia de éxtasis, centenares de personas, inferiores á ella en entendimiento y ciencia, y peor que todo, monges cristianos y también monjas, se jactaban de ser sus iguales (y si se daba crédito á lo que decían de sus visiones, le eran superiores, y em-

pleando los mismos métodos que ella; pues que por medio del celibato, de los rigurosos ayunos, de la perfecta quietud corporal, y de la intensa contemplación de una sola idea, ellos tambien pretendian ser capaces de elevarse sobre el cuerpo á regiones celestes, y ver cosas infalibles, que, sin embargo, como otras muchas cosas inefables, eran referidas con todos sus pormenores por el vulgo.... Asi, no sin un poco de vergüenza, se dispuso Hipatia aquella tarde á otra tentativa, quizá la última, para escalar el cielo, considerando cuántos ignorantes monges y monjas, desde Constantinopla á la Tebaida, estarian ocupados probablemente en este momento lo mismo que ella. No obstante, la tentativa debía hacerse. En aquel terrible abismo de duda, necesitaba algo palpable, real, que se sobrepusiese á sus pensamientos, esperanzas, especulaciones, algo en que descansase su fe, su corazón.... Quizá esta vez, á lo menos, viendo su estremado infortunio, un dios se dignaria enviarle un rayo de su hermosura.... Quizá Pallas se compadeceria al cabo.... O si Pallas no, algun arquetipo ángel, demonio.... Y entonces se es-

tremeció pensando en aquellos demonios malos y mentirosos, cuyo placer se cifraba en engañar y tentar á los fieles, en forma de ángeles de luz. Pero ni aun la perspectiva de este peligro la desvió de su intento. ¿No era ella pura y sin mancha como la misma Pallas? Su innata pureza no le permitiria distinguir, por una antipatia instintiva, aquellos miserables seres bajo la máscara mas bella? Probaria á lo menos....

En seguida, con una mirada de intensa humildad, empezó á despojarse de sus joyas y ropas superiores. Desnudándose luego el seno y los piés y soltando sus trenzas de color de oro, se tendió en la cama, cruzó las manos sobre el pecho, y aguardó, con los ojos extáticos y dirigidos hácia arriba, lo que pudiese suceder.

Allí permaneció, hora tras hora, inflamándose gradualmente sus ojos y respirando mas aprisa; pero no se notaba mas señal de vida en aquellos miembros, en aquellos piés y manos, que en la esposa de marfil de Pígalion, antes que tomase carne y sangre humanas. El sol traspasó el horizonte, el ruido exterior de la ciudad se oia cada vez mas fuerte,

los soldados se divertían y reían abajo; pero Hipatia era indiferente á todo. La fe, la esperanza, hasta la razón estaban puestas en juego para obtener el resultado de aquel atrevido esfuerzo que se dirigía á escalar el cielo. Y, por un continuo ejercicio de la voluntad, aisló sus sentidos de cuanto la rodeaba y su espíritu de todo pensamiento, yaciendo allí resignada hasta que se desvaneció la conciencia de tiempo y lugar, y le pareció estar sola en el abismo.

No se atrevía á pensar, á esperar, á alegrarse, por miedo de destruir el encanto.... Repetidas veces lo había destruido, hallándose ya en aquel punto, por ceder repentina y tumultuosamente á su alegría ó temor; pero ahora su voluntad se mantuvo firme.... No sentía moverse sus miembros, ni oía su respiración.... Sobre ella y á su alrededor había una neblina ligera y brillante, una red interminable, de membranas relucientes, que iban, venían, se unían, se separaban.... ¿Estaba en el cuerpo ó fuera?

La red se desvaneció en un abismo de luz aun más clara.... Una ardiente atmósfera se extendía en torno de Hi-

patia, que respiraba la luz y flotaba en ella, como una mariposa en un rayo de sol de medio día.... Y sin embargo, su voluntad permanecía firme.

A lo lejos, al través de inmensos abismos de luz, percibió una mancha parda y sombría, que iba creciendo á medida que se acercaba.... Un globo oscuro, guarnecido de arco iris.... ¿Que sería? No osaba esperar, seguía aproximándose, aproximándose, hasta tocarla.... El centro tembló, dió vueltas, tomó forma, apareciendo un rostro.... ¿de quien? ¿de un dios?.... ¡No.... sino de Pelagia!

Hermoso, triste, suplicante, resentido, indignado, terrible.... Hipatia no pudo sufrir más y saltó de la cama con un grito, experimentando en toda su amargura la espantosa reacción del místico, cuando la razón y la voluntad humana, de que ha prescindido, objetan sus divinos derechos, y pasional febre de su imaginación, le sucede la postración y el despecho.

¡Conque aquella era la respuesta de los dioses! ¡La fantasma de la mujer que había despreciado, que había lanzado de sí!—;No, esclamo, su respues-

ta no, sino la respuesta de mi alma!  
¡Necia de mí! ¡Mientras pretendía renunciar á mi voluntad, la he estado ejerciendo! ¡He sido esclava de todos los deseos de mi mente, en el momento mismo de querer dominarlos! ¡No pudiera ser que esa red de luz, ese brillo, ese globo oscuro, fuesen como el rostro de Pelagia, fantasmas de mi imaginación... y hasta de mis sentidos? ¡No habria podido tomarme á mí misma por la Divinidad? ¡No habria podido ser yo misma mi luz, mi abismo?... ¡Seré yo misma mi abismo, mi luz, mi oscuridad? Dicho esto se sonrió con amargura, y dejándose caer sobre el lecho, sepultó la cabeza entre las manos, exhausta de cuerpo y de espíritu.

Levantóse al fin, y se sentó, sin reparar en sus despeinados rizos, mirando al vacío.— ¡Una señal, una señal! dijo. ¡Cuánto diera por vivir en aquellos felices días cantados por los poetas, cuando los dioses se acompañaban con los hombres y combatían á su lado como amigos! Y sin embargo.... ¡Son esas antiguas narraciones creíbles, piadosas, decentes! ¡No las rechaza mi corazón? ¡Quién más que yo ha despreciado con

Platon los feos hechos, las metamorfosis degradantes que Homero imputa á los dioses de Grecia? ¡Las creeré ahora? ¡Creeré que dioses que habitan en una region superior, se dignen hacerse palpables á nuestros sentidos.... á estos bajos accidentes de materia? No.... prefiero creer que Ares huyó gritando y herido por la mano de un mortal; prefiero creer en los adulterios de Júpiter y en los robos de Hermes, que en que los dioses hayan hablado nunca cara á cara con los hombres. Dejad que, á menos de volverme loca, interprete esto, diciendo que seres de ese mundo invisible, por el cual suspiro, se aparecieron y entablaron comunicacion con los habitantes de la tierra.... ¡Hay un mundo invisible? ¡Oh! ¡una señal! ¡una señal!...

Fuera de sí se dirigió á su *Sala de los dioses*.... Era una coleccion de estatuas antiguas que tenia allí como objetos más bien de gusto que de adoracion. En torno de ella estaban mirando hacia arriba con los ojos en blanco, y ostentaban su muerta hermosura, aquellos frios sueños de las pasadas generaciones. ¡Oh! ¡qué no pudieran hablar y tranquilizar su corazón! En el extremo

inferior de la sala, había una Minerva, completamente armada con egida, lanza y yelmo, perla de la escultura ateniense, que compró a unos mercaderes después del saqueo de Atenas por los godos. Allí estaba severamente hermosa; pero ¡hay! la mano derecha había desaparecido, y permanecía extendido el brazo, como fríste burla de la fé cuyo cuerpo aun duraba, mientras que su poder yacía muerto.

Hipatia estuvo contemplando largo tiempo y apasionadamente la imagen de su diosa favorita, el ideal á que había deseado por muchos años asimilarse; hasta que.... ¿era un sueño? ¿era un capricho de la moribunda luz solar? ¿ó aquellos labios se habían sonreído realmente!

¡Imposible! No, no era imposible. Pocos años antes, ¿no había saludado á un filósofo la estatua de una diosa? ¿No se contaban historias de estatuas que se movían, de pinturas que abrían y cerraban los ojos, y otros milagros materiales, por cuyo medio una fé espirante procura desesperadamente, no enganar á los demás, sino persuadirse á sí misma de que está sana? Había sucedido...

podía suceder.... el hecho era real y verdadero....

¡No! los labios de la diosa permanecían cerrados, como al principio, en aquella calma pétrea que no podía calificarse de sonrisa. El milagro, si había habido alguno, había pasado; y ahora... ¿la engañarían de nuevo sus ojos, ó había visto las serpientes que rodeaban la cabeza de Medusa en el escudo de la diosa retorcerse, mostrarle los dientes y mirarla con sus ojos de piedra, como si deseasen petrificarla de terror!

¡No! también pasó esto. ¡Ojalá que la vision hubiese continuado, pues habría sido señal de vida! Hipatia miró otra vez el rostro de la diosa, pero inútilmente... La piedra estaba, como tal, insensible; y la jóven, sin saber lo que hacía, se encontró abrazando con pasión las rodillas del mármol.

— ¡Palas Atene! ¡Adorada Palas, siempre virgen! ¡Razon absoluta, que brotaste increada de la Unidad sin nombre! ¡Oyeme! ¡Compadécete de mí! ¡Habla, aunque sea para maldecirme! Tú, la única que manejas los rayos de tu padre, márame con ellos, si es tu voluntad; pero haz algo.... algo que me prue-

be tu existencia.... algo que no me deje duda de que existen otros seres, fuera de esta materia grosera y de mi alma miserable. ¡Estás sola en el centro del universo! ¡Yazgo enferma en el abismo de la ignorancia, de la duda, de la oscuridad sin límites! ¡Oh! ¡compadécete de mí! ¡Sé que tú no eres esta piedra! ¡Tú estás en todas partes y en todas las cosas! ¡Pero sé que esta es una forma que te agrada, que simboliza tu nobleza! ¡Sé que te has dignado hablar á aquellos que!.... ¡Oh! ¡qué se yo? ¡Nada! ¡nada! ¡nada!

Y permaneció asida á la estatua, bañando con ardientes lágrimas los pies frios de la diosa, mientras que no hubo señal, voz, ni nada que le contestase.

De repente se sobresaltó oyendo ruido allí cerca, y mirando alrededor, vió detrás de ella á la vieja judía.

—¡Grita fuerte! dijo la hechicera con tono de amarga burla. Grita fuerte, por que es una diosa. Quizá esté hablando, ó persiguiendo, ó vaya de viaje, ó quizá haya envejecido, como nos sucederá á todos algun dia, hermosa dama, y caesta mucho entonces moverse. ¡Cómo! ¡tu altiva amante no quiere hablarte, ni

aun abrir sus ojos, porque los hilos de metal han criado herrumbre? Bien, te buscaremos, si tal es tu deseo, un nuevo amante.

—¡Vete, hechicera! ¡Qué buscas aquí! dijo Hipatia levantándose; pero la vieja prosiguió friamente.

—¿Por qué no pruebas á ver si aquel hermoso jóven es mas aseQUIBLE? dijo señalando á una copia de Apolo que llamamos de Belveder. ¡Cual es su nombre! Las viejas somos siempre malas y envidiosas, como sabes. Pero él... ¡oh! él no guardará su crueldad para un rostro tan lindo como el tuyo. ¡Ruega al jóven! O si tienes, quizá, vergüenza, la vieja judía lo hará por tí.

Estas últimas palabras fueron dichas con significacion tan marcada, que Hipatia, á pesar de su repugnancia, preguntó á la hechicera cual era su objeto. Miriam estuvo unos cuantos segundos sin responder, con sus ojos fijos en los de Hipatia; siendo tan ardiente su mirada, que hasta la orgullosa jóven, por la primera vez de su vida, tembló ante la profunda inteligencia, la intencion, el intrépido poder que en ella relucian.

—¿Quieres que la vieja hechicera lla-

me al hermoso joven Apolo! ¡Vendrá!  
¡Vendrá! Respondo que vendrá, en cuanto  
el dedo de la vieja Miriam se levante.

—¡Apolo, el dios de la luz, obedecerá  
una judía!

—¡Una judía! Y tú una griega, ¿no es  
así? exclamó la hechicera. ¡Quién eres  
tú? ¿Qué son tus dioses, tus héroes, tus  
diablos? ¡Vosotros, criaturas de ayer,  
comparadas con nosotros, eslavos me-  
dio desnudos, que armábais disputas  
sobre el sitio de Troya, mientras que  
nuestro Salomón, rodeado de magnifi-  
cencias tales como no las ha visto nun-  
ca Roma ni Constantinopla, mandaba  
ángeles y arcángeles, tronos y domina-  
ciones, demonios y espíritus, por el  
nombre inefable! ¿Qué ciencia teneis  
que no la hayais tomado de los egipcios  
y caldeos? ¿Y qué sabian los egipcios  
que no les hubiese enseñado Moisés? ¿Y  
qué conocimientos poseian los caldeos  
sino los que Daniel les habia trasmitido?  
¡El mundo lo que sabe nos lo debe á  
nosotros, padres y maestros de la magia;  
á nosotros, señores de los secretos del  
universo! Acude, niña griega.... (como  
llamaban los sacerdotes de Egipto á  
sus antepasados, siempre niños, siem-

pre pidiendo un juguete nuevo y atró-  
fándole al siguiente día), acude á la  
fuente de tu miserable ciencia. ¿Dídoni  
que quieres ver, y lo verás.

Hipatia estaba aterrada, porque era o  
indudable, á lo menos, que la vieja testi-  
ficia fé en sus palabras; y habia visto tan  
poco de esto, que no es de extrañar  
obrase sobre ella con esa predominante  
fuerza simpática con que la persuasión  
obra generalmente, y quizá debe obrar  
sobre el corazón humano. Además, su  
escuela habia buscado siempre en las  
antiguas naciones del Oriente los pri-  
mitivos manantiales de inspiracion, la  
ciencia misteriosa de razas que habian  
desaparecido hacia largo tiempo. ¿No  
podiera ella haberla encontrado ahora?

La judía conoció al instante su veno-  
taja, y continuó, sin darle lugar para  
responder:

—¿Cómo echaré, pues, las suertes?  
¡Por medio del cristal y el agua, del ra-  
yo de la luna en la pared, del cedazo,  
de la harina! ¿Por medio de los címbalos,  
ó de las estrellas? ¿Por medio de la  
tabla de los veinticuatro elementos, como  
que se prometió el imperio á Teodorico  
el Grande, ó por las sagradas monedas

de los Asirios, ó por el zafiro de la esfera de Hecáte? ¿Amenazaré, como acostumbraban hacer los sacerdotes egipcios, con descuartizar de nuevo á Osiris, ó con divulgar los misterios de Isis? Podría verificarlo, si quisiese; pues los sé todos, y mas. ¡O me valdré del inefable nombre grabado sobre el sello de Salomon, y que solo nosotros, entre todas las naciones de la tierra, conocemos? No; sería lástima, tratándose de una pagana. Emplearé la oblea sagrada. ¡Mira... aquí están los milagrosos átomos! ¡No comas hoy nada; solo una de estas obleas de tres en tres horas; y ven á buscarme por la noche á casa de tu portero Eudemon, llevando contigo la ágata negra; y entonces, lo que deseas ver, eso verás.

Hipatia cogió las obleas titubeando....

—Pero ¿qué es esto?

—¡Y tú pretendes explicar á Homero! ¿Tú, á quien oí la otra mañana discurrir con tanta ligereza sobre el nepente que Elena dió á los héroes, para infundirles el espíritu de alegría y amor, diciendo que era una alegoría de la inspiración interior que brota de la belleza espiritual, con otras cosas por el

estilo! Perfectamente, hermosa dama; pero la pregunta queda aun en pié. ¿Qué era aquello? Yo digo que aquello era esto.... toma y prueba; y entonces confesarás que mientras que tú puedes hablar acerca de Elena, yo puedo obrar como ella, y que en último resultado sé algo mas sobre Homero que tú.

—No te erco, si no me das alguna señal de tu poder.

—¿Una señal?... ¿Una señal? Arrodíllate con la cara vuelta al Norte: eres demasiado alta para la pobre vieja tullida.

—¿Arrodillarme? Nunca lo he hecho ante ningún mortal.

—Entonces, figúrate que te arrodillas ante ese hermoso Apolo.... pero arrodíllate.

Y obligada por los ojos relucientes de la vieja, Hipatia se arrodilló ante ella.

—¿Tienes fé! ¿Tienes deseo? ¿Te sometés! ¿Obedecerás? La pertinacia y el orgullo nada ven, nada saben. Si no te entregas enteramente, ni Dios ni el diablo se acercarán á tí. ¿Te sometés?

—¡Sí, sí! exclamó la pobre Hipatia llena de curiosidad y desconfianza, al

mismo tiempo que sentía aflojarse los miembros mas y mas á cada momento bajo el influjo de aquella poderosa fascinación.

La vieja saco de su seno un cristal y colocó la punta contra el pecho de Hipatia. Un temblor frio corrió por sus venas... La hechicera movio misteriosamente sus manos alrededor de su cabeza, diciendo de cuando en cuando: ¡Abajo, abajo, orgulloso espíritu! En seguida aplicó las puntas de sus dedos á la frente de la víctima. Gradualmente los párpados de ésta se le fueron poniendo pesados; una vez y otra intentó levantarlos, y se bajaron de nuevo ante aquellos ojos fijos y relucientes... Al cabo de un instante habia perdido el conocimiento.

Cuando despertó estaba de rodillas en una parte distante de la sala, con el cabello despeinado y el vestido descompuesto. ¿Qué objeto tan frio era el que tenia abrazado? ¡El pié de Apolo! Junto á ella estaba la hechicera riéndose y palmoteando.

—¿Cómo he venido á este sitio? ¿Qué he estado haciendo?

—¡Has estado diciendo cosas tan bue-

nas! Tales son los cumplimientos que has dirigido á ese jóven, que creo no los olvidarás en la visita de esta noche. ¡Qué encantador arrebato profético has tenido! ¡Ah, ah! no eres tú la unica mujer que es mas sabia dormida que despierta. Bien, tú harás una excelente Casandra... ó una Clieia... como mejor te agrade. ¿Estás satisfecha ahora? ¿Quieres mas señales? ¿Será preciso que la vieja judia haga saltar por medio del fuego esos azules ojos para mostrar que sabe mas que la pagana?

—¡Oh, te creo, te creo! exclamó la pobre jóven, cuyas fuerzas estaban ya agotadas. Iré, y sin embargo....

—¡Ah, sí! Harás bien en fijar antes cómo ha de aparecerse.

—¡Como él quiera! Basta que venga.

—¿Como su estatua que ves allí?

—¡Oh, no, no! No pudiera resistirle de ese modo. Que conozca que es dios, y es suficiente. Abamnon ha dicho que los dioses se aparecian en una luz clara, constante, irresistible, en medio de un coro compuesto de todas las deidades menores, arcángeles, principados y héroes que proceden de ellos.

—Abamnon era un viejo loco. ¿Crees

que Febo corrió en persecucion de Dafne con semejante séquito, ni que Júpiter cuando fué á nado en busca de Leda, precedía á una congregacion entera de patos y chorlitos! No, vendrá solo... á ti sola; y entonces podrás elegir para tí, entre Casandra y Clieia. Adios. No olvides las obleas, y no hables con nadie desde ahora hasta la puesta del sol. Entonces te espero, hermosa dama.

Y riéndose en sus adentros, la hechicera dejó la habitacion.

Hipatia se sentó, trémula de vergüenza y de espanto. Como discípula de la mas pura escuela espiritualista de Porfirio, siempre habia mirado con aversion y desprecio las artes teúrgicas, tan preconizadas y empleadas por Yamblico, Abamnon y demas apasionados á los antiguos ritos eclesiásticos del Egipto y la Caldea. Habíanle parecido entretenimientos vulgares, juegos de manos propios solo para sorprender á la multitud.... Ahora empezaba á juzgar de ellas favorablemente. ¿Qué sabia si el vulgo no necesitaria señales y milagros en apoyo de sus creencias?... ¿No las necesitaba tambien ella? Y abrió la famosa carta de Abamnon á Porfirio, y

leyó ardientemente, por la vigésima vez, su sutil justificacion de la magia. ¡Magia! ¿Qué habia que no fuese magico? Todo el universo, desde los planetas que rodaban sobre su cabeza, hasta el mas humilde guijarro que hollaban sus piés, era misterioso, inefable, milagroso, ejercia y recibia influencias por medio de afinidades y repulsiones tan inesperadas, tan insondables como las que, segun decia Abamnon, atraian á los dioses hácia aquellos sonidos, hácia aquellos objetos, que sea por la forma, por el color ó por las propiedades químicas, eran simbólicos de ellos ó les estaban relacionados. ¿Qué habia de extraño en todo esto? ¿El amor y el odio, la simpatía y la antipatia, no eran las leyes del universo? Los filósofos, cuando daban explicaciones mecánicas de los fenómenos naturales, no se acercaban mas á su verdadera solucion. El misterioso ¿Por qué? permanecia intacto.... Y toda su análisis lograba solo oscurecer con palabras retumbantes el simple hecho de que el agua aborrecia el aceite, con el cual no queria mezclarse, la cal amaba al ácido que recibia dentro de sí, encendiéndose mas, como un

amante con el placer del abrazo. ¿Por qué no? ¿Qué derecho tenemos de negarles sensaciones, emociones que nosotros experimentamos? ¿No se mueve en ellos el mismo espíritu universal que en nosotros, y á este espíritu no debemos el poder pensar, sentir, amar?... Entonces, ¿por qué no podrán también ellos? Si ese espíritu penetra todas las cosas, si su presencia fortalecedora se une así con las flores y el cristal como con los demonios y los dioses, ¿por qué no ha de unir también entre sí los dos extremos de la gran cadena de seres? ¿por qué no ha de enlazar al que carece de nombre, aun con la criatura mas pequeña que recibe su impresion creadora? ¿Hay mayor milagro en la atraccion de un dios ó de un angel, por medio de inciensos materiales, simbolos, encantos, que en la atraccion de una alma respecto de otra, por medio de los sonidos materiales de la voz humana? La afinidad entre el espíritu y la materia que esto implica, ¿es mas milagrosa que la afinidad entre el alma y el cuerpo? ¿que la retencion de esta alma dentro de este cuerpo, mediante la respiracion del aire material y la comida de objetos

materiales? O si los físicos tuviesen razon y el alma no fuese mas que un producto ó energia material de los nervios, y las únicas leyes del universo, la ley de la materia, ¿no seria entonces la magia aun mas probable, mas racional? ¿Todas las analogías no inducen á suponer la existencia de otros seres, superiores á nosotros, obedientes á esas leyes, á los que se podria atraer por lo mismo, como si fuesen seres humanos, mediante espectáculos y sonidos materiales?... Si el espíritu lo invadia todo, la magia era probable; si no existia mas que materia, la magia era cierta moralmente. En ambos casos, solo faltaba la prueba de la experiencia. ¿Y no se habia empleado esta prueba con feliz éxito en todos los siglos? ¿Qué mas racional y filosófico que ensayar ella misma esos métodos y ceremonias, que á cada paso se le aseguraban no habian fallado nunca sino por ignorancia ó incapacidad del neófito?... Abamnon debia tener razon.... Hipatia no se atrevia á pensar de otro modo, porque si perdía esta última esperanza, ¿qué le quedaba sino comer y beber, para el dia de mañana morir?

CAPITULO XXVI

INTRIGA DE MIRIAM.

EL que ha adorado una muger, aun contra su voluntad y su conciencia, sabe bien cómo se suceden tormentas á tormentas y terremotos á terremotos, antes que su ídolo sea derribado enteramente. Así aconteció á Filemon aquella noche al recapacitar sobre los extraños accidentes del día, porque mientras recapacitaba sus antiguos sentimientos hácia Hipatia, empezaron, á pesar de la lucha de su conciencia y de su razon, á revivir en él. No solo el puro amor de su grande hermosura, el recto instinto que nos induce á honrar la belleza varonil ó femenil, como una cosa de mérito real. . . . celeste, divina, aunque no sepamos de qué manera, en un sentido eterno y profundísimo, y que hace que nuestras razones desmientan todas las palabras meramente lógicas y sentimentales de los moralistas sobre los pasajeros colores de este nuestro pintado barro, diciendo á los hombres, como les

dicen las antiguas Escrituras hebreás, que la belleza física es el mas profundo de todos los simbolos espirituales, y que si bien la belleza sin la discrecion es la joya de oro en el hocico del cerdo, sin embargo, siempre es la joya de oro, siempre es el sacramento de una belleza interior, que debiera completarse, y quizá se complete en lo porvenir, en espíritu y verdad; no solo este amor, que susurraba á su oído (¿y quien sabe si el susurro provenia de la tierra ó de un mundo inferior?) es demasiado hermosa para ser enteramente mala, sino el mismo defecto que acababa de encontrar en su creencia, le atraia de nuevo hácia ella. Hipatia no tenia Evangelio para la Magdalena, porque era pagana. . . . La falta estaba, pues, en su paganismo, no en ella. Hipatia habia mostrado interés en favor de Pelagia. . . . pero si no lo hubiese mostrado, ¿la culpa no era tambien de su paganismo? ¿Y sobre quien pesaba la responsabilidad de éste? ¿Sobre ella? . . . ¿Podia Filemon asegurar esto? ¿No habia visto escándalos, estupidez, brutalidad, capaces de hacer vacilar su fé, no obstante su educacion cristiana? ¿Cuánto mas escusa-

ble no era ella excediéndole, como le excedía, en delicadeza, agudeza, elevación; y siendo además hija de un padre pagano? Sus perfecciones le pertenecían exclusivamente; sus defectos eran propios de las circunstancias. Ella le había acogido, protegido, enseñado, honrado... ¿debia corresponderle declarándose enemigo suyo, sobre todo ahora que se hallaba en desgracia.... en peligro tal vez? ¿No le estaba ligado, si no por otra cosa, por gratitud? ¿No era él entre todos los hombres el más obligado á creer que á Hipatia no le faltaba para ser perfecta sino convertirse?... Y entonces la conversión de la pagana, su primer sueño se renovó en él casi tan brillante como siempre.... aunque el recuerdo de su primer descalabro cortó el vuelo á sus ilusiones. A lo menos, si no podía convertirla, podría, sí, amarla, rogar por ella.... Pero no; ni aun esto le era dable hacer, porque ¿á quién rogaría? El necesitaba arrepentirse, ser perdonado, humillarse por medio de la penitencia, quizá durante muchos años, antes de esperar que Dios le oyese respecto de su individuo, y mucho menos respecto de otra persona.... Tal era el flujo y re-

flujo de sus esperanzas é intenciones, cuando interrumpió su meditacion la voz del porterillo llamándole á cenar; y recordando por la primera vez que no había probado nada aquel día, bajó algo contra su gusto, y comió.

Pero mientras Filemon, el portero y su muger estaban sentados en silencio y bastante tristes, entró Miriam, al parecer muy contenta, y se detuvo un momento antes de subir á su cuarto.

—¿Conque cenando, eh? ¿Y nada más que lentejas y sandias cuando las ollas de Egipto han sido famosas hace dos mil años? ¡Ah! pero los tiempos han cambiado desde entonces.... Vosotros habeis echado á perder los antiguos pensamientos hebreos, miserables diablos, reemplazando á un José con un César. ¡Callad, impertinentes! gritó á las chicas, que subian dando fuertes palmadas. Oid, traednos una de aquellas gallinas asadas y una botella del vino de los vinos: el que tiene el sello verde, hijas de Miriam: ¡segura estoy de que habeis andado tras los hombres todo el tiempo que he estado fuera!.... ¡Ah! por ello padeceréis algun día, hijas de la primera mujer de Adán.

Una de las esclavas sirias bajó la gallina y el vino.

—Vamos, prosiguió la vieja, cenaremos juntos. El vino que alegra el corazón del hombre.... Joven, tú has sido fraile y debes haber leído todo lo que hay escrito sobre esto, ¿eh? y sobre el mejor vino que desciende dulcemente al estómago y hace hablar á los que están dormidos. ¡Excelente vino era sin duda, el que el bienaventurado Salomon tenia en su pequeña bodega del Libano! Veremos si este no le reemplaza de una manera digna. Ea, monillo mio, bebe y olvida tu disgusto. Miralo, coagulándose y espeluzándose como un gato, solo con pensar que han de tocarlo labios humanos. ¡Es tan dulce como miel, tan fuerte como fuego, tan claro como ámbar! ¡Bebed, hijos del Gehenna, y aprovechaos del poco tiempo que os resta entre esta vida y el fuego eterno!

Y tragándose una copa de aquel vino como si fuese agua, observó á sus compañeros atentamente mientras bebia.

El porterillo siguió alegremente su ejemplo. Filemón miraba, deseaba, y al fin bebió, aunque poco, ruborizándose

se y queriendo persuadirse que no era cosa que llamaba su atencion, y volvió á beber, pareciéndole conveniente olvidar tambien sus pesares por un momento: la negra, trémula y llena de miedo, se negó, diciendo que habia hecho voto de no beber.

—¡Cargue Satanas contigo y con tu voto! ¡Bebe, carbon de Josef! ¡Crees que está envenenado? ¡Tú, la única criatura en el mundo á quien no quisiera maltratar, por lo mismo que todos la maltratan sin mi ayuda? Bebe, te digo.

La negra arrimó la copa á los labios, y sin que nadie la observase, por razones que tenia para ello, vertió el contenido.

—Excelente leccion la que explicó Hipatia la otra mañana sobre el nepente de Elena, dijo el porterillo, cuyas tendencias filosóficas se aumentaban con el vino. Nunca habia visto semejante poder de extraer el agua de la filosofia del abismo insondable del Mito. ¡Y tú, mi querido Filemonico!

—¡Ah, ah! ella y yo hemos estado hablando sobre eso media hora hace, dijo Miriam.

—¡Qué! ¿La has visto? preguntó Filemon estremeciéndose.

—Y habló de ti... sin duda.

—¿Cómo... cómo?

—Habló de un joven Apolo.... Sin mencionar nombre, es cierto, pero de la manera mas sensible, práctica y llena de esperanza.... pronunciando el mas sabio discurso que la he oído este año.

Filemon se puso de color de escarlata.

—Y eso, dijo para si, á pesar de lo ocurrido esta mañana. ¿Qué le pasa á nuestro huésped! añadió en voz alta.

—Ha tomado el consejo de Salomon y olvidado su disgusto.

Y así era en efecto, pues el portero estaba durmiendo dulcemente con los ojos abiertos y la sonrisa de un tonto, mientras que la negra tenia la cabeza caída sobre el pecho, al parecer tambien ajeña á cuanto la rodeaba.

—Veremos, dijo Miriam.

Y cogiendo la lámpara, arrimó sin ceremonia la llama al brazo de cada uno de ellos; pero ninguno se movió.

—¿Supongo que tu vino no tiene mezcla alguna? preguntó Filemon asustado.

—¿Por qué no? Lo que á ellos los ha convertido en bestias, á nosotros nos convertirá en ángeles. Tú no pareces menos vivo por haberlo bebido. ¿Y yo, eh?

Pero, ¡vino con drogas!

—Por qué no? el mismo que hizo el vino hizo el zumo de las adormideras. Ambos harán al hombre feliz. ¿Por qué no usar ambos?

—Es veneno.

—Es el nepente, como dije á Hipatia, acerca del cual estuvo la otra mañana charlando en sentido místico. ¡Bebe, hijo mio, bebe! Mi intencion no es que duermas esta noche. ¡Necesito hacer de tí un hombre, ó mas bien necesito ver si lo eres!

Y la vieja se bebió otra copa, y prosiguió medio hablando consigo misma:

—Sí, es veneno; y la música es veneno, y la muger tambien lo es, segun la nueva creencia, pagana y cristiana, y algun dia serán venenos el vino y la carne, y tendremos un mundo lleno de locos Nabucodonosores, que comerán yerba como los bueyes. Es venenoso, brutal, diabólico ser hombre y no fraile, eunuco, una rama seca. Todos mentís

igualmente, cristianos y filósofos, Cirilo é Hipatia. ¡No me interrumpas, y bebe, loco!.... Si, y el único hombre que se conserva como tal, el único hombre que no se avergüenza de ser lo que Dios le ha hecho, es el judío. Ya le habréis menester algun dia, estúpidos gentiles, para que os devuelva el sentido comun y que torneis á ser hombres. A falta de él y de sus grandes libros antiguos que despreciáis, os forjais ídolos de ellos, de Abraham, de Jacob, Moisés, David, Salomon, á quienes vosotros, miserables hipócritas, llamais santos, si bien hacian lo que vosotros sois demasiado delicados para hacer, y tenian sus esposas y sus hijos, y daban gracias á Dios por una muger hermosa, como antes que ellos lo verificó Adan, y despues de ellos sus descendientes.... ¡Bebe, te digo!.... Y creian que Dios habia formado realmente el mundo y no el diablo, y les habia dado señorío sobre él, como lo veréis á vuestra costa algun dia, nacion de prostitutas y de eunucos.

Filemon oia y no podia contestar; la hechicera continuó:

—¿Y la música tambien? Nuestros sacerdotes no tenian el sacabuche y el

salterio, la dulzaina y la trompeta en la casa del Señor, porque sabian quién les habia dado la habilidad de hacer estos instrumentos. Nuestros profetas no temian llamar en su auxilio la música cuando querian profetizar, y la dejaban que suavizase y elevase sus almas, comunicándoles animacion hasta que penetraban la armonía interior de las cosas y veian lo futuro en lo presente; porque sabian quién habia creado la melodía y la armonía, constituyendo de ellas los símbolos exteriores del canto interior que se difunde al través del sol y las estrellas, del huracán y la tempestad, completando su palabra. Prueba ese vino. ¡Pruébalo! Sígueme y deja ahí á esas que duermen; sígueme á mi cuarto. Pues que desees ser tan sábio como Salomon, adquiere como él la sabiduría, conociendo antes la locura.... ¿Has leído el Libro del Predicador? ¡Pobre Filemon! No era ya dueño de sí mismo. Los argumentos, el vino, el terrible encanto que poseian la voz y los ojos de la vieja, y la voluntad predominante que brotaba de ellos, le arrastraron á pesar suyo. Como si estuviera soñando, subió tras ella la escalera.

—Arroja esa estúpida, fea y mal proporcionada capa de filósofo. ¡Así! ¿Tienes puesta la túnica blanca que te di? Ahora tu aspecto es cual cumple á un ser humano. ¿Has estado hoy en los baños? ¡Bien! Ahora experimentas el consuelo de sentir como los demas y de tener esa piel de alabastro tan blanca como salió de manos del Creador, en lugar de estar curtida como cuero de irracional. ¡Bebe, te digo! Sí... ¿para qué fué hecha esa cara, esa figura? ¡Traed un espejo, majaderas! Mírate en él y juzga por tí mismo. ¿Han sido esos labios redondeados para nada? ¿A qué fin fueron esos ojos puestos en tu cabeza, tan brillantes como piedras preciosas, tan dulces como miel? ¿A qué fin esos rizos fueron colocados en disposicion de que suaves dedos se entretuviesen con ellos y parecieran mas blancos entre lazos negros y lustrosos? Juzga por tí mismo.

¡Ay, pobre Filemon!

—Bien considerado todo, dijo para sí, ¿no es verdad, y al propio tiempo agradable?

—¡Cantad al pobre jóven, chicas!.... Cantad, y enseñadle por la primera vez

de su ignorante vida, el antiguo camino de la inspiracion.

Una de las esclavas se sentó en el divan y tomó una doble flauta, mientras que la otra se levantó; y acompañando el aire lastimero y soñoliento con una danza lenta y los delicados sonidos de los adornos de plata que llevaba en los puños y tobillos, y del sistro que elevaba por encima de su cabeza, empezó á girar graciosamente, cantando lo que sigue:

Nacimos para gozar,  
Nacimos para caer  
En llegando á madurar:  
De la belleza el poder  
Ninguno logra evitar.  
Los labios formó el amor  
Para á otros labios pegarse;  
Las manos para estrecharse  
A otras manos con ardor,  
Los ojos para abrasarse.

¡Pobre, pobre Filemon!.... ¡Pero no! El veneno llevaba en sí su antídoto; y el jóven, sacudiendo con un grande esfuerzo de su voluntad el encanto de la música y del vino, se puso de pié....

—¡Nunca! ¡Si el amor se limita á esto... si no es mas que un mero abandono, peor que el de los brutos, pues que requiere la postracion de las mas nobles facultades y un egoismo mayor á medida de la grandeza del alma oprimida interiormente por él... entonces renunció á sus dones! ¡Habia soñado con una que fuese á la vez mi maestra y mi discípula, mi deudora y mi reina!... ¡de una á quien yo sirviera de apoyo y que fuese sin embargo mi sosten!... ¡que supliese mis defectos, aunque con menor luz, como la luna vieja llena el círculo de la nueva!... ¡que trabajase á mi lado en una grande obra!... ¡que se elevase conmigo para siempre!... ¡Y en su lugar hallo esto! ¡Oh, nunca!

Sea que la vehemencia de su pasion le hiciese prorumpir sin saberlo en estas ú otras palabras semejantes, sea que la hechicera oyese ó pretendiera oir pasos en la escalera, es lo cierto que inmediatamente se levantó.

—¡Silencio, chicas, silencio! Alguien llega. ¡Qué loca jóven vendrá á pedir un filtro amoroso á la pobre vieja hechicera á tales horas de la noche? ¡O habrán esos perros cristianos dado al

fin con la guarida de la vieja leona de Judá! Veremos.

Diciendo así, sacó un puñal de su cintura y se dirigió impávida á la puerta. Al ir á salir, torció el rostro hácia Filemon.

—¡Bien, mi valiente Apolo! ¡Conque tú no admiras á la simple muger? La necesitas mas instruida, intelectual, espiritual. &c. ¡Acaso Eva llevaba consigo un certificado de aprovechamiento en las siete ciencias cuando se reunió con Adán en el Paraiso? Bien, bien... cada cual con su igual. Quizá podamos dejarte servido? ¡Idos, hijas de Miriam!

Las jóvenes desaparecieron hablando bajo y riéndose, y Filemon se encontró solo. Aunque las últimas palabras de la vieja le tranquilizaron algo, sin embargo, un sentimiento de terror, de peligro, de tentacion, le obligó á permanecer en pié mirando prudentemente alrededor de la sala, no fuera que una nueva Sirena saliese de detrás de alguna cortina ó monton de fundas.

A un lado de la sala vió el hueco de una puerta, ocupado por una cortina de gasa, y oyó sonido de voces. Su temor, aumentándose con la general excitacion

de su entendimiento, se convirtió en cólera no bien empezó á sospechar que se le tendía una red; y dirigiendo la vista á la cortina, se dispuso á rechazar todos los espíritus malos de ambos sexos.

—¿Y se mostrará! ¿Cómo me acercaré á él? dijo una voz muy conocida.... ¿sería la de Hipatia?

En seguida, el acento gutural hebreo de la hechicera contestó:

—Como hablaste de él esta mañana...

—¡Oh! ¿Se lo diré todo; y él.... sí... él tendrá compasion.... es tan terrible, tan glorioso!

Filemon no pudo oír la respuesta; pero á poco un suave y soporífero olor como de gomas narcóticas, llenó la sala; llegaron hasta él palabras pronuneciadas entre dientes; luego brilló una llama, y desapareciendo entonces la cortina, se presentó á sus ojos atónitos la hechicera envuelta en una gloria de luminoso humo, de pié junto á una trípode, y á su lado Hipatia de rodillas, vestida de blanco, cubierta de brillantes esmeraldas, con los labios separados, la cabeza caída hácia atrás y los brazos extendidos en la agonía de la espectacion.

Antes que Filemon tuviese tiempo

de moverse, Hipatia habia atravesado la llama, y estaba arrodillada á sus piés.

—¡Febo! ¡hermoso, glorioso, siempre jóven! ¡Oyeme un momento por esta vez tan solo!

Su ropa se habia prendido fuego en la trípode, sin que lo advirtiese, y Filemon instintivamente la estrechó en sus brazos y logró apagarlo, mientras que ella exclamaba:

—¡Ten lástima de mí! ¡Dime el secreto! ¡Te obedeceré!... ¡Soy tuya! ¡Tu esclava! ¡Todo, todo! ¡Mátame si quieres, pero habla!

La llama se convirtió en una claridad suave, y encima apareció la negra, con el dedo en los lábios y la mirada suplicante, mostrando al jóven su pequeño crucifijo....

Filemon lo vió.... y triunfó. No diré qué pensamientos le asaltaron ante aquella santa señal de abnegacion infinita; pero sí que al instante se desprendió de los brazos de la burlada Hipatia, cuyos éxtasis idólatras conoció no le tenían por objeto, y corrió desesperadamente al través de la sala, buscando salida.

En medio de la oscuridad halló una

puerta, luego un cuarto, despues una ventana; y sin detenerse á considerar su altura de veinte piés, saltó por eila á la calle y rodó, quedando estropeado y chorreando sangre; se levantó otra vez como un Anteo, con nueva fuerza, y corrió al palacio arzobispal.

La infeliz Hipatia yacia medio exánime en el suelo, y la judía estaba observando sus amargas lágrimas... que le arrancaban, no meramente el desengaño, sino ademas, la vergüenza. Pues habiendo conocido las facciones de Pilemon, al huir éste, el velo se habia rasgado ante sus ojos, y la esperanza y el respeto que la hija de Teon se profesaba así misma, habian concluido para siempre.

Su justo furor era demasiado profundo para prorumpir en insultos. Se levantó con lentitud, entró de nuevo en el aposento interior, se envolvió deliberadamente su manto, y salió sin abrir los labios, lanzando una mirada de solemne desprecio á la judía.

—¡Ah! bien vale esto unas cuantas miradas de indignacion, dijo la vieja en sus adentros, sonriéndose al coger del suelo el premio porque habia estado

maquinando tanto tiempo. . . . la media ágata negra de Rafael.

—Me admiraria que la echase de menos; y aunque así fuese, quizá no la quiera desde que ha descubierto los arcángeles palpables que se aparecen cuando la frota. Si tratase de recobrarla... entonces habrá de medir sus fuerzas con las mias... ó mas bien con las de una turba amotinada de cristianos.

En seguida, sacando de su seno la otra mitad del talisman, ajustó las dos piezas una vez y otra, pasando los dedos por ellas y contemplándolas con llorosos ojos, hasta que se convenció de que la fractura se unia perfectamente. De tiempo en tiempo decia:

—¡Oh! ¡Si él estuviera aqui! ¡Oh! si volviese ahora.... ahora. Iré á consultar al teraf, que quizá sepa dónde se encuentra....

Y marchó á entregarse á sus sortilegios, mientras que Hipatia, ya en su casa, se arrojó en el lecho y prorumpió en un sordo y prolongado llanto, como de un niño cuando padece, hasta que el alba vino á alumbrar su vergüenza y desesperacion. Levantóse entonces, y

haciendo el postrer esfuerzo, preparó un discurso, el último, en que se despedía para siempre de Alejandría y de las escuelas.

Entretanto, Filemon fuera de sí, subía por la calle principal que iba á dar al Serápeo; pero no debía llegar tan pronto como se había figurado, pues antes de que hubiese andado media milla, vió una multitud que se adelantaba hácia él cerrando toda la calle.

La masa del pueblo parecia interminable. Miles de antorchas brillaban sobre sus cabezas, y en el centro de la procesion se entonaba un solemne canto, que Filemon reconocíó al momento, pues era un himno católico que habia oido muchas veces. Quiso torcer por otra calle; pero al intentarlo, vió que todas estaban igualmente interceptadas, y casi antes de advertirlo, se encontró en medio de la vanguardia de la gran columna.

—Dejadme pasar, gritó con voz suplicante.

—¿A tí, pagano?

En vano protestó de su cristianismo.

—;Origenista, donatista, herege! ¡á

dónde ha de ir todo buen católico esta noche, no siendo al Cesáreo!

—Hermanos, hermanos míos, no tengo nada que hacer en el Cesáreo, exclamó en el extremo de la desesperacion. Voy á ver privadamente al patriarca para hablarle de cosas importantes.

—;Mientes! pues pretendes conocer al patriarca, y no sabes que esta noche trasladada al Cesáreo el sacratísimo cuerpo del mártir Ammonio.

—¿Cómo! ¿Cirilo está con vosotros?

— El y todo su clero.

— Mejor es así; mejor es un público, dijo Filemon, y se unió á la multitud.

Si guieron todos adelante, cantando himnos fúnebres, llegaron por la Puerta del Sol á la esplanada y torcieron á la derecha á lo largo del muelle, mientras que la luz de las antorchas bañaba con un resplandor rojizo el gran frontis del Cesáreo, los obeliscos que se elevaban ante él, los mástiles de los miles de barcos que estaban en el puerto á su izquierda; y por último, delante de la enorme masa del palacio al fin de la esplanada, una larga línea de yelmos y corazas, detrás de una barrera de ca-

bles que habian sido extendidos desde la playa al Museo.

Allí se detuvo la muchedumbre, oyéndose un serdo y ominoso murmullo; y luego, impelida por las filas posteriores, se acercó casi á la barrera. Los soldados bajaron las puntas de sus lanzas y permanecieron firmes. La multitud retrocedió y volvió de nuevo á avanzar. Se levantaron feroces gritos; algunos de los mas osados quisieron echar mano de piedras; pero atortunadamente el pavimento era demasiado firme para ellos. Otro momento mas, y todas las tropas de Alejandria se hubieran visto empeñadas en un combate de vida ó muerte con cincuenta mil cristianos....

Pero Cirilo no habia olvidado su generalatú. Sabia el número y valor del enemigo, y estaba cierto de que en caso de colision, no se daria cuartel por ninguna de las partes. Además, si debia empeñarse una batalla, lo cual tenia que acontecer mas tarde ó mas temprano, no debia ser en su presencia ni con su sancion. De su lado estaba la justicia, y del lado de Orestes la injusticia, y queria que las cosas no sufriesen alteracion, á lo menos hasta la vuelta del

correo que habia enviado á Bizancio, y hasta que Orestes fuese proscrito ó se le exonerase de su empleo. En tal sentido dió instrucciones el prudente prelado á sus ayudantes de campo, los diáconos de la ciudad, y continuó su camino al Cesáreo, seguro de que aquellos impedirian que la paz se alterase.

Los diáconos desempeñaron perfectamente su encargo. Antes que por ninguna de las partes hubiese ningun herido ni se dirigiese ningun insulto á la contraria, consiguieron llegar á la primera fila de la muchedumbre, y con fuertes amenazas de escomunion, no solo intimaron la paz, sino el silencio absoluto, hasta que se terminase la sagrada ceremonia que debia tener lugar. A fin de que se cumpliesen sus mandatos, no cesaron de recorrer la filas hostiles durante dos horas, la cual hizo prorumpir á los soldados en gritos de admiracion; y el tribuno de la cohorte, que ni se openia ni deseaba con ardor el combate, les cumplimentó por sus laudables esfuerzos para mantener el órden público, recibiendo la respuesta algo ambigua de que sus armas de guerra no eran carnales, que ellos no lucha-

ban contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potestades, &c., &c.; respuesta de que el tribuno, á la sazón medio dormido, creyó no debía pedir esplicacion.

Entretanto el cuerpo del mártir, encerrado en una urna de cristal, y coronado por un rico dosel, habia sido conducido al templo, precediendole y siguiéndole una brillante línea de clérigos, entre los cuales se distinguía la magestuosa figura del pontífice. Iban detrás unos mil monges, no solo de Alejandria y Nitria, sino de todas las vecinas ciudades y monasterios. Filemon, habiendo estado como media hora sin poder entrar en la iglesia, tuvo ocasion de ver aquel inmenso acompañamiento, y se sintió inclinado á creer la jactancia que habia oido tan á menudo en Alejandria, de que una mitad de la poblacion de Egipto habia ingresado á la sazón en las órdenes religiosas.

Después de los monges, empezaron á entrar los seglares; pero estos eran tantos y se agolpaban en tan gran número á las gradas, que antes de que Filemon lograrse penetrar en la iglesia, el sermón de Cirilo habia principiado.

—¿Qué es lo que acabais de ver? Un hombre vestido de suaves telas? No, de esa clase se encuentran en los palacios de los reyes, y en los palacios de los prefectos que quisieran ser emperadores y renunciar al Señor.... de quienes está escrito que El, que se sienta en el cielo, los desprecia, y coge al malo en sus propias redes, é inutiliza los proyectos de los principes. Si, en los palacios de los reyes, y tambien en los teatros, donde los ricos del mundo, pobres en fé, niegan su pacto, y contaminan sus vestiduras bautismales, de manera que puedan honrar á los devoradores de la tierra. ¡Ay de los que creen les está permitido participar de la copa del Señor y de la de los diablos! ¡Ay de los que alaban con la misma boca á Afrodita, y á aquella de quien está escrito que El nació, á la pura Virgen! Sean esos todos escomulgados de la congregacion del Señor, hasta que hayan purgado sus pecados con la penitencia y la limosna. Pero en cuanto á vosotros, pobres del mundo, ricos en fé, vosotros á quien el rico desprecia.... ¿qué es lo que habeis venido á ver en la soledad de esta noche? Un profeta....

si, y mas que profeta... un mártir. ¡Mas que profeta, mas que rey, mas que perfecto! Su teatro fué la arena del desierto, su trono la cruz: le cifieron la corona, no filósofos paganos ni hijos de Satanás, que engañan á los hombres con las artes de su padre, sino ángeles y arcángeles; una corona de gloria, el laurel del vencedor que cree eternamente en el paraíso del mas alto cielo. No le llameis ya Ammonio, ¡llamadle Thaumastus admirable! Admirable en su pobreza, admirable en su celo, admirable en su fé, admirable en su fortaleza, admirable en su muerte, y mas admirable en la manera como se verificó ésta. ¡Feliz mil veces el que ha merecido el honor de la cruz! Pues habiendo sido tan honrado en la carne, lo será tambien en la vida de que ahora disfruta; y por la virtud de estos miembros tres veces santos, la lepra será curada, el mudo recobrará la voz y el muerto resucitará. Si; sería impiedad dudarlo. Esta carne, consagrada por la cruz, no solo descansará en paz, sino que ejercerá una accion poderosa. ¡Acercaos y obtener la salud! ¡Acercaos, y ved la gloria de los santos, la gloria del pobre! ¡Acercaos,

y aprended que lo que el hombre desprecia, Dios lo tiene en alta estima; que lo que el hombre rechaza, Dios lo acepta; que lo que el hombre castiga, Dios lo recompensa! ¡Acercaos, y ved cómo Dios ha elegido las necesidades de este mundo para confundir á los sabios, y las flaquezas para confundir á los fuertes! El hombre aborrece la cruz: el Hijo de Dios condesciende en padecer este suplicio. El hombre huella al infeliz que gime en la miseria: el Hijo de Dios no tiene donde descansar la cabeza. El hombre pasa junto al enfermo y le abandona como inútil: el Hijo de Dios le escoge para que comparta sus padecimientos, y que la gloria de Dios se manifieste en El. El hombre maldice al publicano, al paso que le emplea en llenar sus cofres con los despojos del pobre: el Hijo de Dios le llama y saca del sitio donde recaudaba el dinero, para ser un apóstol mas alto que los reyes de la tierra. El hombre arroja de sí á la prostituta como flor marchita, no obstante haberla inducido á ser esclava del pecado: el Hijo de Dios la llama, á ella la corrompida, la despreciada; y acepta sus lágrimas, bendice

su ofrenda, y declara que sus pecados están perdonados, porque ha amado mucho; pero aquel a quien poco se perdona, ama poco...”

Filemon no oyó mas. Con la naturaleza apasionada é impulsiva de un fanático griego, atravesó por entre la multitud, dirigiéndose hácia la escalera que conducia al coro, donde enfrente del altar estaba la urna de Ammonio, sin detenerse hasta que se encontró delante del púlpito de Cirilo: entonces se arrojó en el pavimento boca abajo, abrió los brazos en forma de cruz, y permaneció silencioso é inmóvil á los piés de la muchedumbre.

Se suscitó un murmullo en la congregacion; pero Cirilo, despues de pararse un momento, prosiguió en los términos siguientes:

—“El hombre, en su orgullo y vanidad, desprecia la humillacion y la penitencia; desprecia el corazon destrozado y contrito; y dice que solo hablarán bien de su semejante, mientras éste observe una conducta irreprochable: el Hijo de Dios declara que el que se humilla, como acaba de hacerlo nuestro penitente hermano, es quien será exaltado...”

él es de quien está escrito que su padre le vió á lo lejos, y corrió á recibirle, suplicándole que se pusiese la mejor ropa, un anillo en el dedo y zapatos en los piés, y que se alegrase con el coro de ángeles que se alegra cuando un pecador se arrepiente. Levántate, hijo mio, quien quiera que seas, y vé en paz por esta noche, recordando que el que dijo: “Mi vientre se abre bajo el pavimento,” ha dicho tambien: “No te regocijes, Satanás mi enemigo; pues si caigo me levantaré.”

Estrepitosos aplausos acogieron la hábil, y sin embargo fácil elocuencia del patriarca; pero Filemon se levantó lenta y temerosamente, quedando de rodillas y con el rostro encendido ante los ojos de aquella inmensa multitud.

De repente un anciano se lanzó de junto al púlpito, y le rodeó el cuello con sus brazos. Era Arsenio.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! dijo sollozando, casi en voz alta.

—Esclavo, no menos que hijo, contesto Filemon. Una gracia del patriarca, y luego á los Lauros para siempre...

—¡Oh noche dos veces bendita, exclamó Cirilo con su voz sonora que ha

visto al mismo tiempo la coronacion de un mártir y la conversion de un pecador! ¡que aumenta á la par las filas de la Iglesia triunfante y las de la Iglesia militante! ¡que regocija doblemente á los celestes espíritus, pues que saludan arriba á un hermano victorioso, y abajo á otro arrepentido!

A una señal suya, un eclesiástico se adelantó y se llevó consigo á Arsenio y Filemon, que fueron saludados al pasar por las bendiciones, oraciones y lágrimas de todos, hasta de los monges de Nitria. El mismo Pedro alargó la mano á Filemon.

—Te pido perdon, dijo el pobre joven, complaciéndose en humillarse.

—Y yo te lo concedo, respondió Pedro.

En seguida volvió á la Iglesia con mejor aspecto y sentimientos mejores, quizá que los que le acompañaban de costumbre.

## CAPITULO XXVII.

### LA VUELTA DEL PRÓDIGO.

A cosa de las diez del siguiente dia, cuando Hipatia, agobiada por el disgusto y la falta de sueño, estaba tratando de ordenar sus ideas para la leccion de despedida, su doncella favorita le anunció que abajo aguardaba un mensajero de Sinesio. Esta noticia fué un rayo de esperanza para la infeliz. ¿Una carta de Sinesio? De él seguramente podia venirle algun consuelo, alguna advertencia. ¡Si el obispo supiera su triste situacion!

—Que te entregue la carta.

—Dice que debe hacerlo en propia mano. Y creo, añadió la doncella, que tenia en su bolsillo una razon sustancial para tal creencia, que te convendria verle.

Hipatia sacudió la cabeza impacientemente.

—Parece conocerte bien, aunque no quiere nombrarse; pero me suplicó te recordase una ágata negra... (No sé á qué aludiria...) y un espíritu que debia presentarse á ti cuando la frotases.

visto al mismo tiempo la coronacion de un mártir y la conversion de un pecador! ¡que aumenta á la par las filas de la Iglesia triunfante y las de la Iglesia militante! ¡que regocija doblemente á los celestes espíritus, pues que saludan arriba á un hermano victorioso, y abajo á otro arrepentido!

A una señal suya, un eclesiástico se adelantó y se llevó consigo á Arsenio y Filemon, que fueron saludados al pasar por las bendiciones, oraciones y lágrimas de todos, hasta de los monges de Nitria. El mismo Pedro alargó la mano á Filemon.

—Te pido perdon, dijo el pobre joven, complaciéndose en humillarse.

—Y yo te lo concedo, respondió Pedro.

En seguida volvió á la Iglesia con mejor aspecto y sentimientos mejores, quizá que los que le acompañaban de costumbre.

## CAPITULO XXVII.

### LA VUELTA DEL PRÓDIGO.

A cosa de las diez del siguiente dia, cuando Hipatia, agobiada por el disgusto y la falta de sueño, estaba tratando de ordenar sus ideas para la leccion de despedida, su doncella favorita le anunció que abajo aguardaba un mensajero de Sinesio. Esta noticia fué un rayo de esperanza para la infeliz. ¿Una carta de Sinesio? De él seguramente podia venirle algun consuelo, alguna advertencia. ¡Si el obispo supiera su triste situacion!

—Que te entregue la carta.

—Dice que debe hacerlo en propia mano. Y creo, añadió la doncella, que tenia en su bolsillo una razon sustancial para tal creencia, que te convendría verle.

Hipatia sacudió la cabeza impacientemente.

—Parece conocerte bien, aunque no quiere nombrarse; pero me suplicó te recordase una ágata negra... (No sé á qué aludiria...) y un espíritu que debia presentarse á ti cuando la frotases.

Hipatia se puso pálida como la muerte. ¿Sería otra vez Filemon? ¿Buscó el talisman... y habia desaparecido! Debía haberlo perdido la última noche en la habitación de Miriam. Entonces conoció el verdadero objeto de los planes de la hechicera.... ¿Había sido engañada, burlada, doblemente burlada! ¿Y qué nuevo proyecto era este?

-Dile que deje la carta, y que se marche.... ¿Pero, padre!.... ¿Quién es ese hombre? ¿A quién traes aquí en tales momentos!

Y mientras hablaba, Teon introdujo en el cuarto nada menos que á Rafael Aben-Ezra, retirándose en seguida.

Hipatia tembló de pies á cabeza ante tan inesperada aparición.... Bien, á lo menos no sabria nada de la última noche ni de su desgracia. No atreviéndose, sin embargo, á mirarle á la cara, tomó la carta y la abrió.... Si habia esperado algún consuelo de su lectura, pronto sus esperanzas se desvanecieron.

"Sinesio á la filósofa:

"Aunque la fortuna no puede despojarme de todo, lo hará de cuanto le sea dable. Pero de dos cosas, á lo menos, no podrá, á saber: de preferir lo mejor

y de socorrer al oprimido. ¡No permita el cielo que me prive de mi juicio como de todo lo demás! Por esto aborrezco la injusticia; pues que nadie puede estorbármelo, y mi voluntad es ponerle una barrera; mas, el poder de verificarlo, es una de las cosas que me ha quitado la fortuna.... antes, tambien, me habia quitado á mis hijos.

"Fuertes un dia los Milesios eran.

"Así, tambien, hubo un tiempo en que yo servia de consuelo á los amigos, en que tú solias llamarme astro de bendicion para todos, excepto para mí, cuando prodigaba en beneficio de los demás el favor que me dispensaban los grandes... Eran mis manos... entonces... Pero ahora estoy abandonado de todos, á menos que tú no tengas algun poder. Pues á tí y la virtud los cuento yo entre las cosas de que á nadie le es dado privarme. Tú siempre tienes poder, y lo tendrás de seguro ahora.... usando de él tan noblemente como acostumbrabas.

"En cuanto á Niceo y Filolao, dos nobles jóvenes, parientes míos, te agradeceré que empees á todos los que te honran, tanto particulares como magis-

trados, para que les devuelvan sus justos derechos.

—¡A todos los que me honran! dijo Hipatia suspirando amargamente; y en seguida miró a Rafael, como temerosa de haber vendido su secreto. Su rostro se cubrió de palidez, pues en los ojos de Aben-Ezra estaba impresa una solemne lástima, que no le dejaba duda de que lo conocía.... por lo menos, en parte.

—¿Has visto á... Miriam? preguntó, impaciente de averiguar lo que mas temía.

—Aun no. He llegado hace una hora, y la felicidad de Hipatia me interesa mas que la mia.

—¿Mi felicidad? Ha concluido.

—Tanto mejor. Yo no encontré la mia hasta que la hube perdido.

—¿Qué quieres dar á entender?

Rafael se detuvo, aunque sin apartar la vista, como si tuviese algo importante que decir, deseando y temiendo al mismo tiempo decirlo. Por último, empezó así:

—Cuando no otra cosa, confesarás que llevo mejores ropas que la última vez que me viste. He vuelto, como cier-

to demoniaco de Gadara, sobre el cual solíamos argumentar, vestido... y quizá tambien en mi cabal juicio.... ¡Dios lo sabe!

—¡Rafael! ¿has venido á burlarte de mí? Tú sabes (es imposible hayas estado una hora en Alejandria sin saberlo) que ayer soñaba con ser (y bajó los ojos) emperatriz; que hoy estoy arruinada, que mañana estaré, quizá, proscrita. ¡Y sin embargo, no tienes para mí mas que tus antiguos sarcasmos y ambigüedades!

Rafael permaneció en silencio é inmóvil.

—¿Por qué no hablas? ¿Qué significa esa triste y grave mirada, tan diferente de la tuya de otra época?... ¡Algo extraordinario tienes que decirme!

—En efecto, contestó Rafael, hablando muy despacio. ¿Qué... qué responderia Hipatia, si al cabo Aben-Ezra es clamase, como Juliano al espirar: El Galileo ha triunfado?

—¡Juliano no dijo nunca eso! Es una calumnia de los frailes.

—Pero, yo lo digo.

—¡Imposible!

—¡Lo digo!

—¿Como palabras pronunciadas á la hora de la muerte? entonces, el verdadero Rafael Aben-Ezra ha cesado de vivir.

—Pero puede nacer de nuevo.

—Y morir para la filosofia, pues que renace en la supersticion. ¡Oh digna metempsicosis! Adios.

Y se levantó con intencion de marcharse.

—¡Oyeme!... ¡Oyeme con paciencia, noble y amada Hipatia! ¡Otra burla mas de tus labios, y volveré á ser el mismo endurecido enemigo que era antiguamente... para todos, menos para tí! ¡No vayas á creerme ingrato, olvidado! ¡Qué no te debo á tí, cuyas grandes palabras fueron las que estorbaban olvidarse que existia la Justicia, la Verdad y un mundo invisible de espíritus, conforme á cuyo modelo debiera el hombre aspirar á vivir?

Hipatia se detuvo, y escuchó admirada. ¿Le quedaba acaso alguna fé en sus doctrinas? A lo menos, oíría lo que Rafael habia descubierto...

—Hipatia, soy mas viejo que tú... mas sábio que tú, si la sabiduria es el fruto del árbol de la ciencia... No co-

noces sino un lado de la medalla, Hipatia, y es el mas hermoso; yo he visto su reverso, lo mismo que su anverso. He recorrido años enteros todas las formas de los pensamientos, acciones, pecados y locuras humanas, sin hallar descanso... ni en la sabiduria ni en la locura, ni en los sueños espiritualistas ni en la brutalidad sensual. No pude encontrar reposo en tu Platonismo... despues te diré por qué, y pasé sucesivamente del Estoicismo al Epicureismo, al Cinismo, al Escepticismo, y en este hondo abismo me aguardaba otro abismo aun mas profundo, llegando á ser escéptico del mismo Escepticismo.

—Hay otro mas hondo todavia, pensó Hipatia, acordándose de la magia de la noche anterior; pero no desplegó los labios.

—Entonces, en el extremo del abatimiento, me confesé inferior á los brutos, que tienen una ley y la obedecen, mientras que yo me habia constituido á mí mismo en Dios, diablo, harpia, torbellino, sin sujecion á ley ninguna... Necesité de que mi perra despertase en mí el sentimiento de mi existencia, ó de otros seres fuera de mi mismo. Tomé á

la perra por maestra, y la obedecí, porque sabia mas que yo. Y ella me hizo retroceder (pobre animal mudo, semejante á un ángel enviado por Dios) á la naturaleza humana, á la misericordia, á la abnegacion, á la creencia, á la adoracion... al puro amor conyugal.

Hipatia se estremeció... y en la lucha para ocultar su turbacion, contestó casi sin saber qué decía:

—¿Amor conyugal? ¿Desde cuándo se ha ordenado Afrodita diacono cristiano?

—Gracias al cielo! dijo Rafel para sí. No se cuida de mí ya. Si se cuidara, el orgullo no le hubiera permitido esa burla. Desde que, contestó en voz alta, querida amiga, Palas Atene se ha ordenado de lo mismo y designado como su primer sacerdote á Agustin de Hipona, hasta que tú estés pronta para desempeñar ese cargo.

—¿Cómo? ¿Ya estás queriendo hacer prosélitos?

—Sin duda. He hallado un tesoro demasiado grande para no desearlo partir con la hija de Teon.

—¿Un tesoro? dijo Hipatia en tono medio despreciativo.

—Efectivamente. ¿Te acuerdas de

mis últimas palabras cuando nos separamos allá abajo hace unos cuantos meses?

Hipatia no contestó. Una terrible posibilidad á que habia aludido asaltó su memoria por la primera vez desde aquella fecha... pero cerro los oidos con orgullo al celeste aviso.

—Te dije que lo mismo que Diógenes, iba en busca de un hombre, prometiéndote que si lo encontraba, tú serias la primera en saberlo. Pues bien, he encontrado un hombre.

Hipatia movió su hermosa mano.

—¿Sé quién quieres decir... el Crucificado. Bien, yo no necesito un hombre, sino un dios.

—¿Qué especie de dios, Hipatia? Un dios formado de nuestras nociones intelectuales, ó mas bien de negaciones de las mismas... del infinito, de la eternidad, la invisibilidad, la impasibilidad... y por qué no de la inmoralidad también, Hipatia? Pues recuerdo que soliamos convenir en que era degradar carnalmente á la unidad suprema atribuirle una cualidad tan meramente humana como la virtud.

Hipatia no desplegó los labios.

—Ahora bien, Hipatia, yo he tenido siempre la idea de que lo que necesitábamos, como primer predicado de nuestra unidad absoluta, era que fuese, no solo un Dios infinito (significara esto lo que significase, aunque recelo que no lo veíamos de todo claro), eterno, omnipotente (predicados que me temo no entendíamos mejor que el primero), sino un Dios justo; o mas bien, como sohamos decir, que careciese de predicado... que fuese la justicia misma. Y entretanto no podía menos de recordar que mis antiguos libros sagrados hebreos hablaban de un Dios de esta clase, é imaginando tuviesen algo que decirme que....

—¿Que yo no te decia! Esto, pues, era lo que motivaba tu aire de reserva y superioridad con la mujer de quien te burlabas llamándola tu discípula. No sospechaba en tí una envidia tan verdaderamente judia. ¿Por qué ¡oh! por qué no me dijiste eso?

—Por que era un irracional, Hipatia, y habia olvidado á qué era semejante esa justicia, temiendo descubrirlo por temor de que fuese mi condenacion. Porque era un demonio, Hipatia; y

aborrecia la justicia, no deseando encontrarte á tí ni á Dios justos, porque entonces ambos seriais distintos de mí. ¡Dios sea misericordioso con mis pecados!

Ella le miró. Rafael estaba mudado, como por milagro, aunque se veian la misma conciencia de poder, el mismo sutil y caprichoso movimiento en sus vigorosas facciones hebreas y en sus brillantes ojos. Sin embargo, cada linea de su rostro estaba suavizada: la máscara de burlon abandono habia desaparecido; brotaban de toda su fisonomia la ternura y la gravedad. La crisálida se habia desprendido, mostrando la mariposa que contenia. Estuvo observándole un rato, y se pasó la mano por los ojos para ver si se desvanecia la aparicion. ¡Rafael, el sutil, el burlon, el Luciano de Alejandria! ¡Rafael, cuya profundidad y poder la habian asustado aun en sus dias de mas corrupcion, habia venido á parar á aquel extremo...

—Es un capricho de cobarde supersticion.... Esos cristianos le han aterrado con sus pecados y su Tartaro.

Volvió á mirar aquel rostro brillante, claro, impávido, y se avergonzó de su

calumnia. Y este era el fin de Abenezra... de Sinesio... de Agustin... de sabios é ignorantes, godos y romanos... La grande inundacion seguia, pues, su curso... ¿Contrarestaría ella sola su fuerza?

— ¡Tal era su voluntad! ¡La sumision nunca!... Permanecería firme... su razon se mantendria libre hasta lo último... hasta la muerte, si fuese necesario... Y no obstante, ¡la noche anterior... la noche anterior!

Al cabo habló, pero sin alzar los ojos.

— ¿Y qué se infiere de que encontrases un hombre en ese crucificado?

— Recuerdas, Hipatia, la definicion que da Platon del Hombre justo por excelencia!... Dice que sin haber cometido la menor injusticia, habrá de recorrer el periodo de su vida con la nota de injusto, para que se evidencie su desinterés, y llegar, no solo en la antigua Atenas, no solo en la antigua Judea, sino tambien, como convendrás, en la actual Alejandria cristiana, á... ¿te acuerdas, Hipatia!... la prision, los azotes, y finalmente la cruz... Si, pues, el ideal del justo de Platon es un crucificado, ¿por qué no ha de serlo tambien

el mio? Si nosotros... y el anciano obispo Clemente, tan buen platónico como nosotros... y el mismo Agustin, coincidimos en creer que Platon, al expresarse de tan extraordinario modo, no hablaba por sí, sino impulsado del Espíritu divino, ¿por qué otros no han de haber hablado, movidos del propio espíritu, al proferir las mismas palabras?

— Un crucificado... Sí. Pero ¿un Dios crucificado, Rafael! Tal blasfemia me hace estremecer.

— Lo propio acontece á mis pobres compatriotas. ¿Son ellos más justos, Hipatia, en acciones diarias, por esa escrupulosa reverencia hacia la gloria del Ser Supremo, que probablemente sabe mejor que nadie cómo conservar y manifestar esa gloria? Pero convienes en la definicion, ¿no es así? Cuidado, dijo con una de sus significativas sonrisas; ¡porque he estado combatiendo con Agustin, y me he convertido en un terrible dialéctico. ¿Convienes?

— Naturalmente... es de Platon.

— ¿Pero convienes solo por hallarse escrita en el libro de Platon, ó porque tu razon te dice que es cierta?... No me respondes: A lo menos contéstame

á esto. El Justo por excelencia, ¿no es el mas sublime modelo, de los hombres?

—Seguro, respondió Hipatia sin fijar mucho la atencion, aunque no con repugnancia, como hablando de una cosa corriente.

—En tal caso, el autanthropos, el hombre arquetipo é ideal, que es mas perfecto que ninguno de los individuos, ¿no tiene que ser tambien perfectamente justo?

—Si.

—Supon, pues, por uno de aquellos agradables caprichos nuestros de otra época, un argumento.... supon que desease manifestar su justicia al mundo.... El único medio de verificarlo seria, segun Platon, el de Glaucó, á saber: la calumnia y la persecucion, los azotes y la cruz. ¿No es así?

—¿Qué palabras son esas, Rafael? ¿Azotes materiales y cruces para una idea eterna y espiritual?

—Hipatia, ¿has considerado alguna vez despacio á qué es semejante el arquetipo del hombre?

Hipatia se estremeció como si oyese una idea nueva, y confesó (to mismo que

lo hubiera hecho todo Neo-Platónico), que nunca se le habia ocurrido tal cosa.

—Y sin embargo, prosiguió Rafael, Platon, nuestro maestro, nos dice que hay un verdadero arquetipo sustancial de cada objeto, desde una flor á una nacion, eterno en los cielos. Quizá, querida amiga, no hemos sido nosotros hasta aqui bastante fieles platónicos. Quizá siendo filósofos y algo fariseos, empezábamos todas nuestras elucubraciones, como nuestras plegarias, esto es, dando gracias á Dios de que no fuésemos como los demas hombres, y leíamos mal otro pasaje de la república, que en otro tiempo nos agradaba citar.

—¿Cuál? preguntó Hipatia, cada vez mas interesada en la conversacion.

—Uno, en el cual se dice que los filósofos son hombres.

—¿Te burlas de mí? Platon define al filósofo, el hombre que busca objetos de ciencia, mientras otros buscan objetos de opinion.

—Perfectamente. Pero ¿y si en nuestro ardor por averiguar aquello en que el filósofo se diferencia de los demas hombres, no vimos lo que tiene de comun con ellos, y olvidamos que al cabo

el hombre es un género, del cual el filósofo es solo una especie?

Hipatia suspiró.

—¿No piensas, pues, que así como lo mayor contiene a lo menor, y el arquetipo del género al de la especie, nosotros hubiéramos sido mas sabios estudiando un poco mas el arquetipo del hombre como hombre, antes de mezclarnos con una parte de este arquetipo.... el arquetipo del filósofo.... Sin duda habria sido lo mas propio, pues hay mas hombres que filósofos, Hipatia; y cada hombre es un verdadero hombre, y un buen objeto de exámen, mientras que no todo filósofo es un verdadero filósofo.... Por ejemplo, nuestros amigos los cínicos y tambien uno ó dos Neo-Platónicos que conocemos. Me parece impaciente. ¿Cesaré?

—Equivocas la causa de mi impaciencia, respondió Hipatia, mirándole con sus grandes y tristes ojos. Prosigue.

—Ahora bien (porque me voy convirtiendo en un terrible escolástico,) la verdadera definición del hombre, ¿no se dará diciendo que es entre todos los

séres creados un espíritu unido temporalmente á un cuerpo animal?

—Encantado en él como si fuese en una prision, dijo Hipatia suspirando.

—Sea así, si quieres. Pero.... ¿no debemos suponer que el arquetipo.... (el hombre propiamente) siendo tal arquetipo, estará tambien ó habrá estado algun dia temporalmente encantado en un cuerpo animal?.... No respondes... No quiero acosarte.... Solo te ruego consideres despacio si en parte Platon no justifica de la nota de absurdo al pescador de Galilea, cuando dice que Aquel á cuya imágen el hombre está formado fué hecho carne, y habitó con él corporalmente junto al lago en Tiberiade, y que vió su gloria, gloria digna del único engendrado del Padre.

—Esta última pregunta es muy distinta. ¡Dios hecho carne! Mi razon no admite semejante cosa.

—La razon del viejo Homero sí que la admitia.

Hipatia se estremeció, recordando sus esfuerzos por restaurar aquellas antiguas, palpables y humanas diviuidades, y dijo á Rafael:

—Adelante.

—Respóndeme, pues.... Ese arquetipo del hombre, si existe en alguna parte, no existirá eternamente en la mente de Dios! A lo menos, Platon lo hubiera dicho.

—Sí.

—¿Y no se deriva de El inmediatamente su existencia?

—Sí.

—Pero el hombre es un sér dotado de voluntad, distinto de todos los demás séres.

—Sí.

—Luego el arquetipo debe serlo también.

—Lo supongo.

—Y poseerá las facultades y propiedades de todos los hombres en su alta perfeccion.

—Es natural.

—¡Cuán dulce y sumisamente se transforma en discípula mi antigua maestra! Hipatia le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo nunca he enseñado nada, Rafael.

—Sí, querida amiga, me has enseñado cuando menos lo pensaba. Pero dime otra cosa. ¿No es propio de todo hombre ser hijo? Porque tu puedes conce-

bir que un hombre no sea padre, mas no que no sea hijo.

—Convengo.

—Luego ese arquetipo debe ser también hijo.

—¿De quién, Rafael?

—¿Por qué no de Zeus, padre de los dioses y los hombres? Pues estamos de acuerdo en que él no puede ser deudor de su existencia á otro mas que á Dios.

—¿Y qué se infiere de ahí? dijo Hipatia, fijando sus hermosos ojos en el semblante de Aben-Ezra, con una expresion de duda, y al mismo tiempo como lo declaró Rafael al morir, de esperanza y alegría.

—¿Un hijo no tiene que ser de la misma especie que su padre? "Las águilas, dice el poeta, no enjendran palomas." ¿No seria la voz hijo una vana y falsa metáfora, si el hijo no fuese la perfecta semejanza de su padre?

—Los héroes enjendran hijos peores que ellos, dice el poeta.

—No hablamos ahora de hombres, á quienes el Zeus de Homero llama los mas miserables de todos los animales; hablamos, ¿no es así? de un hijo perfec-

to y arquetipo, de un padre perfecto y arquetipo, en un mundo perfecto y eterno, donde nada crece, decae ni cambia; y de una generacion perfecta y arquetipo, cuya única definicion es que lo semejante engendra á su perfecto semejante.... Callas. Bien, Hipatia.... Hemos penetrado demasiado lejos en los abismos....

Ambos guardaron silencio un rato. Y Rafael tuvo ideas solemnes acerca de Victoria y acerca de las antiguas señales de Isaías, que consideraba profecias concernientes al hombre que habia encontrado, porque rogaba y esperaba que se le concederia tambien un hijo, como prueba de que á pesar de todos sus pecados, "Dios estaba con él."

Pero era judío y hombre; Hipatia era griega y muger.... y en este particular lo mismo eran los hombres de su escuela. Respecto de ella, las relaciones y los deberes de la humanidad no tenían el carácter terrible y divino con que aparecian á los ojos del judío convertido, el cual por la primera vez de su vida conocia el significado de sus Escrituras, y era un verdadero israelita. En cuanto á la dialéctica de Rafael,

aunque la hiciese callar, no lograba vencerla. La creencia de Hipatia, como la de los demas filósofos de sus mismas doctrinas, se apoyaba en la imaginacion y en el sentimiento religioso, mas bien que en la razon y en el sentimiento moral. Todo el brillante mundo con que se habia entretenido tantos años... cosmogonias, emanaciones, afinidades, simbolismos, jerarquias, abismos, eternidades, &c.... aunque no le proporcionaba descanso ni creia en él, aunque se habia desvanecido en el aire en su mayor apuro.... era demasiado hermoso para perderlo de vista eternamente, y luchando con el creciente convencimiento de su razon, respondió al fin:

—Y hubieras querido que yo renunciase, como parece has hecho tú, á lo sublime, á lo hermoso, á lo celeste, por una árida dialéctica... con cuyo auxilio, á lo que entiendo.... porque al cabo, Rafael, no me es posible competir contigo.... Soy una muger.... una débil muger.

Y se cubrió el rostro con las manos.  
—Con cuyo auxilio, á lo que entiendo.... ¿qué? preguntó Rafael con dulzura.

—Podieras haber hecho aparecer como mejores razones las peores.

—Así dijo Aristóteles de Socrates. Pero oyeme de nuevo, querida Hipatia. Tú no quieres renunciar a lo hermoso, a lo sublime, a lo celeste. ¿Y si yo te di ese que hasta ahora no había encontrado ninguna de esas cosas? Recuerda mis anteriores palabras.... ¿Y si lo que nosotros hemos tomado por nuestro bello, nuestro sublime, nuestro celeste, se hubiese reducido al mas completo materialismo, consistiendo en nociones extraídas por nuestro cerebro de las impresiones de cosas agradables, elevadas, grandes, terribles, vistas con nuestros ojos corporales? ¿Y yo hubiese descubierto que lo espiritual no es lo intelectual, sino lo moral, y que el mundo espiritual no es como nos lo figurábamos, un mundo de nuestras abstracciones intelectuales ó de nuestras emociones físicas, religiosas ó de otra especie, sino un mundo de personas justas ó injustas? ¿Si yo hubiese descubierto que la ley del mundo espiritual, comprensiva de todas las demas, era la justicia; y que la discordancia respecto de esta ley que nosotros llamábamos materialidad, no

era vulgar, grosera, torpe, sino simplemente injusta? ¿Si yo hubiese descubierto que la justicia era lo hermoso, que la justicia era lo sublime, lo celeste, lo divino... Dios? ¿Y si sobre mí hubiera brillado como una clara aurora, la imagen de esa justicia? ¿Si yo hubiese visto un ser humano, muger tambien, una débil niña, publicando la hermosura y la gloria de Dios, y mostrándome que lo bello debe mezclarse sin temor, con lo mas asqueroso y horrible; que lo sublime debe someterse á los oficios mas bajos, á los sacrificios mas degradantes en la apariencia; que ser celeste es conocer que las relaciones mas comunes, los deberes mas vulgares de la tierra son mandamientos de Dios y se cumplen solo con ayuda del mismo espíritu con que El rige el universo; que la justicia consiste en amar, auxiliar, padecer y hasta morir, si es preciso, por aquellos que en sí mismos parecen únicamente propios para excitar sentimientos de indignacion y disgusto? ¿Si por la primera, y no por la última vez de mi vida, según espero, contemplé esa vision, y ante ella mis ojos se abrieron y conocí que era la semejanza y la gloria

de Dios? ¿Si yo, Platónico como Juan de Galilea y Pablo de Tarso, y sin embargo, hebreo de los hebreos como ellos, me he preguntado a mí mismo: amando de este modo la criatura, cuán grande no será el amor del arquetipo? Podiendo padecer tanto una débil muger, cuánto no podrá padecer el Hijo de Dios? Si el hombre tiene fuerzas para sacrificarse en parte por el bien de los demas, Dios las tendrá para sacrificarse del todo. Si no lo ha hecho, lo hará, ó será menos hermoso, menos sublime, menos celeste, menos justo que lo que me lo he figurado, menos que sea débil niña. ¿Por qué no habré de creer á los que me dicen que ya lo ha hecho? Y aun suponiendo que su evidencia fuese mera probabilidad, contestaré que así como no necesito demostracion matemática para convencerme de que habiendo caído un niño en el agua, su padre le sacó, no la necesito en este caso. Mi razon, mi corazon, todas mis facultades, excepto esta estúpida esperiencia sensual, que me engaña á cada instante y que ni siquiera puede probarme que existo, aceptan la historia del Calvario como el mas natural, el mas probable,

el mas necesario de los acontecimientos terrestres, dando por sentado únicamente que Dios es un Ser justo y no el sueño de un espíritu necesario que lo penetra todo.... absurdo, que en los propios términos con que se expresa, descubre su materialismo.

Hipatia respondió con una sonrisa forzada.

—Rafael Aben-Ezra ha abandonado el método del severo dialéctico por el del amante elocuente.

—No del todo, dijo Rafael sonriéndose á su vez. Porque, supon que yo me haya dicho á mí mismo: nosotros los Platónicos convenimos en que la vista de la Divinidad es el soberano bien.

Hipatia tembló nuevamente de piés á cabeza, acordándose de la última noche.

—Y si Dios es justo, y la justicia y el amor (como creo) son cosas idénticas, entonces El deseará este supremo bien para los hombres, con mas ardor que ellos mismos.... Entonces El deseará mostrarse y hacer ver su justicia á los hombres.... ¿Me responderás, querida Hipatia, ó me responderé yo propio?....

¿O es que tu silencio indica que apruebas? A lo menos, permíteme, añado que si Dios desea mostrar su justicia á los hombres, el único medio para verificarlo, según Platon, será el de la calumnia, la persecucion, los azotes y la cruz, pues así El, como el justo de Glauco, permanecerá eternamente libre de toda sospecha de egoísta interés ó de debilidad.... ¿Sigo ahora las reglas de la dialéctica, Hipatia?... Callas todavía.... Veo que te niegas á oírme.... Algun día la filósofa prestará mas benévolo oído á las palabras de su mayor deador.... O mas bien oirá en su propio corazón la voz del hombre arquetipo, que la ha amado, la ha guiado, la ha dotado de todas las perfecciones de cuerpo y de espíritu, inspirándole los mas puros y nobles deseos, y que solo le pide que escuche su razon, su filosofía, cuando le proclamen dispensador de todos esos bienes, y que los reparta libre y humildemente, como El los ha repartido á ella, al pobre, al ignorante, al pecador, á quienes El ama tanto como á ella.... Adios.

—¿Detente! dijo Hipatia levantándose. ¿A dónde vas!

—A hacer un poco de bien antes de morir, ya que tanto mal he hecho hasta ahora. A arrendar, plantar y edificar; á salvar un pequeño trozo de la tierra de Oromazes, como dirian los persas, del dominio de Arimanes; á combatir contra los ladrones Ansurianos y dar de comer á mercenarios Tracios, y librar unas cuantas viudas del hambre y unos cuantos huérfanos de la esclavitud.... Quizá á dejar para que me suceda un hijo de la línea de David, que será mejor judío que su padre, porque será mejor cristiano.... Tendremos disgustos en la carne, así lo ha dicho Agustin; pero como le he respondido, realmente he experimentado tan pocos hasta aquí, que es probable me sirvan mas bien de útil educacion que de otra cosa. Adios.

—¿Detente! tornó á decir Hipatia. ¡Vuelve, vuelve! y hablarás de amor conyugal.... Traela.... Es preciso que la vea. Debe ser noble, sin duda, digna de tí.

—Se encuentra á muchas millas distante de Alejandria.

—Lo siento. ¿Quizá hubiera podido enseñarme algo á mí.... á mí, la filósofa.

sos!... No debiste temerme.... Mi corazon no está ahora para convertir á nadie.... ¡Oh, Rafael Aben-Ezra! ¿por qué romper la caña ya cascada? Mis planes se los han llevado los vientos, mis discípulos son indignos, mi nombre ha perdido su lustre, mi conciencia está abrumada con el peso de mi crueldad.... Si no lo sabes todo, lo sabrás demasiado pronto.... Sinesio, que era mi última esperanza, implora para si la ayuda que yo necesitaba de él.... Y sobre todo.... ¡Tú!.... ¡Et, tu Brute! ¿Por qué no envolverme en mi manto, como Julio César, y morir!

Rafael la estuvo considerando, y vió con tristeza hundirse toda su fisonomía en la mayor postracion.

—¡Sí!.... ven... El Galileo.... Si triunfa de varones fuertes, ¿podrá resistirle una débil muger? Ven pronto.... Esta tarde.... Mi corazon se está despidiendo á toda prisa....

—¿Vendré á las ocho de esta tarde?

—Sí....

—Al medio dia esplico... mejor dicho, me despido para siempre de las escuelas.... ¡Dioses! ¿Qué me resta que de-

cir!... Y me hablarás del de Nazareth. Adios.

—¡Adios, hermosa amiga! A las nueve oirás hablar del de Nazareth.

¿Por qué sus mismas palabras le sonaban de un modo extraño y ominoso? Casi le pareció que no él, sino una tercera persona, las habia pronunciado. Besó la mano de Hipatia, y la encontró tan fria como hielo; y tambien su corazon, á pesar de toda su felicidad, se sintió frio y oprimido cuando dejó aquel aposento.

Al llegar á la calle, un jóven salió de detrás de una de las columnas, y le cogió por el brazo.

—¡Ah, ah! ¿qué me quieres?

Filemon, porque era él, le miró un instante.

—¡Sálvala, por el amor de Dios, sálvala!

—¿A quién?

—A Hipatia.

—¿Desde cuándo te importa su salvacion, amigo?

—Por Dios, continó Filemon, vuelve junto á ella y aconséjala.... Te oirá.... eres rico.... amigo suyo.... Te conozco, he oido hablar de tí.... ¡Oh! Si te has

interesado alguna vez por ella, si has sentido por ella la milésima parte de lo que yo siento, vé y aconséjala que no se mueva de su casa.

—Debo informarme mas por extenso, dijo Rafael, conociendo la seriedad con que se expresaba el jóven. Acompañáme, y hablarás á su padre.

—¡No, no entraré en esa casa! ¡Nunca volveré á pisarla! No me preguntes por qué, sino vé tú. No me daría oído. ¿Eres tu quien la ha prohibido escuchar á nadie?

—¿Qué dices?

—He estado aquí.... siglos! La he enviado una nota por medio de la doncella, y no ha contestado.

Rafael recordó entonces por la primera vez, que durante la conversacion habian llevado una nota á Hipatia.

—La ví recibirla y arrimarla á un lado. Cuéntame tu historia. Si tu mensaje es razonable, yo mismo lo llevaré. ¿De qué hay que advertirla?

—De un complot... Sé que existe un complot contra ella... He oído á Pedro decir, sin que supiese que yo estaba escuchando: "Esa muger será un estorbo mientras no se la quite de enmedio." Y

añadió dirigiéndose á uno de los presentes: "Lo que tratas de hacer, hazlo pronto."

—Esos son fundamentos ligeros, amigo.

—¡Ah! ¡Tú no sabes de qué son capaces esos hombres!

—¿No? ¿Dónde nos vimos la última vez?

Filemon se puso colorado, y prosiguió:

—La que habia oído me bastó. Sabia cuánto la odian y los erímenes que le atribuyen. A no impedirlo Cirilo, hubieran atacado anoche su casa... Conoció el tono en que se expresaba Pedro. Hablaba con demasiada dulzura para no tener una intencion diabólica. ¿Quieres llevarla mi mensaje, ó verla....

—¿Qué peligro la amenaza?

—Dios lo sabe y el diablo, á quien esa gente adora, en vez de adorar al Señor.

Rafael corrió á la casa, pero no pudo avistarse con Hipatia, pues se habia encerrado dando órdenes extrictas de que á nadie se admitiese.... ni con Teon, pues habia salido por la puerta del canal hacia media hora, con un rollo de

papeles matemáticos bajo el brazo, no se sabía á donde...

—¡Imbécil viejo, idiota! exclamó.

Y en seguida escribió en su librito de memoria:

“No desprecies el aviso del joven monge. Creo que dice la verdad. Si te amas á tí y amas á tu padre, no salgas á la calle hoy.”

Gratificó á una doncella para que recibiese el mensaje, y permaneció abajo, haciendo advertencias á los criados, que no querían creerle. Es cierto que se habían cerrado las tiendas en algunos barrios, y que los jardines del Museo estaban vacíos; desde el día antes andaba la gente algo asustada. Pero Cirilo (lo habían oído como cosa segura) había amenazado con la excomunión á todo cristiano que alterase la paz. En cuanto á que sobreviniera algún daño á su ama... ¡imposible! “Las mismas fieras no la despedazarían,” decía el portero negro, “si se le arrojase al anfiteatro.”

Una doncella le pegó en las orejas por haberse expresado así, y para enmendarlo declaró que su ama podía desviar el rayo y hacer que viniesen legiones de espíritus á combatir en su ayu-

da... ¡Qué disposiciones tomar con semejantes idólatras? Y sin embargo, ¿cómo no amarlos mas oyéndolos?

Al fin llegó la respuesta de Hipatia.

“Estraño medio de persuadirme á aceptar tu nueva fé, es decirme que me resguarde, cabalmente el primer día de tu predicacion, de la maldad de los que la profesan. Te doy gracias; pero tu afecto hácia mí te ha vuelto medroso. Nada temo. No se atreverán. Si ahora se atreviesen, se hubieran atrevido también hace mucho tiempo. En cuanto á ese joven... obedecer ó creer sus palabras, y aun acordarme de que existe, sería para mí vergonzoso en adelante. Por lo mismo que tiene la insolencia de aconsejarme, iré. No temas por mí. No creo deseas que por la primera vez de mi vida me acobarde. Debo seguir mi destino. Debo pronunciar mi último discurso. Sobre todo, no quiero que ningún cristiano diga que la filósofa ha sido menos impávida que el fanático. Si mis dioses son verdaderamente dioses, me protegerán; si no lo son, que tu Dios pruebe la certeza de su doctrina como mejor le parezca.”

Rafael hizo pedazos la carta... A lo

menos, los guardias no estarían tan locos como la demás gente. Faltaba aun media hora para la salida de Hipatia, y en ese tiempo podría reunir fuerza bastante para sojuzgar á toda Alejandria. Con este pensamiento dejó precipitadamente la casa.

—*¡Quem Deus vult perdere!* dijo á Filemon con ademan de disgusto. Quédate aquí y deténla.... Haz un último esfuerzo, y hasta derriba en el suelo los caballos, si te es posible. Volveré dentro de diez minutos.

Y entró corriendo por la mas próxima puerta de los jardines del Museo.

Al otro lado de los jardines estaba el patio interior del palacio, y allí habia muchas puertas que comunicaban entre sí. ¡Si pudiera ver á Orestes, y alamar la guardia á tiempo!....

Atravesó aprisa los tránsitos, abandonados ahora por los medrosos ciudadanos, para llegar á la puerta mas cercana; pero estaba cerrada y barredada firmemente por fuera.

Aterrado, se dirigió á la que seguía, y la halló también barredada. Al momento comprendió la razon, y entonces le faltó poco para perder la cabeza. Los

guardias, sin cuidarse del Museo, ó no temiendo fundadamente que el populacho de Alejandria tratase de perjudicar la gloria de su ciudad, ó deseando quizá prudentemente concentrar sus fuerzas en el mas estrecho espacio, se habian contentado con cortar toda comunicacion con los jardines y convertir de este modo la elevada pared divisoria en el recinto exterior de su ciudadela de mármol. Como último recurso, las puertas que conducian desde el mismo Museo podian abrirse. Rafael las conocia todas, y ademas todos los salones, pasillos, estatuas, pinturas, y casi todos los libros que contenia aquel vasto edificio, tesoro de la antigua civilizacion. Halló una entrada, corrió al través de corredores bien conocidos hasta una puerta secreta, donde Orestes y él se habian detenido cien veces, con los labios llenos de malas palabras y los corazones de peores pensamientos.... Estaba cerrada. Llamó; pero inútilmente. Siguió adelante, y habiendo llamado á otra, experimentó igual suerte. La tercera tentativa no tuvo mejor resultado. Subió las escaleras creyendo que desde las ventanas podría llamar á la guardia;

pero los prudentes soldados habian cerrado y barredo las entradas hasta los pisos superiores de toda el ala derecha, por temor de que el patio del palacio fuese dominado desde alli. ¿A dónde ir ahora? Habia que retroceder.... ¿Y despues? Galerías interminables, salas abovedadas, escaleras, puertas, unas cerradas, otras abiertas, corriendo arriba y abajo, probando, ora este camino, ora aquel, perdiéndose á veces en tan enorme laberinto. Al fin le faltó el aliento, secósele la garganta, su rostro estaba abrasado como si soprase el viento simun, sus piernas podian apenas sostenerle. Su presencia de espíritu, por lo general tan perfecta, le faltó del todo. Sentíase desconcertado, envuelto en una red; sobre él pesaba algun encanto. ¿Era aquello un sueño? ¿Era una de esas horribles pesadillas en que se figura la mente ver elevarse columnas sobre columnas, escaleras sobre escaleras, salas sobre salas, cambiando de forma y extendiéndose perpétuamente ante el individuo que es victima de ella, y á quien oprime, hasta casi ahogarle? ¿Era aquello un sueño? ¿Estaba destinado á vagar para siempre en algun palacio de los

mueertos, expiando el pecado cometido en él? Su cerebro, por la primera vez de su vida, empezó á vacilar. No recordaba sino que iba á suceder alguna cosa terrible, y que debiendo impedirlo no podia.... ¿Dónde se encontraba entonces?... En un pequeño cuarto... Allí habia hablado con ella cien veces, contemplando á lo lejos el Faro y las azules aguas del Mediterráneo.... ¿Qué rumor era el que se oia abajo? Un océano de cabezas flotaba á sus piés, y de sus innumerables gargantas salia el grito de guerra: *¡Dios y la Madre de Dios!* Quitóse de la ventana y corrió otra vez como un frenético sin saber adónde, ni lo supo hasta el dia de su muerte.

¿Y Filemon?.... Pero basta para este capitulo.

CAPITULO XXVIII.

AMOR DE MUGER.

PELAGIA habia pasado aquella noche en completa soledad, no permitiéndole dormir su disgusto, el cual se aumentó

pero los prudentes soldados habian cerrado y barredo las entradas hasta los pisos superiores de toda el ala derecha, por temor de que el patio del palacio fuese dominado desde alli. ¿A dónde ir ahora? Habia que retroceder.... ¿Y despues? Galerías interminables, salas abovedadas, escaleras, puertas, unas cerradas, otras abiertas, corriendo arriba y abajo, probando, ora este camino, ora aquel, perdiéndose á veces en tan enorme laberinto. Al fin le faltó el aliento, secósele la garganta, su rostro estaba abrasado como si soprase el viento simun, sus piernas podian apenas sostenerle. Su presencia de espíritu, por lo general tan perfecta, le faltó del todo. Sentíase desconcertado, envuelto en una red; sobre él pesaba algun encanto. ¿Era aquello un sueño? ¿Era una de esas horribles pesadillas en que se figura la mente ver elevarse columnas sobre columnas, escaleras sobre escaleras, salas sobre salas, cambiando de forma y extendiéndose perpétuamente ante el individuo que es victima de ella, y á quien oprime, hasta casi ahogarle? ¿Era aquello un sueño? ¿Estaba destinado á vagar para siempre en algun palacio de los

mueertos, expiando el pecado cometido en él? Su cerebro, por la primera vez de su vida, empezó á vacilar. No recordaba sino que iba á suceder alguna cosa terrible, y que debiendo impedirlo no podia.... ¿Dónde se encontraba entonces?... En un pequeño cuarto... Allí habia hablado con ella cien veces, contemplando á lo lejos el Faro y las azules aguas del Mediterráneo.... ¿Qué rumor era el que se oia abajo? Un océano de cabezas flotaba á sus piés, y de sus innumerables gargantas salia el grito de guerra: *¡Dios y la Madre de Dios!* Quitóse de la ventana y corrió otra vez como un frenético sin saber adónde, ni lo supo hasta el dia de su muerte.

¿Y Filemon?.... Pero basta para este capitulo.

CAPITULO XXVIII.

AMOR DE MUGER.

PELAGIA habia pasado aquella noche en completa soledad, no permitiéndole dormir su disgusto, el cual se aumentó

al encontrarse la siguiente mañana presa en su propia casa. Sus doncellas le dijeron que tenían órdenes (sin nombrar la persona de quien las habían recibido) para no dejarla salir de su cuarto. Y aunque algunas se lo participaron con suspiros y lágrimas, sin embargo, las mas, como pudo verlo, se complacian en hacerle sentir que su reinado habia concluido, y que habia otras, ademas de ella, que podian aspirar al puesto de favorita.

¿Qué le importaban tales demortraciones? Cuchicheos, burlas, respuestas insolentes, nada oia. Tenia un idolo, y lo habia perdido... un poder, y le habia faltado. En el cielo y en la tierra no existian para ella paz, ayuda ni esperanza... solo veia en todas partes terror y desesperacion. La débil alma infantil que acababa de renacer en ella, habia sido oprimida en el momento de mostrarse, é instintivamente se fué arastrando hasta el piso de la torre, en que estaban sus habitaciones para llorar sola.

Permaneció allí sentada, hora tras hora, á la sombra de la ancha cortina que en las casas de Alejandria resguar-

daba del sol y ventilaba los cuartos interiores; y sus ojos vagaban negligentemente sobre aquel inmenso mar de techos, torres, mástiles brillantes canales y ligeros botes, no viendo donde quiera mas que un amado semblante, perdido, perdido para siempre.

Al fin un silbido sordo la despertó de su sueño. Levantó la cabeza, y vió que desde una de las troneras del parapeto de enfrente, dos relucientes ojos estaban fijos en ella. Hizo un movimiento como para librarse de aquella inspeccion.

Tepitióse el silbido, y sobre el parapeto asomó con toda precaucion una cabeza.... era la de Miriam. Pelagia, mirando cuidadosamente al rededor, se acercó á la ventana. ¿Qué le querria decir la hechicera?

Miriam le preguntó por señas si se hallaba sola, y en cuanto Pelagia contestó afirmativamente, la vieja hizo caer á sus piés una carta, atada á una piedra, y luego desapareció.

“He estado observando aquí todo el dia. Me niegan la entrada. Guárdate de Wulf, de todo el mundo. No salgas de tu cuarto. Hay formada una trama para sacarte de él á la noche y entregarte

á tu hermano el monje. Te venden. Sé valiente!”

Pelagia leyó las anteriores líneas con pálida mejilla y asombrados ojos, y á lo menos, siguió la última parte del consejo de Miriam. Decidida á bajar, atravesó con orgullo sus habitaciones; y mandando retirarse á las doncellas, que querian detenerla, y que temblaron ante su tono de voz y su ademan, bajó con la carta en la mano, dirigiéndose al aposento en que el Amal pasaba de ordinario sus horas de medio día.

Al acercarse á la puerta, oyó hablar recio dentro. Era la voz del Amal. . . . pero tambien la de Wulf. Faltóle el animo, y se paró un momento á escuchar. . . . Oyó el nombre de Hipatia, y ardiendo en curiosidad, se pegó al pestillo y percibió todas las palabras.

—No aceptará, Wulf.

—Si no acepta, su suerte empeorará mas cada vez. Además, te digo que está arruinada. Es su único puerto de salvacion, y se acogerá á él. Los cristianos la aborrecen; si la tormenta se desata, su vida corre el mayor peligro.

—Es lástima no haberla traído ya aquí.

—Cierto; pero no ha sido posible. No debemos romper con Orestes hasta no ser dueños del palacio.

¿Y llegaremos á serlo, amigo mio?

—Seguro que sí. Anoche nos hemos avistado con todos los soldados, y la mera idea de ver á su cabeza á un Amal, excitó su ardor hasta el punto de tener que darles dinero para que no se moviesen, en lugar de dárselo para que se sublevasen.

—¡Odin! ¿Quisiera hallarme ahora entre ellos!

—Espera á que la ciudad se subleve. Si el día pasa sin que la tempestad se declare, digo que soy un estúpido. El tesoro está ya embareado, ¿no es así?

—Sí, y las galeras prontas. He estado trabajando en ellas como un caballo toda la mañana, pues que no me han dejado hacer otra cosa. ¿Y Goderico, según dices, no volverá del palacio hasta el anochecer?

—Si se nos ataca antes, le avisaremos por medio de una fogata, y vendrá con todos los godos que pueda reunir. Si el palacio es atacado primero, él nos dará el aviso, y marcharemos allá. Entretanto, se ocupa en emborra-

char á ese perro prefecto griego lo mas posible.

—El griego le verá caer á él antes bajo la mesa! Tiene drogas, lo sé, como todos esos pícaros romanos, para desembriagarse cuando se les antoja, y en seguida vuelve á trabajar y á beber. Envía tambien al viejo Smid.

—¡Excelente idea! dijo Wulf.

Y salió al instante á ponerlo en practica.

Pelagia tuvo apenas tiempo para retirarse detrás de una puerta, pero habia oido bastante; y cuando pasó Wulf, se avalanzó á él y le cogió por el brazo.

—¡Oh! ¡ven aqui! Háblame un momento, por compasion, háblame!

Y llevándole á su pesar al próximo cuarto, se arrojó á sus piés y prorumpió en sollozos.

Wulf guardo silencio, enteramente desarmado por aquella inesperada sumision, cuando esperaba una resistencia petulante y artificiosa. Casi se sentia criminal y avergonzado al ver ante sí aquel hermoso y suplicante rostro, convulso con el dolor como el de un niño cuando se le rompe un juguete.... Al fin habló.

—¡Oh! ¿qué he hecho yo, qué he hecho? ¿Por qué le alejas de mí? ¿Qué he hecho sino amarle, honrarle, adorarle? Se que le quieres, y por eso te quiero yo... Sí, te quiero. Pero tú... ¿qué es tu amor comparado con el mio? ¡Oh! yo moriria por él!... ¡Yo me dejaria despedazar por su causa... ahora, en este mismo instante....

Wulf permaneció mudo.

—¿Qué he hecho sino amarle? ¿Cuál ha sido mi descao sino el de verle feliz? Yo era bastante rica; todos me elogiaban, me adulaban... Vino entonces él... glorioso, como un dios en medio de los hombres.... en medio de monos, mas bien. Y le adore. ¿Obré mal? Renuncié por él á todo? ¿Obré mal? Fui suya.... ¿Qué mas podia hacer? ¡El condescendió en amarme.... él, el héroe! ¿Cómo no habia de someterle mi voluntad? Le amé.... ¿Cómo no habia de amarle? ¡Le agraviaba consagrándole mi afecto!... ¡Cruel, cruel Wulf!...

Wulf tuvo que violentarse para no ceder al enternecimiento interior.

—¡Y en qué era tu amor digno de él? ¿Qué ha hecho por él? Convertirle en tonto, holgazan, hazme reir de esos

perros griegos, cuando pudiera haber sido su conquistador, su rey. Necia mujer, ¿quién no ve que tu amor ha sido su veneno, su ruina? Sin tí, estuviera ahora sentado en el trono de los Tolomeos, señor de todo el sur del Mediterráneo.... ¡Pero aun lo será!

Pelagia le miró con asombro, como si su entendimiento hubiese comprendido alguna vasta y nueva idea, bajo cuyo peso vacilase ya. En seguida se levantó lentamente.

—Y pudiera ser emperador de Africa!

—Lo será; pero no....

—¡Pero no conmigo! exclamó. No conmigo, miserable, ignorante, deshonrada!.... Lo veo.... ¡oh Dios! lo veo todo. Por eso necesitas casarle con ella... con ella....

No pudo pronunciar el terrible nombre.

Wulf cayó; pero inclinó la cabeza, como en señal afirmativa.

—Si.... me iré... al desierto... con Filemon.... y no oirás hablar mas de mí... Me entraré monja y rogaré por él, á fin de que llegue á ser un gran rey y conquiste todo el mundo. Le dirás por qué

me voy.... ¿Se lo dirás? Sí.... me iré.... ahora mismo....

Y volvió la espalda, como si tratase de llevar á efecto sus palabras; pero al instante retrocedió con un repentino estremecimiento.

—¡No puedo, Wulf.... no puedo dejarle! ¡Perderé la razon si le dejo! No te irrites... Te prometeré cuanto quieras... te haré el juramento que exijas, si consientes en que me quede aquí.... como esclava.... como cualquiera cosa... con tal que le vea alguna vez... No... ni aun eso pido... solo vivir bajo el mismo techo que él. ¡Oh! ¡permíteme que esté en la cocina como una esclava! ¡Todo lo que poseo lo transmitiré á él... á tí... á alguno! y tú le dirás que me he marchado... que he muerto... Permíteme permanecer aquí, no pido mas. Y me vestiré de andrajos y moleré en el molino. ¡Qué delicia para mí saber que come el pan hecho por mis manos! Si me atreviera á hablarle.... á acercarme á él... que el mayordomo me cuelgue de las manos y me azote como á una esclava. De ese modo, pronto envejeceré y me pondré fea; y entonces, querido Wulf, no habrá ya nada que temer de esta

¡maldita cara mia! Prométeme esto, solo esto, y.... ¡Corre! ¡Te llama! ¡Que no venga y me halle aquí!.... ¡No podría sufrirlo!.... Vé, no te detengas, y dile todo.... No, aun no....

Y cayó en el suelo, mientras que Wulf salió, hablando consigo mismo.

—¡Pobre joven! dijo, ¡pobre joven! ¡Dichosa tú si hubieras muerto y estuvieras en el fondo de Hela!

Pelagia le oyó.

Gradualmente, en medio de sus sollozos y lágrimas, en medio del tumulto de imposibles esperanzas y proyectos, aquellas palabras se arraigaron en su espíritu y acabaron por llenar todo su corazón y su cabeza.

—¡Dichosa si hubiera muerto!

Y se levantó poco á poco.

—¡Dichosa si hubiera muerto? ¡Y por qué no? Entonces todo estaría arreglado, y ningún peligro se temería por parte de la infeliz Pelagia....

Dirigióse lenta, firme y orgullosamente á la bien conocida alcoba.... Se arrojó sobre el lecho, y cubrió de besos la fanda. Entonces sus ojos se fijaron en la espada del Amal, que estaba colgada al través de la cabecera, según la

costumbre de los guerreros godos. La cogió, y se bajó del lecho temblando.

—Sí.... Que sea con esta, si ha de ser. Y será. No puedo soportar la vergüenza. ¡Haber imaginado toda mi vida (loca de mí) que todos me amaban y admiraban, y descubrir que lo que hacían era despreciarme, aborrecerme! Esos estudiantes me dijeron á la puerta del salón de lecciones que estaba despreciada.... Lo mismo me repitió el anciano monge.... ¡Necia! ¡lo olvidé al día siguiente!... Porque él... él me amaba aún. ¡Ah!... ¡Cómo creerlos, mientras él no me lo dijo con sus labios?... ¡Es intolerable!... Y sin embargo, mugeres tan malas como yo han sido veneradas... después de su muerte. ¿Qué era lo que yo solía cantar referente á Epicaris, que se ahorcó en la lítera, y á Leena, que se cortó la lengua con los dientes, para que el tormento no las obligara á vender á sus amantes? Dicen que en Atenas había una estatua en honor de Leena... que representaba una leona sin lengua.... Y siempre que cantaba esa canción, los espectadores se levantaban, aplaudían estrepitosamente, y la llamaban noble, magnánima... Entonces no

sabia por qué; ¡ahora sí! ¡Ahora sé la razón! Quizá me llamen á mí noble, al cabo. Por lo menos dirán: ¡Era una... una... pero se atrevió á morir por el hombre á quien amaba!... Sí; mas Dios me desprecia también y me aborrece. Me enviará al fuego eterno... Filemon lo dijo... á pesar de ser mi hermano. El viejo monge lo dijo... aunque lloraba al decirlo... ¡Las llamas eternas del infierno! ¡Oh, eternas no, Dios grande y terrible! ¡Eternas no! ¡Es indudable que yo nada sabia! ¡Nadie me había enseñado el bien y el mal, ni tenía idea de haber sido bautizada!... ¡Y era tan grato ser dichosa, verse elogiada, adulada, amada, y mirar en derredor rostros felices!... ¿cómo remediarlo? Los pájaros que cantan en el patio, hacen lo que les agrada, y Tú no te irritas con ellos porque sean felices... ¡Ah! no... ¡Tú no serás mas cruel respecto de mí que de ellos, gran Dios! Porque ¿sabía yo mas que ellos? ¡Tú, que has hecho la hermosa luz del sol, el mundo tan bello, las flores y los pájaros... no me enviarás, no, á las eternas llamas! ¡No será bastante castigo cien años... mil? ¡Oh Dios! ¡no lo es... dejarle, justamente

cuando... empezaba á desear ser buena, digna de él?... ¡Oh! ¡Ten misericordia, misericordia, misericordia!... ¿Por qué no he de convertirme en un pájaro... ó en un gusano... y salir de ese horrible lugar, para ver otra vez brillar el sol y crecer las flores? ¡Oh! ¡no me estoy castigando ya? ¡No estoy expiando mis pecados?... Sí... moriré!... ¡Quizá de ese modo se compadezca Dios de mí!

Y con trémulas manos desenvainó la espada, y estampó muchos besos en la hoja.

—Sí... sobre su espada... sobre la espada con que ha ganado tantas batallas... Así... debe ser... ¡Suya hasta lo último! ¡Qué afilada y qué fría está!... ¡Dolerá mucho?... No; no probaré la punta, pues me faltaría ánimo. Me arrojaré sobre ella de una vez... y como quiera que me punce, no será ya posible volver atrás. Al cabo es su espada, y no me atormentará mucho. ¡Sin embargo, él me hirió con su mano esta mañana!

Y al recordar aquel acto, prorumpió en un prolongado y doloroso grito, que sonó en toda la casa. Apresuradamente colocó derecha la espada al pié del le-

cho, asegurándola bien, y rasgó su túnica...

—¡Aquí... bajo este seno viudo, en que su cabeza no volverá á descansar! ¡Caeré muerta sobre el caro lecho!... Alguno se acerca... ¡Pronto, Pelagia! ¡Ahoral...

Y fuera de sí extendió los brazos en actitud de precipitarse...

—¡Son sus pasos! ¡Me hallará muerta, y no sabrá nunca que muero por él!

El Amal empujó la puerta. Estaba cerrada; mas con un solo golpe la abrió de par en par, y preguntó:

—¿Qué grito fué ese? ¿Qué significa esto, Pelagia?

Pelagia, semejante á una niña á quien se encuentra jugando con un objeto que se le habia prohibido tocar, se cubrió el rostro con las manos y se postró ante él.

—¿Qué es esto? dijo el Amal levantándola.

Pero ella se desprendió de sus brazos.

—¡No! ¡no!... nunca. ¡No soy digna de tí! ¡Déjame que muera!... ¡Soy una miserable! No sirvo mas que para abatirte, y tú debes ser rey. Debes casarte con ella... con la filósofa...

—¡Hipatia? ¡Ha muerto!

—¿Muerto? exclamó Pelagia.

—Asesinada, hace una hora por esos furiosos.

Pelagia llevó las manos á los ojos, y prorumpió en llanto.... ¿de lástima ó de alegría? Ella no se lo preguntó á sí misma, ni nosotros se lo preguntáremos.

—¿Dónde está mi espada? ¡Alma de Odin! ¿quién la ha atado en este sitio?

—Iba á.... ¡No te enfades! Me dijeron que haria bien en morir, y.....

El Amal permaneció absorto por un momento.

—¡Oh! ¡no me pegues otra vez! ¡Mátame con tu propia mano! ¡Todo, menos pegarme!

—¿Pegarte?... ¡Noble muger! exclamó el Amal estrechándola en sus brazos.

La tormenta habia pasado, y Pelagia permaneció muchos minutos junto á aquel amado corazón, gimiendo como una feliz paloma.... Al fin el Amal dijo:

—¡Ahora!... ¡pronto! ¡No tenemos un momento que perder! Sube á la torre que allí estarás segura. ¡Yo voy

á mostrar á esos perros lo que sacan con mostrar los dientes al rededor de la guarida de los lobos.

CAPITULO XXIX.

NEMESIS.

¿ERA verdad lo que habia dicho el Amal?

Filemon vió correr á Rafael y entrar en los jardines del Museo. Sus últimas palabras habian sido un mandato de que permaneciese donde estaba, y el jóven no se movió. El portero negro le dijo con alguna insolencia que su señora no queria ver á nadie ni recibir mensajes; pero él habia formado su resolución, y quejándose del sol se colocó tranquilamente detrás de un poste, y se sentó allí en el pavimento, pronto para un salto desesperado. El esclavo le miró con atentos ojos; mas estaba acostumbrado á los caprichos de los filósofos, y dando gracias á los dioses de no pertenecer á semejante clase de se-

res, se retiró á su celda porteril, y no se volvió á acordar del asunto.

Filemon aguardó media hora larga, pareciéndole que trascurrían horas, dias, años. Con todo, Rafael no volvia ni se presentaba soldado ninguno. ¿Era el judío un traidor? ¡Imposible! Su semblante habia expresado tan intenso terror como él del monge.... Sin embargo, ¿por qué no estaba ya de vuelta?

Quizá habia hallado las calles vacias y se habia convencido de que sus mútuos temores carecian de fundamento... ¿Qué significaba aquel grupo de hombres á unas doscientas varas de allí, y á la sombra de la calle lateral situada enfrente de la puerta del costado que conducia al salon de lecciones de Hipatia? Se dirigió hácia ellos para observarlos; mas habian desaparecido. Otra vez se sentó y aguardó... y de nuevo vió presentarse el anterior grupo. Era un puesto sospechoso. Aquella calle corria á espaldas del Cesáreo, punto de reunion favorito de los monges, y que comunicaba por innumerables entradas y edificios posteriores con la grande iglesia... No obstante, ¿por qué no habrian de reunirse allí algunos monges?

á mostrar á esos perros lo que sacan con mostrar los dientes al rededor de la guarida de los lobos.

CAPITULO XXIX.

NEMESIS.

¿ERA verdad lo que habia dicho el Amal?

Filemon vió correr á Rafael y entrar en los jardines del Museo. Sus últimas palabras habian sido un mandato de que permaneciese donde estaba, y el jóven no se movió. El portero negro le dijo con alguna insolencia que su señora no queria ver á nadie ni recibir mensajes; pero él habia formado su resolución, y quejándose del sol se colocó tranquilamente detrás de un poste, y se sentó allí en el pavimento, pronto para un salto desesperado. El esclavo le miró con atentos ojos; mas estaba acostumbrado á los caprichos de los filósofos, y dando gracias á los dioses de no pertenecer á semejante clase de se-

res, se retiró á su celda porteril, y no se volvió á acordar del asunto.

Filemon aguardó media hora larga, pareciéndole que trascurrían horas, dias, años. Con todo, Rafael no volvía ni se presentaba soldado ninguno. ¿Era el judío un traidor? ¡Imposible! Su semblante habia expresado tan intenso terror como él del monge.... Sin embargo, ¿por qué no estaba ya de vuelta?

Quizá habia hallado las calles vacias y se habia convencido de que sus mútuos temores carecian de fundamento... ¿Qué significaba aquel grupo de hombres á unas doscientas varas de allí, y á la sombra de la calle lateral situada enfrente de la puerta del costado que conducía al salon de lecciones de Hipatia? Se dirigió hácia ellos para observarlos; mas habian desaparecido. Otra vez se sentó y aguardó... y de nuevo vió presentarse el anterior grupo. Era un puesto sospechoso. Aquella calle corría á espaldas del Cesáreo, punto de reunion favorito de los monges, y que comunicaba por innumerables entradas y edificios posteriores con la grande iglesia... No obstante, ¿por qué no habrian de reunirse allí algunos monges?

¿Qué cosa mas comun en cada calle de Alejandria? Filemon trató, pues, de desechar sus temores; pero la insistencia de pensar en ellos los convirtió en certeza. Conoció que un suceso terrible estaba próximo. Observó con mayor atención desde su escondite.... El grupo de hombres permanecía allí, y aun parecia haberse aumentado y acercado mas. Si le encontraban en aquel sitio, ¿qué no sospecharian? Pero no le importaba; pues habia decidido á morir por ella, si las cosas llegaban á ese extremo. Y aunque no era de creer que llegasen, sin embargo, tenia que hablar á Hipatia, que advertiria del peligro. No cesaban de pasar gente de á pié y carruajes; multitud de estudiantes entraron en el salon de lecciones; pero él no los vió, aunque habian atravesado la calle por cerca de donde estaba. El sol seguia adelantando en su carrera, y sus rayos daban de lleno en el ángulo que ocupaba Filemon; de suerte que el pavimento se puso como hierro hecho áscua, y los ojos del jóven estaban deslumbrados por un resplandor tan vivo; pero no lo notó siquiera. Todo su corazon, su vista, sus sentidos todos se habian fijado

en aquella bien conocida puerta, esperando á que se abriese....

Al fin un *curriculo*, en que se veia brillar la plata, rodó en torno del ángulo y se paró frente á él. Hipatia iba, pues, á salir. El grupo de hombres habia desaparecido. Quizá todo fuese ilusion suya. No; estaban allí, mirando hácia el ángulo, próximos al salon de lecciones. Un esclavo salió con una funda bordada.... y en seguida se dejó ver Hipatia, mas radiante de gloria y hermosura que nunca. En sus labios posaba una triste y firme sonrisa; sus ojos se dirigian al cielo en actitud de inquirir, ardientes, y sin embargo, dulces, oscurecidos por algun gran temor interno, como si su alma se hubiese ya emancipado y estuviese en la presencia de Dios.

Filemon se precipitó hácia ella, cogió su ropa convulsivamente, y se arrojó á sus piés exclamando:

— ¡Detente! ¡detente! ¡Vas á tu destruccion!

Hipatia le miró con serenidad.

— ¡Cómplice de hechiceras! ¡Pretendes que la hija de Teon sea, como tú, traidora?

El monje se levantó y retrocedió abrumado de vergüenza y desesperación... ¡Ella le creía, pues, culpado!... ¡Era la voluntad de Dios!

Las plumas de los caballos flotaban á alguna distancia cuando volvió en sí, y se lanzó tras ella gritando sin saber qué.

¡Era demasiado tarde! Una oleada de hombres salió de la emboscada y se precipitó sobre el carro... Hipatia había desaparecido, y mientras Filemon seguía corriendo anhelante, los caballos pasaron junto á él galopando en dirección contraria con el carruaje vacío.

¡A dónde la llevaban aquellos hombres? ¡Al Cesáreo, á la iglesia de Dios? ¿Sería posible?... La multitud, creciendo por momentos, bajaba á la playa, y volvía con piedras, conchas y pedazos de loza.

Hipatia estaba sobre las gradas de la iglesia antes que Filemon hubiese llegado á ellas, invisible en medio de la muchedumbre; pero los fragmentos de su vestido la impedían perderla de vista.

¿Dónde estaban á la sazón sus discípulos? ¡Ay! se habían parapetado vergonzosamente en el Museo á la primera embestida de la multitud que la arran-

có]del carro á la puerta de salón de lecciones. ¡Cobardes! ¡El la salvaría!

Y luchó en vano para penetrar la densa masa de hombres y mugeres de las últimas clases del pueblo, entre los cuales se veían también monjes y paracanos agrupados alrededor de la víctima. Pero lo que él no pudo conseguir lo consiguió otro ser más débil... el porterrillo. Furiosamente (nadie supo cómo ni de dónde) surgió, como si brotase del suelo, en lo más espeso de la multitud, abriéndose paso hácia su ídolo con el chillo, dientes y uñas, semejante á un gato salvaje devorado por la rabia. Mas ¡ay! le derribaron en tierra y rodó por las gradas, quedando allí medio muerto y anegado en llanto, mientras que Filemon saltó por encima de él y entró en la iglesia.

¡Sí! ¡en la iglesia! En aquel recinto frío y oscuro, con sus columnas cinceladas, sus cúpulas, sus lámparas, su incienso, su brillante altar y sus grandes cuadros. Enfrente, sobre el altar, estaba el colosal Cristo observando inmóvil la escena, con la mano derecha levantada en actitud de bendecir... ¡ó de maldecir!

En la nave habia esparcidos nuevos pedazos de su ropa, y en las gradas del altar, y sobre el mismo altar; á los piés del Cristo. Allí se detuvieron un momento aquellos furiosos.

Hipatia se desprendió de sus atormentadores, y dando un salto hácia atrás, se irguió por un segundo cuan alta era. Estaba desnuda, perfecta como la misma Pallas, contrastando su blancura de nieve con las masas sombrías que la rodeaban.... Véase la vergüenza y la indignacion brillar en sus grandes y claros ojos, pero ni una nubecilla de temor. Con una mano se envolvió en sus dorados cabellos, y extendió el otro brazo hácia el Cristo, como apelando... en vano ¡ay! en vano.... ¡del hombre para ante Dios! Sus labios se abrieron con intencion de hablar, pero las palabras que debian salir de ellos solo Dios pudo oirlas; pues en un instante Pedro la derribó en tierra con un golpe, y la multitud se precipitó de nuevo sobre ella... Entonces no se oyeron ya mas que alaridos prolongados y penetrantes, que repetian las bóvedas del techo, y que sonaron en los oidos de Filemon como la trompeta de los ángeles vengadores.

Oprimido contra una columna, incapaz de moverse, se tapó los oidos con las manos; ¡pero no logró apagar aquellos gritos! ¡Cuándo terminarian? ¡Qué estarían haciendo? ¡Destrozándola pedazo á pedazo? Sí, y peor que eso. Y los gritos continuaban, y el Cristo colosal seguia inmóvil, mirando á Filemon con serenos ojos.... Y sobre su cabeza estaba escrito en el arco-iris: “Yo soy el mismo hoy que ayer y que siempre!”

Todo habia concluido. Los gritos se convirtieron en gemidos, y á estos sucedió el silencio. ¿Cuánto tiempo habia estado allí? ¿Una hora ó una eternidad? ¡Gracias á Dios, todo habia concluido! En cuanto á ella.... pero ¡y en cuanto á ellos! De repente un nuevo grito resonó en la cúpula.

—¡Al Cinaron! ¡A reducir los huesos á cenizas! ¡A esparcirlos por el mar!....

Y la multitud salió de la iglesia.... Filemon quiso huir; pero una vez fuera del templo, las fuerzas le faltaron y se dejó caer en las gradas, mirando con estúpido horror el brillo de la llama y la muchedumbre que saltaba y ahullaba como demonios en torno de Moloch.

Una mano cogió su brazo; alzó los

ojos y vió al porterillo. Eudemon le estuvo contemplando un instante. El terrible golpe habia desencantado á aquel infeliz para siempre.

—¡Hice cuanto pude á fin de morir con ella! dijo.

—¡Hice cuanto pude por salvarla! respondió Filemon.

—Lo sé. ¿Los dos no la amábamos?

Y el cuitado portero se sentó junto á Filemon, y al ver correr la sangre de sus heridas por el pavimento, prorumpió en amargo llanto.

Hay ocasiones en que la misma intensidad de nuestra desgracia es un beneficio, aturdiéndonos hasta el punto de impedir que el pensamiento nos atormente. Así sucedió con Filemon, el cual permaneció allí sentado largo tiempo.

—¡Está con los dioses! dijo al cabo Eudemon.

—Está con el Dios de dioses, contestó Filemon; y otra vez callaron ambos.

De improviso una voz imperiosa los sacó de aquel letargo. Miraron, y conocieron á Rafael Aben-Ezra.

Estaba pálido, pero al mismo tiempo sereno como la muerte. Su aspecto no les dejó duda de que lo sabia todo.

—Jóven monge, dijo entre dientes, parece que la has amado....

Filemon dirigió los ojos al cielo sin poder articular un sonido.

—Entoncés levántate y huye al rincón mas distante del desierto, antes que la sentencia de Sodoma y Gomorra caiga sobre esta maldita ciudad. ¿Tienes padre, madre, hermano, gato, perro, pájaros por quien te intereses dentro de esas paredes?

Filemon se estremeció acordándose de Pelagia... Aquella noche (Cirilo se lo habia ofrecido) veinte monges de confianza debian acompañarle para arrebatarla y llevársela consigo.

—¿Tienes? Entonces vé por ellos y huye, acordándote de lo que sucedió á la muger de Lot. Eudemon, sígueme. Es preciso que me conduzcas á tu casa, á la habitacion de Miriam la judía. No lo niegues.... Sé que está allí. Por amor á la que acaba de perecer, te preservaré de todo daño: mas aún; te recompensaré ricamente si te muestras fiel. ¡Levántate!

Eudemon, que conocia bien el semblante de Rafael, se levantó y le guió á su casa temblando. Filemon quedó solo.

No volvieron á encontrarse en la tierra. Pero Filemon conoció que habia estado en presencia de un hombre mas fuerte que él, y que aborrecia aun mas amargamente que él aquel crimen que no debiera haber alumbrado la luz del sol. Sus palabras "Levántate y huye," pronunciadas con el duro predominio de sí mismo, y los lábios contraídos, que caracterizan la agonía encerrada dentro del pecho, sonaron á los oídos del monge como la trompeta del juicio. Huiria, sí. Habia salido á ver el mundo, y lo habia visto. Arsenio tenia razon. ¡Al desierto otra vez! Pero antes queria ir solo á hablar con Pelagia, y suplicarla de nuevo que huyese en su compañía. Era una locura tratar de persuadirla usando de la fuerza. El reino de Dios no debia considerarse como un reino de fanáticos, sino de almas generosas y sumisas. Si no podia ganar su corazon, su voluntad... se iria solo y moriria rogando por ella.

Dejó las gradas del Cesáreo y subió por la calle del Museo. ¡Ah! ¡qué océano rugiente de cabezas! La plebe estaba saqueando la casa de Teón... ¡la casa de tantos recuerdos! ¡Quizá el pobre

anciano habia perecido tambien! Sin embargo... ¡su hermana! Era preciso salvarla y huir. Excitado por esta idea, tomó una calle lateral y trató de seguir adelante.

Pero cada calle arrastraba su corriente de fanáticos furiosos al sitio principal; y antes de que llegase á la casa de Pelagia el sol se habia puesto, y detras de él sonaba, repetido por diez mil voces, el grito de ¡Abajo los paganos! ¡Mueran todos los godos arrianos! ¡Mueran las prostitutas idólatras! ¡Muera Pelagia Afrodita!

Corrió precipitadamente á la puerta de la torre, donde Wulf le habia ofrecido ayudarle. Estaba entreabierta, y en la oscuridad pudo ver una figura de pis en el pasadizo. De un brinco salvó los escalones, pero en vez de Wulf halló á Miriam.

— ¡Déjame pasar!

— ¡Por qué!

Filemon, sin responder, intentó atropellarla y proseguir su marcha.

— ¡Necio, necio, necio! dijo la hechicera, sosteniendo la puerta con todas sus fuerzas. ¡Dónde están tus compañe-

ros de rapto? ¿Dónde tu banda de monjes?

Filemon retrocedió. ¿Cómo había descubierto la vieja su plan?

—Sí... ¿dónde están, estúpido?...

¿Aun no te has desengañado de lo que son los monjes, llegando tu ceguedad hasta querer que esa infeliz niña renuncie á su naturaleza humana, como tú y los tuyos? ¡No!... ¡Muger es, y muger vivirá ó morirá!

—¡Déjame pasar! gritó Filemon furioso.

—Levanta la voz.... que yo tambien la levantaré, y entonces no respondo de que te quede un momento de vida. ¡Necio! ¿Crees que he hablado como judía? No, sino como muger.... como monja. ¡Yo fui monja en otro tiempo, loco!... ¡No, no te apoderarás de ella! ¡La ahogaré primero con mis manos!

Y volviéndole la espalda, empezó á subir aprisa por la escalera de caracol.

Filemon la siguió: pero la intensa pasion de la hechicera le comunicó la fuerza y ligereza de una jóven Ménade. El mouge estava una vez próximo á dejarla atrás; mas se acordó de que no co-

nocia el camino, y se contentó con ir pegado á ella, como á una guia.

Miriam subió muchas escaleras, hasta que de repente entró en un cuarto. Filemon se detuvo. A unos cuantos piés sobre él mostrábase el estrellado cielo, lo que era señal de que estaba cerca del techo. Dentro de un instante la vieja salió del cuarto é iba á seguir subiendo, pero el jóven la cogió por el brazo, y arrojándola en el vacío aposento, cerró tras sí la puerta. Hecho esto, no tardó en llegar á la azotea y verse en presencia de Pelagia.

—¡Vamos! le dijo casi sin aliento. ¡Ahora es la ocasion! ¡Ahora que todos están abajo!

Y tomó la mano de su hermana.

Pelagia retrocedió.

—No, no, contentestó en voz baja; no puedo, no puedo.... ¡Me lo ha perdonado todo, todo! ¡y soy suya para siempre! Cabalmente ahora que se encuentra en peligro, que está espuesto á que le hieran... ¡Cielos! ¡iria á cometer una bajeza tal como abandonarle!... ¡Nunca!

—¡Pelagia, Pelagia, querida hermana! exclamó Filemon en la mayor agonia, ¡acuérdate del castigo del pecado!

¡acuérdate de las penas del infierno!

—¡Ya he pensado en ellas y no te creo... no, no te creo! ¡Dios no es tan cruel como dices! Y si lo fuese... ¡Perder mi amor es el infierno! ¡Que me abrasen luego las llamas, con tal que le conserve ahora!

Filemon se estremeció oyéndola. Asustáronle de nuevo las dudas que había sentido al ver en la bóveda del templo aquellas mugeres pintadas en cuadros que representaban orgías, á cuyo aspecto le había acometido un temblor, y se había preguntado á sí mismo si estarían ardiendo eternamente en el infierno.

—¡Vamos! repitió; y arrodillándose ante ella, cubrió sus manos de besos y le instó en vano para que le siguiese.

—¡Qué significa esto! gritó una voz de trueno... no la de Miriam, sino la del Amal. Estaba desarmado; pero con todo, se avalanzó sobre Filemon.

—¡No le hagas daño! exclamó Pelagia; es mi hermano, el hermano de quien te he hablado.

—¿Qué buscas aquí? preguntó el Amal, adivinando la verdad al momento.

Pelagia no contestó.

—Deseo libertar á mi hermana, que

profesa la religion de Cristo, de los criminales abrazos de un arriano herege. Y la libentaré ó moriré.

—¿Arriano dices? repuso el Amal riéndose. Di pagano, y acertarás, loco. Pelagia, ¿quieres irte con él á ser monja en el desierto?

Pelagia de un salto se colocó al lado de su amante. Filemon la cogió del brazo invocando desesperadamente y por última vez los sentimientos cristianos, y en un momento, sin saberse cómo, el godo y el griego se encontraron empeñados en mortal lucha, no atreviéndose Pelagia á llamar, pues tenia la seguridad de que seria como clavar el puñal en el seno de su hermano.

La lucha duró pocos segundos. El godo levantó á Filemon en sus brazos como á un niño, y llevándole al parapeto, trató de arrojarle al canal. Pero el activo griego se habia enredado como una culebra alrededor de su cuerpo, y le asió de la garganta con la fuerza que da la desesperacion. Dos veces rodaron y vacilaron sobre el parapeto, retrocediendo otras tantas. Al tercer empuje.... la pared de tierra cedió, y

el godo y el griego cayeron al abismo estrechamente abrazados.

Pelagia corrió al borde, muda y con los ojos secos de horror. Dos veces dieron vuelta sobre si mismos por el aire... El pie de la torre, como era usual en Egipto, formaba declive por la parte de afuera antes de entrar en el agua. Debían estrellarse contra él... y entonces... una eternidad pareció el tiempo que gastaron en atravesar el abismo... El Amal estaba debajo... y Pelagia vió sus hermosos y flotantes cabellos dar contra la piedra. En el momento los dos cuerpos se desasieron, sumergiéndose separadamente en el agua, y todo quedó en silencio.

Pelagia miró hácia abajo un instante mas; y luego, lanzando un grito que resonó en el edificio y en el rio, bajó precipitadamente las escaleras y salió en medio de la oscuridad de la noche.

Cinco minutos despues, Filemon, chorreando agua, magullado, ensangrentado, se arrastraba fuera del canal, por la parte mas baja de la callejuela. Una muger que habia salido por la puerta secreta, estaba á la orilla del muelle cruzadas las manos y con los ojos fijos

en el agua. La luna daba de lleno en su rostro. Era Pelagia. Filemon la vió, la conoció y retrocedió exclamando:

—¡Hermana... hermana mia... perdóname!

—¡Asesino!... gritó la jóven.

Y desviando sus extendidas manos huyó de allí.

El camino estaba interceptado con fardos de mercancías, pero la bailarina saltó por encima de ellos como un gamo; mientras que Filemon, medio aturrido por la caída y casi ciego á causa del cabello mojado que le cubria los ojos, tropezó, cayó, y le fué imposible levantarse. Pelagia anduvo unas cuantas varas en direccion de la multitud, que se veia á la luz de las antorchas crecer y amontonarse en la calle principal; luego tomó repentinamente por una travesía, y desapareció. Filemon permaneció gimiendo en el suelo sin tener ya que esperar ni objeto alguno que proponerse.

Al cabo de cinco minutos, Wulf, á la cabeza de veinte espectadores aterrados, hombres y mugeres, á quienes habia atraído á aquel punto el grito de Pelagia, estaba mirando desde el para-

—420—  
péto roto. El fué el único que receló que Filemon se había encontrado allí, y temblando al imaginar lo que pudiera haber sucedido, no comunicó á nadie su sospecha.

Pero todos sabían que Pelagia había estado en la torre; todos habían visto subir al Amal. ¿Dónde se hallaba ahora? ¿Y por qué estaba abierta la portezuela secreta, que justamente se cerró á tiempo de impedir la entrada de la muchedumbre?

Wulf se paró á considerar con su práctica en tales casos todas las contingencias posibles de muerte y horror. Al cabo dijo:

—¡Una cuerda y una luz, Smid!

Le fueron traídas ambas cosas; y Wulf, sin ceder á los ruegos de los más jóvenes, para que les permitiese llevar á cabo tan peligrosa investigación, hizo le bajasen al través de la brecha.

Cuando hubo descendido dos terceras partes de la torre, sacudió la cuerda, y gritó con voz ahogada á los de arriba.

—Tirad. He visto lo suficiente.

Ellos tiraron anhelantes de curiosidad y temor, y Wulf permaneció algu-

—421—  
nos instantes en silencio, como si embargase sus facultades un enorme disgusto.

—¿Ha muerto?

—Odin ha llamado á sí á su hijo, lobos de los godos.

Y alargó su mano derecha á los aterrados circunstantes, prorumpiendo en sollozos... Tenía asido un largo y hermoso rizo empapado en sangre.

El rizo pasó de mano en mano... reconociéndolo uno después de otro; y entonces, con admiración de las mugeres, aquellos grandes y sencillos corazones, demasiado valientes para averganzarse de las lágrimas, lloraron como niños.... ¡Habían perdido su Amal, su hombre celeste, hijo del mismo Odin, su alegría, su orgullo, su gloria, su reino de los cielos, como lo declaraba el nombre, que era todo lo que cada uno de ellos desearía ser, y aun más, y sin embargo les pertenecía; hueso de sus huesos, carne de sus carnes! ¡Ah! ¡es duro para los corazones verdaderamente humanos verse despojados de su ideal, aunque constituya éste un toro salvaje ó un desalmado gladiador!...

Al fin Smid habló:

—Héroes, esta es la sentencia de Odin; y el padre de todos es justo. Si hubiésemos escuchado al príncipe Wulf hace cuatro meses, no habría llegado este caso. Hemos sido cobardes y holgazanes, y Odin se ha irritado con sus hijos. Juremos obediencia al príncipe Wulf y sigámosle mañana adonde quiera.

Wulf cogió afectuosamente la mano que Smid le alargaba.

—¡No, Smid, hijo de Troll! No te corresponde hablar así. Agilmundo, hijo de Criva; Goderico, hijo de Emerico, sois Balts, y á vosotros pertenece la sucesión. Echad suertes para que sepamos cuál ha de ser nuestro capitán.

—¡No, no, Wulf! exclamaron á un tiempo los dos jóvenes. ¡Tú eres el héroe, el Saga! Nosotros no merecemos ese puesto; hemos sido cobardes y holgazanes como los demás. ¡Lobos de los godos, seguid al lobo, aunque os conduzca á la tierra de los gigantes!

Estrepitosos aplausos acogieron estas palabras.

—¡Levantémosle sobre el escudo! gritó Goderico, haciendo pedazos el suyo.

¡Levantémosle sobre el escudo! ¡Salud á Wulf... rey de Egipto!

Y el resto de los godos, atraído por las voces, subió á la torre á tiempo de formar coro y gritar con sus compañeros:

—“¡Salud á Wulf, rey de Egipto!...” cuidándose de la inmensa multitud que ahullaba afuera como los niños se cuidan de la nieve que cae contra las ventanas.

—¡No! dijo Wulf solemnemente, una vez sobre el escudo. Si yo faese vuestro rey, y vosotros mis hombres, lobos de los godos, mañana saldríamos de esta ciudad aborrecida por Odin y manchada con la inocente sangre de la doncella Alruna.... ¿Me seguiréis?

—Hasta las puertas del Muspelheim, gritaron aquellos valientes.

—¿Vais á dejar que nos asesinen? exclamó una de las jóvenes. La multitud está rompiendo ya las puertas.

—¡Silencio!... Héroes, tenemos que hacer una cosa. El Amal no debe ir al Valhalla sin un séquito correspondiente á su clase.

—Pero supongo que no se compondrá de las pobres chicas, dijo Agilmun-

do, creyendo que Wulf desearia celebrar los funerales del Amal, segun el uso de los godos, con un degüello de esclavos.

—No.... He visto á una de ellas portarse esta misma noche como una Vala; y pudieran ser, no me cabe ya duda, esposas dignas de héroes. Las mugeres son mejores de lo que pensaba, hasta las que menos valen de entre ellas. No, bajad, mis valientes, y abrid las puertas, dejando que vengan esos perros griegos á tomar parte en la cena funeral de un hijo de Odin.

—¿Que abramos las puertas

—Si. Goderico, toma una docena de hombres y espera en el salon de Oriente. Agilmundo, vé con otra docena al lado del patio que está al Poniente.... y aguarda allí, en la cocina, hasta que oigas mi grito de guerra. Smid y los restantes me seguirán á la puerta, pasando por los establos, y silenciosos como Hela.

Dicho esto, bajaron todos y encontraron en la escalera á la vieja Miriam.

Sin aliento, y agotadas sus fuerzas por el demasiado ejercicio de aquel dia, habia cedido al violento empuje de Fi-

lemon, yaciendo aturdida por el golpe, hasta que se recobró justamente, á tiempo de recibir su merecido.

La hechicera conoció el fin que la esperaba, y se decidió á arrostrarlo de un modo digno de ella.

—¡Apoderaos de la bruja! dijo Wulf. ¡Apoderaos de la corruptora de héroes... causa de todos nuestros disgustos!

Miriam le miró con tranquila sonrisa.

—La bruja está acostumbrada hace tiempo á oír á los necios culparla de las consecuencias de sus vicios.

—A tierra con ella, Smid, hijo de Troll, para que pase el alma del Amal en su tránsito al Nifheim.

Smid descargó el hacha, pero tan terrible era el brillo de los hundidos ojos de la vieja, que la vista del héroe se deslumbró; y el arma, desviándose, fué á dar al hombro. La hechicera vaciló; pero no llegó á caer.

—Basta, dijo Miriam tranquilamente.

—La maldita hija de Grendel entorpeció mi brazo, esclamó Smid. ¿Que se marché! Nadie dirá que he herido á una muger dos veces.

—Nidhogg la está aguardando, tarde ó temprano, contestó Wulf.

Y Miriam, envolviéndose friamente en su chal, volvió la espalda y bajó con paso firme la escalera, mientras que todos los hombres respiraron mas desahogadamente, como si se viesen libres de algun encanto sobrenatural:

—Ahora, dijo Wulf, á vuestros puestos, y venganza.

La multitud habia estado ahullando en vano al rededor de la casa como media hora, pues las altas paredes, que solo miraban á la calle por unas cuantas ventanas estrechas en los últimos pisos, constituían de ella una verdadera fortaleza. De repente las puertas de hierro se abrieron, y la fila primera pudo ver á la claridad de la luna el patio vacío, reinando en él un espantoso silencio. Al pronto retrocedieron con la sospecha de alguna traicion; pero los que venian detrás los empujaron, y el patio se llenó con los asesinos de Hipatia, que desahogaban su impotente furor contra las paredes y columnas. Entonces, de debajo de las arcadas laterales, salió un cuerpo de hombres armados, haciendo retroceder á todos los demas;

en seguida las puertas rodaron sobre sus goznes y las fieras de Alejandria cayeron al fin en el lazo.

La mortandad fué espantosa. Por tres diferentes puertas se lanzaron los godos, cuyos yelmos y cotas de malla les hacian invulnerables respecto de las groseras armas de la muchedumbre, y se abrieron paso al través de ésta, derribando en tierra personas cuya clase de vestido no les ayudaba en manera alguna. Es cierto que era uno contra diez, pero ¿qué valen diez perros ante un león? . . . Y la luna, cada vez mas alta, seguía contemplando impasible aquella escena de furias, y las albardas y espadas continuaban su obra de destruccion arrastrando los godos los cadáveres al medio del patio, donde el viejo Wulf, sentado sobre un monton de ellos, cantaba las alabanzas del Amal y las glorias del Valhalla, mientras que los agudos sonidos de su laúd se mezclaban con los gritos de los fugitivos y de los heridos, avivándose el compás del wals infernal que tañía á medida que crecia la exaltacion del anciano cantor, cual si quisiera mofarse del terror y la agonía que le rodeaban.

Así, como es costumbre de la Providencia, la sangre de Hipatia fué vengada en parte aquella noche por hombres y proyectos que nada tenían que ver con ella.

En parte solamente; pues Pedro y sus cómplices habían buscado refugio en el Cesáreo, abrazándose al altar. Asustados ante la tempestad desatada por ellos mismos, y temiendo las consecuencias de un ataque al palacio, dejaron que la multitud se desbordase á su arbitrio, y se librara de las espadas de los godos por estarles reservando un castigo mas terrible.... La impunidad.

### CAPITULO XXX Y ULTIMO.

#### CADA CUAL A SU PUESTO.

ERA casi media noche. Rafael había estado aguardando inútilmente unas tres horas en el aposento interior de Miriam la vuelta de la hechicera. Recobrar, si era posible, la riqueza de sus antepasados; trasladarla, sin un día de próroga, á Cirene; y ver de persuadir á la

pobre vieja judía á que le acompañase, y una vez allí, amansarla, guiarla, hasta convertirla, si fuese dable.... tal era su idea. De todos modos, con su riqueza ó sin ella, estaba resuelto á huir sin demora de aquella maldita ciudad; y contaba impaciente las lentas horas y los minutos que le detenían en una atmósfera humeante de inocente sangre y negra con la maldición de un Dios vengador. Mas de una vez, siéndole imposible soportar esta idea, se levantó para marcharse, dejando atrás su riqueza; pero desistía al pensar en su vida pasada. ¡El había añadido sus pecados al cúmulo de maldad que encerraba Alejandria, y había guiado á otros en la senda del delito! ¡Gran Dios! ¡Ademas de delinquir por sí, se había complacido en que delinquesen también otras personas! Y ahora estaba recogiendo el fruto de su anterior conducta; pues inducido meramente de su amor al poder, y de su desprecio misantrópico, se había entretenido en hacer á Orestes mas perverso de lo que era por su baja índole. El le había inclinado á pedir la mano de Hipatia.... ¡El había dirigido, ora por via de juego, ora movido de la

Así, como es costumbre de la Providencia, la sangre de Hipatia fué vengada en parte aquella noche por hombres y proyectos que nada tenían que ver con ella.

En parte solamente; pues Pedro y sus cómplices habían buscado refugio en el Cesáreo, abrazándose al altar. Asustados ante la tempestad desatada por ellos mismos, y temiendo las consecuencias de un ataque al palacio, dejaron que la multitud se desbordase á su arbitrio, y se librara de las espadas de los godos por estarles reservando un castigo mas terrible.... La impunidad.

### CAPITULO XXX Y ULTIMO.

#### CADA CUAL A SU PUESTO.

ERA casi media noche. Rafael había estado aguardando inútilmente unas tres horas en el aposento interior de Miriam la vuelta de la hechicera. Recobrar, si era posible, la riqueza de sus antepasados; trasladarla, sin un día de próroga, á Cirene; y ver de persuadir á la

pobre vieja judía á que le acompañase, y una vez allí, amansarla, guiarla, hasta convertirla, si fuese dable.... tal era su idea. De todos modos, con su riqueza ó sin ella, estaba resuelto á huir sin demora de aquella maldita ciudad; y contaba impaciente las lentas horas y los minutos que le detenían en una atmósfera humeante de inocente sangre y negra con la maldición de un Dios vengador. Mas de una vez, siéndole imposible soportar esta idea, se levantó para marcharse, dejando atrás su riqueza; pero desistía al pensar en su vida pasada. ¡El había añadido sus pecados al cúmulo de maldad que encerraba Alejandria, y había guiado á otros en la senda del delito! ¡Gran Dios! ¡Ademas de delinquir por sí, se había complacido en que delinquesen también otras personas! Y ahora estaba recogiendo el fruto de su anterior conducta; pues inducido meramente de su amor al poder, y de su desprecio misantrópico, se había entretenido en hacer á Orestes mas perverso de lo que era por su baja índole. El le había inclinado á pedir la mano de Hipatia.... ¡El había dirigido, ora por via de juego, ora movido de la

envidia que le causaba el talento de la filósofa, aquella vil trama contra el único ser humano á quien amaba... y que habia destruido! ¡Porque él, y no Pedro, era el asesino de Hipatia!... Es verdad que no habia atentado contra su vida; pero el destino que le preparaba. ¿no era peor que la muerte? Es verdad que no habia previsto las consecuencias; pero era porque no habia querido preverlas. Rafael, en su aspiracion á ser dios, se habia propuesto solo matar y dar la vida á su arbitrio; y este mismo acto le habia convertido en diablo. ¿Quién podría... ni se atrevería, aun pudiendo, á descorrer el sagrado velo que cubria aquellas amargas agonias de interior vergüenza y remordimiento, mas intensas por lo mismo que no le quedaba la menor duda de haber sido perdonado? ¿Qué temor de castigo, qué desesperacion hubieran causado en aquella alma tan viva impresion como la idea de que el Dios á quien habia inferido tales agravios, le devolvía bien por mal, y le recompensaba, no segun sus iniquidades? Este descubrimiento, de acuerdo con lo que Ezequiel habia advertido á sus antepasados, llenó la copa de su

abhorrecimiento de sí propio... ¡Haber encontrado al fin que el Dios tan odiado y temido era todo amor!... ¡Poseer á Victoria, semejanza viva y humana, aunque imperfecta, de aquel Dios, y poseer en ella casa, deber, objeto... una vida nueva de justo trabajo, quizá de victoria final!... Tal era su castigo, tal la marca de Cain que llevaba en la frente.

Pero, á lo menos, le restaba que hacer una cosa, y era reparar el mal donde él mismo lo habia causado; no como propiciacion, ni aun como sustitucion... sino simplemente como confesion de la verdad que habia descubierto.

Por último, oyó los lentos pasos de Miriam en la sala exterior, y su voz ordenando á los esclavos que saliesen; luego la oyó cerrar la puerta de fuera, despues de lo cual entró y dijo con calma:

— ¡Bien venido! Te he esperado, y tu venida no sorprende á la vieja Miriam. El teraf me dijo anoche que llegarías hoy...

Sea que viese la sonrisa incrédula de Rafael, ó que le remordiese de improviso la conciencia, exclamó al instante;

—¡No! ¡No te aguardaba! ¡Es mentira! ¡Soy una miserable, incapaz de decir verdad, aunque quiera! ¡Mirame con ojos bondadosos; que vea yo tu sonrisa, Rafaell... ¡Por fin has vuelto á los brazos de tu pobre y anciana madre! ¡Ah! ¡sonriete, hijo mio! ¡hijo mio!

Diciendo así, le estrechó contra su seno.

—¿Tu hijo?

—¡Sí, mi hijo! Seguro al cabo... Mio, sí. ¡Puedo probarlo ahora! ¡El hijo de mi vientre, aunque no de mis votos! Y se reía históricamente. ¡Mi hijo, mi heredero, para quien he trabajado y aterrorado durante treinta y tres años! ¡Pronto! Aquí están mis llaves. En este gabinete tengo todos mis papeles... cuanto poseo es tuyo. Tus joyas están seguras, enterradas con las mias. La negra casada con Eudemon sabe dónde. La hice jurar por su idolillo de madera que guardaría secreto, y aunque cristiana, se ha portado con honradez. Dale con que viva en la abundancia. Ocultó á tu anciana madre, y sin ella no te vería hoy á mi lado. Pero no des nada á su marido, pues es malo y la maltrata... ¡Pronto! ¡toma tus riquezas y vetel!...

No; espera un momento... breve, muy breve... lo bastante para que la pobre vieja pueda alegrar su corazón con la vista de su amado hijo otra vez antes de morir!

—¿Antes de morir?... ¡Tu hijo? ¡Dios de mis padres! ¡qué significa todo esto, Miriam? ¡Esta mañana era hijo de Ezra, mercader de Antioquía!

—Hijo y heredero, sí, hijo y heredero suyo. El lo supo todo al cabo. Nosotras se lo dijimos en el lecho de muerte. Juro que se lo dijimos y te adoptó.

—¿Nosotros! ¡Quiénes?

—Su muger y yo. Ansiaba un hijo, y le dimos uno mejor que todos los de su familia. Y te amó y aceptó, aun después de tener conocimiento de lo que había pasado. Temía que se burlasen de él después de muerto... que se supiese que carecía de hijos. ¡No... su temor era justo!... ¡verdadero judío en esto al cabo!

—¿Quién fué, pues, mi padre? preguntó Rafael fuera de sí.

La vieja le contestó con una risa tan prolongada y salvaje, que Rafael se estremeció.

—Siéntate á los pies de tu madre.

Siéntate.... para complacer á la pobre vieja. Si no la crees, finge á lo menos que eres su hijo por un minuto antes de que muera, y ella te dirá todo.... quizá hay tiempo aún....

Rafael se sentó.

—¡Si esa encarnacion de todas las maldades fuese realmente mi madre!... Y sin embargo, ¿por qué habria de asustarme tanto esta idea? ¡Soy tan puro yo que merezca una madre mas pura?

La vieja colocó su mano tiernamente sobre la cabeza de Aben-Ezra, y sus descarnados dedos jugaban con el suave cabello de éste, mientras decia aprisa lo que sigue:

—De la casa de Jesé, de la extirpe de Salomon; ningun rabino de Babilonia se atreveria á negarlo! ¡Soy hija de rey; tenia y tengo corazon de rey, digno de Salomon, hijo mio!... Corazon de rey, si.... Desdeñé ser esclava, desdeñé ser un juguete, como están condenadas á serlo las mugeres judias por sus tiranos, los hombres. ¡Anhelaba sabiduria, renombre, poder.... poder.... poder; y mi nacion no me concedia nada de esto, porque era muger! Asi, los deje y me dirigí á los sacerdotes cristianos, quie-

nes me dieron lo que solicitaba.... y mas aún.... ¡Halagaron mi vanidad de muger, mi orgullo, mi obstinacion, mi desprecio de los vinculos matrimoniales, y me ordenaron que fuese santa, juez de ángeles y arcángeles, esposa de Dios! ¡Mentira! ¡Mentira! y así.... Si te ries, no me mates, Rafael.... Y así, Miriam, la hija de Jonatan.... Miriam, de la casa de David.... Miriam, la descendiente de Ruth y Racab, de Raquel y Sara, se convirtió en monja cristiana... ¡Silencio! Si me interrumpes, quizá se perderá la ocasion. ¡Los oigo que me llaman, y les he hecho prometer que no me llevarian hasta decir todo á mi hijo.... al hijo de mi vergüenza!

—¿Quién te llama? preguntó Rafael; mas despues de un fuerte estremecimiento, Miriam continuó, sin darse por entendida.

—¡Pero mentian, mentian, mentian! Lo descubrí aquel día.... No me mires y te diré todo. ¡Hubo un tumulto... un combate entre los diablos cristianos y los diablos paganos.... y el convento fué saqueado, Rafael, hijo mio!... ¡Saqueado!... Entonces descubri su blasfemia.... ¡Oh Dios! ¡Yo apelé á El, Ra

fael! Le invocué para que, hendiendo los cielos, bajase en mi auxilio... Le pedí que lanzase sobre ellos sus rayos.... que abriese la tierra y los devorase.... que salvase á la infeliz jóven que le adoraba, que habia renunciado á su padre, á su madre, á sus parientes, riqueza, luz del cielo, condicion de muger, por El... que soñaba con El noche y dia... ¡Y no me oyó, Rafael.... no me oyó.... no me oyó!.... ¡Y me convencí de que todo era mentira, mentira!

Rafael pensó en Victoria, y sintió arder sus venas con justo furor.

—La prueba era evidente, ¿no es verdad?... Nueve meses estuve loca... Y al cabo de este tiempo tu voz, niño de mis entrañas, mi alegría, mi orgullo... me hizo volver en mí. Dejando entonces los sacerdotes galileos, torné á mi nación, donde Dios me habia colocado desde el principio, y logré que los rabinos.... mi padre, mis parientes.... me recibiesen. ¡No podian resistir mi mirada; pues en mi mano está obligar á otros á hacer lo que yo quiera, Rafael! Yo pudiera elevarte al puesto de emperador, si me quedase tiempo para ello. Volví. Te presenté á Ezra como

hijo suyo, y su muger y yo le hicimos creer que habia nacido mientras estaba en Bizancio... ¡Entonces era preciso vivir para tí! Y para tí viví. Para tí viajé desde la India á las islas del Océano, buscando riquezas. Para tí trabajé, atesoré, mentí, intrigué, gané dinero por todos los medios, sin reparar en que fuesen bajos.... ¡Y he triunfado! Eres el judío mas rico del Sur del Mediterraneo, y mereces serlo. Tienes el alma de tu madre.... Tu astucia, tu osadia, tu ciencia, tu desprecio hácia esos perros gentiles, han constituido mi gloria. Por tus venas corre la sangre real de Salomon. Eras el leon de Judá, y ellos los chacales que te seguian para alimentarse de tus sobras. ¡Y ahora, ahora! ¡Tu único peligro ha pasado ya! Ha dejado de existir la muger artificiosa, la mágica, que trataba coger á mi leon en su red, y ha caido en ella; mientras el leon, ya salvo, se dispone á devorar las naciones y reducir sus huesos á polvo, estando escrito: "El yace semejante al cachorro del leon; y ¿quién se atreverá á despertarlo?"

—¡Detente! dijo Rafael. Debo hablar, madre! ¿es preciso que hable! ¡por el

amor que me profesas, por el que esperas de mí, responde! ¿Has tenido parte en su muerte? ¡Responde!

—No te he dicho que no soy ya cristiana? Si hubiera continuado siéndolo, no sé de lo que habria sido capaz. Todo lo que la judía se atrevió á hacer, fué... ¡Necia de mí! He olvidado todo este tiempo la prueba... la prueba...

—No necesito prueba, madre. Me bastan las palabras, dijo Rafael tomando las manos de la vieja entre las suyas, y estrechándolas contra su abrasada frente. Pero Miriam prosiguió:

—¡Mira! ¡Mira la ágata negra que le diste en el tiempo de tu locura!

—¿Cómo ha venido á tus manos?

—La robé, hijo mio, la robé, como roban los ladrones, y son crucificados por ello. ¿Qué importa la cruz á una madre anciosa de ver á su hijo? ¿A una madre que habia colgado del cuello de su amado niño, hacia treinta y tres años, esta ágata rota, conservando la otra mitad dia y noche junto á su corazón?... ¡Mira! Mira qué bien ajustan. ¡Mira, y cree á tu pobre madre anciana y pecadora! ¡Mira, te digo!

—Y arrojó el talisman en manos de Rafael.

—¡Ahora venga cuando quiera la muerte! Habia jurado no descubrir este secreto sino á tí... y eso, á la ahora de mi muerte. ¡Adios, hijo mio! ¡Bésame, aunque no sea mas que una vez, mi querido, mi alegría! ¡Oh! ¡esto lo compensa todo!

Rafael conoció que debia hablar entonces ó nunca, aun cuando arriesgase perder sus riquezas é incurrir en la maldicion de su madre. Asi, no osando alzar los ojos, dijo con dulzura:

—Madre, los hombres te han mentido acerca de El; pero te ha mentido El jamás sobre si mismo? A mi no, pues habiéndome enviado por el mundo en busca de un hombre, he vuelto con la buena noticia de que El hombre ha nacido en el mundo.

Pero Rafael vió atónito que Miriam, en lugar de prorumpir en espresiones de hipócrita indignacion, como habia esperado, contestó en voz baja y confusa:

—¡Y el te envió aquí? Bien... eso se parece mas á la idea que yo me habia formado de El. ¡En último resultado

seria grande que un judío fuese el rey de los cielos y la tierra!.... Bien... Lo sabré pronto... En otro tiempo le amé... y quizá.... quizá....

La cabeza de la vieja cayó sobre el hombro de Rafael: el cual, habiéndose vuelto y visto brotar la sangre á borbotones de la boca de su madre, dió voces. Las esclavas acudieron, rasgaron el chal de la hehcicera, y entonces quedó descubierta la espantosa herida que habia ocultado hasta el último momento con tan extraordinaria resolución. Pero era demasiado tarde. Miriam, hija de Salomon, habia ido á su correspondiente sitio.

La iglesia de Egipto, libre de enemigos exteriores y sin la union que es obra del miedo, volvió las iras contra sí misma y despedazó sus entrañas con un voluntario suicidio, lanzándose sus individuos mútuos anatemas hasta concluir en un caos de sectas idólatras, que se perseguian por proposiciones metafísicas, las cuales, verdaderas ó falsas, eran siempre heréticas en sus bocas, porque las empleaban solo como contraseñas de division. Ortodoxos ó

no ortodoxos, ninguno de ellos conocia á Dios, no conociendo justicia, amor ni paz.... Aborrecian á sus hermanos y caminaban en la oscuridad sin saber adónde iban.... hasta que Amrú y sus mahometanos aparecieron; y entonces, que lo supiesen ó no, llegaron por fin al puesto que les correspondia....

“Aunque los molinos de Dios muelen lentamente, desmenuzan mucho el grano.”

“Aunque Dios aguarda con paciencia, lo muele todo con la debida exactitud.”

En el tiempo oportuno sucedió á los filósofos lo mismo que á los eclesiásticos de Alejandria.

Veinte años despues de la muerte de Hipatia, la filosofia se aproximaba á su ocaso; aquel asesinato habia sido su golpe mortal. Los filósofos recibieron en él un tremendo aviso de que el género humano habia roto con ellos; que pesados en la balanza, ésta se habia inclinado al lado contrario; que si no tenían mejor Evangelio que predicar, debían dejar el puesto á los que lo tenían. Y desaparecieron efectivamente. Poco ó nada oímos de ellos ni de su sabidu-

ría en adelante, excepto en Atenas, donde Proclo, Máximo, Isidoro y otros, conservaron la cadena de oro de la herencia Platónica, y descendieron cada vez mas uno tras otro, en los reinos de la confusión, confusión de lo material y lo espiritual; del sugeto con el objeto, de lo moral con lo intelectual, conformes en una sola cosa, á saber: en su fariseísmo esclusivo; incapaces de proclamar ninguna idea nueva, útil para el hombre como hombre, ni de concebir su posibilidad, y gradualmente mirando con mayor complacencia todas las supersticiones que no envolvían la idea de la Encarnación, única que odiaban, buscando señales y prodigios, mezclándose en trabajos de magia y astrología y en bárbaros fetichismos, echando menos la edad pasada y censurando toda forma de pensamiento humano que no fuese la suya, escribiendo pomposas biografías en mal griego, peor gusto y aun peores milagros.....

“Última ocupación de la envidiosa pereza y de la orgullosa decrepitud. No hay fé, ni arte, ni rey, ni sacerdote, ni Dios, mientras que brotan en torno las fuentes de la vida: los viejos sistemas,

arrastrándose sobre la estéril tierra, charlando acerca de la primavera que no ha de volver, y llorando por los dioses que no han podido salvar de la muerte, caminan derechos al sepulcro.”

La última escena de su tragedia no careció de pasión... En el año 529, Justiniano cerró por un edicto imperial las escuelas de Atenas. No tenían mas que decir al mundo, fuera de lo que el mundo habia oído mil veces, ¿de qué serviría que interrumpiesen con semejantes ruidos el silencio feliz que reinaba? Los filósofos conocían la inutilidad de su esfuerzo. No pensaban en ser mártires, pues nada tenían que testificar, ningún mensaje tenían para el género humano, ni éste se interesaba en lo mas mínimo por ellos. Todo lo que les quedaba era cuidar de sus almas, y creyendo ver algo semejante á la república ideal de Platon en el puro monoteísmo de los Guebros, su filosófico emperador Cosroes y su santa casta de magos, siete de ellos marcharon á Persia para olvidar la aborrecida existencia del cristianismo en aquel ideal realizado. Pero ¡ay! el puro monoteísmo que descubrieron era perfectamente compatible con la hi-

poeresia y la ferocidad, la lujuria y la tiranía, serrallos y cuerdas, matrimonios incestuosos y cadáveres expuestos á las bestias del campo y á las aves; y temiendo razonablemente por sus gargantas, los siete sabios volvieron al imperio cristiano de donde habian huido, contentos con el permiso que Cosroes habia obtenido para ellos de Justiniano, y se reducía á dejarlos vivir en paz y morir entre personas decentes. Así murieron en efecto, legando á la posteridad como su última obra la de Simplicio, titulada: *Comentarios sobre el Enquiridion de Epicteto*, ensayo sobre el arte del egoismo, con arreglo al cual todo hombre puede llegar á ser un fariseo tan perfecto como el mejor. ¡Paz á sus cenizas!... Han ido á su correspondiente sitio.

Wulf habia ido tambien al suyo. El y Smid murieron en España cargados de años y honores, en la corte de Ataulfo y Placidia, habiendo renunciado la soberanía en manos de su legítimo jefe y vivido lo suficiente para ver á Goderico y sus compañeros de armas mas jóvenes establecidos con sus esposas de

Alejandro en las vertientes de donde habian arrojado á los vándalos y suevos para ser los antepasados de los nobles castellanos. Wulf murió en el paganismo en que habia vivido. Placidia, que le amaba como á todos los corazones rectos y generosos, logró una vez persuadirle á aceptar el bautismo. El mismo Ataulfo era uno de los padrinos; y el anciano guerrero iba ya á dirigirse á la pila bautismal, cuando se volvió repentinamente al obispo y le preguntó dónde estaban las almas de sus abuelos paganos.

—En el infierno, respondió el digno prelado.

Entonces Wulf se retiró de la pila, y envolviéndose en su capa de piel de oso, dijo que preferiria, si Ataulfo no tenia objecion que hacerle, ir á reunirse con los suyos. Murió, pues, sin bautizarse, y marchó á su puesto correspondiente.

Victoria gozaba aún de vida y estaba ocupada; pero realizándose el pronóstico de Agustin, habia encontrado perturbaciones en la carne. El dia del Señor habia llegado, y los tiranos vándalos eran á la sazón dueños de las fércas tierras de Africa. Su padre y su herma-

no descansaban junto á Rafael Abenezra, bajo los muros arruinados de Hipona, habiendo sucumbido muchos años antes en la vana tentativa de libertar á su país de los innumerables invasores. Pero murieron como héroes, lo cual sirvió de satisfacción á Victoria. Y se susurraba entre los afligidos católicos, cuyo ángel de misericordia era, que también ella había sufrido extraordinaria miseria y vergüenza... que sus delicados miembros llevaban las cicatrices de horribles torturas... que un cuarto de su casa, donde no entraba mas que ella, contenía la tumba de un niño, y que pasaba largas noches de oración en el punto en que yacía su único hijo, martirizado por los perseguidores arrianos. Aun mas, algunos de los pocos que habiendo osado arrostrar aquella tormenta, sobrevivieron á su furia, aseguraban que Victoria, en medio de su desgracia y agonía, había animado al tímido niño á soportar su gloriosa muerte. Pero la perturbación que encontró en la carne no alcanzó hasta su espíritu. Con los mismos claros y alegres ojos que caminaba junto á su padre en el campo de Ostia, vagaba entre las victi-

mas de la rapiña y persecución vandálicas, empleando en atender á los mutilados y enfermos y á los que habían perdido su hacienda, los pequeños restos de su antigua riqueza, y atrayéndose, por medio de la pureza y la piedad, el respeto y favor hasta de los bárbaros conquistadores... Tenía su misión que desempeñar: la desempeñó, y se sintió satisfecha, y á su debido tiempo fué también al sitio que la correspondía.

El Abad Pambo, lo mismo que Arsenio, habían muerto hacia algunos años, y ocupaba el puesto del abad por disposición suya al morir, un ermitaño del desierto vecino, famoso en muchas millas á la redonda, por su extraordinaria austeridad, sus incesantes oraciones, su apacible sabiduría, y según se susurraba, por varias cosas que no podían atribuirse mas que al poder de hacer milagros. Aun en la flor de su juventud fué arrancado, á pesar de sus ruegos, de la grieta de una elevada roca para presidir en los Lauros de Scetis, y ordenado diácono á insinuación de Pambo por el obispo de la diócesis, el cual, pasados tres años, dispuso que se ordenase de sacerdote. Los monjes de mas edad

consideraban indigno de ellos el ser regidos por un hombre tan joven; pero el monasterio prosperó y se aumentó rápidamente bajo su gobierno. Su dulzura, paciencia y humildad, y sobre todo, su admirable conocimiento de las dudas y tentaciones de los pecadores, atrajeron pronto á su lado á cuantos por su sensibilidad ó mal humor eran un elemento de discordia en los monasterios de aquellos contornos. A él se acogían igualmente, como á David en las montañas, los descontentos y los oprimidos. Los abades vecinos quisieron al principio formarle un cargo de que se sentase á la mesa con publicanos y pecadores; pero tuvieron que callar al ver que las personas que ellos habían lanzado de sí como réprobos, trabajaban pacífica y alegremente bajo Filemon. La vieja generacion de Scetis contemplaba también con horror el nuevo influjo de los pecadores; pero su abad les respondía:

—Los que están sanos no necesitan médico, sino los que están enfermos.

Nunca se oyó al joven abad hablar duramente de ningún ser humano.

—Cuando hayas tratado en vano siete años de convertir á un pecador, so-

lia decir, entonces tendrás derecho para suponerle peor que tú.

Su doctrina favorita era que había una simiente de bien en todos los hombres, un espíritu divino que luchaba en todas las almas, un Evangelio que transformaría todos los corazones, con tal que los abades y los clérigos supiesen predicarlo; doctrina que acostumbraba á defender cuando de tiempo en tiempo discutía algún punto conforme á los principios de su teólogo favorito Clemente de Alejandria. Especialmente rechazaba toda indicación dirigida á rebajar á los hereges y paganos.

—Nosotros, decía, tenemos la culpa de que haya hereges é incrédulos, pues si fuésemos un solo día lo que debemos ser, el mundo estaría convertido antes de la noche.

Respecto de una clase de pecados era inexorable... hasta feroz, á saber: los pecados cometidos por eclesiásticos. A medida que un hombre gozaba más reputación de ortodoxia y santidad, el juicio de Filemon á cerca de él era más severo é implacable. Los acontecimientos le probaron repetidas veces que había sido injusto, y entonces ninguno

confesaba su error con mas franqueza ni se humillaba por ello mas amargamente. Pero nunca se desvió de su regla; y los fariseos del Nilo le temian y evitaban tanto como le amaban y seguian los publicanos y pecadores.

En su conducta solo una cosa parecia censurable entre las personas justas que no necesitaban arrepentirse, y era que en sus actos mas solemnes de devoción, en aquellas largas noches de incesante oracion y disciplina, que le valieron la fama de santidad sobre humana, se mezclaban siempre en sus oraciones los nombres de dos mugeres. Y habiéndose atrevido un digno hermano de mas edad que él á insinuarle que esto causaba algun escándalo á los hermanos mas débiles, respondió:

—Es verdad; dí á mis hermanos que ruego todas las noches por dos mugeres, ambas jóvenes, ambas hermosas, ambas amadas por mí mas de lo que amo mi alma, y díles tambien que una de ellas fué prostituta y la otra pagana.

El anciano monge llevó la mano á la boca y se retiró abriendo tamaños ojos.

Nos parece mejor extraer el resto de su historia de un fragmento inédito de

la *Hagiología Nilótica de Graidiocolorytus Tabennititus*, cuya obra en su mayor parte fué destruida en la toma de Alejandria por Amrú, el año 640 de la Era cristiana.

Despues de haber el dicho abad regido el monasterio de Scetia por espacio de siete años, con rara prudencia, resplandeciendo en virtud y milagros, aconteció que una mañana se retardase su asistencia al Oficio Divino. Con tal motivo, cierto hermano que era tambien diácono, fué enviado á averiguar la causa de tan desusada ausencia, y halló al abad tendido en el piso de su celda, semejante á Balaam en la carne, aunque muy diferente en el espíritu, hundido en éxtasis, si bien con los ojos abiertos. No atreviéndose á despertarle, se sentó junto á él hasta mediodia, juzgando con razon que en aquel accidente habia algo de sobrenatural. Al mediodia el santo se levantó sin manifestar la menor sorpresa, y dijo:

—Hermano, prepara los Divinos elementos para que pueda consagrarlos. Y como el otro le preguntase por qué le hacia tal encargo, el santo le contestó:

—Porque quiero participar de ellos con todos mis hermanos antes de partir. Pues está seguro de que hoy en siete días volaré á las mansiones celestes. Esta noche se me han aparecido en sueños las dos mugeres á quienes amé y por las cuales ruego, una vestida de blanco y otra de color de rubí. Me tomaron por la mano y me dijeron: “La vida futura no es lo que imaginas; ven con nosotras y te convencerás.”

Turbado el diácono al oír estas palabras, salió; pero tanto por deber de obediencia, cuanto por respeto á la santidad del abad, no vaciló en preparar los Divinos elementos conforme se lo había mandado. El abad los consagró y distribuyó entre sus hermanos, reservando únicamente parte del pan y del vino. En seguida, dándoles el ósculo de paz, tomó la patena y el cáliz y dejó el monasterio, dirigiéndose al desierto. Toda la hermandad le siguió llorando, convencida de que no volvería á verle. Pero el abad, al llegar al pié de cierta montaña, se detuvo, y bendiciéndolos les mandó retirarse y los despidió con estas palabras:

—Como habeis sido amados, amad.

Como habeis sido juzgados, juzgad. Como habeis sido perdonados, perdonad.

Y subiendo, desapareció de su vista. Los hermanos se volvieron al convento atónitos, y oraron y ayunaron por tres días; pero al fin el hermano mas viejo, avergonzado como Eliseo ante las súplicas de los discípulos de Elías, envió á dos de los mas jóvenes en busca de su abad.

A los cuales les sucedió una cosa notable y milagrosa. Pues habiendo subido á la misma montaña donde dejaron al abad, hallaron allí cierto pueblo moro, no contrario á la verdad cristiana, y supieron de él que dias antes un sacerdote había pasado por allí con una patena y un cáliz en la mano, y que despues de bendecirlos en silencio, había atravesado el desierto en la dirección de la Cueva de la Anima.

Como inquiriesen entonces quién era esta Anima, los moros respondieron con asombro que hacia cosa de veinte años había llegado á las montañas una muger mas hermosa de lo que nunca se había visto en aquella region, ricamente vestida, que despues de morar breve tiempo en medio de su tribu, habiendo

distribuido entre ellos las joyas que llevaba, habia abrazado la vida eremítica y habitado en la cúspide mas alta de una montaña vecina, hasta que saltándole los vestidos se ocultó de todo el mundo, excepto de unas pocas mugeres de la tribu, que iban de cuando en cuando á verla con ofrendas de frutas y harina y á pedirle la bendicion de sus oraciones, ante las cuales se presentaba raras veces, cubierta hasta el suelo por negros cabellos de excesiva longitud y brillantez.

Al oír este relato, los dos hermanos dudaron un momento; mas al fin, decididos á seguir adelante, llegaron al ponerse el sol á la cima de la montaña que les habian indicado.

Allí se ofreció á su vista un gran milagro. Sobre una sepultura abierta, recientemente cavada en la arena, se veia una nube de buitres y otras aves de rapina, á las cuales ahuyentaban de aquel sitio dos leones, como si les estuviese encomendada la custodia de algun sagrado depósito. Los dos hermanos, fortificándose con la señal de la santa cruz, se dirigieron hácia ellos; y entonces los leones, juzgando cumplida su mision,

se retiraron y dejaron ver á los hermanos un espectáculo, que éstos contemplaron con asombro y no sin lágrimas.

Porque en la sepultura abierta yacia el cuerpo de Filemon el abad, y á su lado, envuelto en la capa del mismo, el cadáver de una muger excesivamente hermosa, tal como la habian descrito los moros. Unido á ella en estrecho abrazo, como dos hermanos, el abad habia entregado su alma á Dios, administrando antes á la muger el Santísimo Sacramento; pues que, junto á la sepultura, estaban la patena y el cáliz, sin su divino contenido.

Habiendo visto todas estas cosas en silencio, consideraron que su inteligencia pertenecia al tribunal divino, y que no necesitaban ser comprendidas por hombres consagrados á Dios. En tal concepto, despues de llenar la sepultura á toda prisa, volvieron llorando á los Lauros, y relataron lo que habian visto; y yo, el escritor, habiendo recogido estos hechos de bocas sacrosantas y dignísimas de fé, puedo decir solo que obraron cuerdamente.

Antes de volverse, uno de los hermanos, registrando la cueva donde habita-

ba la santa muger, no encontró en ella alimento, muebles, ni nada mas que un brazaletes de oro, de gran tamaño y raro trabajo, grabado con caracteres extranjeros, que ninguno supo descifrar. Cuyo brazaletes, llevado á los Lauros de Scetis, y dedicado allí en la capilla á la memoria de la bienaventurada Anima, puso fuera de duda la santidad de ésta con los milagros que obró su virtud. Innumerables personas acudieron de toda la Tebaida, atraidas por la fama de la sagrada reliquia. Pero despues que la vandálica persecucion de Hunerico y Genserico hubo devastado el Africa, enriqueciendo la Iglesia Católica con un sin número de mártires, ciertos bárbaros de raza vandálica, imbuidos en la perversidad de los arrianos y envaletonados por el triunfo, salieron de Mauritania y se lanzaron en la region Tebaida, saqueando é incendiando todos los monasterios, é insultando las virgenes consagradas al Señor. Llegaron por último al monasterio de Scetis, y allí, ademas de profanar el altar y robar los vasos sagrados, segun su impía costumbre, se llevaron tambien la santa reliquia, principal gloria de los Lauros,

a saber: el brazaletes de la bienaventurada Anima, pretendiendo sacrílegamente que habia pertenecido á un guerero de su tribu, y explicando como sigue los caracteres grabados en él:

Para Amalrico, hijo de Amal: Smid, hijo de Troll, me hizo.

Dijesen ó no verdad, su sacrilegio no quedó impune; pues tratando de volver á su país, al otro lado de los mares, por el Nilo, cayeron sobre ellos los campesinos, mientras los entorpecía el vino y el sueño, y no dejaron ni uno solo con vida. La piadosa multitud, habiendo devuelto la santa reliquia á su primitivo santuario, obtuvo la recompensa merecida; pues desde entonces es favorecido con nuevos milagros, y por virtud de aquella los ciegos recobran la vista, los paralíticos la fuerza, y los endemoniados la salud, todo en honor de la Ortodoxa Iglesia Católica y de sus Santos.

Así sea. Pelagia y Filemon, como los demas, se dirigieron al sitio que les correspondia, único donde en tales tiempos podian hallar descanso: el desierto y la ermita; trasladándose luego á ese encantado país de leyendas y milagros,

que por muchos siglos recibió en su seno á cuantos vivian santamente.

Ahora, lectores míos, adios. Os he mostrado seres que se os parecen, sin mas diferencia que haberles vestido la toga y la túnica, en vez del frac y del gorro. Permitidme una palabra antes de separarnos. El mismo diablo que tentó á aquellos antiguos egipcios os tienta á vosotros, y el mismo Dios que los hubiera salvado, queriendo ellos, os salvará á vosotros, si queréis. Sus pecados son los vuestros, así como sus errores, su sentencia, su emancipacion. Nada hay nuevo bajo el sol. Lo que ha existido, es lo que existirá. Aquel de entre vosotros que no haya cometido ningun pecado, arroje la primera piedra á Hipatia ó Pelagia, á Miriam ó Rafael, á Cirilo ó Filemon.

FIN.

## INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO.

Capít. XVI.— <i>Venus y Palas</i> , , ,	3
Cap. XVII.— <i>El rayo de luz perdido</i> , , , , , , , , ,	36
Cap. XVIII., , , , , , , , ,	54
Cap. XIX.— <i>Judíos contra cristianos</i> , , , , , , , , ,	83
Cap. XX.— <i>Los medios de vencer</i> , ,	110
Cap. XXI.— <i>Sinesio</i> , , , , ,	151
Cap. XXII.— <i>Pandemonium</i> , , ,	209
Cap. XXIII.— <i>Nemesis</i> , , , ,	243
Cap. XXIV.— <i>Ovejas perdidas</i> , ,	252
Cap. XXV.— <i>En busca de una señal</i> ,	290
Cap. XXVI.— <i>Intriga de Miriam</i> , ,	322
Cap. XXVII.— <i>La vuelta del prodigo</i> , , , , , , , , ,	351
Cap. XXVIII.— <i>Amor de muger</i> , ,	387
Cap. XXIX.— <i>Nemesis</i> , , , ,	402
Cap. XXX y último.— <i>Cada cual á su puesto</i> , , , , , , , , ,	428

que por muchos siglos recibió en su seno á cuantos vivian santamente.

Ahora, lectores míos, adios. Os he mostrado seres que se os parecen, sin mas diferencia que haberles vestido la toga y la túnica, en vez del frac y del gorro. Permitidme una palabra antes de separarnos. El mismo diablo que tentó á aquellos antiguos egipcios os tienta á vosotros, y el mismo Dios que los hubiera salvado, queriendo ellos, os salvará á vosotros, si queréis. Sus pecados son los vuestros, así como sus errores, su sentencia, su emancipacion. Nada hay nuevo bajo el sol. Lo que ha existido, es lo que existirá. Aquel de entre vosotros que no haya cometido ningun pecado, arroje la primera piedra á Hipatia ó Pelagia, á Miriam ó Rafael, á Cirilo ó Filemon.

FIN.

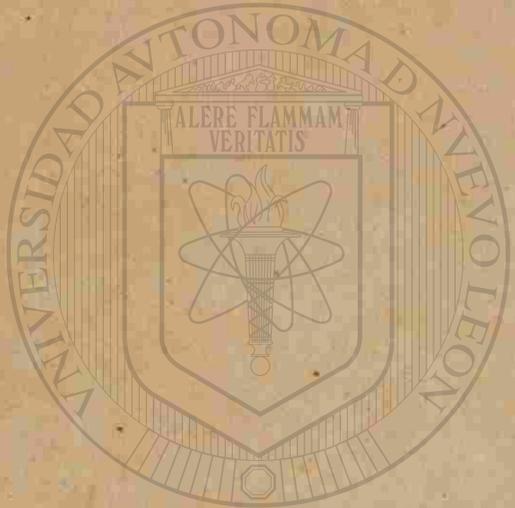
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO.

Capít. XVI.— <i>Venus y Palas</i> , , ,	3
Cap. XVII.— <i>El rayo de luz perdido</i> , , , , , , , ,	36
Cap. XVIII., , , , , , , ,	54
Cap. XIX.— <i>Judíos contra cristianos</i> , , , , , , , ,	83
Cap. XX.— <i>Los medios de vencer</i> , ,	110
Cap. XXI.— <i>Sinesio</i> , , , , ,	151
Cap. XXII.— <i>Pandemonium</i> , , ,	209
Cap. XXIII.— <i>Nemesis</i> , , , ,	243
Cap. XXIV.— <i>Ovejas perdidas</i> , ,	252
Cap. XXV.— <i>En busca de una señal</i> ,	290
Cap. XXVI.— <i>Intriga de Miriam</i> , ,	322
Cap. XXVII.— <i>La vuelta del prodigo</i> , , , , , , , ,	351
Cap. XXVIII.— <i>Amor de muger</i> , ,	387
Cap. XXIX.— <i>Nemesis</i> , , , ,	402
Cap. XXX y último.— <i>Cada cual á su puesto</i> , , , , , , , ,	428

1.50.  
2 tomos



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

NUEV  
BIBLIOTECA